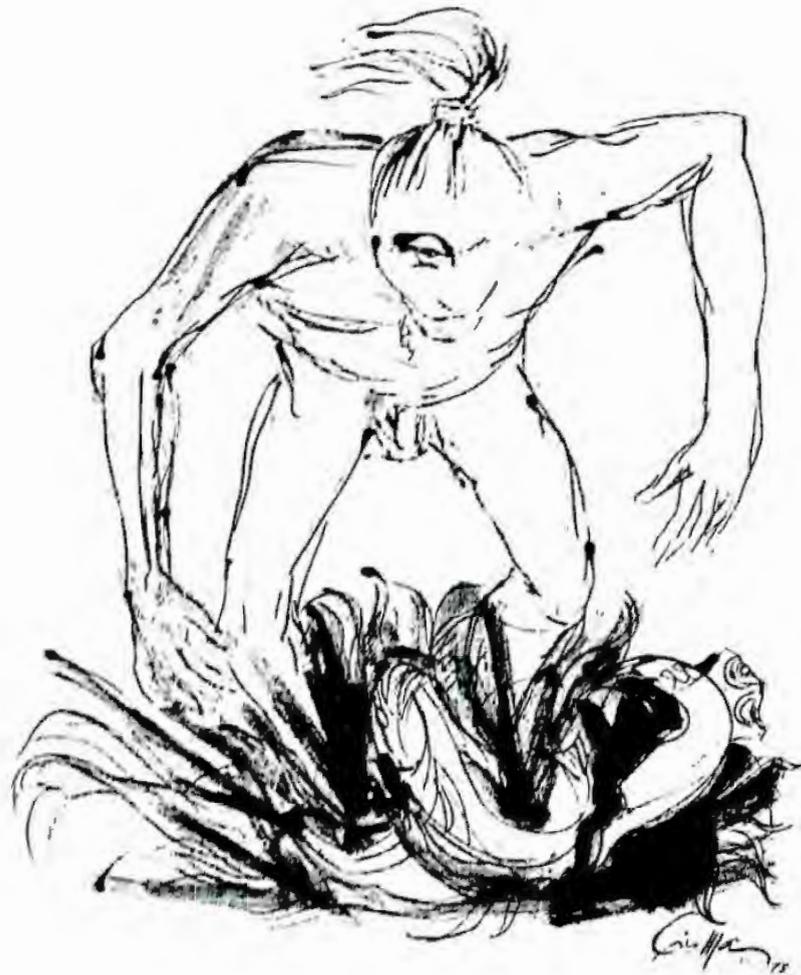


EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

12 / 2011

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
MSc. Roberto Valcárcel Rojas
MSc. Juan M. Reyes Cardero
Dra. Corinne L. Hofman

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraida Vargas (Venezuela)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. Gabino La Rosa Corzo (Cuba)
Dr. José Oliver (Puerto Rico)
Dr. Antonio Curet (Puerto Rico)

Correspondencia a:

☒ Casa del Caribe
Calle 13 no. 154 esq. a 8
Reperto Vista Alegre.
Santiago de Cuba, CP. 90 400
CUBA. Tif. (53) (226) 64 3609
Fax (53) (226) 64 2387
Correo electrónico:
revistadelcaribe@cultstgo.cult.cu

☒ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☒ Betty Meggers
PO Box 37012
NMNH MRC-112
Washington DC 20013.
USA

ICSVANY HERNANDEZ MORA	3	La Arqueología del periodo colonial en Cuba: apuntes teóricos de sus primeros cincuenta años (Parte I)
STEPHEN DIAZ-FRANCO	15	Los parezósos extintos de Cuba: algunas reflexiones a propósito de los últimos fechados radiocarbónicos
DIVALDO A. GUTIERREZ CALVACHE JOSE E. CIRINO CAMACHO EFREN J. JAIMEZ SALGADO JOSE B. GONZALEZ TENDERO	30	La vulnerabilidad del arte rupestre cubano ante el ascenso del nivel del mar. La llanura costera Judas-Aguada: un caso de ejemplo
JAIME F. PAGAN JIMENEZ	45	Dinámicas filoculturales de un pueblo precolombino saladoide tardío (King's Helmet) en Yabucoa, Puerto Rico
JORGE ULLOA HUNG SAMANTHA RUITER	60	Arqueología en la línea noroeste de la República Dominicana. Un esbozo del paisaje arqueológico y las interacciones
ALFONSO P. CORDOVA MEDINA MILTON PINO RODRIGUEZ OSMAR LABRADA ORTIZ	76	La Carmita y Venta del Río, asentamientos protoagrícolas del centro sur de Cuba. Principales características
ADRIANA CHURAMPI RAMIREZ	82	El cacabazgo de Higüey, Casabe, oro e Insurrección
DARWIN A. ARDUENGO GARCIA	89	La reutilización de botijas en los antiguos conventos de Santa Clara y Nuestra Señora de Belén en La Habana Vieja
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS JAGO COOPER	99	José B. Oliver, Temas de Arqueología caribeña
COLANNEER HERNANDEZ DE LARA JUAN JOSE YATAO CARCHA	110	Ernesto Tabío Palma: Algunos aspectos sobre la vida y la obra de un arqueólogo cubano
DE LOS AUTORES	120	

Coordinadores:

Jorge Ulloa Hung
Roberto Valcárcel Rojas

Equipo de realización:

León Estrada
Raimiz Destrades

El Caribe Arqueológico es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, Zona Postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620 / 168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN 1682-7562.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



EDITORIAL

Desde hace más de una década *El Caribe Arqueológico* se ha esforzado por reflejar en sus páginas los resultados de la práctica arqueológica de Cuba y el Caribe, particularmente temas importantes y otros de los que se conoce poco. Como alternativa de divulgación científica, al margen de los centros de manejo del poder económico y académico, y sin propósitos de lucro, su publicación no ha estado exenta de los vaivenes y dificultades de índole editorial, de problemas en la recepción y revisión de trabajos, y de los impactos de las condiciones de impresión en Cuba. Esto ha influido en un desfase de las entregas. Por ello hemos decidido que este número 12 de *El Caribe Arqueológico*, que según la secuencia establecida hasta el momento correspondería a 2009, sea publicado con fecha correspondiente a 2011. Es necesario aclarar que este ajuste solo obedece al objetivo de sincronizar el presente número de la revista con su fecha real de publicación y evitar confusiones futuras en nuestros lectores.

La multiplicidad de enfoques es la idea que guía la propuesta de este anuario. Aquí se evidencia la expansión de la disciplina en un entorno multidimensional donde retos económicos y ambientales van parejos a cuestionamientos de identidad y al permanente replanteo de nuestra responsabilidad social, y donde la diversidad de acercamientos, herramientas y metas, es una marca de tiempos y necesidades epistemológicas. Desde la sección *Perspectivas* resalta la importancia de la arqueología del período colonial en Cuba y su relación con la rehabilitación de centros históricos y los propósitos de rescate y promoción de la cultura. En particular se discute el entrecruzamiento de los paradigmas de la arquitectura y la arqueología, y su impacto en la que sin dudas es una de las ramas más potentes, al menos en las últimas décadas, de la práctica arqueológica cubana.

Dentro de la sección *Nuevos enfoques* destaca la aproximación al registro paleontológico de Cuba y el retorno, con una mirada fresca, a los temas de coexistencia y extinción de la fauna, especialmente los perezosos. Con los últimos datos radiométricos se organiza un análisis detallado de su distribución geográfica y cronológica, y una discusión contextual minuciosa donde se discute la idea de la convivencia con grupos indígenas precolombinos. El impacto potencial de la elevación del nivel del mar sobre una de las regiones rupestrológicas más importantes de Cuba, es la segunda temática de *Nuevos enfoques*. Bajo una óptica de prevención y conservación, se establece el rango de afectación de los diseños rupestres para los próximos años y se apunta a la necesidad de emprender nuevos estudios de impacto y vulnerabilidad ante el cambio climático, para todas las manifestaciones rupestres en la Isla.

El tema de las dinámicas socioculturales en torno al uso de plantas en el Puerto Rico precolombino cierra la sección. La aplicación de estudios arqueobotánicos especializados en la extracción e identificación de gránulos de almidón a muestras residuales-sedimentarias, obtenidas en artefactos arqueológicos de un poblado saladoide tardío de esa isla, se constituye en una aproximación novedosa a los escenarios fitoculturales antillanos. En particular contribuye a romper con ideas tradicionales aferradas a descripciones etnohistóricas que extrapolan ciertas premisas de la vida agrícola precolombina a todas las Antillas, incluso a momentos o períodos precedentes al encuentro entre europeos e indígenas. Dogma que a su vez se vincula con la creación de axiomas sobre el uso de ciertos cultivos y sobre los instrumentos o herramientas relacionados con su procesamiento.

Las secciones *Estudios regionales* y *Replanteos* se enfocan en un rejuego entre lo regional y lo local al interior de islas como Cuba y La Española. A través de ellas, se presentan enfoques que pasan por los análisis propiamente arqueológicos y por la crítica histórica. En el primer caso la perspectiva de paisajes en combinación con la interacción cultural, reflejada a través de la cerámica, constituye la idea central para penetrar en un espacio regional poco conocido en la arqueología antillana, el noroeste de la República Dominicana, en la isla de La Española. En el contexto geográfico de esta misma isla, la crítica histórica aborda las llamadas Guerras de Higüey, descritas en las crónicas de Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y *Los Diarios* de Cristóbal Colón. El análisis histórico de esa confrontación se enfrenta desde los elementos del lenguaje en el relato épico colonizador y en relación o comparación con las ideas sobre la gesta protagonizada por Anacaona o el cacique Cotubanamá en la mitología de la resistencia taína.

La entrega incluye, además, el estudio zooarqueológico de dos contextos arcaicos con cerámica, y un análisis de la reutilización de piezas de cerámica en las construcciones habaneras del período colonial. Cierra la sección *Honrar honra*, con un artículo acerca del Dr. Ernesto Tabío Palma, figura clave en la historia de la arqueología cubana, y en los procesos de institucionalización y sistematización de esta ciencia en el país. Como aspecto novedoso, se incluye una entrevista, recurso para adentrarnos en las ideas y experiencias del arqueólogo puertorriqueño José Oliver. Se trata de una oportunidad única para recoger una amplia y valiosa reflexión sobre los estudios de iconografía en las Antillas y para documentar sus opiniones sobre la enseñanza de la arqueología en la región y las peculiaridades de su práctica en Puerto Rico.

JORGE ULLOA HUNG
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS

LA ARQUEOLOGÍA DEL PERÍODO COLONIAL EN CUBA: APUNTES TEÓRICOS DE SUS PRIMEROS CINCUENTA AÑOS (PARTE I)

IOSVANY HERNÁNDEZ MORA



Se ha dicho que la arqueología de “fenómenos históricos” en América y en toda la región del Caribe cada vez manifiesta mayor interés, por estar vinculada a las resignificaciones patrimoniales y el análisis de los contenidos sociales de las naciones latinoamericanas en el escenario mundial. Pero quizá la razón que la sitúa con fuerza en una posición de referencia emergente sea su responsabilidad ética, al abordar un pasado relativamente reciente del cual se aprecian en la actualidad vívidas consecuencias.

En Cuba ha tomado relativa importancia por el movimiento de rehabilitación de los centros históricos en las ciudades del país, fundamentalmente en la Habana Vieja, donde su presencia se encuentra vinculada con fuerza a propósitos de rescate y promoción de la cultura (La Rosa Corzo 2003: 37); pero, la labor arqueológica en sitios y zonas históricas, consideradas o no patrimoniales, es deficiente al menos en dos sentidos fundamentales. Primero, la práctica disciplinaria es sumamente escasa en las provincias del resto del país, y segundo, si nos acercamos a las últimas publicaciones se notará que la afirmación de Gabino la Rosa Corzo, acerca de que “...está enfrascada en objetos definidos por la arqueología en sitios particulares o lotes de evidencias, debido, entre otros factores al trabajo de rescate y restauración y a la ausencia de enfoques y tratamientos sistémicos y generalizadores” (La Rosa Corzo 2000: 133), no ha caducado a pesar de que tiene poco más de una década.

En la actualidad, sin distinciones justificantes de estudios en centros históricos, haciendas cafetaleras o sitios de cimarrones, en buena medida esta arqueología continúa aplicada en objetivos intermedios, en cuanto a las regularidades e instancias que constituyen pasos necesarios hacia el objetivo final de toda ciencia social: o sea, la explicación de procesos sociales. Es cierto que son muchos los factores que están incidiendo en esta realidad, pero buena parte de la problemática radica en la manera de concebir y practicar, transmitida por varias vías de endoculturación especializada desde los años treinta del pasado siglo XX, época en que se

establecieron los principales paradigmas relacionales entre: arquitectura y arqueología en espacios de fuerte transformación cultural, como los que están sometidos a procesos de rehabilitación patrimonial y, arqueología y conservación a partir de los fundamentos teóricos desde los cuales se sustentaron las producciones que legitimaron su pertinencia como actividad científica.

Es notorio que las características que mostraron las primeras atenciones arqueológicas al periodo colonial, destinadas a la protección y salvaguarda de sitios y localidades vinculadas a hechos significativos de la historia nacional, hayan acompañado el desenvolvimiento metodológico de los esfuerzos posteriores, incluyendo los dedicados a las labores de rescate y conservación del patrimonio edificado, en los cuales la disciplina proporcionó ejemplos de aplicación. La observación de la permanencia de los estudios particulares, poco generalizadores, de objetivos empíricos definidos por investigaciones contingentes al patrimonio y argumentadas por propósitos de conservación y rehabilitación, precisa a nuestro criterio, de una búsqueda teórica, que en esta ocasión, tratará un período de larga duración (1937-1987), en el cual se manifestaron las principales características institucionales de la disciplina.

EL ESTUDIO ARQUEOLÓGICO: “PARA QUÉ Y PARA QUIÉN”

Desde las primeras décadas de República neocolonial en Cuba, dada la dispersión y fragmentación social e ideológica (Ibarra 1998: 184), los sectores ilustrados de la clase media ejercieron cierta hegemonía ideológica y cultural de manera incuestionable en el espacio intelectual que orientó la emergencia de los valores ciudadanos. En estas circunstancias, vieron la luz un conjunto de leyes y decretos referentes a la salvaguarda del patrimonio histórico nacional, como el ascenso a categoría oficial de algunos valores de estos sectores que se objetivaron al ser convertidos en normas para el cumplimiento jurídico.

Una Ley en julio de 1928 autorizó al presidente de la República para hacer declaratoria de Monumentos Nacionales y dictar jurídicamente su mejor protección, transformando la Ley de julio de 1925 (Roig de Leuchsenring 1946: 8). Este ostensible cambio mostró preocupaciones e intereses en términos sociales, motivados por la identificación de los problemas que afectaban la comunidad nacional, en cuanto a las manifestaciones de la cultura y la historia del país en las cuales se codificaba el sentir patriótico. De esta manera, la conservación y protección del patrimonio arqueológico contó

con el consentimiento gubernamental, al igual que las actividades especializadas que implicaba el uso y manejo de esos referentes, al menos de manera legislativa y prontuaria. Esto ocurrió en un contexto en el que sus promulgadores carecían de las condiciones para plantearse, como una necesidad, la formación de un Estado-Nación donde la arqueología asumiera la reivindicación social de los diversos sectores populares. Pese a ello, la representación progresista de la funcionalidad social de la ciencia y la alta cultura se encontraba difundida en la sociedad cubana, a tal punto que el papel transformador que se le atribuía a estas instancias, propiciaron la creación de instituciones que procuraron el desarrollo cultural y la proliferación de innumerables publicaciones que difundieron el quehacer intelectual en el país.

Es constatable que las concepciones ilustradas, acerca de la relación entre patrimonio cultural y arqueología, para los años veinte del siglo pasado, se encontraban adscritas a los imperativos nacionales con la observación de la soberanía como requerimiento. El Decreto No. 1306, de julio de 1928, estableció que no se podían realizar exploraciones arqueológicas con el fin marcado de enriquecer colecciones extranjeras sin autorización del poder ejecutivo. Estas labores públicas o privadas debían ser examinadas y clasificadas por las comisiones que el gobierno designara a tales efectos, no pudiéndose exportar más que los objetos arqueológicos repetidos o muy similares a los ya existentes en las colecciones en territorio cubano, como las de la Universidad de La Habana. La promoción, construcción y aprobación de estas medidas legales no se sustentaron explícitamente en la evaluación de la realidad social y los efectos de las relaciones neocoloniales con los Estados Unidos. Un papel fundamental lo tuvo el ámbito ideológico, que dominado aún por el positivismo, enaltecía la noción de progreso social darwinista, cuya representación más sublime fue la sociedad norteamericana; sin embargo, estas disposiciones estuvieron avaladas por un sentido de patriotismo que se proponía preservar y transmitir el legado patrimonial e histórico de la nación, codificando como lo propio, aquello que tenía un vínculo estrecho a los sucesos y personalidades trascendentes de las guerras de independencia y el legado cultural colonial reciente.

La determinación de los componentes patrimoniales, sin lugar a dudas, estuvo marcada por las características atomizantes que vivió la sociedad cubana en las primeras décadas del siglo xx (Ibarra 1998: 185), en cuanto a la imposibilidad de los sectores populares,

por carecer de una autoconcepción coherente y una sólida proyección nacional, de proponer e imponer sus propios intereses éticos y estéticos ante los intereses de los sectores ilustrados como los círculos intelectuales, quienes aspiraban a superar los males sociales mediante la educación y la cultura. Las primeras declaratorias de Monumento Nacional por el gobierno de la República así lo atestiguan, como las promulgadas a favor de la catedral de La Habana y los edificios que rodean la plaza, en octubre de 1934 — decreto Ley 613—, la que prohibió reparaciones y modificaciones sin aprobación oficial. En 1935 se declararon Monumento Nacional el pueblo de Mantua, en la provincia de Pinar del Río, y la ciudad de Bayamo en la entonces provincia de Oriente, por los Decretos 207 y 483 respectivamente. Vinculados a las Guerras de Independencia, estos lugares se significaron como “...símbolos por antonomasia del heroísmo, de la abnegación y el patriotismo cubano...” Mediante Decreto 2933 en septiembre de 1937 se declaró el cementerio de Santa Ifigenia, en la ciudad de Santiago de Cuba, Monumento de la Nación, “...por estar vinculado con la historia del patriotismo cubano, por recibir y guardar en su seno los restos de los caídos y de inolvidables hijos de Cuba.” (Roig de Leuchsenring 1946: 9-12).

La creación de la Comisión Nacional de Arqueología, en agosto de 1937 por decreto presidencial no. 3057, en medio de una crisis a nivel mundial y de presión popular y apertura democratizadora en el contexto nacional, forma parte de esta primera ola de declaraciones. En un ambiente social sumamente propicio para los discursos unificadores, el estudio, la conservación y protección de lo que se había consignado patrimonio cultural e histórico del país, se legitimó e institucionalizó como un valor positivo por la significación relacional que se le asignó con la conciencia patriótica de la comunidad nacional. Efectivamente, se le atribuyó a la arqueología un valor esencial como fuente de la historia patria, recurso convocado a enriquecer, mediante el conocimiento y las evidencias materiales, la cultura nacional y las posibilidades de mejoramiento social. Todo esto propició que la comisión se deslindara en: la arqueología dedicada al estudio de la etapa aborigen (con alguna trayectoria en aquel momento) y la recién inaugurada para el período colonial. El objetivo manifiesto fue estudiar el ámbito nacional con los fines siguientes: conservación y estudio de los monumentos precolombinos y coloniales, de los restos humanos precolombinos, el examen crítico de los objetos precolombinos que se

encuentran en yacimientos o depósitos estratificados, la formación del mapa arqueológico de Cuba y contribuir al museo arqueológico nacional (Sección Oficial 1939: 63). Aunque se pudiera pensar que estas dos secciones estaban equiparadas en cuanto a sus proyecciones sociales, uno de los primeros trabajos publicados fue el de Manuel Pérez Beato, sobre el hospital e iglesia de San Francisco de Paula, y deja entrever las verdaderas motivaciones para la creación de la sección de estudios arqueológicos coloniales. En plena necesidad de suscitar la atención ciudadana al patrimonio construido, este estudio había sido solicitado por el administrador de los Ferrocarriles Unidos de la Habana y Regla, motivado por un proyecto de obras en la zona de Paula que intentaba demoler el antiguo hospital y la iglesia. El dictamen determinó demoler el hospital por su estado ruinoso y reparar la iglesia que se encontraba en mejor estado técnico y estilístico (Pérez Beato 1938: 3).

La conservación de los inmuebles que por su apariencia denotaban rasgos vinculantes con el arte hispanoamericano, en especial con el llamado Barroco de Indias, centró las atenciones sobre los exponentes que demostraban la presencia en la Isla de monumentos más o menos significativos en este sentido. En toda Hispanoamérica la arquitectura colonial recién comenzaba a estudiarse, con miradas discursivas sobre lo barroco americano como expresión de un sentir propio “representativo”. Con estos referentes regionales, en Cuba lo barroco en la arquitectura como valor objetivable, funcionó a la vez como argumento proteccionista sobre el patrimonio edificado. Las consideraciones técnicas de Manuel Pérez Beato sobre la iglesia de Paula son una reproducción de la mirada del eminente arquitecto Joaquín Weiss y Sánchez sobre este edificio, aún cuando se encontraba atrapado en lo que Alicia García Santana llama el “espejismo de lo barroco”. Nos dice Weiss: “Esta Iglesia recuerda las obras de los inmediatos sucesores de Herrera en España y en ella se pulsan ya claras notas barrocas, un tanto recias, debido particularmente a la pesada espadaña que la corona...” (Pérez Beato 1938: 4). Para acentuar la presencia barroca en este inmueble, Manuel Pérez Beato utilizó además la comparación estilística que Silvio Acosta realizara entre las iglesias de Paula y San Francisco (Pérez Beato 1938: 6-7).

Otros artículos de corte promocional aparecieron inmediatamente y se repitieron, en el órgano oficial de la Comisión Nacional de Arqueología, como uno de los fines insoslayables de su existencia. Mediante documentos históricos y técnicos en innumerables

ocasiones se cimentaron los trabajos que procuraban valorizar las construcciones coloniales como patrimoniales, la objetividad de estos elementos se admitía como incuestionable para la demostración de antigüedad y atributos estilísticos. La atención excepcional a los rasgos representativos de las construcciones del período colonial, motivó la problemática de la relación arqueología-arquitectura, e hizo pensar que la arqueología colonial en Cuba tenía como único objeto de estudio esta manifestación cultural, que se consideraba embajadora del pasado en el presente, agente de las aspiraciones y los empeños de otros tiempos, al estimar el período colonial como "...el espacio de tiempo transcurrido, entre el descubrimiento de la Isla de Cuba y el cese de la soberanía española en ella." (Sección Oficial 1939: 75). Explícitamente Pedro García Valdés en su artículo: "Brillante idea. La Comisión Antillana de Arqueología" afirmaría: "La arqueología colonial estudia los latidos arquitectónicos consecuencia de la conquista y colonización española en América... mezcla que las civilizaciones romana y árabe dejaron como fecundo sedimento en el pueblo español." (García Valdés 1938: 59).

Hay que admitir que la diversificación del campo de estudio de la arqueología colonial hacia el proceso de transculturación, sucedió en esencia bajo las mismas condicionantes identitarias que mostraba el estudio arquitectónico. En lo fundamental, a partir de la identificación de ítems coloniales en sitios precolombinos, se le comenzó a prestar atención como proceso sociológico de envergadura. Mucho antes de someterse a consideración en Cuba el tema de la llamada transculturación indohispana en arqueología, las evidencias coloniales habían sido reportadas en sitios aborígenes revelados por arqueólogos norteamericanos. En las conocidas obras: *Cuba antes de Colón*, de Mark Harrington (1935) y de Irvin Rouse *Arqueología de las lomas de Maniabón. Cuba* (1942), se puede encontrar estas menciones como simples registros u observaciones. Rouse bajo imperativos exploratorios de lo existente en la zona en cuanto a evidencias artefactuales, y Harrington, con un estudio sumamente aportativo para la arqueología nacional, motivado por el coleccionismo de piezas distintivas de los grupos aborígenes cubanos para el Museo del Indio Americano de Nueva York (Guarch Delmonte 1987: 10).

Sin embargo, los primeros acercamientos de estudiosos cubanos pueden considerarse clásicos de la mirada arqueológica sobre el tema, con varias contribuciones que superaron simples repor-

tes, donde se exteriorizarían de manera fiable los elementos valóricos, en los cuales descansó la confirmación de los procesos sociales, complejos constitutivos de una manera cultural sui géneris. Las consideraciones antropológicas que calificaban al aborigen cubano como un ser evolutivamente inferior, desarrolladas desde finales del siglo XIX, matizaron estos estudios perfilando sus resultados. Las conclusiones del artículo de José A. García Castañeda: "La transculturación indo-española en Holguín", apunta entre otras cosas que: "En el indio para producirse (la transculturación) necesitó un proceso más lento, debido a la inferioridad de su cultura y el desconocimiento de lo español y solo se produjo cuando el contacto fue íntimo, duradero y armonioso." La transculturación materializada en los términos del Yayal y el Pesquero en Holguín, se debía, según este estudioso, a las "...relaciones íntimas que establecieron aborígenes y colonizadores...", durante las cuales los grupos originarios "...permanecieron en los mismos poblados de los españoles...", entreviéndose un "comportamiento comprensivo" del colonizador (García Castañeda 1949: 203).

Con aquellos estudios la transculturación en Cuba desde el punto de vista ontológico quedó dividida para la arqueología en dos grupos según sus manifestaciones materiales, que denotaban las particularidades de los procesos a los cuales hacían referencia y podían ser determinados de esta misma manera. *Transculturación española* se denominó al proceso que produjo un registro material de objetos españoles en sitios aborígenes, que demostraban su uso por parte de los aborígenes, quienes podían producir sus propios artefactos a partir de la influencia hispana. *Transculturación indígena* se denominó a la presencia y uso por parte de los españoles de objetos o elementos de origen indígena. De esta manera se tipificó y cosificó un proceso social complejo y las posibilidades de estudiarlo desde sus vestigios materiales. Con la naturalización de este proceso a nivel artefactual los análisis se dirigieron a exponer cómo aparecía el material en los yacimientos estudiados y a la filiación cultural de los grupos que fueron sometidos en la conquista. Los denominados por Rouse en su libro *Arqueología de las lomas de Maniabón. Cuba* (1942), como taínos y subtaínos en el oriente del país, se identificaron como los grupos que impactó la colonización, quedaron por fuera de estos grupos los llamados entonces guanahatabeyes, de diferente desarrollo. A partir de entonces, dos concepciones acompañaron los estudios transculturales

en años posteriores, referentes a que los españoles no construían sus poblados en sitios donde no existieran previamente asentamientos indígenas, y que la presencia de piezas arqueológicas tipificadas como correspondientes al período de mestizaje, establecía que los lugares en los cuales se hallaban habían sido habitados por los conquistadores. Por lo que el hallazgo de evidencia colonial en contextos indígenas remitía y daba la posibilidad de comprobar, con el estudio de las referencias documentales como las crónicas de indias, la existencia de cacicazgos y de pueblos aborígenes (Morales Patiño y Pérez Acevedo 1946: 17-18).

Las consideraciones investigativas de Orencio Miguel Alonso, acerca del sitio transcultural El Porvenir en Holguín, las expuso en 1949 desde estas representaciones:

Y por las distintas piezas de hierro, bronce y cerámica española encontradas junto con las indias, cabe pensar que estos indios del cacicato de Yaguajay, en su región noreste, tuvieron contacto e intercambio con los descubridores y primeros colonizadores de esta isla, los que posiblemente intercambiaron sus baratijas y desechos para captarse su confianza y simpatía (Miguel Alonso 1949: 179).

La noción de transculturación, propuesta conceptual planteada por Fernando Ortiz en su obra *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, para designar un proceso conformador de cultura, argumenta que el producto final es siempre algo nuevo que toma de todas las partes en relación. Desde una representación social que relegaba las culturas indígenas al nivel de inferiores, primitivas y prehistóricas, en contraposición a la representación de progreso y civilización, quienes hicieron estos estudios arqueológicos problematizaron sus propios planteamientos y la concepción de Fernando Ortiz. Asumido el proceso desde la arqueología como algo muy breve, desde una cosificación de los elementos interactuantes, se concibió la terminación de este período con la desaparición de la raza indígena sin absorción ni mestizaje apreciable, como debía de suceder con toda forma de “cultura inferior”. Contradicción manifiesta en la existencia real de los aspectos transculturados, que como también se admitía, siempre se aprovechaban en tal proceso, como: ideas, enseres, armas, alimentación, modismos lingüísticos, industrias básicas y modos de vida (Morales Patiño y Pérez Acevedo 1946: 6-7).

Desde las primeras atenciones arqueológicas al período colonial —a finales de la década de 1930, hasta la destitución de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, por Decreto del gobierno de Fulgencio Batista, en la segunda mitad de la década de 1950—, la labor arqueológica se debatió en la vigilancia del patrimonio arquitectónico y la comunicación social de sus valores artísticos. En consecuencia, los trabajos se dirigieron a la identificación, estudio y rescate de inmuebles, ruinas o sitios significativos por su relación con un pasado esplendente o de superioridad estética. Lo monumental, en la mayoría de los casos, se caracterizó por un criterio que concibió los exponentes arquitectónicos del poder económico, político y eclesiástico en la Isla (siglos XVIII-XIX), como demostrativos de lo auténtico del arte arquitectónico cubano. En el empeño de conservación de inmuebles, espacios urbanos y lugares histórico-arqueológicos, se hicieron una buena cantidad de estudios, en los que primó —como objetivo cognitivo— la descripción. Este tipo de conocimiento, basado en las particularidades históricas y estilísticas del objeto, se encontraba en correspondencia con los fines concretos que demandaba la propia disciplina y había planteado en sus inicios la Comisión Nacional de Arqueología para cumplir sus funciones. En estas se incluyen los objetivos de las investigaciones acerca del proceso de transculturación, materializadas desde la descripción de evidencias, para la clasificación tanto de materiales y rasgos hispanos en artefactos aborígenes y viceversa, para verificar ese proceso.

No es reprobable, para esta época, la descripción como meta del conocimiento —en tanto valor absoluto—, a partir de un análisis concreto, independientemente de las filiaciones genéticas del positivismo con las maneras contemporáneas de hacer arqueología, pues como valor instrumental dentro de la práctica de quienes se dedicaron al estudio arqueológico del período colonial, desempeñó un rol positivo dentro del ámbito de los parámetros necesarios, con objetivos morales y culturales. Los estudios e intervenciones reposaron en descripciones fisonómicas que, en última instancia, no procuraban las causas, sino el conocimiento necesario —bajo la continua interrogante del cómo— para conservar según estilos y expresiones. Sin tener en cuenta las propias aspiraciones de aquellos que, en el mejor de los casos, siendo profesionales en otras disciplinas como la arquitectura, no tuvieron como ocupación principal la arqueología.

Es por ello que el trabajo arqueológico del arquitecto Aquiles Masa y Santos, en los años cuarenta del siglo XX en la iglesia parroquial mayor de San Juan Bautista de Remedios, al norte de la actual provincia de Villa Clara, fue acogido como lo que era para su tiempo, una investigación pionera que superaba las expectativas cognitivas de entonces. Con conocidas motivaciones subjetivas de carácter socio-clasista (Venegas y Raola 1986: 90), principio por el cual algunos aspectos de sus conclusiones pudieran ser problemáticos, los procedimientos utilizados por este arquitecto, unidos a un fin restaurativo, fueron novedosos para la época. Su adelantada propuesta, del punto de vista metodológico, para la lectura de los muros y la concepción integral de investigación y proyección restaurativa, se asemejan a lo que se conoció a partir de la segunda mitad del siglo XX en Europa como Arqueología de la Arquitectura, con la alfabetización estratigráfica harrisiana a partir de la década de 1970. Estos se aplicaron por el arquitecto cubano como "...métodos de investigación directa en el objeto en sí, en el edificio, para salvar las lagunas o las deficiencias de interpretación escrita..." De esta manera, con el objetivo de recoger el mayor porcentaje de información de las distintas etapas de evolución del inmueble, tanto de su época como de los cambios en su estructura, "...se le despojó totalmente de la capa de repello que lo cubría, se hicieron exploraciones en sus techos y también en el piso, dentro del perímetro cerrado de sus paredes se hicieron distintas calas de la profundidad necesaria..." (Masa y Santos 1952: 289-299). Mediante estos procedimientos poco usuales, el estudio de la naturaleza de los materiales constructivos y la contrastación de las transformaciones con un enfoque arqueológico, el arquitecto pudo acercarse a la lógica de las modificaciones constructivas, que evidenciaron los propósitos perseguidos por quienes tuvieron a su cargo tales transformaciones, tentativa para interpretar lógicas culturales a través de la disposición especial de los elementos.

Con el triunfo de la última gesta libertadora y el inicio del poder revolucionario en el país, la Junta Nacional de Arqueología y Etnología fue restituida en sus funciones, lo que produjo nueva etapa y cuarta época de su publicación oficial; aunque poco tiempo después desaparecería por las propias reorganizaciones estructurales que se llevaban a cabo. Con el objetivo de organizar y desarrollar los estudios antropológicos, a fines de 1962 se dieron los primeros pasos para crear el Departamento de Antropología en la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, hasta

que en julio de 1964, por la Resolución No. 96 (interior) quedó inaugurado oficialmente con dos grandes campos de estudio, el de la Antropología Física y la Arqueología (Academia de Ciencias de Cuba 1964: 65; Guás Llansó 1968). Las actividades en arqueología colonial comenzaron para esos años en yacimientos urbanos como actividad de respaldo a las obras restaurativas de algunos inmuebles en La Habana intramuros. La pertinencia de las pesquisas arqueológicas en inmuebles a restaurar era una noción acendrada para la década de 1960, con profundas raíces en las consideraciones sobre la relación: arqueología y arquitectura. La distinción entre las finalidades de ambas disciplinas había sido una cuestión cualitativa esencial para el trabajo con el patrimonio construido. Pues la arqueología y la arquitectura, se advirtió desde la década de 1930, tenían conjuntos teóricos-prácticos diferenciados, pero que inevitablemente se debían conjugar para trabajar el objeto patrimonial restaurable. En este sentido, Luis Bay Sevilla había señalado:

...la labor de exploración de una ruina arquitectónica es función privativa del arqueólogo porque puede mejor que el arquitecto observar, descubrir y clasificar los elementos que van apareciendo en la continuidad de los trabajos. Y cuando el arqueólogo termina, comienza el arquitecto para restaurarlo, conservarlo y divulgarlo, como es natural de acuerdo con el arqueólogo. Es entonces cuando precisa la presencia del técnico para opinar sobre las condiciones de estabilidad y estado general del monumento y determinar lo que debe hacerse para conservarlo sin que pierda su carácter, ni mucho menos alterar su estructura (Bay Sevilla 1939: 19).

El requerimiento social (Lourau 1988: 193) de intervención arqueológica para el tratamiento del patrimonio edificado, se construyó desde aquellos años con perspectivas que interpretaron la importancia de estos estudios como una práctica legitimadora de la restauración, demarcación social de la funcionalidad de la arqueología que se representó como la certificación de las labores. Si se revisa la bibliografía especializada del período, se puede observar que en las restauraciones llevadas a cabo hasta la década de 1962, acometidas en su mayoría por arquitectos, el conocimiento arqueológico construido por intervención directa, contando la restauración del cafetal La Isabelica en la Sierra Maestra, dirigida por

el profesor Fernando Boytel Jambú (1961), residieron en una perspectiva de análisis y descripción de formas, muebles y estilos arquitectónicos. Las primeras indagaciones arqueológicas del Departamento de Antropología en la Habana Vieja, como las del Castillo de La Fuerza, plaza de Armas y en el convento de San Francisco, todas en 1963, estuvieron a la saga de los procesos de transformación restaurativa ya proyectados desde estos fundamentos. Sin dudas, estas participaciones permitieron ampliar las posibilidades investigativas del Departamento de Antropología, donde en mayo de 1964 se creó la sección de arqueología colonial, pero en la cual la restauración propiamente dicha, no formaba parte de su objeto social, aunque muchos de los trabajos subsiguientes estuvieron avalados por estos propósitos.

Rodolfo Payarés Suárez, quien fue responsable de dicha sección hasta 1971, refiere en el artículo que recoge los resultados de las excavaciones arqueológicas en la Casa de la Obrapia en la Vieja Habana: "Cuando se realiza el estudio (excavación) arqueológico el edificio se encontraba en pleno proceso de restauración por la Comisión Nacional de Monumentos." Según Payarés, en 1967 cuando se inician los estudios y proyectos para la futura restauración, la preocupación del arquitecto Fernando López era la ubicación del aljibe (Payarés Suárez 1970: 2), precisión que condicionó el plan de intervención por los objetivos pautados por las obras iniciadas: localizar el aljibe del siglo XVIII y excavar su contenido, localizar el aljibe de la casa del siglo XVII, localizar en el subsuelo acumulaciones de restos culturales en áreas que presuntamente habían sido patios o terrenos yermos inmediatos a la casa del siglo XVII y localizar antiguas construcciones subterráneas: bodegas, desagües u otros dispositivos de la casa (Payarés Suárez 1970: 4).

En un contexto sociopolítico que incrementó el respaldo oficial a la arqueología, con la posibilidad de que un grupo se pudiera dedicar por entero a esta ciencia, las motivaciones sociales de rescatar para el disfrute y la cultura de las generaciones futuras los valores estéticos y la historia, se afirmaron en el discurso de la disciplina. Estas motivaciones formaban parte del legado desde los años treinta, pero la composición heterogénea de quienes se dedicaron a este campo luego del triunfo revolucionario de 1959, en la cual no figuraban esencialmente arquitectos, conllevó un defasaje del fuerte vínculo que había experimentado la arqueología y la arquitectura con efectividad para la investigación y la conservación edilicia.

El conjunto de referentes valóricos para concebir el objeto de estudio, adscripto a lo que se había significado como el producto patrimonial del pasado colonial, conjuntamente con los lugares significativos de las Guerras de Independencia del siglo XIX, se enriqueció con una marcada y explícita perspectiva social y ética de los estudios que trajo consigo la nueva condición histórica. La escasa postura crítica que asumió la arqueología del período colonial luego del triunfo revolucionario hasta 1987, reposa en la imposibilidad de interrogarla adecuadamente por ser portadora de esa tradición, por el contrario, someterla a escrutinio enriquecedor es, como dice Pierre Nora (1984: XXI) "...no reconocerse ya como su portador indudable." El naciente Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba era heredero, en más de un sentido, de las líneas que había marcado la disciplina en la primera mitad del siglo. Los trabajos publicados explicitan la continuación de los estudios en casas señoriales, palacetes e iglesias, antiguas ruinas de haciendas cafetaleras, ingenios y fortalezas, como monumentos histórico-arqueológicos de la nación, pero con una marcada atención a los ámbitos contrapuestos de los espacios centrales de poder, como la esclavitud, la servidumbre y el aspecto político en términos antropológicos de la transculturación, como evidencias fehacientes de las disconformidades sociales.

LO ONTOLÓGICO, EPISTEMOLÓGICO Y METODOLÓGICO: CAMBIOS Y PERMANENCIAS

El asunto de la relación arqueología-arquitectura, presente inequívocamente en las prácticas que conceptualizaron el objeto de estudio como legado cultural y artístico, entrañó cierta conciencia de los contornos disciplinares y la demarcación de la arqueología como actividad especializada. En esencia, su funcionalidad se transfería a elementos de determinación de valores históricos sobre una base cultural, en relación con la arquitectura como soporte material de una manifestación que presenta en todo caso rasgos propios. El manejo de una concepción de cultura, como eje central de las perspectivas de acercamiento y abordaje a la realidad social mediante la arqueología, partió en principio de una dicotomía entre alta cultura y las esferas poco desarrolladas de sus expresiones. La idea de progreso estaba implícita en cada argumento acerca de las características de la realidad social pasada y presente, indefectible cumplimiento de las concepciones sobre las tendencias naturales del ser humano al cambio que implica el mejoramiento en todos los órdenes.

El nacimiento de la Comisión Nacional de Arqueología en 1937 bajo los autoimperativos de contribuir al ambiente propicio a las empresas de la alta cultura, reconocía el importante papel que se le atribuía a la cultura con mayúscula, representación de los sectores ilustrados nacionales para el mejoramiento de la sociedad. Dentro del supuesto que admitía una amplia concepción multifacética sobre la realidad cultural, se entendió como el campo arqueológico de estudio un extraordinario deslinde de posibilidades de investigación, con enfrentamientos conceptuales en la división entre cultura material y espiritual que yacía en la idea normativa de cultura, utilizada con amplitud por la antropología y la arqueología norteamericanas en las primeras décadas del siglo xx. Pedro García Valdés en: “Brillante idea. La Comisión Antillana de Arqueología”, lo expresa explícitamente al considerar las construcciones como exponentes representativos del pasado:

Se demuestra que las ideas (políticas y administrativas con todas sus veleidades) son de menor duración que las ideas que se materializan en la tenacidad ennoblecedora de las piedras, las que resisten los embates de los ciclones, las corrientes de los siglos y presencian impávidos la poca consistencia y el devenir incierto de las apreciaciones y juicios humanos en los empeños sociales y políticos (García Valdés 1938: 60).

El realismo que encerraba la concepción sobre la cultura, como un fenómeno material producido por ideas pero a la misma vez ajeno a las ideologías reinantes, involucra para la época ciertas dosis de escepticismo al considerar que el pasado “presencia impávido” como evidencia material el devenir histórico y cultural. La realidad social, para los profesionales que comenzaron el camino de la arqueología colonial, era independiente del sujeto, y este último transformable por la alta cultura, es decir, por las ideas y valores sociales considerados elevados y que tenían la posibilidad de realzar a la comunidad social. Esta contradicción advertida por Pablo M. Guadarrama (1983: 116) para el caso del positivismo en Cuba, es ostensible para la arqueología que se dedicó al estudio del período colonial en sus primeros cincuenta años. En última instancia, dicha contradicción se sustentó en la causalidad idealista de determinar la evolución de la sociedad por el modo de pensar de los hombres, es decir, por las ideas sobresalientes de un momento

histórico determinado, en relación a las representaciones vigentes de cultura, que fragmentaban la realidad en espiritual (simbólica) y material (disímbola).

La consecuencia palpable de estas concepciones fue concebir el registro arqueológico, en tanto realidad objetivada, como una especie de documento artístico e histórico, legible hasta cierto punto y accesible epistémicamente solo como testigo u objeto disconforme del pasado del cual solo era un testigo inacceso. Resultó con aquella conjugación una postura ontológica que ponderó llegar al conocimiento objetivo a través de documentos, planos o registros iconográficos, o sea, con la búsqueda ideográfica. Los registros materiales como los edificios coloniales o los artefactos considerados transculturales en sitios aborígenes, únicamente remitían y verificaban como evidencias incuestionables, los fenómenos sociales y culturales.

El arquitecto Luis Bay Sevilla en el artículo “Lineamientos de una arquitectura americana”, propone:

Podemos referirnos a una arquitectura colonial cubana, porque la española, al ser trasplantada, aclimatada, deformada en parte, sufre siempre importantes y fundamentales modificaciones. Se nacionaliza una modalidad estética importada. Deseamos saber lo que somos y qué camino justo debemos seguir —en todas las manifestaciones del saber— para encontrarnos definitivamente, para salvarnos. No queremos ser arrastrados por la honda crisis moral que sufren otros pueblos llamados, por su indiscutible abolengo, a evitar calamidades y odios de razas y naciones. Y una de las actitudes espirituales más propios de este nuevo ciudadano que ha formado su conciencia en América debe ser la de fomentar el cariño a su historia, a sus artes, a sus costumbres.

En este mismo texto, sobre la preparación del informe para solicitar al gobierno de la República la declaración de la ciudad de Trinidad como Monumento Nacional, escribe:

...contando con una riqueza de documentos arqueológicos severos y magníficos, nuestra labor se reduce a lograr un conjunto armónico, estilizado, depurado, racional, que nos vincule artísticamente a esta tradición...

Tradición que debemos amar, conservar, vivificar, no sólo con fines de alta cultura sino también con el propósito práctico,

inmediato de utilizar una fuente tan rica en recursos, que nos sirve para fijar los lineamientos de un arte americano esencial (Bay Sevilla 1939: 21-22).

Hasta 1987, el enfoque arqueológico se identificaba con el trabajo de estilos en las investigaciones arquitectónicas, y las que se hacían en sitios aborígenes, el conocimiento se justificaba precisamente en la minuciosidad de los aspectos a tratar desde este punto de vista. De manera que eran identificados para el proceso de transculturación, llamado indohispano, los componentes de ambas culturas tipificados en rasgos y materiales portadores, como para la determinación de estilos, materiales y técnicas constructivas en los estudios de arquitectura. El trabajo de Francisco Prat Puig: *El prebarroco en Cuba, una escuela criolla de arquitectura morisca*, realizado en la década del cuarenta del siglo xx, marcó cierta diferencia con los que le habían precedido, no tanto por su mirada desprejuiciada, sino por la amplitud de información tipológica y la comparación que sostuvo para trazar posibles itinerarios culturales. El uso de documentación histórica para establecer la cronología de los edificios la realizó, según sus propias palabras, de manera subsidiaria solo para cimentar sobre bases mucho más sólidas el conocimiento que brindaban los edificios (Prat Puig 1947: 283). Gracias a su formación arqueológica atendió con prioridad el registro material, diversificando las fuentes de rasgos tipificables, esto propició sin embargo un acercamiento sumamente problemático a la arquitectura colonial, pues mitificó los referentes que aún se utilizan.

La perspectiva tipológica verifica el conocimiento mediante la posibilidad de emplazar minuciosamente rasgos culturales identificables por medio de la comparación como técnica de investigación. La manera exitosa con la cual se hacían las descripciones para su aplicabilidad a la realidad arquitectónica o artefactual, ya sea con fines restaurativos o museológicos, según los criterios ontológicos y epistemológicos argumentados, propició se entendiera como la manera en que el conocimiento debía presentarse para su aplicación y consiguiente socialización. La razón de ser de la arqueología estuvo vinculada a su capacidad descriptiva y, mediante esta posibilidad, se realizaron trascendentales restauraciones edilicias y de conjuntos domésticos en espacios históricos significativos, en las cuales la disciplina desempeñó un papel primordial al ejecutar reproducciones y conjugar elementos de época com-

patibles. La restauración realizada por Fernando Boytel Jambú de La Isabelica, cafetal de colonos franceses del siglo xix en la Sierra Maestra, mostró las potencialidades de la inducción como método científico y la aplicación del estudio de las formas, que acompañó sin variaciones la disciplina en sus primeros cincuenta años. Como caso sumamente exitoso, la puesta en valor del cafetal pautó un umbral de relaciones significativas entre procedimientos arqueológicos y restaurativos con fines rehabilitacionistas, que habían sido desarrollados hasta ese momento de manera práctica con un fundamento de respeto a lo auténtico.

Los nuevos trabajos, luego de la creación del Departamento de Antropología en la Academia de Ciencias, no abandonaron la necesaria perspectiva tipológica ni la concepción del método inductivo para arribar al conocimiento. Se mantuvo de manera invariable los estudios de casos como unidades de análisis pertinentes a las problemáticas planteadas para estudiar el pasado colonial. Las técnicas de excavación que se utilizaban, como las calas y trincheras con lectura estratigráfica arbitraria o métrica, usadas por Rodolfo Payarés Suárez en la casa de Filomeno en Nueva Paz (1968) y la casa de la Obraría (1870), y por Ernesto Tabío y Rodolfo Payarés en los cafetales de la Sierra del Rosario (1968), entre otros trabajos posteriores, estaban en correspondencia a la atención privilegiada que se le concedía a la cronología en la arqueología aborigen, y la obtención de datos y artefactos para tales fines. Para el estudio del cafetal próximo a la finca El Liberal en la Sierra del Rosario, con un fin conservacionista, la sección de arqueología colonial del departamento se planteó: "...hacer una investigación a fondo en este sitio: limpiando las malezas, etcétera. En tal forma que permita hacer un levantamiento gráfico de las plantas de las estructuras, tomar fotografías, coleccionar ejemplares de estudio, etcétera, sin dañar las estructuras ni afectar la vegetación que ambienta el lugar." (Tabío y Payarés 1968: 6)

Como se ha observado en la práctica, las problemáticas para la conservación del patrimonio que motivaron las investigaciones, limitaron los esfuerzos a revelar características formales, no a explicar procesos sociales. Pero contrariamente a lo que había ocurrido en la primera mitad del siglo xx, la arqueología del período colonial se desarrolló con aspiraciones de ciencia básica y no como ciencia aplicada, en correspondencia a la concepción que tenían sus practicantes y el contexto científico en el cual se desarrolló. Esto lo propició la instrumentación de los principios del materialismo

histórico en el Departamento de Antropología para la década de 1960, los que exigían la búsqueda nomológica de los procesos históricos o sea, el discernimiento de leyes objetivas causales aplicables a una gran variedad de fenómenos sociales, cuestión que no pudo ser ni siquiera intentada en los estudios arqueológicos del período colonial. Para finales de los años sesenta del siglo XX, Estrella Rey, reconocida historiadora cubana que trabajó conjuntamente con el departamento, concebía que arribar a conclusiones válidas y científicas en la interpretación de los hechos históricos era similar a la formulación de la ley histórica, propósito fundamental de toda investigación (Rey 1969: 3-4). Pero la permanencia de una representación poco abierta sobre la cultura, a partir de su concepción como conjunto participado mentalmente de forma universal, y el criterio sumamente escéptico sobre el registro arqueológico, que era en todo caso un “mudo testigo” del devenir histórico, hizo que los estudios posteriores, desde la creación del departamento hasta la década del ochenta, no se apartaran de las maneras de hacer y pensar la arqueología que les precedió.

La diferencia la marcó la aplicación de la noción de necesidad histórica que trajo consigo el materialismo histórico, con el cual el proceso de transculturación fue parcialmente desmitificado, al asumirse esta variable investigativa en la comprensión de los procesos sociales. Estrella Rey proponía que la conquista influyó en la población indígena en dos sentidos: extinguiendo las masas aborígenes que se opusieron firmemente a la conquista, con la consecuente apropiación por los españoles de sus técnicas e instrumentos de producción, y elevando de cierta manera el nivel general de las fuerzas productivas entre los aborígenes que fueron sometidos por los españoles en los lugares donde hubo transculturación. De esta manera concibió que:

Nuestros aborígenes necesariamente tomaron algunos adelantos técnicos y culturales de los españoles, avances que se aceleraron al establecerse entre ellos relaciones de intercambio, en todo caso abusivas para los indios... existen numerosos ejemplares arqueológicos de la etapa estudiada que demuestran que los indios y los españoles intercambiaron conocimientos técnicos y culturales (Rey 1969: 3-4).

A pesar del reconocimiento de un intercambio sostenido entre hispanos y aborígenes sobre bases sociales asimétricas, la idea

de progreso no se abandonó y mucho menos el hecho de que la arqueología solo podía constatar y evidenciar materialmente tal proceso. Las investigaciones pioneras de Lourdes S. Domínguez acerca de la transculturación en contextos urbanos y rurales en Cuba, permanecieron fieles a la cosificación del proceso centrado en los conjuntos de rasgos y huellas de uso de los artefactos, pero con un planteamiento novedoso acerca de la observación mucho más exhaustiva de los contextos arqueológicos mediante los procedimientos de excavación que se manejaban. Su aporte fundamental fue proponer la distinción entre dos formas de apreciar las evidencias materiales que aparecían en sitios conceptuados como de transculturación desde la década de 1940.

Hasta la aparición de sus planteamientos, era equivalente del proceso de transculturación la presencia de utensilios o materiales hispanos en sitios aborígenes, sin diferenciar técnicamente la abundancia de los materiales ni los niveles estratigráficos en los cuales se presentaban (Domínguez 1978: 36-37). Esta arqueóloga propuso separar entre sitios de contacto y de transculturación, en virtud de los tipos de materiales encontrados, su masividad y presencia en los diferentes niveles estratigráficos que de manera métrica se establecían. El deslinde de las características de la llamada cerámica de transculturación acompañó estas distinciones medulares para verificar este asunto tan complejo a través de las evidencias materiales (Domínguez 1980: 19). Sus planteamientos, adelantados para la época, en ningún momento significaron el abandono de los presupuestos ontológicos y epistemológicos que fundamentaban la actitud verificacionista de los estudios arqueológicos coloniales. En todo caso, se visualizó el artefacto como la evidencia fehaciente más o menos susceptible que portaba aspectos de la realidad social inmediata, en correspondencia con los rasgos culturales que habían entrado en acción para dar como resultado un nuevo producto cultural homogéneo y por tanto identificable a escala de sitio arqueológico.

La relación arquitectura y arqueología sufrió un cambio sustancial luego de 1959 hasta 1987, con la participación de investigaciones arqueológicas en intervenciones restaurativas proyectadas esencialmente desde la arquitectura, que para la fecha contaba con el conocimiento legítimo para realizar estos trabajos. La problemática se manifestó en casos opuestos en los cuales la subordinación de la arqueología a los diseños restaurativos limitó el alcance de los estudios. Las metodologías empleadas variaron

asimismo en dos direcciones, las que respondieron a los propósitos restaurativos de inmuebles por parte de los investigadores, y las que, plegadas a procesos de transformación cultural, abrieron posibilidades de intervención arqueológica para la producción de conocimiento histórico.

Entre 1974 y 1983 la historiadora Ángela Peña Obregón dirigió los trabajos arqueológicos para la restauración de la casa natal de Calixto García en Holguín. Aunque no sabemos si la historiadora holguinera conocía el trabajo restaurativo de los años cuarenta en la parroquia mayor de Remedios, pues no se menciona en el cuerpo del artículo ni aparece citado en su aparato crítico, las técnicas arqueológicas empleadas respondieron dialécticamente a los fines planteados para la rehabilitación del inmueble. Su objetivo era lograr el estado original que tuvo en el siglo XIX, con el conocimiento previo de las transformaciones que mencionaban los documentos escritos y el empleo de técnicas arqueológicas con el fin de lograr una restauración que respetara la autenticidad de la casa (Peña Obregón 1987: 60-62). Este caso nos conduce a pensar que también las motivaciones y representaciones primeras de lo auténtico en la arqueología y la restauración de las construcciones coloniales, trazaron las pautas nucleares que acompañaron los trabajos posteriores con un esquema de relaciones completamente paradigmático.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia de Ciencias de Cuba (1964): *Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba. Memoria Anual Correspondiente al Año 1963*. La Habana.
- Bay Sevilla, L. (1939): "Lineamientos de una arquitectura americana" en *Revista de Arqueología*, Año I, No. 3, Comisión Nacional de Arqueología, La Habana, p. 17-22.
- Boytel Jambú, F. (1961): "Restauración de un cafetal de colonos franceses en la Sierra Maestra" en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*. Época V, Número único, Comisión Nacional de Arqueología y Etnología. La Habana, p. 27-56.
- Domínguez, L. S. (1980): "Cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obrapia" en *Cuba arqueológica* II, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- _____ (1978): "La transculturación en Cuba (siglos XVI-XVII)" en *Cuba arqueológica*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- García Castañeda, J., A. (1949): "La transculturación indo-española en Holguín" en *Revista de Arqueología y Etnología*, Época II, Año IV, No. 8-9, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, p. 195-205.
- García Valdés, P. (1938): "Brillante idea. La Comisión Antillana de Arqueología" en *Revista de Arqueología*, Año I, No. 1, Comisión Nacional de Arqueología, La Habana, p. 59-61.
- Guadarrama, P., M. (1983): "Algunas particularidades del positivismo en Cuba" en *Islas*, No. 76, Universidad Central de Las Villas, septiembre-diciembre, p. 103-124.
- Guarch Delmonte, J., M. (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Guás Llansó, A. (1968): "Cien años de Antropología Física en Cuba (1868-1968)". *Serie Cien Años de Lucha*, No. 4, La Habana.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. Trad. por A. del Valle y Fernando Ortiz. Cultural S. A. La Habana.
- Ibarra Cuesta, J. (1998): "La sociedad cubana en las tres primeras décadas del siglo XX" Capítulo IV. *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*. Editora Política, La Habana, p. 142-193.
- La Rosa Corzo, G. (2003): "La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI" en *Catauro*. Revista Cubana de Antropología, No. 8, Año 5, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, p. 36-46.
- _____ (2000): "Perspectivas de la arqueología histórica en Cuba en los umbrales del XXI" en *Revista Bimestre Cubana*, Época III, Vol. IXXXVII, No. 12, Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, p. 124-135.
- Lourau, R. (1988): *El análisis institucional*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Masa y Santos, A. (1952): "La iglesia parroquia mayor de San Juan Bautista de Remedios. Indicaciones sobre su valor artístico e histórico y la necesidad de su conservación" en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, Época II, Año VII, No. 13-14, Comisión Nacional de Arqueología y Etnología. La Habana, p. 287-331.
- Miguel Alonso, O. (1949): "Descubrimiento y excavación de un montículo funeral en el potrero: El Porvenir" en *Revista de Arqueología y Etnología*, Época II, Año IV, No. 8-9, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, pp. 175-194.
- Morales Patiño, O. y R. Pérez Acevedo (1946): "El período de transculturación indohispánico" en *Revista de Arqueología y Etnología*, Época II, Año I, No. 1, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, p. 5-20.

- Nora, P. (1984): "Les lieux de mémoire" en *La République*, vol. I, Gallimard, París.
- Payarés Suárez, R. (1970): *Excavaciones arqueológicas en la Casa de la Obrapia*. Departamento de Antropología. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, (Inédito).
- _____ (1968): *La casa de Filomeno en Nueva Paz*. Serie Granja 17 de Mayo, No. 6, Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Peña Obregón, A. (1987): "La investigación arqueológica en la restauración de la Casa Natal de Calixto García" en *Revista de Historia*, Año II, No. 3, Holguín.
- Pérez Beato, M. (1938): "Informe de la Comisión Nacional de Arqueología (Sección Colonial) sobre el Hospital e Iglesia de San Francisco de Paula" en *Revista de Arqueología*. Año I, No. 1, Comisión Nacional de Arqueología, La Habana, p. 3-7.
- Prat Puig, F. (1947): *El prebarroco en Cuba. Una escuela criolla de arquitectura morisca*. Burgay y Cía, La Habana, [Fundació Caixamanresa, Diputació de Barcelona].
- Rey, E. (1969): *La transculturación indohispánica en Cuba*. Serie Histórica, No. 4, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Roig de Leuchsenring, E. (1946): "Legislación sobre arqueología aborigen, arqueología colonial, declaraciones de Monumentos Nacionales y etnología" en *Revista de Arqueología y Etnología*. Año I, Época II, No. 2, Comisión Nacional de Arqueología y Etnología. La Habana, p. 8-74.
- Rouse, I. (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills. Cuba*. Yale University, Yale.
- Sección Oficial (1939): "Reglamento de la Comisión Nacional de Arqueología" en *Revista de Arqueología*, Órgano Oficial de la Comisión Nacional de Arqueología. Año I, No. 3, La Habana.
- Tabío, E. y R. Payarés Suárez (1968): "Sobre los cafetales coloniales de la Sierra del Rosario" en *Serie Pinar del Río*, No. 17, La Habana.
- Venegas, C. y N. Raola (1986): "Datos históricos de la Parroquial Mayor de San Juan Bautista de los Remedios" en *Universidad Central de Las Villas*, s/n, Villa Clara, p. 87-94.

LOS PEREZOSOS EXTINTOS DE CUBA: ALGUNAS REFLEXIONES A PROPÓSITO DE LOS ÚLTIMOS FECHADOS RADIOCARBÓNICOS

STEPHEN DÍAZ-FRANCO



...es preciso para progresar no dejarse atrapar en la polarización de una revuelta crítica como tampoco en la inercia del paradigma.

E. AGUIRRE, 1989

INTRODUCCIÓN

A pesar de los cientos de yacimientos paleontológicos excavados en una extensa área geográfica que abarca diferentes islas como Cuba, La Española, Puerto Rico, Curaçao y Granada, la disponibilidad de fechados para evaluar los diferentes contextos es aún muy reducida.

Las investigaciones paleontológicas en Cuba, todavía reflejan una notable desproporción entre los resultados y esfuerzos dedicados a resolver problemas puramente taxonómicos, y los destinados a conocer cuestiones de otra índole en nuestro registro fósil. Los datos publicados por Rodríguez *et al.* (1984) utilizando el método del colágeno residual, constituyen el punto de partida sobre esta temática. Afortunadamente en estos últimos diez años hemos tenido algunos avances con la obtención de varios fechados radiocarbónicos de material fósil de perezosos e insectívoros (MacPhee y Flemming 1999; MacPhee *et al.* 1999; Jull *et al.* 2004; MacPhee *et al.* 2007).

La presencia abundante y reiterada de algunas de nuestras especies extintas en contextos culturales aborígenes ha marcado, sin ambigüedades, un momento importante en la propia historia de su existencia, vinculado a la llamada "última aparición o presencia" [Last Appearance]. Este es el caso de varias especies de roedores como *Geocapromys columbianus* (Chapman 1893), *Boromys offella* (Miller 1916), y *Boromys torrei* (Allen 1917), que han sido reportadas en múltiples residuarios del archipiélago cubano (Córdova y Arredondo 1988; Castellanos y Pino 1988). La continua asociación estratigráfica de un taxon con evidencias arqueológicas, su representatividad como dieta, unido a una inferida correlación



Figura 1. Don Carlos de la Torre con el esqueleto montado de *Megalocnus rodens*.

logrado importantes progresos (White y MacPhee 2001). Estos nuevos datos han generado todo un grupo de interrogantes y cambios en algunas concepciones sobre su historia en el contexto antillano. El presente trabajo tiene entre sus objetivos reflexionar críticamente acerca de estos aspectos que son muy debatidos actualmente. También incluye un análisis de la literatura cubana que ha sido el basamento de temas relacionados, largamente controvertidos y de opiniones divergentes, como el de la coexistencia megafauna-aborigen, interacción, extinción en el contexto de Cuba, entre otros.

SOBRE LA DISTRIBUCIÓN CRONOLÓGICA DEL ORDEN PILOSA: CUBA

Imagocnus zaza (MacPhee e Iturralde-Vinent 1994), es el taxon de mayor antigüedad en Cuba, proveniente de Domo de Zaza, Sancti Spiritus, de edad mioceno inferior tardío. No se conocen especies de este género en el cuaternario, aunque Silva *et al.* [2008,

temporal, han servido como criterios para sugerir cierto grado de interacción entre la fauna nativa de alguna región o isla en particular y el ser humano arribante, que propicia o acelera un proceso de extinción en detrimento de su diversidad y abundancia (Morgan y Woods 1986).

Especialmente los miembros del orden pilosa continúan siendo un enigma en muchos aspectos de su historia evolutiva (véase White y MacPhee 2001). Desde la perspectiva taxonómica se han

reconocieron la existencia de un perezoso con caracteres muy similares a *Parocnus*, que por sus grandes proporciones pudiera tratarse de *Imagocnus*, pero proveniente de un contexto pendiente de estudio.

Los géneros *Parocnus* (Miller 1929), *Acratocnus* (Anthony 1916), y *Neocnus* (Arredondo 1961) parecen ser más recientes. Aún no existen fechados radiocarbónicos de *Neocnus*, pero según Mayo (1980) sus especies podrían distribuirse entre el pleistoceno medio y pleistoceno tardío, con probabilidades de hasta el pleistoceno inferior, valorándose supuestos caracteres primitivos y evolucionados, mas cuestiones de tipo geólogo-geomorfológicas de los depósitos. De acuerdo con Silva *et al.* [2008], todas las especies descritas del género *Neocnus* representan un mismo taxon. [Un fechado reciente por medio del colágeno residual de un ejemplar de *Neocnus* sp., ubica al género en el holoceno medio (Arredondo 2007a).]

El hallazgo de restos de *Neocnus major* Arredondo, 1961 (= *N. gliriformis* Matthew 1931) entre los sedimentos que rellenan la caverna de Paredones, llevó a Mayo (1980) a considerarlo de edad pleistoceno superior. En su opinión, esos sedimentos provenían de las arcillas y arenas rojas con gravillas y gravas de la formación Villaroja (Kartashov *et al.* 1975), correlacionables con una transgresión marina durante el Interglacial Yarmouth del pleistoceno medio.

Franco *et al.* (1992) consideran que la formación Villaroja por su posición estratigráfica posee una edad pleistoceno superior y no pleistoceno medio; y sobre la base de estos criterios la edad de los fósiles de la caverna de Paredones resulta incierta.

Con relativa frecuencia aparecen en Cuba asociaciones de vertebrados fósiles compuestas por numerosos individuos de diferentes géneros y especies de perezosos en una misma localidad (véase Varona y Arredondo 1979: tabla 11). A algunas asociaciones integradas por *Megalocnus-Mesocnus* (= *Parocnus*)-*Neocnus* se les ha atribuido una edad pleistoceno superior; y hasta pleistoceno medio (caverna de Pío Domingo, Pinar del Río) (Mayo 1980). Este mismo autor también sugirió que los restos de *Neocnus gliriformis* de la localidad Las Llanadas, provincia Sancti Spiritus, mezclados con acumulaciones de turbas fosilíferas y otros restos óseos de perezosos y cocodrilos, pudieron haberse depositado en el pleistoceno medio, juzgando la edad probable de pleistoceno inferior para la terraza donde se encuentra el depósito.

Otra asociación de perezosos localizada en la cueva del Túnel, al sur de Ciudad de La Habana, compuesta por los géneros mencionados más *Acratocnus*, fue considerada del pleistoceno (Arredondo 1975). Particularmente el lugar donde aparecieron los fósiles, denominado Bolsón de los Huesos, fue caracterizado como un sumidero parcialmente relleno por depósitos alóctonos y autóctonos, cuyo análisis estratigráfico indicó evidentes procesos de redeposición.

Los fenómenos de reagrupamiento tafonómico (Fernández-López 2000), son muy comunes en las cuevas, y generan asociaciones fósiles con valores de diversidad más altos que cualquiera de las asociaciones originales al estar integradas por entidades de distintos ambientes, posiciones estratigráficas y edades. Es obvio que asignar edades a depósitos con estas características resulta problemático; así como metodológicamente erróneo atribuir una edad a toda la estructura de un yacimiento a partir de un sólo elemento *sensu lato*. Es muy probable que, entre las asociaciones nuestras reportadas de vertebrados, hubiesen podido detectarse asociaciones condensadas, constituidas por elementos que corresponderían a entidades cronológicamente sucesivas.

Arredondo (1975) alertó sobre una posible correspondencia entre abundancia y edad geológica entre varios táxones de perezosos, de modo que en sitios con bastante antigüedad *Miocnus* (Matthew 1919) (= *Acratocnus*) y *Cubanocnus* (Kretzoi 1968) (= *Neocnus*) serían relativamente abundantes; y en terrenos que pudieran corresponder a épocas más recientes, *Megalocnus* (Leidy 1868) y *Mesocnus* (= *Parocnus*) abundarían considerablemente. Estas observaciones no han sido sometidas a comprobación. En general, de acuerdo con Arredondo (1975), Paula (1979), y posteriormente Silva *et al.* [2008] con un estudio de amplias series de ejemplares de todas las especies cubanas, es posible reconocer que *Parocnus browni* y *Megalocnus rodens* parecen ser especies mucho más comunes que *Acratocnus antillensis* en los depósitos fosilíferos.

En principio, una posible convivencia de los representantes de las culturas más tempranas de Cuba con mamíferos extinguidos de la llamada fauna "pleistocénica", adjudicaba cierto nivel de antigüedad. El reporte de Miller (1929) sobre restos de perezosos asociados a evidencias arqueológicas en La Española, está entre los primeros aportes de una posible sobrevivencia de este grupo de mamíferos posterior al pleistoceno en las Antillas.

La probabilidad de que los perezosos hubiesen sobrevivido hasta al holoceno en Cuba ya había sido expuesta por Harrington (1935) (cueva de La Caleta, Jauco, Guantánamo), cuando sospechó de una posible asociación cronológica entre huesos de *Megalocnus* y restos óseos considerados desperdicios alimentarios de origen antrópico: "El encuentro en el depósito de desperdicios, de huesos de *Megalocnus* mezclados con los de pescados y tortugas, usados regularmente por los indios como alimento, nos conduce a sospechar que aquel curioso animal pudo ser contemporáneo con los primeros habitantes de esta cueva, *más carecemos de pruebas concluyentes.*" (Subrayado del autor)

En la obra de Harrington (1935) se citan otras localidades como cueva Mylodon, Guantánamo; cueva del Muerto, cerca del poblado de Siboney, Santiago de Cuba; y Abrigo rocoso de Portales, Pinar del Río. Otros autores como Herrera (1945); Tabío (1951); Rivero (1966); Dacal [comun. pers., citado por Rodríguez *et al.* (1984)]; Pino y Castellanos (1985), Hernández (2001) también hicieron referencia a este asunto, mencionando posteriormente numerosos casos similares de asociación estratigráfica y hasta de interacción entre perezosos extintos y humanos [ej. cueva de la Monja, La Habana; cueva No. 1 de Punta del Este, Isla de la Juventud; cueva de la Guinea, Sancti Spíritus; cueva de los Musulmanes, Matanzas; cueva del Chino, Cayo Lucas; cueva de los Niños, Cayo Salinas; cueva de la Masanga, Holguín; Cazuela 1, Matanzas; etcétera.]

Los reportes de la gran mayoría de estas localidades han estado carentes de análisis que en profundidad demuestren convincentemente las hipótesis propuestas de asociación cronológica; y muchos de los trabajos posteriores sobre el tema manifiestan por lo general un carácter compilatorio. Sobre este último aspecto, los artículos de Pino y Castellanos (1985) y Tabío (1951) constituyen buenas excepciones, pues reconocen de modo explícito la existencia de casos evidentemente dudosos sobre posibles asociaciones (aborígenes-perezosos). Sin embargo, resulta interesante que, a pesar de que Tabío (1951) niega una posible asociación estratigráfico-temporal entre aborígenes y perezosos; no incluye en el acápite "Restos de comidas" a este grupo de mamíferos en particular. Asimismo, se concluye que la única diferencia en cuanto a restos de comida entre los "Complejos I y II" parece ser que, en el II "...encontramos más excavaciones que muestran restos de pescado, que en el I."

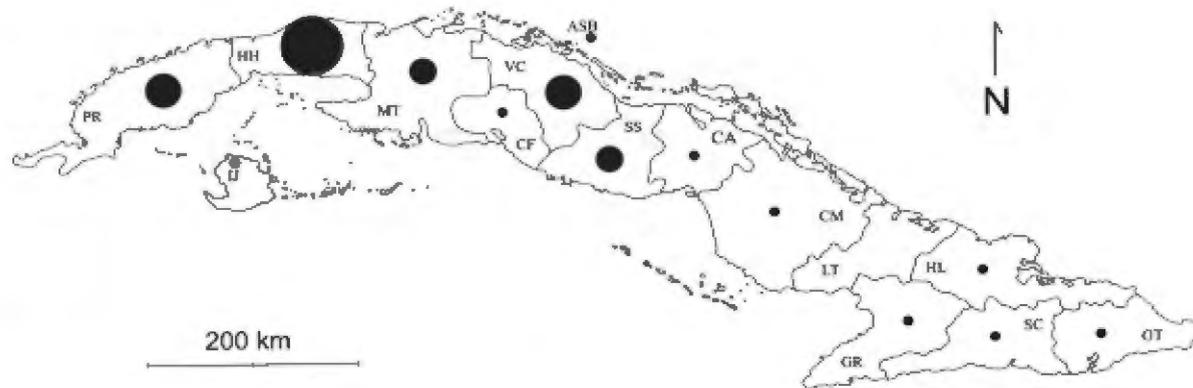


Figura 2. Mapa con las localidades de *Megalocnus rodens* de Cuba. Las dimensiones del círculo negro obedecen a la cantidad de sitios reportados en cada territorio. Pinar del Río, 10; La Habana, Mayabeque, Artemisa, 25; Matanzas, 13; Villa Clara, 13; Cienfuegos, 2; S. Espíritu, 12; Ciego de Ávila, 1; Camagüey, 2; Holguín, 3; Granma, 1; Santiago de Cuba, 1; Guantánamo, 3; Isla de la Juventud, 3; Archipiélago de Sabana, 1. Mapa tomado de Silva et al., 2008 (modificado).

Rivero de la Calle (1966), aunque no descartó la posibilidad de una coexistencia entre perezosos y aborígenes, prefirió valorar con reservas algunos casos planteando lo siguiente: "...la aparición de estos mamíferos en los cayos del nordeste de Caibarién, y en Isla de Pinos (...) prueba más bien la gran antigüedad de los mismos, que su utilización por el indio, aunque no debe descartarse completamente la posibilidad de la coexistencia de los perezosos con el indio".

La extracción de grasas y aminoácidos a huesos de *Megalocnus rodens* por medio de técnicas cromatográficas, constituyó un resultado científico de gran interés e importancia (Rodríguez y Hernández 1992). Es muy probable que, colateralmente con las condiciones del ambiente fosildiagenético —indiscutiblemente muy favorables—, el factor de poca antigüedad haya desempeñado un papel significativo. Varios investigadores han dedicado esfuerzos a precisar los fechados obtenidos a través del colágeno residual para nuestras condiciones, lográndose edades de hasta 2410 ± 40 años de antigüedad (holoceno tardío) en muestras de *M. rodens* (Vento et al. 1981; Rodríguez et al. 1984).

El primer fechado radiocarbónico de un perezoso cubano le correspondió a *Megalocnus rodens*; a partir de una muestra procedente de cueva Beruvides, Matanzas (MacPhee y Flemming 1999). [Erróneamente atribuido a *Parocnus browni* en Jull et al. (2004).] corroborándose los resultados obtenidos anteriormente por medio

del colágeno residual, que ubicaba a miembros del orden pilosa en el holoceno medio (véase Rodríguez et al. 1984). También se han fechado por igual método otros huesos de una segunda especie extinta (*Parocnus browni* Matthew, 1931), obteniéndose edades entre el pleistoceno superior y holoceno medio (tabla 1). La presencia de miembros de este género en el pleistoceno superior ya había sido sugerida por Mayo (1980).

MacPhee et al. (2007) acaban de obtener el registro más

tardío de un perezoso cubano a partir de un fragmento de incisivo asignable a *Megalocnus rodens*, de solapa del Sílex, Ciudad de La Habana. De acuerdo con estos autores, este fechado es el más tardío a nivel antillano para un perezoso bien definido taxonómicamente a nivel específico. De estos mamíferos existen evidencias aún más recientes en las Antillas, pero adjudicables solo a *Megalonychidae* (Trou Wòch Sa Wo, Haití: 3715 ± 50).

PEREZOSOS EXTINTOS Y ABORÍGENES: COEXISTENCIA E INTERACCIÓN

La abundancia y calidad de los datos actuales sobre el tema de la coexistencia apunta a ser un problema resuelto. La comparación de los fechados de esta fauna extinta y el más temprano de un sitio arqueológico (Levisa, Holguín, ver tabla 1), indican sin lugar a dudas un lapso temporal de más de 1 000 años de coexistencia en nuestro territorio. Datos cronométricos recientes [información en proceso de publicación], amplían este período de coexistencia, si se tiene en cuenta que el poblamiento temprano de Cuba sobrepasa los 6 000 años AP (Roberto Rodríguez, comun. pers. 2008).

Toda interacción lleva implícita, por fuerza lógica, una coexistencia; pero lo contrario no es cierto. La asincronía entre elementos faunales y "culturales" asociados en un mismo nivel estratigráfico, invalida de inmediato las probabilidades de interacción en un punto específico de la geografía o localidad. La Solapa del Sílex cons-

tituye un magnífico ejemplo de este planteamiento (véase MacPhee *et al.* 2007), y en particular, de lo riesgoso de asumir correlaciones temporales entre elementos incuestionablemente asociados estratigráficamente. La disparidad cronológica entre *Megalocnus rodens* y los restos humanos de la capa superior en esta localidad, pone a relieve la debilidad de muchas de las afirmaciones anteriores sobre supuestas correlaciones temporales y por ende de interacción entre perezosos extintos y grupos aborígenes.

El estudio de los trabajos mencionados anteriormente, evidencia una fundamentación primaria de las correlaciones cronológicas en la correspondencia de las entidades a un mismo nivel estratigráfico [cuando los elementos de un mismo nivel pueden representar intervalos temporales diferentes a los del nivel estratigráfico en que se encuentran], y secundariamente, en criterios como fracturas, efectos de fuego, cortes, etc.; que en consecuencia se han asumido como intencionales e indicadores de procesamiento. Desafortunadamente, ninguna de estas conclusiones pueden considerarse válidas si no están avaladas por una rigurosa y detallada fundamentación (macro y microscópica, entre otros múltiples aspectos), acorde con las exigencias actuales sobre la

temática. Por lo tanto, es lícito aceptar que no disponemos de sólidas argumentaciones sobre las aludidas interacciones.

Ahora y con bases objetivas, la Solapa del Silex deja de ser útil como localidad con evidencias propias de coexistencia e interacción (hay más de 1 000 años de diferencia entre los restos de perezosos y humanos); aunque el fechado del perezoso adquiere relevancia como punto de referencia para comparar con otros sitios con registros tempranos de ocupación humana en Cuba.

Si consideramos que, independientemente de la magnitud, el término interacción lleva implícita una acción unidireccional —o en ambos sentidos— de grupos humanos sobre elementos vivos de una fauna y no sobre indicios de su existencia (restos óseos, dientes, etc.), hasta una correlación cronoestratigráfica entre perezosos y humanos pudiera resultar insuficiente para demostrar una interacción. Por lo tanto, demostrar el uso intencional en vida del animal para alguna función determinada, se convertiría en elemento probatorio de primer grado, independientemente de las cuestiones estratigráfico-temporales del registro. En consonancia con esta línea de pensamiento, Fisher (1984) ha planteado que algunos autores han criticado las posiciones restrictivas que ven como indis-

pensable la asociación de artefactos líticos y huesos de animales para demostrar la incidencia humana; cuando existen ciertos patrones de modificación de los huesos que son altamente diagnósticos de su actividad.

Reconocer a los perezosos cubanos como parte de la dieta aborígen continúa siendo un dilema. MacPhee *et al.* (2007) mantienen el criterio de que aún no existen bases objetivas para determinar si las asociaciones reportadas son reales o meramente accidentales. Particularmente comparto sus opiniones, y considero que los perezosos todavía no califican entre los casos resueltos de interacción para el periodo de ocupación aborígen; a pesar de los datos aportados por muchos de los autores mencionados.

Los perezosos fueron un grupo de mamíferos particularmente exitoso en cuanto al alcance de su distribución geográfica. Los depósitos donde aparecen están dispersos en todo el archipiélago, tanto en la isla principal como en cayerías, en zonas

TABLA. FECHADOS RADIOCARBÓNICOS DE PEREZOSOS EXTINTOS Y DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE CUBA

LOCALIDAD	EDADES RADIOCARBÓNICAS	CONTEXTO
Levisa ¹	5140 ± 170	A
Solapa del Silex ²	4190 ± 40 <i>Megalocnus rodens</i>	A
Cueva Beruvides ³	a 6250 ± 50 <i>Megalocnus rodens</i>	P
Las Breas de San Felipe ⁴	4960 ± 280 <i>Parocnus browni</i>	P
Ibid. ⁴	10520 ± 440 <i>Parocnus browni</i>	P
Ibid. ⁴	b 11880 ± 420 <i>Parocnus browni</i>	P

A Sitio arqueológico.

P Depósito paleontológico.

¹ Kozłowski (1974).

² MacPhee *et al.* (2007).

³ MacPhee *et al.* (1999).

⁴ Jull *et al.* (2004).

a 6330 ± 50 (fechado corregido, MacPhee y Flemming 1999).

b 11800 ± 280, en Jull *et al.* (2004: 670), probable *lapsus calami*.

de llanuras y montañas. De un total de 141 sitios contabilizados por Silva *et al.* [2008], sólo 23 se han presentado con indicaciones de contemporaneidad con grupos humanos —en algunos casos de interacción—; y por lo tanto, potencialmente holocénicos. [Esta última cifra no incluye valoración alguna sobre las discrepancias que existen sobre las interpretaciones de varios sitios, por lo que es extremadamente relativa y pudiera ser hasta menor.] Dentro de ese total algunos pudieran adjudicarse al pleistoceno, fuera del alcance del período más temprano de ocupación aborígen. También los fechados de esta fauna para el holoceno aún son escasos, y no existe una imagen clara sobre su disponibilidad como recurso de subsistencia.

El Centro de Antropología (actual Instituto Cubano de Antropología, ICAN) (2003) estimó la existencia de 2 247 sitios arqueológicos durante el lapso temporal holoceno medio-tardío, a través de todo el territorio nacional. De estos, 297 corresponden a preagroalfareros con tradiciones paleolíticas que, en teoría, pudieran estar potencialmente favorecidos para mostrar evidencias de interacción. Dentro de esta última posibilidad, también podría considerarse algún que otro sitio de filiación cultural preagroalfarera con tradiciones mesolíticas (1 351 sitios para todo el país), que pudiera estar representado en el holoceno medio (Osvaldo Jiménez, comun. pers. 2008).

Dentro de los 23 sitios arqueológicos mencionados anteriormente, todas las especies de perezosos han sido identificadas. Sólo cuatro provincias (Matanzas, Cienfuegos, Ciego de Ávila y Granma) carecen de estos reportes. Las otras 10 manifiestan un registro variable: ocho provincias cubanas (más de 50 %) poseen entre 0 y 1 localidad, una provincia con seis, tres provincias con dos, una provincia con cuatro y una provincia con tres. *M. rodens* es la especie más mencionada, pues está presente en la gran mayoría de los sitios. *P. browni* y *N. gliriformis* se muestran muy similares, *A. antillensis* muy pobre en sus registros.

BREVE ANÁLISIS DE ALGUNOS CASOS

1) La cueva de los Niños o cueva Funeraria de los Niños, Cayo Salinas, constituye uno de los sitios más citados por diferentes autores como evidencia de coexistencia y posible interacción entre perezosos y aborígenes —y de acuerdo con Aguayo (1950), entre los más importantes. Sin embargo, algunos arqueólogos como Pino y Castellanos (1985) manifiestan que sobre esta posible asociación han existido sus dudas, puesto que los restos de perezosos

aparecen al final de una galería —llamada galería o cueva de los Megalocnus—, y los vestigios culturales aborígenes en otra parte, llamada cueva de los Niños. Según Álvarez (1951) son dos cuevas comunicadas.

El depósito estaba compuesto por perezosos, jutías extintas y aves, y su alteración impidió a Aguayo (1950) a determinar si su existencia se debía a una acumulación por arrastre, o a un depósito “in situ”. Sobre este aspecto manifestó que no pudo definir entre “...acarreo mecánico —poco probable— o de un transporte de propósito por los habitantes de la caverna.” Sin embargo, a pesar de sus dudas, planteó en páginas posteriores (p. 11) que “Los más recientes hallazgos de osamentas en cayo Salinas, por la Sociedad Espeleológica, especialmente en las especies más pequeñas del género *Mesocnus*, no resisten la expresada argumentación.” [Haciendo referencia a la coexistencia de indios y perezosos.] Álvarez (1951) reconoció compartir la opinión con Aguayo de que la acumulación de restos de *Megalocnus*, *Mesocnus* (= *Parocnus*) y otros vertebrados, en un lugar apartado de la cueva del Megalocnus, “...corresponde a un residuario intencional de cocina por los primitivos moradores de estas cavernas, que utilizaron a esos animales en su dieta, lo que explica, además, la fragmentación y mezcla de esos restos óseos.”

El material de esta localidad resultó abundante, excediendo los 200 individuos del género *Parocnus*, y de *Megalocnus* unos pocos (Arredondo 1977). De entre las ramas mandibulares Arredondo (1977) identificó una especie nueva, e indicó como edad geológica probable pleistoceno superior. En su artículo no aparece referencia alguna a la posición de la muestra dentro de la cueva —tal vez la mencionada galería del Megalocnus— ni a la debatida posibilidad de asociación de los perezosos con evidencias humanas; que como consecuencia, conllevaría a sugerir una edad geológica más reciente que la propuesta.

Posteriormente, Rodríguez *et al.* (1984) publicaron varios fechados a partir del colágeno residual de materiales de esta misma localidad: *Parocnus* (holoceno medio: 3250 ± 200 AP), y restos humanos (holoceno tardío: 2590 ± 120 AP). Al menos, las muestras analizadas se hallan distanciadas temporalmente en más de 300 años.

Particularmente considero que el caso de la cueva de los Niños en cayo Salinas, es un ejemplo más entre tantos, de ausencia de datos concluyentes, donde la segregación espacial y temporal de

los dos grupos de evidencias (antrópicas y faunales) son criterios desfavorables sobre la hipótesis de una posible actividad humana; aunque no excluyentes. Pero, como en otras ocasiones, las fundamentaciones son poco apropiadas, y esto es crítico llegado el momento de determinar si el sitio pudiera ser aceptado o no como evidencia real de coexistencia e interacción.

2) Una nueva localidad con restos de vertebrados fósiles denominada solapa del *Megalocnus*, se reportó en la zona de El Charcón, municipio Corralillo, Villa Clara (Pradas 1998; Arredondo 1999; Arredondo 2004, 2007a; Arredondo y Villavicencio [2006]). Los datos publicados han defendido la hipótesis de un agente causal humano en las acumulaciones de vertebrados, definiendo la localidad según Arredondo y Villavicencio (en Pradas 1998) como un "...comedero y que la oquedad no era más que un tragante de desechos." Algunos investigadores como R. D. E MacPhee (American Museum of Natural History, New York) y M. A. Iturralde Vinent (Museo Nacional de Historia Natural, Cuba) discreparon sobre la interpretación de la génesis de las acumulaciones —igualmente nosotros—, aludiendo un origen natural; también restaron valor científico a ciertas evidencias debido a las alteraciones detectadas en el contexto (véase Pradas 1998: 9-11).

Los resultados publicados sobre la solapa del *Megalocnus* representan uno de los estudios más detallados sobre cuestiones de posible coexistencia e interacción entre fauna extinta y grupos humanos en Cuba. No obstante, se considera necesario realizar algunas valoraciones sobre varios aspectos relevantes de sus interpretaciones previas, a través de las cuales se pone en duda el origen antrópico de dicha localidad:

1) En sus aspectos más generales, la composición taxonómica de la solapa del *Megalocnus* no difiere en absoluto de ningún depósito paleontológico típico, en el que aparecen juntos tanto anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Y desde este punto de vista, si es que existió, no se aprecia algún carácter selectivo "distintivo" en la composición del sitio. Arredondo y Villavicencio [2006: 162] inevitablemente reconocen que la solapa del *Megalocnus* "...es muy representativa de la diversidad de fauna pleistocénica cubana (sic)..."

2) No se han aportado evidencias claras que justifiquen las relaciones de abundancia detectadas en el depósito a partir de estrategias de caza.

Dentro de la totalidad de la biota identificada, sólo una parte se consideró incorporada por humanos a la solapa, y se planteó que las relaciones de abundancia —en número de individuos para algu-

nas especies y particularmente algunos estadios ontogénicos—, responden a estrategias de caza. Es cierto que las sugeridas estrategias de caza pudieran imprimir, y de hecho explicarían, un carácter selectivo en las relaciones de abundancia detectadas; pero también resulta crucial dilucidar si este panorama no es más que un reflejo del sesgo de la estructura de las paleocomunidades de vertebrados del área hacia algunos grupos de mamíferos en particular, adicionalmente alterado por procesos tafonómicos de transporte y deposición en un área de acumulación local (pero véase más abajo).

3) No es posible justificar las relaciones espaciales de las entidades en el depósito como producto de la actividad humana aborigen, si la estructura original del sitio se evidencia alterada.

Arredondo y Villavicencio (2006) parecen visualizar en la solapa del *Megalocnus* un tipo de "reservorio o vertedero de residuos alimenticios", y plantean que la posición de los huesos de perezosos en el depósito les permite considerar que fueron arrojados a este de manera arbitraria por algún grupo humano. Sin embargo, semejante distribución espacial no debiera considerarse confiable o verdadero indicador de la acción antrópica, si como es admitido, el depósito ha sido alterado por posibles arrastres mecánicos de las aguas, hasta colocar a 0,40 m (o sea, 44,4 % de la profundidad del depósito) una especie introducida (*Sus scrofa* Linneo) en franca mezcla desde el nivel superficial con especies extintas. [Los restos de *Sus scrofa* aparecieron de forma continua hasta la citada profundidad en todas las secciones de la excavación, aunque muy concentrados en la NE y SE. Véase tabla II: p. 163.]

4) Se define la oquedad como un lugar de deposición o vertedero de residuos alimenticios de origen humano, sin embargo se invoca en múltiples ocasiones a toda una serie de procesos que apuntan a un historia mucho más compleja y multiorigen de los materiales que la integran.

Se plantea que la mayoría de las entidades fueron afectadas por procesos de preenterramiento (bioestratinómicos), y catalogan a la solapa del *Megalocnus* como una asociación mezclada. En consecuencia, sugieren posibles procesos de resedimentación (¿para materiales que pudieron estar acumulados tal vez en el área, o dentro de la solapa propiamente?), y hasta de reelaboración (entiéndase entonces, la incorporación de entidades previamente producidas y enterradas, provenientes de algún otro contexto o similar).

Adicionalmente se ha planteado la hipótesis de que los procesos postdeposicionales de resedimentación, pudieran justificar parte de las piezas óseas de perezosos ausentes en el depósito —de supuesto origen antrópico en el área. Entonces, de ser así, es lícito advertir que colateralmente, la solapa del *Megalocnus* es una asociación sesgada hacia esos grupos por fenómenos naturales de transporte. Aquí es muy importante y necesario definir el posible entorno de ocurrencia del proceso de alteración invocado: el resultado podría no ser el mismo si ocurre en el exterior y hacia la oquedad, que movilizar restos incluidos en el interior de una oquedad espacialmente “reducida”.

Los procesos de resedimentación tafonómica involucran desplazamientos, y hasta deterioros en las entidades (Fernández 2000). Si como está sugerido, la ausencia de estos restos óseos resultara explicable por medio de procesos de resedimentación, es poco probable que hubiese ocurrido dentro de la propia oquedad hasta hacerlos desaparecer, y sí mejor en áreas aledañas al lugar de enterramiento final (la oquedad). En consecuencia, esto también haría admitir que el área circundante también pudo jugar un papel de acumulación (hipotéticamente de origen antrópico), y no siempre la oquedad como lugar de vertimiento primario. Además, plantear que los procesos de resedimentación “responsables de la ausencia de restos óseos” se produjeron en el interior de la cavidad, obligaría a reconocer una dinámica significativa que afectaría las disposiciones espaciales previas de otros elementos, y por ende a considerar nuevos factores en su interpretación. Simultáneamente, para justificar la ausencia de restos craneales en perezosos del género *Neocnus*, los autores acuden alternativamente a la sospecha de un posible despiece intencional en lugares de captura.

Una parte de la fauna de roedores (géneros *Boromys* [Miller 1916], y *Geocapromys* [Chapman 1901]) aparece muy poco representada “debido a resedimentaciones”, y sobre esa base se sugirió un lugar de producción diferente al de la solapa. Este es otro criterio —basado en la propia opinión de los autores—, que apunta a la posibilidad de admitir acumulaciones fuera de la solapa, y un transporte (con posible selección, y preservación diferencial, etc.), para explicar el porqué de su presencia en el interior de la oquedad.

5) Las dimensiones espaciales de la oquedad son las actuales, limitando los cuestionamientos sobre el posible valor del transpor-

te natural para tratar de explicar las composiciones, tanto anatómica como taxonómica observadas.

Arredondo y Villavicencio [2006: 166] advierten una contradicción entre el espacio tan reducido de la solapa del *Megalocnus*, y un origen por arrastre mecánico de las aguas. Pero, estas dimensiones y características generales actuales pudieran no ser las mismas en el pasado. Otra morfología y/o mayores dimensiones pudieran favorecer su función colectora local con una mayor capacidad y efectividad. Los mismos autores, coincidentemente, sugieren la posibilidad de ciertos cambios morfológicos en la oquedad, pero no lo correlacionan con los procesos que posteriormente mencionan: transporte y acumulación de peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos (en este último grupo involucran todos los táxones identificados: insectívoros, perezosos y roedores), para explicar determinadas interrogantes sobre la composición anatómica del depósito. Por lo tanto, y juzgando sus propias observaciones, las dimensiones espaciales actuales de la solapa del *Megalocnus* no representan un criterio válido que permita excluir su funcionamiento en el pasado como sumidero o punto local de acumulación, entre las interpretaciones de la génesis de los restos de vertebrados presentes.

Una observación importante a análisis previos —con evidentes influencias interpretativas—, es la asignación de estados mecánicos de conservación, a partir de la posición de las entidades (mayormente superficiales) en la estructura del depósito. Se concibe que “Peces, anfibios e insectívoros poseen un registro mayormente en los niveles superficiales, sus restos óseos pudieran arribar al depósito posterior a la conformación de este, o sea, son restos producidos en otro lugar y luego resedimentados o reelaborados.” La posición de las entidades en la estructura de los depósitos no es un criterio para definir estados mecánicos de conservación (véase Yébenes y Díaz-Molina 1989). La ubicación que tienen las evidencias depende del momento en que se incorporan a los depósitos durante la sedimentación; esto puede ocurrir independientemente del estado mecánico, y hasta del momento en que acontece la producción. Como ya ha sido reconocido, el tiempo de producción puede ser anterior, contemporáneo o posterior al proceso de la sedimentación (Yébenes y Díaz-Molina 1989).

6) Las mordidas de cocodrilos en el material óseo no se consideran un argumento válido para sugerir el origen antrópico de los restos de perezosos en el depósito.

La identificación de mordidas de cocodrilo en restos de perezosos se utilizó como fundamento para interpretar el posible origen antrópico de estos mamíferos en la solapa del *Megalocnus*. Mas, debiera valorarse lo altamente indirecto que pudiera ser el uso de este criterio, además de asumir el origen antrópico de los restos de perezosos —*a priori*— por aparecer simplemente mordisqueados por cocodrilos. En condiciones naturales, estos reptiles no necesitan de una deposición previa por agencia humana, para acceder a las “carcasas” de vertebrados para alimentarse. Por otra parte, es conveniente tener en cuenta el efecto “desfavorable” que los cocodrilos pudieran haber ejercido sobre la conservación de la estructura original de la acumulación, al constituir agentes alterativos responsables de desarticulación, dispersión, fragmentaciones postdeposicionales, y de ausencia de restos óseos.

7) Actualmente no existe consenso definitivo sobre la presencia de verdaderas herramientas líticas en la solapa, por lo que no es posible utilizar este criterio como argumento indirecto de un posible origen antrópico de los restos de mamíferos.

Se ha considerado que la presencia de herramientas líticas humanas en el contexto del depósito, podría servir como argumento para fundamentar un origen antrópico del contenido de la solapa del *Megalocnus*. Pero sobre este aspecto no existe un criterio unánime, e Izquierdo *et al.* (2003) alegan controvertidamente que los especialistas del Instituto Cubano de Antropología no comparten la opinión de interpretar en los fragmentos de rocas silicificadas extraídas, auténticos artefactos líticos obtenidos a partir de la talla y con retoque intencional. Sólo advirtieron escasos restos lascados sin retoques secundarios o huellas de uso.

8) La simple definición de “marcas alargadas” en forma de V en las diáfisis de varios huesos, se considera un argumento aislado —sin análisis en el contexto del hueso, dentro de todo un “ejercicio de procesamiento”—, y por lo tanto insuficiente, para proponer posibles evidencias de actividad antrópica en el lugar; así como sugerir el uso de instrumentos o herramientas de factura humana.

La identificación de “...ciertas marcas alargadas y ligeramente profundas (unas más que otras)...” en la diáfisis de varios huesos largos de perezosos en el depósito, han sido adjudicadas e/o interpretadas como que “...denotan la penetración cortante de un instrumento filoso a manera de cuchillo...” (Arredondo y Villavicencio 2006); o trazas de descuartizamiento valorando la forma de V (en sección transversal), lo que hace concluir que fueron realizadas por herramientas de corte (Arredondo en Pradas 1998: 10).

Al respecto se considera que, identificar “marcas alargadas” en la diáfisis de los huesos en forma de V, no es forma ni evidencia suficiente que demuestre todo un “ejercicio” de procesamiento de origen antrópico. Tampoco es un elemento que conduzca a concluir el uso de un “instrumento o herramienta”.

La presencia real y correcta interpretación de tales tipos de “marcas” en los huesos de esta localidad es extremadamente importante; como también considerar que en el depósito está contenido y mezclado con el material óseo, rocas silicificadas —en forma de fragmentos con bordes filosos— que bien pudieran producir evidencias similares confundibles “en cuanto a sus atributos más generales” con aquellas de origen antrópico.

En otras localidades, y en más de una oportunidad, se ha interpretado *ipso facto* que marcas similares sobre la superficie de los huesos y en forma de V constituyen inobjetablemente huellas de corte generadas por humanos y con objetivos de consumo; sin tener en cuenta que la huella en sí misma en el propio contexto del hueso, es sólo parte de todo un amplio y complejo conjunto de aspectos a considerar (véase Fisher 1984; Shipman *et al.* 1984; Blasco 1992; particularmente Pérez 1992), para finalmente reconocer el uso de un instrumento por la mano del hombre con un determinado fin, y que no siempre es alimentario.

LA INDUSTRIA LÍTICA COMO FUENTE DE EVIDENCIAS

¿Realmente disponemos de alguna sólida fundamentación en cuanto a que algún artefacto de la industria lítica elaborado por algún grupo humano, haya sido inobjetablemente destinado para la “caza de grandes mamíferos” en Cuba?

No, hasta el momento. Como no disponemos de argumentos para negarlo, tampoco podemos afirmarlo. Por lo tanto, todavía no es posible demostrar objetivamente una posible interacción entre grupos humanos tempranos y nuestra megafauna durante el holoceno desde esta perspectiva.

El énfasis más notable sobre el tema parece comenzar sobre los artefactos del área de Seboruco, Mayarí, provincia Holguín. Según Dacal y Rivero (1986), el sitio de Seboruco fue hallado por Antonio Núñez Jiménez en 1939, quién en 1945 halla un ajuar de sílex, y lo describe en 1948. También, las colectas en superficie de 1978 evidenciaron la presencia de múltiples instrumentos fabricados en piedra; cuya técnica de fabricación, grandes tamaños, y probables usos, sugirieron etapas muy tempranas de desarrollo

tecnológico (desde el punto de vista tipológico), para comunidades que pudieran sobrepasar los 7 000 años de antigüedad.

Un aspecto interesante de esta industria radica en las dimensiones de las piezas (raspadores, buriles, hojas retocadas, puntas); que colocó a los estudiosos de sus probables usos en la lógica de: objetos de gran tamaño en materiales también voluminosos. Sin embargo, según Dacal y Rivero (1986): "...cuando se une a la información que ofrece el estudio de la industria lítica a aquella que nos dan los zoólogos, con respecto a las distintas especies de la fauna terrestre y marina —cuantificada y considerada según los distintos niveles estratigráficos, de los sitios que como Levisa, dieron los fechados más antiguos—, *nos encontramos con que no existen en la muestra colectada, especies de gran tamaño.*" (Subrayados del autor).

De acuerdo con Dacal y Rivero (1986) es probable que los sitios con evidencias de procesamiento de megafauna aún no hayan sido localizados; y que todo parece indicar que "...el cazador, pescador, y recolector, que hubo de vivir en el área de Seboruco..., cazaba distintas especies de jutía; capturaba grandes cantidades de cangrejos; no desechaba de su dieta al majá de Santa María, y a pequeños reptiles; incluía a moluscos..., entre una de sus más importantes fuentes de proteínas."

Resulta interesante que las peculiaridades de esta industria lítica no son exclusivas de Cuba, pues en República Dominicana (área de Barreras, yacimientos de Mordan y Casimira), hay manifestaciones similares (ejemplares de gran tamaño, parecidos en cuanto a técnica de elaboración y formas a los de Seboruco). Lo más llamativo es que, según Dacal y Rivero (1986) también allí "...[la] actividad de caza, pesca y recolección... no incluye los grandes mamíferos que debían haber correspondido a una industria lítica que produjera piezas de tales dimensiones." Según estos últimos autores, los arqueólogos dominicanos sugieren como hipótesis su uso en la fabricación de objetos —pendientes de encontrar— de madera; y en consecuencia aplican el principio de que, debido a nuestras condiciones climáticas, toda evidencia pudo haber desaparecido o estar pendiente de hallazgo.

Finalmente, Dacal y Rivero (1986: 87) asumiendo una posición de incertidumbre plantean: "En lo que respecta a la *industria lítica*, en el sentido de los *artefactos que fueron utilizados con alguna finalidad en los procesos económicos*, tenemos, en primer lugar, las *grandes hachas* de piedra que se han encontrado en sitios tan

tempranos como *Seboruco* y *Damajayabo*... [que] debieron permitir, debidamente enmangadas, producir unos golpes realmente muy contundentes. *No podemos precisar sobre qué fueron utilizadas, quizás eran armas, o instrumentos para la caza de grandes mamíferos.*" (Subrayados del autor).

Desafortunadamente, a más de 60 años del primer hallazgo de estos artefactos de piedra en el área de Seboruco por Núñez Jiménez, todavía no existe una clara definición de su posible uso.

Durante la última década, de la provincia de Villa Clara se han reportado artefactos similares que, según Sampedro *et al.* (2001a, b), aún no han sido sometidos a análisis traceológicos y que, hipotéticamente, pudieran haber sido utilizadas para cortar madera aprovechando sus magnitudes y peso. De acuerdo con estos autores, sobre otros tipos de artefactos tampoco existe certeza de su posible empleo, y reconocen que la gran mayoría de las hachas han sido colectadas fuera del contexto de los sitios arqueológicos. Otros investigadores como Izquierdo *et al.* (2007) han mostrado preocupación y reservas respecto a las interpretaciones vertidas sobre su funcionalidad, aludiendo igualmente la necesidad de los imprescindibles estudios traceológicos, con independencia de los análisis puramente tipológicos. Arredondo (2007b) no descarta el uso sobre madera, y amplía el espectro de su utilidad al considerarlos igualmente para actividades de caza. Valora como un agente causal de elaboración, la presencia de animales de grandes dimensiones.

EXTINCIÓN

Sobre la extinción de los perezosos antillanos, se ha valorado en la literatura, tanto la influencia de factores naturales (cambios climáticos) como antrópicos, o una combinación de ambos (Aguayo 1950; Álvarez 1951; Mayo 1980; Rodríguez *et al.* 1984). La incertidumbre en cuanto a las edades de los sitios en Cuba y sobre una posible coexistencia con grupos humanos, condujo a reconocer por mucho tiempo, que la desaparición de estos animales pudo haber ocurrido durante el pleistoceno.

Steadman *et al.* (2005) han considerado que la extinción de los miembros de este grupo durante el cuaternario, ya sean continentales o de islas, ocurrió dentro de los últimos 50 000 años; y que para considerar los cambios climáticos entre los factores causales, es esperable una correlación entre los fechados más tardíos de esta fauna y el periodo de transición de los cambios climáticos gla-

cial-interglacial (entre 15 000 y 9 000 años). Otra cuestión era valorar el factor antrópico, puesto que entonces debiera existir una correlación entre los fechados de última presencia (Last Appearance Dates) y la colonización humana (no antes del holoceno medio en las Antillas, según indica el registro arqueológico).

Para estos autores, la cronología disponible manifiesta una distribución en forma de “cascada o escalonada”, como indicador de asincronía en los fechados de última presencia en los contextos continentales e insulares; algo para ellos contradictorio si se pretendiera considerar a los cambios climáticos como agentes responsables de la extinción, pues las faunas de ambas regiones deberían desaparecer casi simultáneamente. También han observado que el patrón escalonado de la extinción en las Américas es coincidente con el poblamiento humano. Pero la situación de causa-efecto en los continentes americanos resulta conflictiva en su propia visión, por la concomitancia del arribo humano y de los cambios climáticos globales.

Steadman *et al.* (2005) ven en las Antillas una situación tal vez más clara de dilucidar, debido a que la colonización humana es más tardía (holoceno medio) y posterior a la transición climática pleisto-holocénica. Por consiguiente, el solapamiento temporal entre el registro fósil de los perezosos y el poblamiento humano temprano durante el holoceno, les ha dado ciertos créditos para sugerir con probabilidades la ocurrencia del mismo patrón propuesto en condiciones continentales: la extinción de los perezosos “sigue” al poblamiento humano.

Los cambios climáticos como causa de extinción de estos mamíferos aún no está bien comprendida. Martin y Steadman (1999) consideraron un argumento fuerte en contra del “factor clima”, la incompatibilidad entre la sincronía global de los grandes pulsos climáticos y el patrón escalonado de las extinciones bióticas del cuaternario tardío. Tampoco se explican —si con anterioridad ocurrieron tantos durante el pleistoceno—, que un último cambio climático hubiese provocado semejantes estragos. Durante el último interglacial hasta finales del pleistoceno se ha registrado una alta variabilidad climática (Martin y Steadman 1999); pero todavía Cuba dispone de muy pocos datos como para estimar con alguna precisión su manifestación y los probables efectos sobre su fauna.

En un intento de generalización y de aplicar el esquema continental, Martin y Steadman (1999) argumentan que la falta de pruebas en algunas regiones sobre asociación inequívoca entre huma-

nos y especies extintas, pudiera hallar una explicación en la condiciones variables de preservación tanto de la fauna como de los artefactos humanos. Steadman *et al.* (2005) han reconocido explícitamente que en las Antillas no se han encontrado con certeza, huesos de perezosos en alguna localidad arqueológica. Y esto, en resumen, resultará siempre paradójico ante el intento de ver en el accionar humano la causa fundamental de extinción. Tal vez, más que una ausencia real de evidencias, un refinamiento en las metodologías de trabajo resuelva definitivamente este inconveniente en el futuro.

Aguayo (1950) vio en la ecología insular una probable explicación a la persistencia de estos tetrápodos antillanos, con respecto a sus parientes extintos continentales. Desde este punto de vista, es de suma importancia aproximarse a la realidad de los cambios climáticos acaecidos en el contexto circuncaribeño y particularmente en Cuba, durante la última etapa de supervivencia de estos mamíferos. Este autor también alegó una declinación de las poblaciones de perezosos hasta un punto crítico, viendo inevitable su desaparición (independientemente o no de la actividad humana).

Quizás no sea posible generalizar, y la respuesta de la extinción de los perezosos insulares en el holoceno esté determinada por una manifestación regional diferenciada, con respecto a un fenómeno climático global. Si realmente, diferenciar el efecto de un mismo factor —por ejemplo, a escala regional— no resulta aceptable, la extinción asincrónica entre perezosos continentales e insulares obliga a buscar factores adicionales o combinaciones de ellos. Explicaciones alternativas existen en la literatura, como hasta esta de sugerir la responsabilidad de la extinción de los perezosos por efecto de las poblaciones de *Desmodus puntajudensis* en la Isla (Woloszyn y Mayo 1974: 262).

Los fechados radiocarbónicos obtenidos a partir de restos fósiles de perezosos, indican claramente un grado de supervivencia superior al esperado, confirmando la existencia y extinción de estos mamíferos durante el holoceno. En comparación con otros grupos de mamíferos terrestres de Cuba representados en el cuaternario (por ejemplo, roedores e insectívoros), entre los perezosos no hubo extinción selectiva, en el sentido de que ninguna especie logró sobrevivir hasta la actualidad. Hasta el momento los fechados radiométricos más tardíos corresponden a las especies de mayores dimensiones y pesos corporales, por lo que aparentemente

estos no fueron los primeros en extinguirse. [Aunque es muy prematuro concluir esto, puesto que hemos fechado muy pocos sitios y sólo el 50 % de los táxones de perezosos del cuaternario (coincidentemente dos géneros con edad menor de 10 000 años).] Quedan muchos aspectos por dilucidar dentro del holoceno, convertido ahora en foco de gran interés. Es necesario trabajar en reconstrucciones paleoambientales, todavía escasas y de alcances muy limitados.

El reciente fechado colagénico de una muestra referible a *Neocnus* en el holoceno medio (Arredondo 2007a), sugiere que Cuba todavía conservaba el 75 % de los géneros de perezosos conocidos para este último periodo de tiempo (entre 3 000 y 8 500 años). Los fechados radiocarbónicos aún podrían brindar otras novedades, si valoramos la edad de 2410 ± 40 años obtenida por colágeno residual para muestras de *M. rodens*. También persiste una indefinición para *A. antillensis*, a pesar de colectarse junto a otros perezosos formando parte de varias asociaciones.

El taxon *Imagocnus zaza* está restringido al mioceno temprano tardío, y constituye el único caso de extinción precuaternaria dentro del grupo de los pilosos, sin representación en el cuaternario.

El incremento del lapso temporal de solapamiento entre el poblamiento aborigen más temprano y de supervivencia de los perezosos durante el holoceno, ha generado ciertos conflictos desde un punto de vista teórico en el contexto de las Antillas (véase MacPhee *et al.* 2007); porque la extinción de estos animales no ha ocurrido tan rápido posterior al arribo humano, y además faltan evidencias de un primer contacto lo suficientemente letal que conduzca en “breve plazo” a la extinción de órdenes completos. Todo parece indicar que —y estos últimos autores comienzan a reconocerlo— el modelo “blitzkrieg” no parece funcionar de la misma forma para esta región. Nuevos fechados radiométricos publicados recientemente por Turvey *et al.* (2007), identifican en Puerto Rico el mismo fenómeno observado en Cuba, consistente en la persistencia y extinción de varios táxones de mamíferos miles de años posterior al arribo humano [modelo “sitzkrieg” según Turvey *et al.* 2007.]

El fechado más tardío de *Megalocnus rodens* (4190 ± 40) indica que esta especie se las arregló para sobrevivir aproximadamente 6 000 años en nuestro territorio —y tal vez más, según los datos de Rodríguez *et al.* 1984—, posterior al último periodo glacial (Wisconsin). También se observa que este dato, al igual que el de

Parocnus browni (4960 ± 280 : Tabla 1), se ubica coincidentemente posterior a un período de calentamiento, reportado de modo preliminar por Pajón *et al.* (2006) desde los $14\ 960 \pm 50$ años AP hasta $4\ 540 \pm 40$ años AP. Los fechados radiocarbónicos correspondientes a *Parocnus browni* abarcan un intervalo temporal relativamente amplio, y dos de sus muestras, procedentes de las Breas de San Felipe, Matanzas, coinciden con el periodo de transición de los cambios climáticos glacial-interglacial (entre 15 000 y 9 000 años).

Posiblemente, la demora en la extinción de estos grupos de mamíferos también pudiera manifestarse, paralelamente, en la distribución cronológica de sus controles biológicos reconocidos, las grandes aves carnívoras y carroñeras, al mantenerse disponibles tamaños de presas y densidades poblacionales aceptables como recursos alimentarios por un tiempo más prolongado. Jiménez *et al.* (2005) analizando otros táxones extintos de vertebrados de Cuba, también han hecho referencia a este mismo fenómeno de persistencia y distribución cronológica durante el holoceno.

Para Silva *et al.* [2008], la actividad de subsistencia de nuestras comunidades aborígenes no constituyó, por sí sólo, un factor determinante en la extinción de nuestros mamíferos terrestres. En su opinión, el ascenso del nivel marino durante la transición pleistoceno-holoceno pudiera explicar la extinción de la fauna de perezosos, si se evalúa como consecuencia un incremento de la severidad competitiva interespecífica al reducirse el territorio disponible. También, alegan los autores, este fenómeno debe verse con efectos progresivos y a largo plazo.

Descartar al humano entre los responsables de la desaparición de los perezosos en las Antillas, apunta a ver en estas islas una región que funcionó como “reservorio” por un tiempo más prolongado de una fauna que, independientemente de la “benignidad” del clima comenzado el holoceno, no logró recuperarse; de modo que las “mejoras climáticas” holocénicas resultaron problemáticas e insuficientes.

CONCLUSIONES

La distribución cronológica de los miembros del orden pilosa en Cuba abarca, desde el mioceno temprano tardío con el género *Imagocnus* (MacPhee e Iturralde-Vinent 1994), hasta el pleistoceno-holoceno con representantes de los géneros *Parocnus* (Miller 1929); *Acratocnus* (Anthony 1916) y *Neocnus* (Arredondo 1961). Del total

de las especies reconocidas durante el cuaternario, sólo se han fechado por métodos radiocarbónicos el 50 % de los táxones (*Megalocnus rodens* y *Parocnus browni*). Un fechado reciente de *Neocnus* sp. por medio del colágeno residual, ubica al género en el holoceno medio (Arredondo 2007a).

Algunos autores, particularmente Mayo (1980), han sugerido una edad pleistoceno para varias asociaciones de perezosos extintos, compuestas por miembros de los géneros *Megalocnus*, *Mesocnus* (= *Parocnus*), *Neocnus*, y *Acratocnus*. Sin embargo, la edad propuesta para la gran mayoría de las localidades conocidas permanece incierta, debido en algunos casos a la falta de consenso en cuanto al entendimiento de la génesis de los depósitos en que se encuentran incluidos los fósiles, o por la ausencia de información y de análisis tafonómicos en los contextos.

La posibilidad de que los perezosos extintos antillanos hubiesen llegado al holoceno —formulada desde hace más de siete décadas por métodos indirectos—, ha quedado demostrada en la actualidad para un período de más de 1 000 años de coexistencia. En aparente contradicción con este resultado está el hecho de que, hasta la fecha, no se haya reconocido con certeza en ningún lugar de las Antillas alguna localidad arqueológica con huesos de perezosos. Es muy probable que esto no responda a una ausencia real de evidencias, y un refinamiento en nuestras metodologías de trabajo resuelva este inconveniente en el futuro. Un breve análisis de casos importantes como el de cueva de los Niños en Cayo Salinas y el de la solapa del *Megalocnus*, apuntan una vez más a la ausencia de datos concluyentes y de fundamentaciones poco apropiadas para definir una posible actividad humana o interacción sobre la fauna en sitios de interés.

La información disponible sobre los fechados de última presencia de miembros del orden pilosa, ilustran una extinción en “casca-da” o “escalonada” coincidente con el poblamiento humano tanto en el continente como en las Antillas (Steadman *et al.* 2005). Sin embargo, el incremento del lapso temporal de solapamiento (cada vez mayor) entre el poblamiento aborigen más temprano y de supervivencia de los perezosos insulares durante el holoceno, introduce la problemática de la improbabilidad de reconocer el modelo continental “blitzkrieg”, y la necesidad de proponer un modelo alternativo “sitzkrieg” según Turvey *et al.* (2007) para la región. Por el momento, las evidencias indican que la extinción de estos animales no ocurrió tan rápido posterior al arribo humano; y además,

faltan evidencias de un primer contacto lo suficientemente letal que condujera en “breve plazo” a su extinción.

Las comunidades aborígenes, por sí sólo, no son vistas por Silva *et al.* (2008), como un factor determinante que condujera a la extinción de nuestros mamíferos terrestres. Estos autores consideran que el ascenso del nivel marino durante la transición pleistoceno-holoceno pudiera explicar la extinción de la fauna de perezosos, si se evalúa como consecuencia un incremento de la severidad competitiva interespecífica al reducirse el territorio disponible.

AGRADECIMIENTOS

A los estimados colegas G. Silva, R. Rojas (Museo Nacional de Historia Natural); O. Jiménez (Gabinete de Arqueología, Habana Vieja), y J. Pajón (ICAN) por la lectura crítica, debates e importantes opiniones. G. Izquierdo, V. Cue, y A. Córdova (ICAN) facilitaron importante literatura.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo, C. G. (1950a): “Observaciones sobre algunos mamíferos cubanos extinguidos” en *Boletín de Historia Natural Sociedad “Felipe Poey”*, 1(3): 121-134.
- Aguirre, E. ed. (1989. 1): “La Paleontología de ayer y hoy” en *Nuevas tendencias: Paleontología*, Madrid, España, p. 1-23.
- Álvarez Conde, J. (1951): *Los perezosos cubanos, sus relaciones con el indio*. Imprenta La Milagrosa, La Habana, 16 p.
- Arredondo Antúnez, C. (1999): “Los edentados extintos del cuaternario de Cuba”, Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Biológicas. Universidad Pedagógica “E. J. Varona”, La Habana, 144 p (Inédito).
- _____ (2004): “Resultados de las investigaciones paleontológicas realizadas en la cordillera noroeste de Villa Clara, Cuba”. *6to Simposio de Zoología*, Topes de Collantes, Cuba, Resúmenes, p. 100.
- _____ (2007a): “Paleofauna, paleoambiente y subsistencia alimentaria de humanos tempranos en el noroeste de Cuba central”. *I Congreso Iberoamericano de Antropología “ANTHROPOS 2007”*, Ciudad de la Habana, Cuba, CD Rom, ISBN 959-282-043-0.
- _____ (2007b): “Paleofauna, paleoambiente y subsistencia alimentaria de humanos tempranos en el noroeste de Cuba central”. Informe parcial-04 del resultado No. 4. enero/junio-2007. Proyecto PNAP-0405. Reconstrucción paleoclimática de sectores claves de Cuba y el Caribe: Contribución a los estudios de poblamiento y asentamientos de sitios arqueológicos en Cuba (inédito).

- Arredondo Antúnez, C. y R. Villavicencio Finalé (2006): "Tafonomía del depósito arqueológico Solapa del Megalocnus en el Noroeste de Villa Clara" en *Biología*, 18 (2): 160-171.
- Arredondo, O. (1975): "Paleontología" en *La Cueva del Túnel*. (M. Acevedo González, O. Arredondo, y N. G. Gotera), Pueblo y Educación. La Habana, p. 16-38.
- Arredondo, O. (1977): "Nueva especie de *Mesocnus* (Edentata: Megalonychidae) del pleistoceno de Cuba" en *Poeyana*, 172: 1-10.
- Blasco Sancho, M. F. (1992. 3.4.1): "Las marcas de cortes" en *Tafonomía y Prehistoria: Métodos y procedimientos de investigación*. Universidad de Zaragoza, 106-127.
- Castellanos, N., y M. Pino (1988): "Aspectos generales de las comunidades aborígenes agroalfareras del Norte de Holguín y Las Tunas" en *Anuario de Arqueología*, Editorial Academia, La Habana, 194-212.
- Centro de Antropología (2003): "Atlas arqueológico de Cuba: una estrategia científica para la investigación y la conservación del patrimonio histórico aborígen" en *Catauro*, año 5, 8: 199 -2002.
- Córdova A., y O. Arredondo (1988): "Análisis de restos dietarios del sitio arqueológico El Mango, Río Cauto, Granma" en *Anuario de Arqueología*, Editorial Academia, La Habana, 111-132.
- Fernández-López, S. R. (2000): *Temas de Tafonomía*. Departamento de Paleontología, Universidad Complutense, Madrid, 167 p.
- Franco *et al.*, (1992): "Léxico Estratigráfico de Cuba". Instituto de Geología y Paleontología (MINBAS). La Habana (inédito) (electrónico).
- Fisher, D. C. (1984): "Taphonomic analysis of late Pleistocene mastodon occurrences: evidence of butchery by North American Paleo-Indians" en *Paleobiol.*, 10 (3): 338-357.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. La Habana. vol. 32, tomo 1, Cultural S.A., 290 p.
- Hernández Godoy, S. (2001): "Valle de Canimar: el entorno y la presencia aborígen" en *Islas*, 43 (127): 120-131.
- Herrera Fritot, R. (1945): "Un perezoso cubano". en periódico *Información*, sábado 17 de diciembre, La Habana, segunda plana.
- Izquierdo Díaz, G., y U. M. González Herrera (2007): "Las comunidades aborígenes de cazadores-recolectores de Cuba; problemas y posibilidades de estudio" en *El Caribe Arqueológico*, 10: 23-30.
- Izquierdo Díaz, G., R. S. Hernández, y R. V. Finalé (2003): "Oquedades cársicas: fauna pleistocénica y evidencias arqueológicas. Provincia de Villa Clara, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, 7: 50-58.
- Jiménez Vázquez, O., M. M. Condis, y E. G. Cancio (2005): "Vertebrados post-glaciales en un residuario fósil de *Tyto alba scopoli* (Aves: Tytonidae) en el occidente de Cuba" en *Revista Mexicana de Mastozoología*, 9: 84-111.
- Jull, A. J. T., M. Iturralde-Vinent, J. M. O' Malley, R. D. E. MacPhee, H. G. McDonald, P. S. Martin, J. Moody, y A. Rincón (2004a): "Radiocarbon dating of extinct fauna in the Americas recovered from tar pits" en *Nuclear Instr. Meth. Phys. Res.*, Elsevier, p. 668-671.
- Kartashov, I., N. A. Mayo, L. Peñalver, y A. Chernajovski (1975): "Descripción de algunas formaciones geológicas del cuaternario de Cuba, reconocidas recientemente". Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Geología y Paleontología, Serie Geología, 26: 1-12.
- Kozłowski, J. K. (1974): *Pre-ceramic Cultures of the Caribbean*. Zeszyty Naukowe, 386, Prace Archeologiczne, Zeszyt 20. Uniwersytetu Jagiellońskiego, Kraków, Poland.
- MacPhee, R. D. E., y C. Flemming (1999a): "Requiem AETernam: The last five hundred years of mammalian species extinctions" en *Extinctions in near time: causes, contexts, and consequences* (R. D. E. MacPhee, ed.), Plenum, Nueva York, p. 333-371.
- MacPhee, R. D. E., C. Flemming, y D. P. Lunde (1999a): "Last occurrence" of the Antillean insectivora *Nesophontes*: New radiometric dates and their interpretation. *Amer. Mus. Novitates*, 3261: 1-19.
- MacPhee, R. D. E., M. A. Iturralde-Vinent, y O. J. Vázquez (2007): *Prehistoric sloth extinctions in Cuba: implications of a new "last" appearance date*. *Carib. J. Sci.*, 43 (1): 94-98.
- Martin, P. M., y D. W. Steadman (1999): "Prehistoric extinctions on islands and continents" en *Extinctions in near time* (R. D. E. MacPhee ed.), Plenum, New York, p. 17-55.
- Mayo, N. A. (1980): "Nueva especie de *Neocnus* (Edentata: Megalonychidae) de Cuba, y consideraciones sobre la evolución, edad, y paleoecología de las especies de este género" en *Actas del 2do Congreso Argentino de Paleontología y Bioestratigrafía y 1ro Latinoamericano de Paleontología*, Buenos Aires, 1978, tomo 3, p. 223-236.
- Miller Jr., G. S. (1929): "A second collection of mammals from caves near St. Michel, Haiti" en *Smith. Misc. Coll.*, 81 (9): 1-30.
- Morgan, G. S., y C. A. Woods (1986a): "Extinction and the zoogeography of West Indian land mammals" en *Biol. J. Linnean Soc.*, 28: 167-203.
- Pajón, J. M., J. Curtis, S. Tudhope, S. Metcalfe, M. Brenner, T. Guilderson, C. Chilcott, E. Grimm, y I. Hernández (2006): "Isotope records from a stalagmite from Dos Anas cave in Pinar del Río province, Cuba. Paleoclimatic implications", en *V Simposio Internacional sobre Técnicas Nucleares y Relacionadas*. La Habana, 3-7 abril, p. 1-16.
- Paula Couto, C. de (1979): *Tratado de paleomastozoología*. Academia Brasileira de Ciências, Río de Janeiro, 590 p.

- Pérez Ripoll, M. (1992): *Marcas de carnicería, fracturas intencionadas y mordeduras de carnívoros en huesos prehistóricos del mediterráneo español*. Alicante, España, 269 p.
- Pino Rodríguez, M., y N. Castellanos Castellanos (1985a): "Acerca de la asociación de perezosos cubanos extinguidos con evidencias culturales de aborígenes cubanos" en *Rep. Invest. Inst. Cien. Soc.*, 4: 1-29.
- Pradas, T. (1998): "¿Hubo un neandertal en Cuba?" en *Bohemia*, Año 90, No. 20, 25 de septiembre, p. 4-13.
- Rodríguez Suárez, R., y G. Hernández (1992): "Bioquímica de algunos desdentados extinguidos de Cuba" en *Archaeofauna*, 1: 105-108.
- Rodríguez Suárez, R., O. Fernández Leyva, y E. Vento Canosa (1984): "La convivencia de la fauna de desdentados extinguidos con el aborigen de Cuba" en *Kobie*, ser. Paleoantropol. Cien. Nat. (Bilbao), 14: 561-566.
- Rivero de la Calle, M. (1966): *Las culturas aborígenes de Cuba*. La Habana. Editorial Universitaria. Ciencia y Técnica, La Habana, 194 p.
- Sampedro Hernández, R., G. Izquierdo Díaz, y R. Villavicencio Finalé (2001a): "Tecnología y tipología en la tradición paleolítica de Villa Clara. Una primera interpretación" en *El Caribe Arqueológico*, 5: 52-61.
- Sampedro Hernández, R., G. Izquierdo Díaz, L. O. Grande González, y R. Villavicencio Finalé (2001b): "Introducción a la arqueología de la provincia de Villa Clara" en *Islas*, 43 (127): 76-94.
- Shipman, P., D. C. Fisher, y J. J. Rose (1984): "Mastodon butchery: microscopic evidence of carcass processing and bone tool use" en *Paleobiol.*, 10 (3): 358-365.
- Silva Taboada, G., W. Suárez Duque, y S. Díaz Franco (2008): *Compendio de los mamíferos terrestres autóctonos de Cuba, vivientes y extinguidos*. Ediciones Boloña, La Habana. 465 p. (2007).
- Steadman, D. W., P. S. Martin, R. D. E. MacPhee, A. J. T. Jull, H. G. McDonald, C. A. Woods, M. Iturralde-Vinent, y G. W. L. Hodgins (2005a): "Asynchronous extinction of late Quaternary sloths on continents and islands" en *Proc. Natl. Acad. Sci.*, 102 (33): 11763-11768.
- Tabío, Ernesto E. (1951): "Las culturas más primitivas de Cuba precolombina" en *Arqueología y Etnología*, 13-14, 2da Época, Año VII, enero-diciembre, La Habana, p. 117-157.
- Turvey, S. T., J. R. Oliver, Y. M. Narganes Storde, y P. Rye (2007): "Late holocene extinction of Puerto Rican native land mammals" en *Biol. Lett.*, 3: 193-196.
- Varona, L. S., y O. Arredondo (1979a): "Nuevos táxones fósiles de Capromyidae (Rodentia: Caviomorpha)" en *Poeyana*, 195: 1-51.
- Vento Canosa, E., R. R. Suárez, y L. F. Martínez (1981): "La datación absoluta por el método del colágeno en Cuba" en *Kobie*, 11: 165-172.
- White, J. L., y R. D. E. MacPhee (2001a): "The sloths of the West Indies: A systematic and phylogenetic review" en *Biogeography of the West Indies: Patterns and perspectives* (C. A. Woods y F. E. Sergile, eds.), 2da ed., CRC Press, p. 201-235.
- Woloszyn, B. W., y N. A. Mayo (1974a): "Postglacial remains of a vampire bat (Chiroptera: *Desmodus*) from Cuba" en *Acta Zool. Cracoviensia*, 19 (13): 253-266.
- Yébenes, A., y M. Díaz-Molina (1989.13): "Interés de la Paleontología en el análisis de cuencas" en *Nuevas tendencias: Paleontología* (E. Aguirre, ed.), Madrid, España, p. 237-258.

LA VULNERABILIDAD DEL ARTE RUPESTRE CUBANO ANTE EL ASCENSO DEL NIVEL DEL MAR. LA LLANURA COSTERA JUDAS - AGUADA, UN CASO DE EJEMPLO

DIVALDO A. GUTIÉRREZ CALVACHE
JOSÉ E. CHIRINO CAMACHO
EFRÉN J. JAIMEZ SALGADO
JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO



INTRODUCCIÓN

En nuestro país se han realizado múltiples estudios para abordar los impactos potenciales del cambio climático en nuestras condiciones geográficas. Estos en su generalidad han centrado su atención en áreas como la agricultura, el urbanismo, la planificación territorial, la salud pública, la defensa civil y otros, siendo muy escasos los trabajos que realizan el abordaje de esta problemática desde la perspectiva de su impacto en el patrimonio cultural, y absolutamente ninguno aborda esta relación para el patrimonio arqueológico cubano. Esta situación no es un problema único de Cuba, las proyecciones sobre el cambio climático y sus impactos han sido portadoras, en su mayoría, de un desconocimiento total sobre los efectos de este fenómeno sobre el patrimonio cultural de la humanidad.

Sin embargo, desde el 2007 las Naciones Unidas, mediante su organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el Centro de Patrimonio Mundial, el Comité del Patrimonio Mundial, el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) y el Centro Internacional de Estudios de Conservación y Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), han puesto en marcha una serie de iniciativas bases, que permitan la elaboración de una estrategia global de gestión del patrimonio frente al cambio climático. Esta actitud generó, en primera instancia, un documento acerca de la política global concerniente a los impactos del cambio climático en los bienes del Patrimonio Mundial, el que fue adoptado por la Asamblea General de Estados Partes en su 16ª sesión (UNESCO 2009).

Nuestro país, como miembro UNESCO, debe enfrentar la elaboración de un documento base que regule la política cubana ante los impactos del cambio climático en los bienes del Patrimonio Nacional. Esta tarea aún está dispersa pues, aunque con algunos resultados,¹ campos como el del patrimonio arqueológico y su vulnerabilidad, a mediano y largo plazo, ante el cambio climático, per-

manecen en un estatus donde la comunidad científica no tiene clara ni siquiera su misión en este sentido, lo cual requiere incluir en los proyectos arqueológicos, y de hecho en el pensamiento arqueológico nacional, la necesidad de realizar estudios detallados y de casos, sobre impactos potenciales para cada sitio arqueológico, pues todos y cada uno responderán de forma diferente ante fenómenos iguales o similares, debido sobre todo a la variabilidad de sus parámetros, pues materiales, técnicas, grados de resistencia, condiciones de yacencia, etc., son rasgos de los contextos arqueológicos que varían de un sitio a otro, lo que aumenta el nivel de incertidumbre e impone un programa general basado en un enfoque particular. Lo anterior explica por qué estas cuestiones deben ser abordadas con rigor y profundidad, de forma que pasen a formar parte de las políticas y toma de decisiones que al respecto planifican las instituciones que en nuestro país son responsables de la conservación del patrimonio cultural en general, y del arqueológico en particular.

Ante esta situación, debemos comenzar entonces a trabajar y, por ejemplo, enfocar nuestros esfuerzos hacia aquellos recursos arqueológicos con un alto grado de homogeneidad, lo cual en alguna medida facilitará la investigación, pero, sobre todo, permitirá generalizar resultados y metodologías. Quizá un caso singular en este sentido lo constituya el arte rupestre, el que además se puede considerar como uno de los recursos arqueológicos más vulnerables a los cambios ambientales, debido sobre todo a su interacción y dependencia directa con el medio, dónde y para qué fue concebido. Bienvenidos deben ser entonces todos aquellos esfuerzos orientados al desarrollo de nuevos estudios de carácter regional y local, que permitan esclarecer la sensibilidad a los cambios climáticos y sus expresiones en el arte rupestre, los que nos encaminarán hacia la comprensión de las interacciones lineales y no lineales entre este y el medio ambiente de manera general.

Aceptando los presupuestos anteriores y ante la ausencia de investigaciones que aborden esta problemática en nuestro país, emprendimos este trabajo, donde intentaremos, por primera vez, acercarnos a un modelo que nos esclarezca la intensidad del impacto que la elevación del nivel del mar (como consecuencia del cambio climático) podría tener en un grupo importante de estaciones del arte rupestre de la región rupestrológica Judas-Aguada (Gutiérrez, *et al.* 2009) al centro-norte de Cuba, camino que a nuestro entender nos permite identificar las vulnerabilidades y nos pre-

para para la futura elaboración de posibles modelos de predicción, mitigación y adaptación.

LA REGIÓN RUPESTROLÓGICA JUDAS-AGUADA

La región rupestrológica Judas-Aguada (Gutiérrez, *et al.* 2009) forma parte de una estrecha llanura litoral ubicada en la costa norte central de Cuba (fig. 1), la que de acuerdo con la regionalización físico geográfica de Mateo y Acevedo (1989), forma parte de la llanura costera Yaguajay-Corralillo, y se corresponde en límites y definición geográfica con la igualmente denominada llanura cársica costera Judas-Aguada, según la Regionalización Geólogo-Geomorfológica del Carso Subterráneo de Cuba, de Jaimez y Gutiérrez (1993, 2000).

Caracterización Físico-Geográfica

El relieve de esta localidad se caracteriza por constituir un grupo de pequeñas cúpulas cársicas de poca altitud, que emergen desde el fondo de la bahía abierta de Buena Vista, extendiéndose en marcada alineación noroeste desde punta Judas, hasta cayo La Aguada, isletas y cayos estos que se conocen localmente con el nombre vernáculo de “cayos de piedra”. Su punto culminante se encuentra en la isla grande de Caguanes, la cual se eleva a sólo 27 metros sobre el nivel medio del mar.

El clima de esta región puede decirse que constituye una variante del clima tropical de sabana (Aw), característico de la mayor parte del archipiélago cubano, por cuanto en esta zona costera los valores medios de precipitación anual para una serie hiperanual de más de 40 años, oscilan entre los 1 000 y 1 200 mm de lluvia (más de 100 mm por debajo de la media anual nacional). En tal sentido, podemos afirmar que el clima de esta región puede clasificarse como *tropical estacional relativamente seco*. En consonancia con lo anterior, la vegetación predominante es el bosque *semidecídulo mesófilo*, distribuido solamente en la parte interior de los cayos y penicayos que la forman, caracterizada por notables poblaciones de *Bursera simaruba* y otras especies de plantas indicadoras de esta formación vegetal, en tanto en la zona costera acantilada aparece el *matorral xeromorfo costero y subcostero*, con abundantes suculentas, especialmente cactáceas, mientras que en la zona costera baja, con presencia de marismas y pantanos, aparecen manglares de *Rizophora mangle* y *Avicennia germinans*, en la parte expuesta al flujo y reflujo de las mareas, y herbazales de ciénaga

en la parte interior. Entre las especies más sobresalientes de la fauna de estos cayos y penicayos, tenemos al *Opistosiphon caguanense* (pequeña caracola endémica); mientras que dentro del grupo de los reptiles tenemos a las iguanas y al lagarto de costa de Yaguajay, fundamentalmente en las partes altas y secas de la región. Dentro del grupo de mamíferos terrestres, son abundantes las jutías (*Capromys pilorides*), así como murciélagos de las especies endémicas *Mormopterus minutus* y *Phyllonycteris poeyi*, destacándose además una abundante ornitofauna, constituida por tocororos, zorzales, cartacubas, corúas, flamencos rosados (con una zona de nidificación en cayo Lucas), entre otras especies.

Desde el punto de vista edáfico, puede decirse que se trata de una región pobre en suelos de valor agrícola (suelos poco productivos), caracterizada por la presencia dominante de suelos *rendziniiformes*, distribuidos en las partes completamente emergidas (*Rendzinas* y *Protorendzinas*), predominando el subtipo *Rendzina roja*, género *Carbonatado* y *lítico*, como soporte ecológico fundamental de los principales ecotopos y formaciones vegetales en régimen hídrico automórfico. Una situación bien distinta se aprecia en las zonas bajas (ciénagas, pantanos y marismas), con la presencia de suelos turbosos (agrupamiento *Histosol*, de acuerdo con Instituto de Suelos 1990), fundamentalmente distribuido en las marismas de cayo Caguanes y en áreas más amplias de la ciénaga costera de Guayaberas.

Geomorfológicamente, esta región está constituida por una verdadera cadena de islas, isletas y pequeños cayos de aspecto cupular, desarrollados todos sobre rocas de tipo calcarenita, del horizonte geológico *miocénico*, caracterizadas por estratos finos a medianos, con estratigrafía monoclinial, en ocasiones angularmente discordante, festonadas por costas acantiladas abrasivas por el norte y costas fuertemente escarpadas de origen tectónico por el lado oeste, lo que junto al análisis de la constitución geológica de estos cayos, demuestra la presencia de un patrón de fallamiento neotectónico en dos direcciones: uno preferencial al noreste (alineamiento de las costas escarpadas de fric-

ción que caen a las marismas, con salida a la bahía de Buena Vista, las que orientan a su vez a los ejes mayores de los principales sistemas anisotrópicos de galerías del sistema cársico subterráneo) y otro secundario, perpendicular al anterior, distribuido a lo largo de todo el eje axial de la región físico-geográfica.

Toda esta constitución geológica y geomorfológica ha hecho de esta localidad una región cársica subterránea única en el país por su tipología espeleológica, siendo la localidad típica del subtipo espeleogenético Caguanes (Núñez Jiménez 1967; Núñez Jiménez, *et al.* 1984), caracterizada por un intrincado laberinto de cuevas con desarrollo en planta muy irregular, aparentemente sin control de la estructura geológica en la orientación de las galerías (soluciones de continuidad). Este subtipo genético y espeleológico fue estudiado años más tarde por Jaimez, *et al.* (1990), proponiendo una hipótesis para explicar el aparente desarrollo incontrolado del aparato cársico subterráneo (teoría de vecindad de la carsificación), proponiéndose más tarde la clasificación de este complejo sistema de cuevas como parte del subgrupo de cavidades denominadas *criptectónicas*, tipo *piezógenas*, subtipo *heteropiezógenas* (Jaimez y Gutiérrez 1993, 2000, 2010).

Caracterización Rupestrológica

Desde el punto de vista rupestrológico la región Judas-Aguada (fig. 1) es una de las zonas más interesantes e importantes de nuestro

TABLA I. VALORES ABSOLUTOS Y PORCENTUALES DE LA DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LAS ESTACIONES (FUENTE: ORIGINAL DE AUTORES)

UBICACIÓN	ESTACIONES	
	CANTIDAD	%
Cayo Aguada	1	5.56
Cayo Lucas	2	11.11
Cayo Salinas	3	16.67
Cayo Fábrica	2	11.11
Cayo Caguanes	7	38.89
Loma de Guayarua	1	5.56
Lomas de Judas	2	11.11
TOTALES	18	-

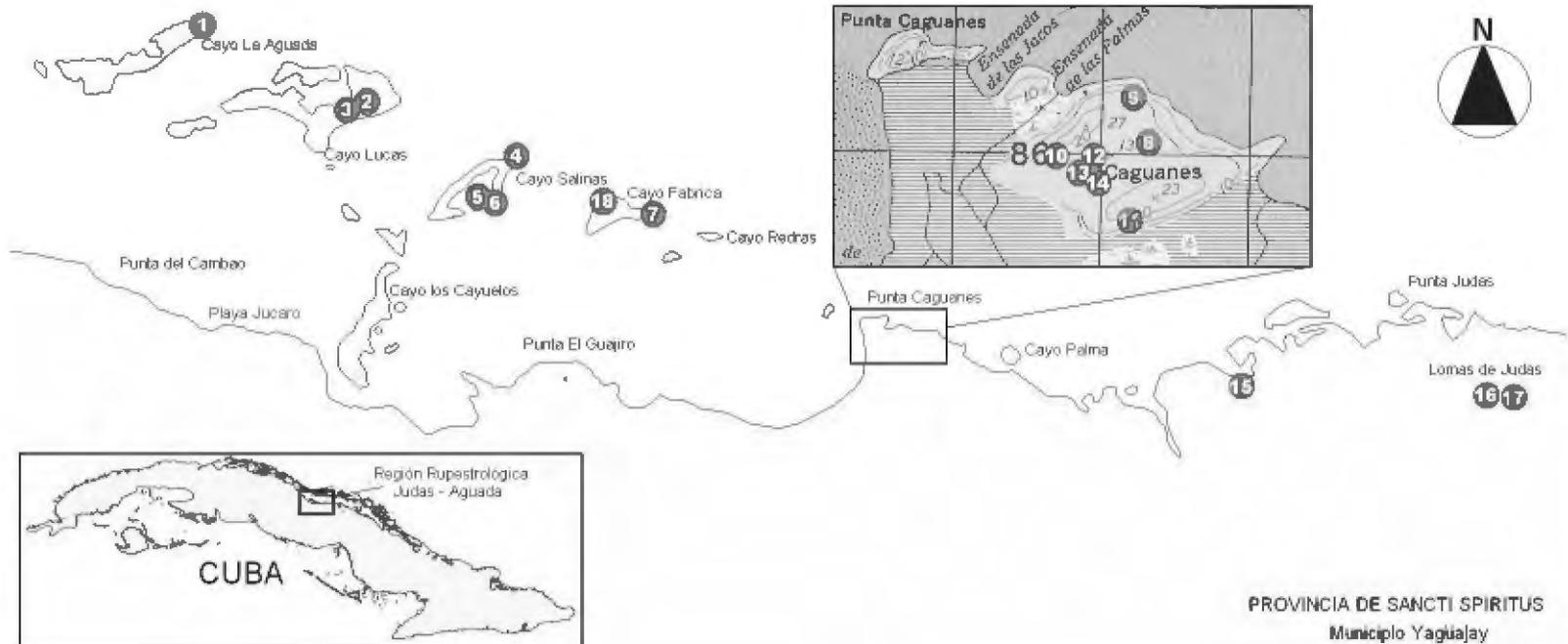


Figura 1. Región rupestrológica Judas - Aguada con la distribución de las estaciones del arte rupestre (Fuente: original de autores, a partir de Chirino y Falcón, 2008)

país. La distribución geográfica de las estaciones por la cayería y la llanura costera que conforman la región puede apreciarse en la tabla I, de la cual se desprende que es el penicayo de Caguanes el que más riqueza patrimonial atesora, con casi el 39 % del total de estaciones y el 50 % de los diseños rupestres.

La región está conformada por 18 estaciones, que en total contienen 288 diseños rupestres, siendo las estaciones pictográficas las de mayor representación, con un 56 % del total de la región, mientras que las estaciones mixtas o combinadas representan el 44 % (tabla II). Esta composición es uno de los rasgos del área de estudio, pues en ella no aparecen estaciones petroglíficas, caracterizándose la tipología de ejecución del arte rupestre por la presencia relativamente alta de diseños pintados (pictografías), que fueron combinados con rayados (petroglifos); técnica que ha sido denominada en nuestro país como petro-pictografía (Núñez, *et al.* 1990: 46; Gutiérrez 1991: 56).

La utilización de los colores en las pictografías de esta área está determinada por el uso mayoritario del negro (fig. 2), el cual

está presente en el 75 % del total de las estaciones, mientras que el rojo solo está presente en el 25 % (tabla II). Por su parte, los petroglifos, tanto en su expresión aislada, como cuando fueron combinados con la pintura, fueron elaborados siempre por medio del rayado, lo que implica que en la región rupestrológica Judas-Aguada, hasta hoy, no ha sido identificada la técnica de percusión o abrasión en la ejecución de petroglifos (tabla II).

De manera general, el negro fue siempre utilizado mediante la aplicación directa del carbón a la pared (fig. 2), y el rojo al parecer está asociado a la elaboración de pinturas mediante el uso de nódulos de óxido de hierro, con mucha probabilidad hematita, la que fue triturada y mezclada con agua o con algún aceite de origen animal o vegetal a modo de aglutinante; la aplicación de estas mezclas se realizó en la mayoría de los casos con el dedo del artista, a juzgar por la morfología de los trazos.

La distribución vertical (Vertical Mapper) de las estaciones rupestres de la región objeto de estudio, ha permitido conocer que

TABLA II. VALORES ABSOLUTOS DE LAS CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DEL ARTE RUPESTRE EN LA REGIÓN RUPESTROLÓGICA LLANURA COSTERA JUDAS - AGUADA (FUENTE: ORIGINAL DE AUTORES)

No.	ESTACIÓN	ALTITUD SNMM. (m)	CANTIDAD DE DISEÑOS	TIPO DE ESTACIÓN		COLORES DE LAS PICTOGRAFÍAS		PETROGLIFOS RAYADOS
				PICTOGRÁFICA	COMBINADA	NEGRO	ROJO	
1	Galería del Sol	2.00	6	X	-	X	-	-
2	Cueva del Chino	1.90	42	X	-	X	X	-
3	Cueva de Martica	1.90	7	X	-	X	-	-
4	Cueva de Los Cuchillos	0.70	4	-	X	X	-	X
5	Cueva del Oeste	0.60	3	X	-	X	-	-
6	Cueva de las Pinturas	1.10	7	X	-	X	X	-
7	Puente de Fábrica	2.10	3	-	X	X	-	X
8	Cueva de Los Chivos	1.20	17	X	-	X	X	-
9	Cueva Grande de Caguanes	4.00	1	-	X	X	-	X
10	Cueva del Lago	2.00	1	X	-	X	-	-
11	Cueva del Pirata	4.00	17	-	X	X	-	X
12	Cueva de Las Conchas	6.00	29	X	-	X	X	-
13	Cueva de Colón	6.00	5	X	-	X	-	-
14	Cueva de Ramos	6.00	80	-	X	X	-	X
15	Cueva de la Güinea	2.00	26	-	X	X	-	X
16	Cueva de Los Dibujos	2.00	19	X	-	X	-	-
17	Cueva Grande de Judas	3.50	18	-	X	1	X	X
18	Cueva Laberintica	0.90	3	-	X	X	X	X
	TOTALES		288	10	8	18	6	8

su rango va desde los 0,70 m hasta los 6,00 m de altitud sobre el nivel medio del mar (snmm), con una altitud promedio para el conjunto de estaciones de 2,66 m, snmm. (tabla II), lo que convierte a la región en un área sensible a las inundaciones costeras de cualquier origen.

Las riquezas naturales y culturales del área objeto de estudio la hicieron merecedora de formar parte del Parque Nacional Caguanes (fig. 3), uno de los 14 parques del Sistema Nacional de Áreas Protegidas cubano, y uno de los 10 que, desde el 2008, están aprobados

como área protegida por el Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. Este territorio de la costa y cayería norte de la provincia de Sancti Spiritus, conocido como bahía de Buena Vista, también ostenta las categorías de Reserva de la Biosfera, otorgada por la UNESCO, y sitio RAMSAR, otorgada por la Comisión RAMSAR Internacional, debido en gran parte a la riqueza de la biota del humedal que rodea toda el área. Ello implica que las 18 estaciones del arte rupestre de esta región están protegidas por varias categorías internacionales, a lo que hay que sumar el hecho de que el 78 % de las mismas, o sea, 14 estaciones, poseen la categoría

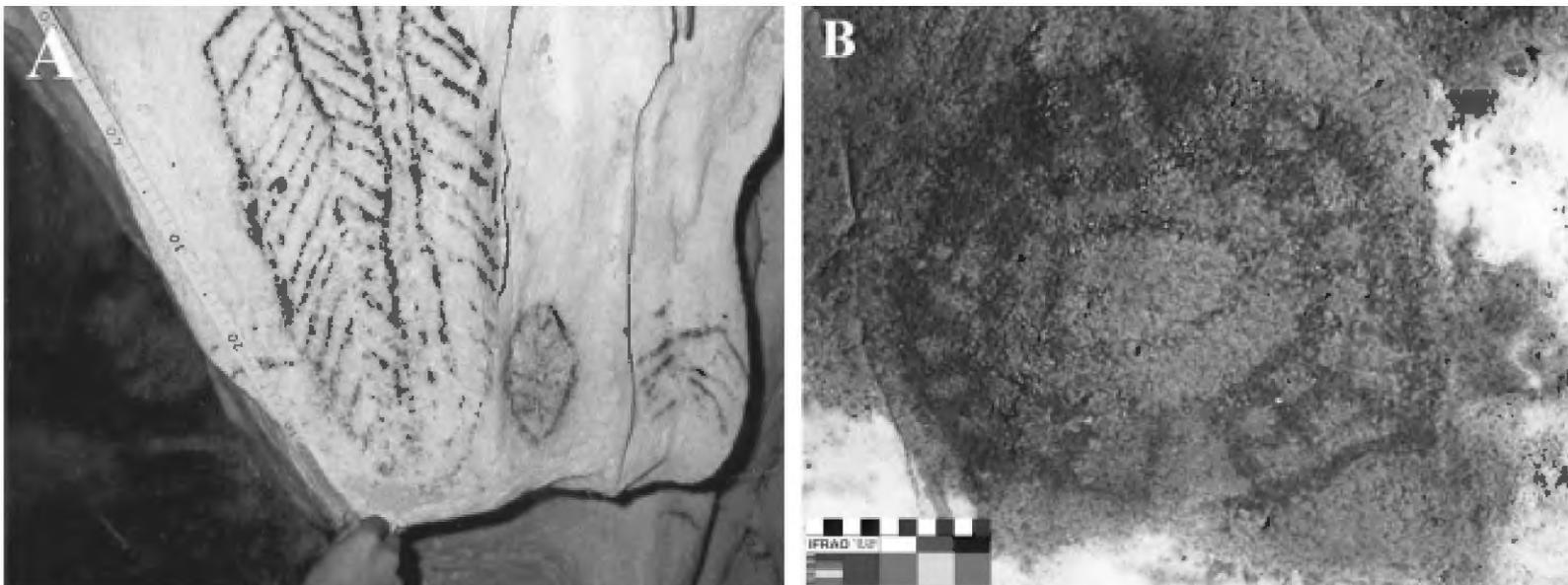


Figura 2. Diseños rupestres de la Región Rupestrológica Llanura Costera Judas - Aguada. (A) Pictografía de la cueva de Ramos, cayo Caguanes y (B) Pictografía de la cueva del Chino, cayo Lucas (Fuente: fotos publicadas por Romero, 2006, en la actualidad fondos del Archivo de la imagen, Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre)

de Monumento Local, la cual les fue otorgada por la Resolución No. 63 del presidente de la Comisión Nacional de Monumentos, el 28 de septiembre de 1989.

Las anteriores condiciones de protección son únicas para esta región; ningún otro agrupamiento regional en el arte rupestre cubano se encuentra ubicado en un área donde confluyan tantas variantes o categorías de protección. Esta singularidad impone características más que favorables para convertir a este territorio cubano, en un importante polígono de estudio para la rupestrología nacional, y sus relaciones con la conservación y protección de este recurso cultural y patrimonial.

EL CAMBIO CLIMÁTICO Y LA ELEVACIÓN DEL NIVEL DE MAR EN CUBA

Cuba, como miembro del Panel Inter-Gubernamental Sobre el Cambio Climático (IPCC), creado en 1986 por el Programa sobre Medioambiente de las Naciones Unidas y la Organización Meteorológica Mundial, ha estado monitoreando la presencia de rasgos detectables del cambio climático desde esa fecha hasta hoy, re-

portándose las primeras percepciones en 1991, cuando se realizó la Primera Evaluación Científica de los Impactos Potenciales del Cambio Climático en Cuba —Juicio de Expertos—, aunque las primeras señales se hicieron consistentes y más evidentes desde mediados de la década de los 70 (Centella 2006) y definidos con más precisión en la Primera Comunicación Nacional sobre el Cambio Climático en Cuba (tabla III).

Según el último diagnóstico climático elaborado por especialistas de Meteorología y del Instituto de Planificación Física, aproximadamente en el 2050 se habrán materializado cambios notables en el clima de Cuba. Las transformaciones previstas incluirán incremento de la temperatura y prolongadas sequías en la región oriental de la Isla, así como aumentos del nivel del mar (por el derretimiento de hielos polares) que tendrán una importante incidencia en la región suroccidental. El mayor peligro de inundaciones costeras está localizado en el sur de las provincias de La Habana y Pinar del Río, pero todas las costas bajas del país estarán fuertemente afectadas por estos eventos.

TABLA IV. RETROCESO DE LA LÍNEA DE COSTAS Y ASCENSO DEL NIVEL DEL MAR EN ALGUNOS PERFILES DE LA PLAYA DE VARADERO, CONSIDERANDO EL ESCENARIO DE EMISIONES KIOTO A1 (FUENTE: CENTELLA, ET. AL. 2001)

AÑO	Ascenso del nivel del mar (m)	Retroceso de la línea de costa (m)		
		Las Américas	Caney	Cosmonautas
2010	0.0471	1.81	2.41	3.55
2030	0.1191	4.59	6.09	8.97
2050	0.2163	8.33	11.05	16.28
2100	0.5082	19.57	25.97	38.26

En este sentido, y a partir de la opinión de los más destacados investigadores, el aumento del nivel del mar está asociado a un factor determinante, nos referimos al derretimiento de los glaciares asociado a la elevación de la temperatura en el planeta, así como de los glaciares que coronan los sistemas montañosos tropicales.

Entonces para obtener las proyecciones globales de incremento del nivel del mar (MG) para un escenario determinado, es necesario realizar una serie de cálculos, donde el parámetro más importante es la sensibilidad climática. Los primeros cálculos en este sentido, para Cuba, han considerado un incremento del nivel del mar estimado en aproximadamente 30 cm para el 2100 (Centella, *et al.* 2001), estudio que además consideró, en términos generales, como impactos potenciales del ascenso del nivel del mar, las inundaciones costeras, el desplazamiento de costas bajas, así como la erosión y retroceso de la línea de costa.

En sentido general, según estos estudios, el incremento del nivel del mar podría producir una reducción considerable de la superficie de las cayerías interiores de los golfos de Batabanó, Ana María y Guacanayabo, hacia el año 2050. Ya a finales del siglo XXI algunos grupos de cayos podrían desaparecer. Algo similar pudiera suceder con el 60-80 % de la ciénaga

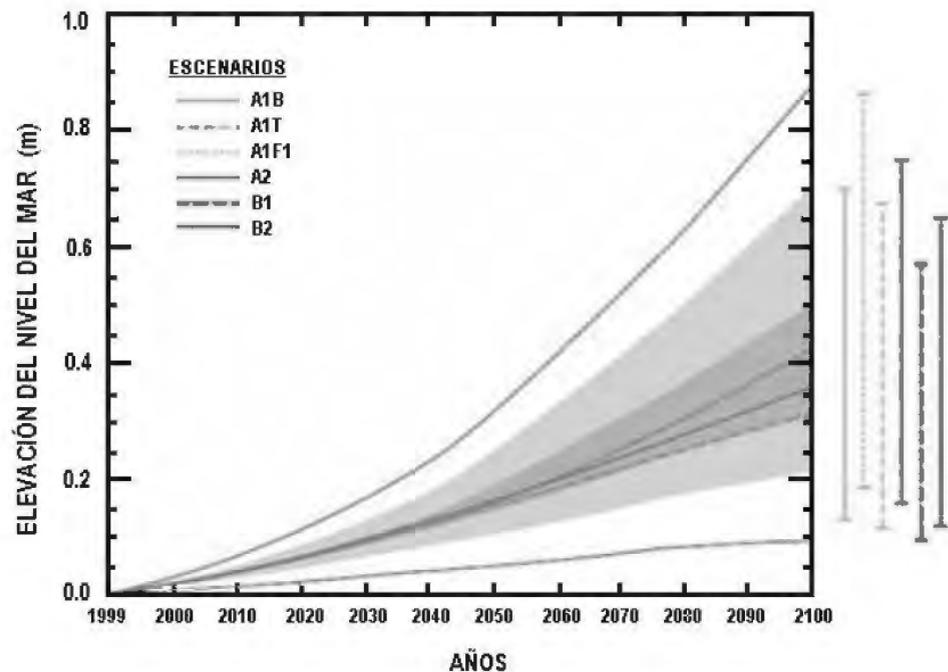


Figura 4. Niveles de ascenso del nivel del mar según los diferentes escenarios de emisiones, propuestos por el IPCC (Fuente: IPCC, 2007)

TABLA V. DOS ESCENARIOS FUTUROS DEL AUMENTO DEL NIVEL MEDIO DEL MAR PARA LA REGIÓN DEL CARIBE, POR ENCIMA DE LOS DATOS DE NIVEL DEL 2000 (FUENTE: BUENO, ET. AL. 2008)

TIPO DE IMPACTO	UNIDAD DE MEDIDA	AÑOS			
		2025	2050	2075	2100
Bajo	pulg	1.8	3.5	5.3	7.1
	cm	4.5	9.0	13.5	18.0
Alto	pulg	11.3	22.6	34.0	45.3
	cm	28.8	57.5	86.3	115.0

de Zapata y con muchos de los cayos que componen el archipiélago cubano, incluyendo la cayería norte de las provincias de Villa Clara hasta Camagüey (Centella, *et al.* 2001). Un ejemplo de estas evaluaciones se representa en la tabla IV, donde se muestra parte de los resultados obtenidos de la aplicación de la Regla de Brunn, para tres perfiles ubicados en la playa de Varadero, Matanzas (Centella, *et al.* 2001).

Los estimados en Cuba, establecidos por el Grupo Nacional de Cambio Climático, son consistentes con los propuestos por el IPCC, el cual estima que, dependiendo de los escenarios de emisiones,

el nivel del mar podría alcanzar de 0,18-0,38 hasta 0,26-0,59 metros en promedio para 2090-2099, respecto de 1980-1999 (IPCC 2007).

Sin embargo, más recientemente, estas proyecciones se han fijado en rangos que van desde los 0,09 m y 0,88 m entre los años 1990 y 2100. Los motivos de estos cambios han sido que, en las proyecciones anteriores, las incertidumbres no fueron tomadas en consideración de la misma manera (UNESCO, 2009). Aún así, como bien se ha señalado, para cada escenario el punto medio del intervalo actualizado sigue estando dentro del 10 % del promedio del

TABLA VI. COMPARACIÓN DE LOS DIFERENTES RANGOS DE ELEVACIÓN DEL NIVEL DEL MAR EN LOS PRÓXIMOS 300 AÑOS, SEGÚN LAS PROPUESTAS ANALIZADAS EN ESTE TRABAJO (FUENTE: ORIGINAL DE AUTORES)

LÍMITES	AUTOR	ELEVACIÓN DEL NIVEL DEL MAR (m)		
		2100	2200	2300
Cuba	Centella, et. al. (2001)	≈ 0.53	-	-
Global	German Advisory Council on Global Change (2006)	-	-	2.50 - 5.00
Global	IPCC (2007)	0.09 - 0.88	-	-
Global	Rahmstorf (2007)	0.89 - 1.40	-	-
Caribe	Bueno, et. al. (2008)	0.18 - 1.15	-	-
Global	Delta Committee (2008)	0.55 - 1.0	1.50 - 3.00	-

valor modelado para 2090-2099, establecido desde el año 2001 (UNESCO 2009).

Estas proyecciones propuestas por el IPCC pueden apreciarse en detalle, según cada escenario, en la figura 4.

Sin embargo, investigaciones más recientes presentan estimaciones del aumento del nivel del mar que discrepan algo de los escenarios propuestos por el informe de 2007 del IPCC (Bueno, *et al.* 2008).

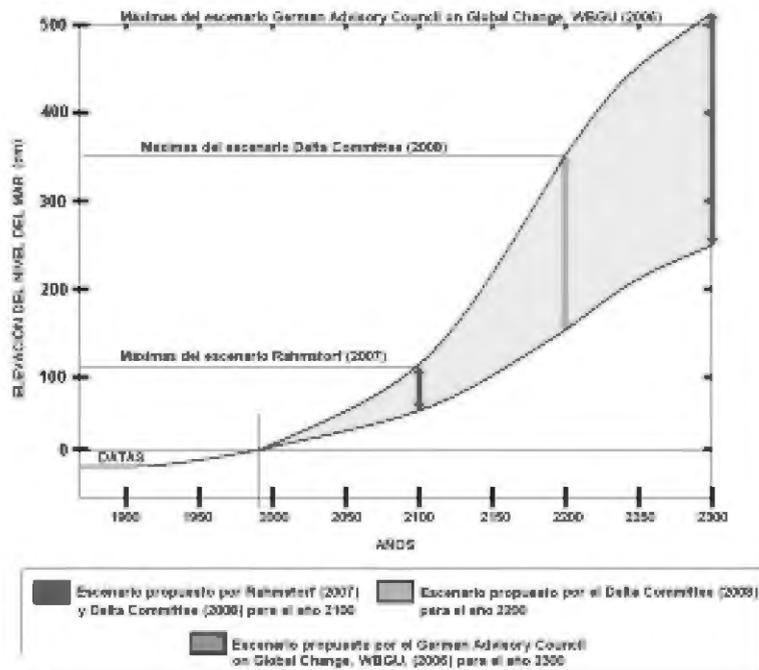


Figura 5. Gráfica comparativa de las propuestas de Rahmstorf (2007), Delta Committee (2008) y German Advisory Council on Global Change, WBGU (2006) (Fuente: original de autores, a partir de Rahmstorf, 2009)

En este sentido, un reciente estudio publicado en la mundialmente conocida revista científica *Science*, del prestigioso climatólogo y oceanógrafo del Instituto Potsdam, Stephan Rahmstorf, propone un nuevo procedimiento para calcular la contribución del derretimiento de los mantos de hielo al aumento del nivel del mar (Rahmstorf, 2007). En esta propuesta, en el escena-

rio de emisiones A2, el cual es utilizado por numerosos investigadores como el escenario de alto impacto (Bueno, *et al.* 2008), las estimaciones del nivel del mar en 2100 varían desde 0,89 metros (35 pulgadas) hasta 1,4 metros (55 pulgadas), y se incluye además un ajuste por la incertidumbre estadística.

Un análisis promedio de los datos y mediciones propuestos por Rahmstorf (2007) ha sido propuesto para todo el Caribe por Bueno, *et al.* (2008), sobre la base de las más recientes medidas de las estaciones mareométricas de todo el mundo y de las mediciones de precisión realizadas desde satélites, que muestran que el nivel del mar global ha subido casi 20 cm desde 1880, con una tasa de crecimiento anual calculada desde 1993 de 3.2 cm. por década (tabla V).

Finalmente, hay que decir que a partir de los datos estadísticos de Church & White (2006) y los elementos propuestos por Rahmstorf (2007), se han realizado varios pronósticos por diferentes grupos de análisis como el Delta Committee (comisión de veinte expertos internacionales reunidos por el gobierno holandés para ayudar a planear sus defensas costeras), y la German Advisory Council on Global Change, WBGU (consejo asesor sobre cambio climático del gobierno germano). Estos pronósticos no dejan de ser alarmantes y algunos de ellos, de cumplirse, representarían un impacto demolidor para naciones insulares como Cuba, pues se llegan a pronosticar niveles de ascenso para el mar de hasta 500 cm o más, en los próximos 300 años (Fig. 5).

Todos los datos antes comentados nos llevan a la elaboración de una comparación de cada una de las propuestas que, con sólidos argumentos, han sido planteadas para diferentes escenarios de emisiones en los próximos 300 años (tabla VI). Esta comparación nos permite afirmar que, asumiendo como opción para nuestro análisis los valores más críticos, estos se pueden definir en un rango promedio que va desde 1,40 metros de elevación del nivel del mar para el año 2100, hasta unos 5,10 metros en el 2300.

Con estos elementos se pueden proponer tres niveles de costa, que representan los máximos promedio calculados a partir de la tabla VI, donde en un primer escenario la elevación del nivel del mar puede llegar hasta 1,10 m de altura, rango que podría ser alcanzado para el año 2100,² según la mayoría de las investigaciones (IPCC 2007; Rahmstorf 2007; Bueno, *et al.* 2008 y Delta Committee 2008). El segundo escenario de límite de costas alcanza una elevación probable del nivel del mar de 3,0 m, según la

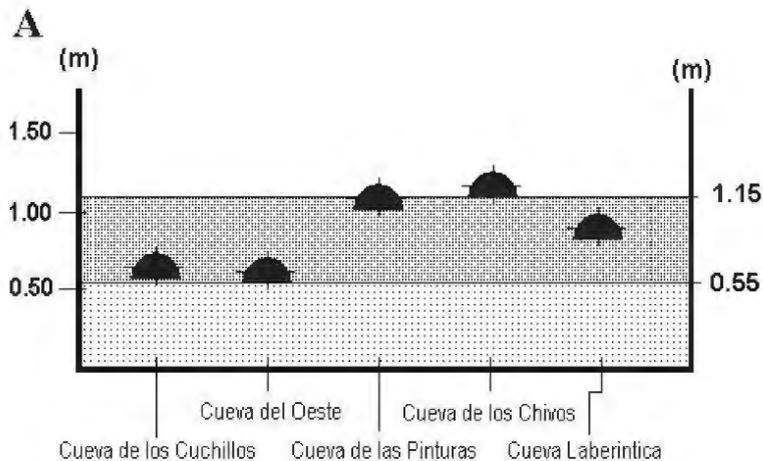
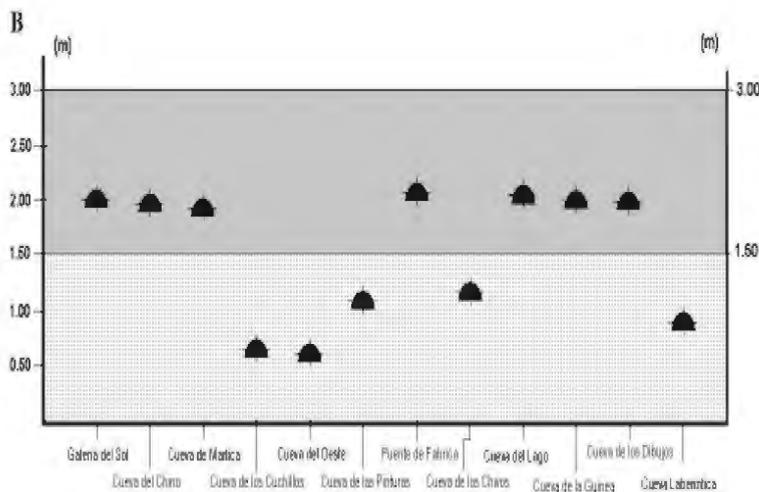
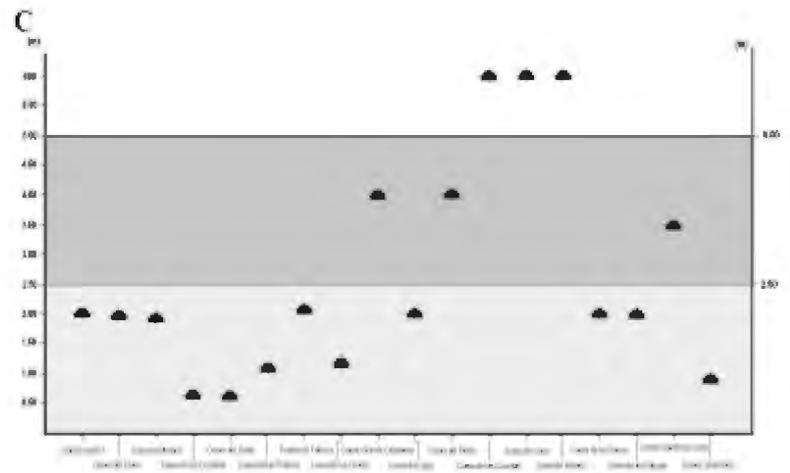


Figura 6. Reconstrucción vertical del impacto del ascenso del nivel del mar por el cambio climático en el arte rupestre de la región rupestrológica llanura costera Judas-Aguada. (A) Escenario 1, pronósticos para el año 2100, (B) Escenario 2, pronósticos para el año 2200 y (C) Escenario 3, pronósticos para el año 3300 (Fuente: original de autores).



propuesta del Delta Committee (2008),³ cuyo grupo de expertos vaticina que tales valores estarían cumpliéndose para el 2200 y, finalmente, un tercer escenario probable para el 2300, donde la elevación de los niveles del mar podrían alcanzar los 5,0 m, según



el promedio máximo de los valores propuestos por el German Advisory Council on Global Change (2006).⁴

DISCUSIÓN

Partiendo de todos los elementos comentados con anterioridad, es posible discutir la organización de un modelo de pronóstico y evaluación del impacto potencial que podría tener la elevación del nivel del mar en los próximos 300 años en la región rupestrológica llanura costera Judas-Aguada.

Comenzamos entonces por evaluar lo que hemos considerado como el primer escenario, el cual se puede definir en un ascenso paulatino del nivel del mar actual hasta los + 0,53 m (data mínima propuesta para Cuba por Centella, *et al.* 2001) y los + 1,15 m (data máxima calculada para el Caribe por Bueno, *et al.* 2008). Estos cálculos corresponderían a lo que se supone sucederá desde el presente hasta el año 2100, lo que nos permite afirmar que, de cumplirse este escenario en su expresión de menos impacto (+ 0,53 m, Centella, *et al.* 2001), llegaríamos al comienzo del siglo xxii sin ningún impacto potencial en el arte rupestre de la región objeto de estudio, aunque estaríamos en el límite de este impacto, pues la estación de menos altitud de dicha región —la cueva del Oeste de cayo Salinas— se encuentra en la actualidad a solo 0,60 m sobre el nivel del mar (fig. 6A). Esta realidad se expresa considerando la elevación del nivel del mar como el evento de máximo impacto, situación que no es real, pues tanto en esta expresión, como en las siguientes, las estaciones al límite del impacto siempre estarán

expuestas a eventos extremos, como las mareas de tormentas, los cuales al desarrollarse con niveles más altos del mar impactarán zonas y áreas que hoy no reciben afectación y que aún en los modelos de pronóstico quedan bajo el impacto permanente.

Sin embargo, si el pronóstico para este escenario se cumpliera por encima de la cota mínima propuesta, y la elevación del mar superara los + 0,53 m, entonces tendríamos un impacto directo y progresivo en las estaciones cueva del Oeste, cueva de las Pinturas y cueva de los Cuchillos, todas en cayo Salinas, y la cueva Laberíntica, en cayo Fábrica, estaciones que, de cumplirse los pronósticos máximos (+ 1,15 m), serían impactadas directamente por el mar, quedando tres de ellas bajo el nivel de las aguas y una con parte de sus galerías inundadas (Fig. 6A), lo que traería con seguridad la pérdida definitiva de su arte rupestre.

Este panorama se intensificaría considerablemente en el segundo escenario, en el que se sostiene que para el año 2200 el ascenso del nivel del mar con respecto a su posición actual sería de + 1,50 m como mínimo y de un máximo de + 3,0 m (Delta Committee 2008), pronóstico que, de cumplirse, dejaría totalmente bajo las aguas a las estaciones rupestres ya afectadas en el primer escenario y cubiertas por el mar para el 2100 (cuevas de los Cuchillos y del Oeste, en Cayo Salinas; cueva Laberíntica en cayo Fábrica), a las que se sumarían, en el pronóstico de mínimo ascenso (+ 1,50 m), las estaciones cueva de la Pintura en cayo Salinas y cueva de los Chivos en cayo Caguanes (fig. 6B); y en el pronóstico de máximo ascenso, las cuevas Galería del Sol de cayo La Aguada; del Chino y de Martica, ambas en cayo Lucas; puente de Fábrica en cayo Fábrica; Cueva del Lago en cayo Caguanes; de Güinea, en la loma Guayarúes y de los Dibujos, en la loma de los Jejenes, punta Judas.

Finalmente, estaría un tercer escenario probable para el año 2300, donde la elevación de los niveles del mar podría alcanzar desde los + 2,50 m, en sus valores de mínima ascensión, hasta los + 5,0 m, según el promedio máximo de los valores propuestos para el final del siglo XXIV por el German Advisory Council on Global Change (2006).

En este caso, todas las estaciones rupestres consideradas como perdidas bajo el nivel del mar, durante la máxima expresión del segundo escenario; quedarían bajo las aguas en el modelo de valores mínimos (+ 2,50 m) del tercer escenario, situación que, de comportarse según los valores máximos (+ 5,0 m), dejaría también bajo el nivel del mar a las estaciones cueva grande de Caguanes y

cueva del Pirata, ambas de cayo Caguanes, y la cueva grande de Judas, abierta en la loma de los Jejenes, punta Judas (Fig. 6C).

En definitivas, los cálculos realizados según la distribución altimétrica de las estaciones ubicadas en las cayería de Judas-Aguada y sus diseños rupestres, nos permiten establecer que en el primer escenario previsto para el año 2100, se podrían ver seriamente afectadas algo más del 16,6 % del total de estaciones de la región, lo que representa el 1,2% del total de estaciones documentadas en Cuba hasta diciembre de 2009. Por su parte, las afectaciones calculadas para los escenarios 2 y 3 (+ 3,0 m, snmm y + 5,0 m, snmm) previstos para los años 2200 y 2300, alcanzarían valores de pérdidas superiores al 66 % y el 83 %, respectivamente, del total de estaciones de la región rupestrológica llanura costera Judas-Aguada, pues de cumplirse el pronóstico de máxima elevación del nivel del mar, para los años posteriores al 2300, esta región sólo contaría con tres estaciones a las cuales los niveles de ascenso del nivel del mar no lograrían alcanzar: nos referimos a las cuevas de las Conchas, de Colón y de Ramos, todas en cayo Caguanes.

En cuanto a los diseños como tal, se puede establecer que, de los 288 diseños rupestres presentes en el área que estamos estudiando, y según los pronósticos de elevación del nivel del mar por el cambio climático, para el año 2100 se habrán perdido como mínimo 13 diseños; para el 2200, habrán quedado bajo el agua entre 27 y 135 diseños, y para el año 2300 se habrán perdido entre 135 y 168 diseños, lo que representa un máximo probable de pérdida superior al 60% del patrimonio rupestre de esta región. Desde el punto de vista de la distribución espacial de las estaciones y los valores patrimoniales de los cayos que conforman esta región, queda establecido que es cayo Salinas el más prontamente afectado, pues en el primer escenario perdería casi el 100 % de las estaciones rupestres que posee, mientras cayo Caguanes es el único que conservaría parte de este patrimonio, aún cumpliéndose con los pronósticos de máxima elevación del nivel del mar para el año 2300.

Todos los elementos y datos comentados o calculados hasta aquí, aunque alarmantes, no dejan de ser un acercamiento teórico a la realidad que puede presentar el efecto de los cambios climáticos, especialmente el ascenso del nivel del mar, en el arte rupestre de nuestro país; sin embargo, las posibilidades de que estos pronósticos se conviertan en realidad dependerán de la exactitud de los cálculos y propuestas realizadas por los grupos de

expertos que intentan lograr interpretar los efectos y manifestaciones de numerosas variables climáticas y su comportamiento futuro. También, como es de esperar y desear, dichos pronósticos y su efectividad dependerán de nuestra actitud hacia las causas que generan esta problemática y de nuestra capacidad de respuesta y adaptación a estos cambios.

En este sentido, los especialistas aseguran que, de mantenerse las tendencias actuales, el rango del incremento de la temperatura global para la última década del siglo XXI, en los escenarios analizados, oscilaría entre 1,1° C y 6,4° C —con un rango de mejores estimados entre 1,8° C y 4,0° C—, tomando como referencia el promedio de las últimas dos décadas del siglo XX, cuando la temperatura media anual exhibió un incremento de 0,6 °C, mientras que el nivel medio del mar presentaría una tasa media de elevación de 2,14 mm/año.

De lo anterior, y según los resultados plasmados en el mapa de alerta para 2100, en Cuba, donde 291 playas serían afectadas, es decir el 84 % del total nacional, se hace palpable que, aún con la minimización de algunos de los pronósticos para estos escenarios, las alteraciones que cualquier elevación del nivel del mar traería por resultado al clima y al ambiente subterráneo donde se esconde el patrimonio rupestrológico de esta región —entiéndase aumento o disminución significativa de los valores medios de la temperatura, la humedad absoluta y relativa, la evaporación, la salinidad, el ph de las aguas, la erosión marina, etc.—; serían devastadoras para la protección del arte rupestre, pues muchas de estas variables son sumamente importantes en el propósito de conservar este patrimonio cultural.

CONCLUSIONES

Los elementos evaluados hasta aquí permiten afirmar que el arte rupestre de la llanura costera Judas-Aguada presenta un alto grado de vulnerabilidad ante el impacto del ascenso del nivel del mar pronosticado para los próximos 300 años, según los estudios más recientes sobre el cambio climático para Cuba, el Caribe y el planeta en general.

Estos resultados y el manejo de la región objeto de estudio como caso de ejemplo, demuestran la necesidad de acometer estudios más precisos y detallados para esta y todas las regiones rupestrológicas del país, a fin de lograr obtener una visión integral y confiable de los grados de vulnerabilidad y, a partir de esto, dise-

ñar un programa de acciones para la adaptación a esta realidad, para lo cual se hace imprescindible una integración aún mayor del potencial científico que poseemos, para los estudios sobre los posibles impactos del cambio climático en el patrimonio cultural cubano.

Los resultados aquí obtenidos reafirman el criterio de que, aún bajo los más conservadores pronósticos para Cuba, donde se proponen valores máximos de ascenso de solo 0,59 m, el arte rupestre de algunas estaciones pictográficas, como son los casos de la cueva de los Alemanes y la Solapa no. 1, ambas en Puerto Francés, en la costa suroeste de la Isla de la Juventud, recibirían un importante grado de afectación, pues en la actualidad algunos diseños de estas estaciones están a menos de 0,30 m sobre el nivel del mar.

Por otra parte, es palpable el hecho de que entre las herramientas más comunes, tanto en Cuba como en numerosas regiones del planeta, para la lucha contra el ascenso del nivel del mar están el monitoreo sistemático sobre la calidad de la franja costera, el desarrollo de programas, planes y proyectos sectoriales, el ordenamiento territorial y la educación sobre cultura ambiental a las poblaciones de las zonas costeras. Sin embargo, en el caso que nos ocupa —el arte rupestre—, muchos de estos modelos son incapaces por sí solos de ofrecer una solución real, objetiva y tangible; de ahí que los estudios realizados hasta hoy, y sobre todo este propio trabajo, dejen claramente establecido que, ante el peligro y vulnerabilidad de este patrimonio, cualquier gestión debe comenzar por la elaboración y puesta en marcha a mediano o corto plazo de un proyecto de documentación gráfica, que asegure la formación de un archivo de la imagen de este importante recurso arqueológico, documentación que debe pasar a formar parte inmediata de los fondos documentales del patrimonio cultural de la nación.

Finalmente, y ante la espera de un programa de investigaciones y lucha contra los efectos de estos cambios, es imprescindible la realización del monitoreo sistemático de las variables asociadas a la vulnerabilidad del arte rupestre ante el ascenso del nivel del mar, pues, aunque los cambios y amenazas que se observan actualmente en el arte rupestre cubano, en general, están más relacionados con la intervención humana que con el cambio climático, ya existen elementos de que están ocurriendo cambios importantes en nuestro clima (aumento de las temperaturas, aumento en el impacto de huracanes, tormentas tropicales, etc.) que de hecho

amenazan la conservación de este patrimonio histórico-cultural de la nación.

RECOMENDACIONES

De todo lo expresado se pueden establecer como recomendaciones las siguientes líneas de acción:

1. Impulsar el desarrollo de un programa nacional de investigación para la evaluación de los impactos potenciales del cambio climático en el patrimonio cultural cubano en general, y en el arqueológico en particular, fomentando investigaciones dirigidas a la elaboración de un mapa de vulnerabilidad del patrimonio arqueológico cubano ante el cambio climático, considerando como herramienta imprescindible la investigación interdisciplinaria.
2. Construir bases de datos y sistemas de información sobre el ascenso real del nivel del mar en áreas de importancia arqueológica, de fácil acceso a los especialistas vinculados a la protección y conservación del patrimonio arqueológico.
3. Actualizar los escenarios regionales según los mapas de distribución del arte rupestre y las consecuencias del ascenso del nivel del mar, con el objetivo de formular medidas de enfrentamiento y mitigación, asegurando órdenes de prioridad coherentes con los riesgos pronosticados a escalas nacional, regional y local.
4. Difundir la información sobre los riesgos presentes y previsibles, en el ámbito académico, para mejorar la percepción y comprensión que del fenómeno tienen los investigadores, de forma que puedan evaluar su papel y el de sus proyectos de investigación en las acciones de respuesta y adaptación al cambio climático.
5. Sensibilizar a las administraciones y mandos superiores de áreas con alto grado de vulnerabilidad, para que incorporen la protección y conservación del arte rupestre en sus planes de desarrollo territorial, dándole un carácter significativo a la inclusión de estos temas en los planes de manejo de áreas protegidas, en aquellos lugares donde confluyen este tipo de categoría y el arte rupestre.
6. Identificar oportunidades para la convergencia de esfuerzos intersectoriales (sinergias y transversalidad), especialmente en relación con temas de protección a la integridad de los recursos arqueológicos y culturales.

7. Involucrar a todos los actores sociales, para que las comunidades tomen el problema en sus manos y participen en el aseguramiento de la conservación actual del patrimonio rupestrológico, como parte de su identidad regional.

8. Potenciar la obtención de recursos financieros nacionales e internacionales, para el estudio de impactos potenciales del cambio climático en el arte rupestre.

NOTAS

¹ Los pasos relativos a esta problemática, tanto en investigación como en gestión, solo han sido abarcadores e intensivos para el patrimonio natural.

² En todos los casos, los pronósticos de elevación del mar están referidos a los diferentes escenarios evaluados por el IPCC para la emisión de gases de efecto invernadero.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

BIBLIOGRAFÍA

- Bueno, R., C. Herzfeld, E. A. Stanton y F. Ackerman (2008): *El Caribe y el cambio climático. Los costos de la inacción*. Stockholm Environment Institute-US Center Global Development and Environment Institute, Tufts University, 35 p.
- Centella, A. (2006): "Cuba ante el Cambio Climático: Estudios de Vulnerabilidad y Adaptación. Proceso de la Segunda Comunicación Nacional" en *Taller de Diálogo Nacional-GEF*. Ciudad Habana, 13-15 de noviembre 2006.
- Centella, A.; J. Llanes, L. Paz, *et al.* (2001): *República de Cuba. Primera Comunicación Nacional a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático*. Publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y el Ministerio de Ciencia Tecnología y Medioambiente, 95 p.
- Chirino, J. E. y A. Falcón (2008): *Catálogo de arte rupestre del norte de la provincia de Sancti Spiritus, Cuba*. CD Multimedia, Parque Nacional Caguanes.
- Church, J. A. y N. J. White (2006): "A 20th century acceleration in global sea-level rise" en *Geophysical Research Letters*, Vol. 33, L01602, doi: 10.1029/2005GL024826.
- Delta Committee (2008): *Working together with water. A living land builds for its future*. Findings of the Deltacommissie. Editing for Secretariat Delta Committee, 23 p.
- German Advisory Council on Global Change (2006): *The Future Oceans-Warming Up, Rising High, Turning Sour*. WBGU, Berlin, 110 p., 3 Tables & 28 Figures.

- Gutiérrez, D. (1991): "Petro-Pictografías vs. Picto-Petroglifos. Algunas consideraciones terminológicas en el arte rupestre" en *Boletín Casimba*, 3, II (3): 56-57.
- Gutiérrez, D., E. Jaimez y J. B. González (en preparación): *Impactos potenciales del cambio climático en el arte rupestre cubano. Teoría o realidad*.
- Gutiérrez, D., R. Fernández y J. B. González, et al. (2009): *Arte Rupestre Cubano*. Serie mapas plegables etnológicos de Cuba, Eds. GEO, La Habana.
- Gutiérrez, T., A. Centella, M. Limia y M. López (2000): "Impactos del cambio climático y medidas de adaptación en Cuba". Informe Técnico, 207 p.
- Hernández, Y. y A. E. del Valle (2007): "Ecología: Cuba en el vórtice del cambio climático" en diario *Juventud Rebelde*, 1era. Ed., 12 de marzo de 2007.
- Instituto de Suelos (1990): *Nueva Versión de Clasificación Genética de los Suelos de Cuba*. Edit. AGRINFOR-MINAG, La Habana, 64 p.
- IPCC (2001): *Climate Change 2001: Impacts, Adaptation, and Vulnerability*. Cambridge, U.K., Cambridge University Press.
- IPCC (2007): "4º Informe del Panel Intergubernamental para el Cambio Climático". París, Francia (Presentado el 2 de febrero de 2007).
- IPCC (2007): *Climate Change 2007: The Physical Science Basis. Contribution of Working Group I to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*. Cambridge, U.K., Cambridge University Press.
- Jaimez, E. y D. Gutiérrez (1993): "Nueva Clasificación Genética de las Cuevas de Cuba (Tipología Geólogo-Geomorfológica con elementos de Regionalización)" en *Boletín Casimba*. Año 4, Ser.1, No. 5: 13-30, La Habana.
- Jaimez, E. y D. Gutiérrez (2000): "Nueva Clasificación Genética de las Cuevas de Cuba (Tipología Geólogo-Geomorfológica con elementos de Regionalización: Versión 2.2)". *IV Congreso de Geología y Minería* (En CD-Room/Textos/Geología del Cuaternario/210.html). La Habana, 9 p.
- Jaimez, E. y D. Gutiérrez (2010): "La nueva clasificación genética de las cuevas en el contexto evolutivo del conocimiento espeleogenético en Cuba" en *El Explorador* (71): <http://www.eexplorador.org>.
- Jaimez, E., F. Fernández y J. Álvarez (1990): "Validez del tipo genético y espeleológico Caguanes. Efecto de vecindad en el control de la carsificación" en *Congreso 50 Aniversario SEC. Programa y Resúmenes*, La Habana, p. 57.
- Mateo, J. y M. Acevedo (1989): "Regionalización físico geográfica de Cuba, a escala 1: 3000 000" en *Nuevo Atlas Nacional de Cuba*: p. XII. 2.1
- Nieves-Mejías, M. I. (2009): "Los grabados rupestres y el calentamiento global". Archivos del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. (Inédito).
- Núñez, A. (1967): *Clasificación Genética de las Cuevas de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 264 p.
- Núñez, A., D. Gutiérrez, E. Jaimez y R. Delgado (1990): "El arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos del Sistema Cavernario de Constantino, Viñales, Pinar del Río. Consideraciones preliminares" en *Congreso 50 Aniversario de la SEC, Programa y Resúmenes*, La Habana, p. 46.
- Núñez, A., N. Viña, A. Acevedo, J. Mateo, M. Iturralde y A. Graña (1984): *Cuevas y Carsos*. Editora Militar, La Habana, 431 p.
- Ortiz Bultó, P. L., A. E. Pérez, A. Rivero, A. Pérez, J. R. Cangas y L. B. Lecha (2008): "La variabilidad y el cambio climático en Cuba: potenciales impactos en la salud humana" en *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 34, No.1, doi: 10.1590/S0864-34662008000100008
- Pina, J. A. (2010): "¿Hasta dónde subirá el nivel del mar?" en *Le Humanite*, Francia (edición del 15 de julio de 2010).
- Rahmstorf, S. (2007): "A Semi-Empirical Approach to Projecting Future Sea-Level Rise" en *Science*, 315: 368-370.
- Rahmstorf, S. (2009): "Tenemos que deshacernos de esta inercia y mantener el aumento del nivel del mar bajo mínimos" en *Globalízate*, www.kaosenlared.net/noticia/tenemos-deshacernos-esta-inercia-mantener-aumento-nivel-mar-bajo-minim
- Romero, A. (2006): "Estudio preliminar del arte parietal de la región central de Cuba" en *Cavernes*, 4 (33): 1-30.
- UNEP (1996): "Handbook on Methods for Climate Change Impact Assessment and Adaptation Strategies". Draft Version 1.3.
- UNESCO (2009): *Cambio Climático y Patrimonio Mundial. Estudio de caso*. Centro del Patrimonio Mundial de la UNESCO, 77 p.
- WHO (2003): "Climate Change and Human Health: Risks and Responses" en McMichel, A. J., Cambpbell-Lendrum, D. H., Corvalán, C., Ebi, K. L., Githeko, A., Scheraga, J. D., editors. Geneva:WHO/WMO/UNEP.

DINÁMICAS FITOCULTURALES DE UN PUEBLO PRECOLOMBINO SALADOIDE TARDÍO (KING'S HELMET) EN YABUCOA, PUERTO RICO

JAIME R. PAGÁN JIMÉNEZ



INTRODUCCIÓN

En las Antillas, algunos procesos socioculturales en torno al uso de plantas durante la era precolombina, han sido tradicionalmente interpretados a partir de los textos de los cronistas europeos que arribaron a las islas desde finales del siglo xv. Seis siglos más tarde, la mayoría de los investigadores en historia y en arqueología antillana reproducen o extrapolan, para casi cualquier periodo precolombino, los escenarios 'etnobotánicos' descritos a finales del siglo xv sobre un limitado número de pueblos indígenas que habitaban algunos de los territorios isleños. No ha sido difícil, ante la poca información directa provista por los estudios especializados de paleoetnobotánica, aferrarse a las descripciones etnohistóricas que dieron cuenta de la agricultura "taína", de sus formas de producción agrícola y de los principales componentes vegetales de dichos sistemas.

A partir de algunos destacados textos históricos (e.g., Pané 1990; Las Casas 1909; Fernández de Oviedo 1851), se arraigó en la comunidad de investigadores antillanos un conjunto de premisas acerca de la vida agrícola precolombina de las Antillas como las siguientes: a) la agricultura precolombina antillana fue principalmente de producción de tubérculos; b) el principal componente vegetal de dicho sistema fue siempre la yuca (*Manihot esculenta* Crantz) junto a otros cultivos "muy" menores como el maíz (*Zea mays* L.), la batata (*Ipomoea batatas* (L.) Lam.), etcétera, y c) la agricultura estuvo asociada exclusivamente a los pueblos de tradición agroceramista, los cuales comenzaron a moverse hacia las Antillas desde las masas continentales cercano al 500 a.C. Otros axiomas importantes para la arqueología antillana han sido derivados de los anteriores supuestos. Entre ellos: 1) el burén fue utilizado para la cocción del pan de casabe (de yuca); y 2) las herramientas líticas de molienda o maceramiento (manos, bases molederas, morteros) fueron utilizadas para procesar, sobre todo, algunas semillas (la mayoría de ellas provenientes de plantas silvestres

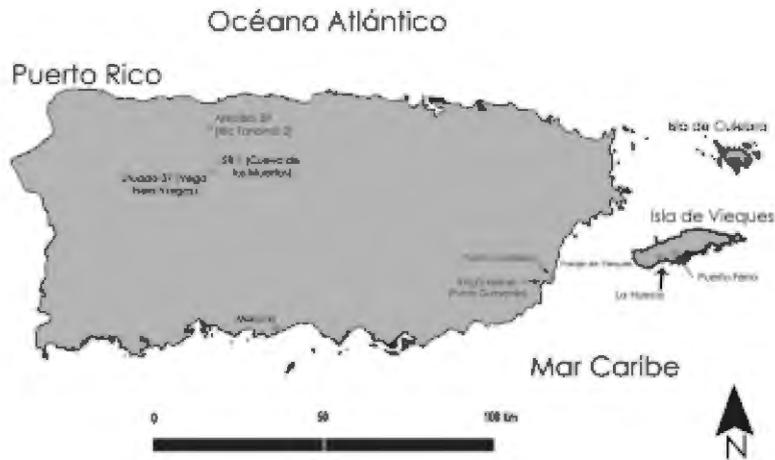


Figura 1. Puerto Rico, sus islas municipio y algunos sitios arqueológicos en los cuales se han efectuado estudios de almidones (citados en el texto).

recolectadas). Estas y otras presunciones más, son predominantes en los textos arqueológicos (reportes, libros) que hoy siguen produciéndose en la región, y es esta la información que se sigue exponiendo en prácticamente todos los ámbitos educativos de Puerto Rico y de otras islas antillanas.

Con la finalidad de comprender algunos de los procesos culturales alrededor de los grupos humanos y sus plantas útiles o económicas en el Puerto Rico precolombino, se desarrolló el presente estudio arqueobotánico con materiales arqueológicos de una singular localidad de la costa este de Puerto Rico, conocida como King's Helmet (figura 1). Se muestran aquí los resultados generados a partir del análisis de cinco muestras residuales-sedimentarias extraídas de una misma cantidad de artefactos relacionados, de una u otra forma, con el procesamiento, cocimiento y/o manipulación de alimentos vegetales. Dichas muestras y artefactos proceden de un área dentro del sitio que corresponde posiblemente, tanto con el espacio interior como exterior de una aparente unidad habitacional. Entre el espectro de artefactos seleccionados para el análisis se encuentran 4 herramientas líticas de *molienda/maceramiento* (2 manos laterales [hachas reutilizadas], 1 posible mano con extremidad picoteada y 1 base moledera), mas un conjunto de fragmentos de un mismo burén. Con este estudio se proporciona información relevante y única en torno a las dinámicas arqueo-

botánicas internas del sitio, y se comentan algunas posibles similitudes entre King's Helmet, y otros sitios arqueológicos previamente estudiados. El uso de plantas y la respectiva dinámica interna en King's Helmet provee importante información sobre algunas de las prácticas culturales que facilitaron el acceso a los recursos botánicos de carácter alimentario y a otros aspectos socioculturales relacionados, como es el procesamiento de plantas con determinadas herramientas. Finalmente, con la consecución de este estudio arqueobotánico, se agrega información esencial sobre una de las tradiciones culturales arqueológicas (i.e., saladoide tardío) más importantes de Puerto Rico, aspecto que contribuye a un mejor o más detallado entendimiento de la naturaleza del uso y consumo de plantas durante uno de los más intrigantes periodos de cambios socioeconómicos y culturales de la antigua historia de la isla.

El periodo de interés para este trabajo se sitúa en el llamado periodo II-b de la cronología regional propuesta por Rouse (1992), o Agro II según el esquema de Chanlatte y Narganes (1983). Durante este periodo, los pueblos saladoide tardío (o cuevas), interactuando con otros pueblos más en un ambiente multicultural isleño, probablemente comenzaron a enfocar sus actividades sociales y económicas hacia el establecimiento de un nuevo orden político regional intraisleño basado en jerarquías de asentamientos. De acuerdo con varios estudios regionales producidos para el este de Puerto Rico (Curet 1987, 1992; Pagán Jiménez 2005b, 2007; Rodríguez López 1992), durante esta fase de cambios los pueblos cuevas —distinto a lo acostumbrado en el patrón de asentamiento desarrollado por sus antecesores saladoide “Hacienda Grande”—, comenzaron a ocupar algunas porciones del interior de Puerto Rico. Al mismo tiempo la configuración regional de los asentamientos comenzó a mostrar algún tipo de arreglo a manera de agregados o clusters, constituidos por villas o comunidades individuales, que probablemente puede relacionarse con cambios geopolíticos y demográficos más amplios que emergieron durante esta fase. No obstante, es muy poca la información arqueológica detallada que pudiera servir para comprender mejor los cambios que evidentemente ocurrieron. Todo lo relacionado con el surgimiento y consolidación de las elites, o con la naturaleza de las culturas botánicas y económicas de este periodo, ha sido difícil de estudiar debido a que los restos arqueobotánicos (macro y microbotánicos) de las plantas utilizadas por los pueblos cuevas casi no se han documentado, aun con los avances recientes en el campo de la paleoetnobotánica tropical (Newsom y Wing 2004, Pagán Jiménez 2007).

Hay que señalar que la relativa importancia de las especies de plantas identificadas en los estudios arqueobotánicos de Las Antillas se contextualiza, generalmente, en el nivel de series o subseries (Newsom 1993; Newsom y Wing 2004; Rouse 1992), en detrimento del conocimiento que se puede obtener sobre estos temas en el nivel de las comunidades locales y sus unidades menores (como la economía doméstica y social dentro de los asentamientos). Es en este sentido que el presente estudio de almidones arqueológicos cobra interés y pertinencia, debido a que es un esfuerzo investigativo que persigue obtener información directa sobre la cultura y economía botánica de los antiguos pobladores cuevas en King's Helmet, localidad situada en el municipio de Yabucoa, a pocos metros de la costa este de Puerto Rico.

EL SITIO Y LOS CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS/ CULTURALES DE LAS HERRAMIENTAS ANALIZADAS

La mitigación arqueológica (Fase III) del sitio King's Helmet en punta Guayanés, efectuada por Federico Freytes y el doctor Osvaldo García en Yabucoa (Puerto Rico), fue dirigida a una porción importante del yacimiento arqueológico denominado "Y-A" de manera oficial por el Consejo de Arqueología Terrestre de Puerto Rico. Este sitio, junto a otro previamente excavado al sur de King's Helmet, y conocido oficialmente como "YB-03" constituye, como conjunto, a un definido asentamiento (villa o aldea) correspondiente a la tradición cultural saladoide tardío o cuevas. Las fechas radiocarbónicas obtenidas para la porción del asentamiento denominada YB-03 oscilan entre ca. 500 d.C. y ca. 890 d.C. mientras que las fechas obtenidas para la porción centro norte del sitio aquí considerado (i.e., King's Helmet o Y-A) van entre ca. 650 a 780 d.C.

Las herramientas líticas, así como el conjunto de fragmentos de un mismo burén considerados en este análisis, fueron recuperados todos en el estrato I identificado en el lugar, aunque de diferentes niveles y unidades (ver tabla 1). Este estrato, de entre 40 y 50 cm de grosor (incluyendo la superficial capa de humus), consiste en arcilla granular con coloraciones indicativas de la degradación de materia orgánica (colores munsell 10 yr 2/2 y 3/2) y es el único del lugar que cuenta con claras evidencias arqueológicas de distinta índole. Bajo el estrato I se encuentra otro que es el sustrato y que consiste en arcilla granular en proceso de solidificación.

Las unidades excavadas en King's Helmet sirvieron para documentar diversos tipos de áreas de actividad, entre las cuales se encuentran áreas de habitación (viviendas), de otras actividades

relacionadas con las prácticas cotidianas del asentamiento y áreas de residuario o basurales en donde la concentración de restos cerámicos y líticos fue importante. Aun cuando se recuperó cerámica diagnóstica correspondiente al estilo Santa Elena de la tradición ostiones, sobre todo en la superficie del área bajo investigación, los contextos excavados fueron definidos como áreas de actividades humanas de la tradición cultural saladoide tardío o cuevas. En este sentido, todas las herramientas analizadas como parte del presente estudio deben ser ubicadas en este contexto cultural.

La codificación y el orden con números que se hizo de los artefactos aquí estudiados (columna del extremo izquierdo, tabla 1) responde al principio de la superposición estratigráfica en vista de que la mayoría de ellos, excepto el artefacto # 1, fueron recuperados en el estrato I del sitio arqueológico. De este modo, entre los materiales seleccionados, el artefacto # 1 es el que se documentó a mayor profundidad respecto a los demás y el artefacto # 5 fue el que se documentó a menor profundidad. Con esta codificación y orden de artefactos es posible generar una discusión sobre la presencia, el uso y el consumo de las plantas identificadas en una escala temporal básica o elemental del sitio, pero arbitraria para efectos del estudio.

MATERIALES Y MÉTODOS

En la tabla 1 se señalan los *posibles* atributos funcionales de los cinco artefactos estudiados, sabiendo que todos ellos se relacionan con el pueblo cuevas que vivió en King's Helmet. Todo material potencialmente importante fue excavado y documentado al detalle en términos de su ubicación vertical y horizontal; posteriormente fue separado del resto de materiales para evitar algún tipo de contaminación con residuos ajenos.

Los artefactos aquí analizados (ver tabla 1) fueron empacados individualmente; en algunos casos fueron recubiertos con papel aluminio, y luego fueron transportados directamente del sitio arqueológico al laboratorio del proyecto *sin someterse a ningún tipo de limpieza*. Por una parte, las herramientas líticas fueron seleccionadas según sus atributos morfológicos y las huellas de uso presentes que pudieran relacionarse con el procesamiento de plantas. Por otra, el conjunto de fragmentos de un mismo burén fue seleccionado debido a que estudios arqueobotánicos previos realizados en estos artefactos (ver discusión adelante), mostraron un interesante escenario de usos de estos platillos planos que dan

TABLA 1. RESUMEN DE ARTEFACTOS SELECCIONADOS PARA ANÁLISIS POR PROCEDENCIA, TIPO Y NÚMERO DE MUESTRAS LOCALIZADAS; MITIGACIÓN ARQUEOLÓGICA (FASE III), PARCELA RC1-A, PUNTA CANDELERO, HUMACAO, PUERTO RICO

NÚMERO ARTEFACTO	PROCEDENCIA	"TIPO" DE ARTEFACTO Y MATERIAL PRIMA	SECCIONES DE USO Y NÚMERO DE MUESTRAS LOCALIZADAS EN PARÉNTESIS	NÚMERO ACCESO LAB. ALMIDONES
Artefacto 1	Unidad 2 Estrato II, Nivel 4	Fragmento mano lateral: toba	Faceta utilizada (1)	08-03
Artefacto 2	Unidad 4-E Estrato I, Nivel 2	Fragmento mano lateral: toba	Faceta utilizada (1)	08-05
Artefacto 3	Unidad 8 Estrato I, Nivel 2	Fragmento mano con extremidad picoteada (posible hacha re-uso): toba	Faceta utilizada (1)	08-02
Artefacto 4	Unidad 19 Estrato I, Nivel 2	Fragmentos de un mismo burén: cerámica	Sección superior (cara) utilizada (1)	08-01
Artefacto 5	Unidad 15 (este) Estrato I, Nivel 1	Fragmento mortero: toba roja silicificada	Faceta cóncava utilizada (1)	08-04

cuenta de la preparación de masa (y/o harinas), provenientes de plantas tuberosas y de semilla distintas a la yuca, órgano tuberoso típicamente asociado por los investigadores antillanos con los burenes (Newsom y Wing 2004; Rouse 1992). Después de seleccionados todos los artefactos se procedió con la extracción de sedimentos de los mismos para el análisis de almidones. Como se muestra en la tabla 1, por cada artefacto considerado se extrajeron muestras sedimentarias de cada una de sus secciones donde existen evidencias de uso (figura 2). Aun cuando un mismo artefacto contó con diversas secciones de uso, se consideró que las muestras obtenidas de cualquiera de sus secciones reflejarían, en similar medida, el espectro de plantas procesadas con él. En otras palabras, en el presente análisis se parte de la premisa de que un artefacto utilizado, e.g., para procesar órganos vegetales (tubérculos o semillas) tuvo que impregnarse casi en su totalidad por los residuos vegetales (en este caso almidones) producidos a raíz de la acción de macerar, moler o rallar como queda demostrado en algunos estudios etnográficos y experimentales (Rodríguez Ramos 2005) relacionados con el procesamiento de vegetales. Todas las muestras sedimentarias obtenidas (n=5) fueron procesadas con el protocolo de separación de almidones con cloruro de cesio (CsCl) que se muestra adelante.

Protocolo de extracción de sedimentos de los artefactos

Se limpió con un paño nuevo y húmedo la superficie de trabajo. Para manipular las herramientas arqueológicas, se colocó papel

de impresión blanco (nuevo) sobre la superficie de trabajo y cuidadosamente se colocó sobre dicha superficie la sección de la herramienta que sería auscultada. Luego se procedió con la remoción en seco de los sedimentos y/o residuos presentes en cada faceta de uso considerada, utilizando ganchos odontológicos de limpieza estériles (ver Pearsall *et al.* 2004; Perry 2004 para conocer otros procedimientos). Finalmente el sedimento y/o residuo desprendido de las secciones

auscultadas por cada artefacto, fue depositado sobre papel blanco limpio para trasladarlo a bolsas plásticas estériles debidamente rotuladas.

Protocolo de separación de almidones de las muestras sedimentarias

Con la finalidad de aislar los almidones presentes en cada muestra de sedimento, se aplicó el protocolo que se describe a continuación (modificado de Atchison y Fullagar 1998; Barton *et al.* 1998; Pearsall *et al.* 2004). Todas las muestras fueron colocadas en tubos de microcentrífuga estériles de 1,5 ml y se les agregó solución de CsCl con gravedad específica de 1,79g/cm³. La intención fue separar los gránulos de almidón por flotación y aislamiento de otras partículas, debido a que estos cuentan con gravedad específica promedio de 1,5 (Banks y Greenwood 1975). Este proceso se llevó a cabo por centrifugación a 2 500 rpm durante 12 minutos en una primera fase, transvasando el sobrenadante en el que deberían estar los residuos de interés a un nuevo tubo plástico de microcentrífuga estéril. En un paso ulterior se agregó agua destilada a la muestra y se agitó por 10 segundos. Durante este proceso se reduce la gravedad específica de la mezcla por dilución de la sal, con la finalidad de eliminar, con sucesivos lavados, la presencia de cristales de la misma, los que pudieran afectar la integridad de los gránulos. Este último paso fue repetido en dos ocasiones adicionales (agregando menos agua sucesivamente), centrifugando cada vez a 3 200 rpm durante 15 minutos. Del residuo final, en el que

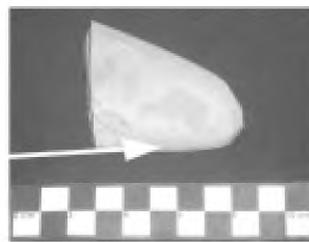
deben estar los gránulos de almidón, se tomó una gota, la cual se colocó sobre un portaobjeto estéril, añadiéndole media gota de glicerol líquido con la finalidad de incrementar la viscosidad del medio y la birrefringencia de la preparación, mezclando el conjunto cuidadosamente con un palillo o aguja estéril.

Adscripción taxonómica de los gránulos de almidón recuperados

El estudio de gránulos de almidón en arqueología es un medio de aproximación directo a los temas que interesa comprender con el presente análisis, pues como ha sido establecido en otros trabajos (e.g. Haslam 2004; Loy *et al.* 1992; Pagán Jiménez 2002, 2005b y 2007; Pearsall *et al.* 2004; Piperno y Holst 1998), este tipo de residuo

puede preservarse en las superficies imperfectas (i.e. con grietas, fisuras y poros) de las herramientas líticas o cerámicas relacionadas con el procesamiento de los órganos de las plantas por largos periodos de tiempo. Si los gránulos de almidón provenientes de distintos órganos vegetales pueden ser extraídos de las imperfecciones de las herramientas de piedra o cerámica, y adscritos a una fuente taxonómica conocida (el órgano vegetal de origen), entonces se posibilita el establecimiento de un vínculo directo entre dichas herramientas y las plantas ricas en almidón que fueron procesadas en ellas.

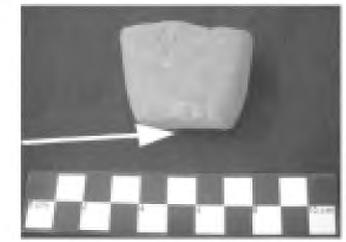
En este estudio en particular se contó con una colección comparativa moderna de plantas y almidones de la región (Pagán



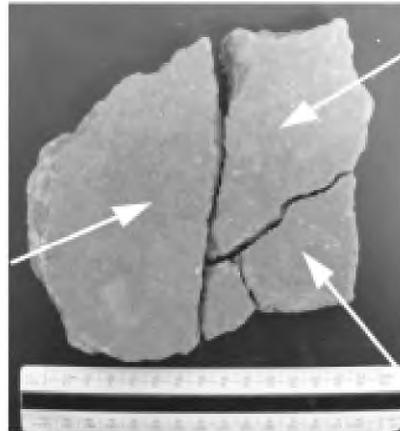
Artefacto 1



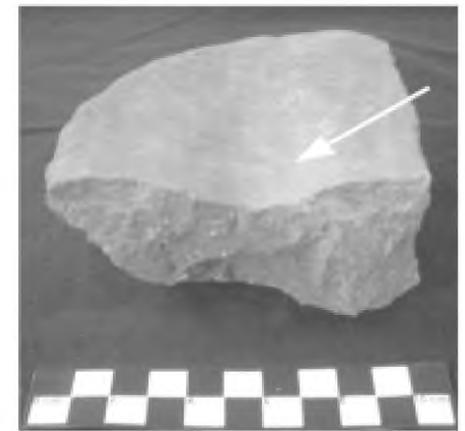
Artefacto 2



Artefacto 3



Artefacto 4



Artefacto 5

Figura 2 Herramientas líticas y cerámica analizadas. Barra de escala de artefactos 1, 2, 3 y 5=10 cm. Escala de artefacto 4=15 cm (total). Las flechas indican las facetas de uso y las áreas de extracción de muestras.

Jiménez [Apéndice B] 2007; tabla 2). La descripción detallada, morfológica y bidimensional, de los almidones modernos permite, por medio del contraste, distinguir y adjudicar la taxa a los almidones arqueológicos siempre que se cuente —en los gránulos recuperados de los artefactos arqueológicos— con los suficientes rasgos diagnósticos previamente establecidos por la descripción propuesta en la colección de referencia. Si no existen estas condiciones en los gránulos arqueológicos, entonces la identificación no es segura, lo que ha llevado a utilizar las categorías “cf.” o identificación tentativa más cercana y “no identificado” cuando no existen rasgos diagnósticos en los gránulos arqueológicos encontrados. Asimismo, si se encuentran almidones arqueológicos que no están

TABLA 2. DIMENSIONES DE LOS GRANOS DE ALMIDÓN DE ALGUNAS PLANTAS MODERNAS DE LA COLECCIÓN DE REFERENCIA DE PAGÁN JIMÉNEZ

TAXA	RANGO DE MEDIDAS EN μm (DIMENSIONES MÍNIMAS Y MÁXIMAS DE CONJUNTOS DE GRANOS DE ALMIDÓN)	[PROMEDIO] Y MEDIA EN μm (DESVIACIÓN ESTÁNDAR DE LA MEDIA EN PARÉNTESIS)	NÚMERO DE MEDIDAS CONSIDERADAS
Domesticadas			
Maíz (<i>Zea mays</i> L.)			
Pollo	2-28	[13.7414] y 13 (± 3.9)	116
Caribe temprano	3-20	[12.86] y 13 (± 3.6)	101
Frijol (<i>Phaseolus vulgaris</i> L.)	10-40	[21.59] y 20 (± 6.1)	111
Cultivos			
Batata o boniato (<i>Ipomoea batatas</i> (L.) Lam.)	5-40	[20.32] y 20 (± 7.4)	100
Maranta, yuca o sagú (<i>Maranta arundinacea</i> L.)	10-50 (según Piperno y Holst 1998)	?	?
Lerén (<i>Calathea allouia</i> (Aubl.) Lindl.)	6-21	11 (± 3.1)	126
Gruya (<i>Canna indica</i> L.)	15-88	[42.38] y 40 (± 13.036)	126
Silvestres			
Haba de playa (<i>Canavalia rosea</i> (SW) DC)	10-53	[28.24] y 28 (± 8)	109
Maraca (<i>Canna sylvestris</i> Rose.)			
Calatea (<i>Calathea veitchiana</i> J.H. Veitch ex Hook. F.)	13-110	[54.40] y 53 (± 17.610)	126
Zebra (<i>Calathea zebrina</i> (Sims.) Lindl.)	9-38	20 (± 6.2)	126
Palmita de jardín (<i>Zamia portoricensis</i> Urb.)	11-25	28 (± 7.4)	112
Marunguey, guáyiga (<i>Zamia amblyphyllidia</i> D.W. Stev.)	5-50	[22.56] y 20 (± 9.9)	108
Guáyiga, marunguey (<i>Zamia pumila</i> L.)	1-53	[21.75] y 18 (± 13.5)	103
	6-95	[32.55] y 30 (± 18)	110

representados en la colección de referencia o en otros trabajos publicados, no se puede establecer una identificación segura, en vista de que son las descripciones ya realizadas y documentadas en nuestra colección comparativa y en otras publicadas, las que nos permiten proponer las identificaciones de forma confiable.

Para comparar las características morfológicas y métricas de los almidones encontrados y proponer las identificaciones, el presente estudio se fundamentó en los trabajos publicados previamente por otros autores (Pearsall *et al.* 2004; Piperno y Holst 1998; Piperno *et al.* 2000; Perry 2002a, 2002b, 2004; Ugent *et al.* 1986) y en trabajos propios en los que se han descrito formalmente 40 especímenes e informalmente otros 20 pertenecientes, en conjunto, a 30 géneros y 51 especies que oscilan entre plantas silvestres,

domésticas y cultivos tanto antillanas, de América tropical continental como del Viejo Mundo (Pagán Jiménez 2004, 2005b y 2007).

En la identificación de gránulos de almidón arqueológicos fue utilizado un microscopio Olympus BH-2 (con polarizador) empleando oculares de 10X y un objetivo de 40X. El elemento diagnóstico principal, pero no exclusivo, para identificar positivamente a los gránulos de almidón entre otros residuos presentes en la muestra fue la presencia de la cruz de extinción o cruz de malta, característica observable con luz polarizada. Los portaobjetos con las muestras arqueológicas fueron examinados completamente, fijando la posición de los gránulos encontrados mediante coordenadas XY, para confrontar, siempre que se requiriera, las observaciones. Luego del análisis, los portaobjetos fueron guardados en un receptáculo de cartón diseñado para tal propósito.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

La fase de ocupación más temprana

El artefacto 1, ubicado en lo que se considera la fase de ocupación más temprana de King's Helmet (650 d.C) arroja datos arqueobotánicos sumamente relevantes (ver tabla 3). El mismo, que es un fragmento de una mano lateral (edge-ground cobble), recuperado en el estrato II de la unidad 2 (figura 2), evidencia que fue utilizado para macerar tubérculos y semillas de importantes plantas económicas como la batata (*Ipomoea batatas*), el maíz (*Zea mays*) y algún tipo de frijol silvestre (*Fabaceae*) (ver figura 3).

A pesar de que la raíz tuberosa conocida como batata o boniato podía ser hervida sin que hubiese maceramiento de por medio, las evidencias obtenidas señalan que en King's Helmet fue macerada

TABLA 3. ARTEFACTOS ESTUDIADOS Y ADJUDICACIÓN DE TAXA, KING'S HELMET, YABUCOA, PUERTO RICO

# ARTEFACTO	ARTEFACTO 1 ESTRATO II, N. 4 (MANO LATERAL, PREVIAMENTE HACHA)	ARTEFACTO 2 ESTRATO I, N. 2 (MANO LATERAL, PREVIAMENTE HACHA)	ARTEFACTO 3 ESTRATO I, N. 2 (MANO LATERAL, PREVIAMENTE HACHA)	ARTEFACTO 4 ESTRATO I, N. 2 (FRAGMENTOS BURÉN)	ARTEFACTO 5 ESTRATO I, N.1 (FRAGMENTO MORTERO)	TOTAL DE GRANOS	UBICIDAD ¹ (%)
<i>Zamia pumila</i>				3	1	4	40%
<i>Cf. Zamia pumila</i>				1		1	20%
<i>Ipomoea batatas</i>	6	4				10	40%
<i>Cf. Phaseolus vulgaris</i>				1		1	20%
<i>Zea mays</i>	1			3		4	40%
<i>Maranta arundinacea</i>				1		1	20%
Fabaceae (posible frijol silvestre)	1			1		2	40%
No identificados	-----	-----	-----	-----	-----	-----	
Riqueza de especies ²	3	1	0	4	1	-----	
Total granos	8	4	0 (10 fragmentos de xilema)	10	1	23	-----

¹ La ubicidad en la tabla 3 hace referencia a la ocurrencia de la taxa identificada entre las muestras analizadas.

² Para determinar la riqueza de especies por muestra sólo se consideraron las identificaciones seguras; identificaciones tentativas o inseguras no fueron consideradas.

para producir algún tipo de masa. Es posible que la masa resultante fuese utilizada para crear alguna especie de pan, o para integrarse (mezclarse) con la masa de otros tubérculos y semillas en la confección de platillos más elaborados. Algunos cronistas documentaron la preparación de un "pan de aje", como le llamaban éstos (los aborígenes y los primeros cronistas), que podía comerse crudo, asado o hervido (Las Casas 1909). De acuerdo con Rodríguez Ramos (2005), la batata pudo ser convertida en una pasta para mezclarse con otros productos e impartir a estos un sabor más dulce o bien convertirse en pan, criterio que se deriva de un análisis experimental realizado por él con manos laterales de piedra (edge-ground cobbles).

Por otra parte, la presencia de un solo gránulo de maíz y de otro correspondiente a algún frijol silvestre en el artefacto 1, da cuentas del uso variado de las manos laterales en el maceramiento de tubérculos y semillas, noción que da al traste con las ideas clásicas de una función única en estos y otros utensilios líticos precolombi-

nos (e.g., para macerar exclusivamente unos órganos u otros). Las manos laterales, junto a las bases molderas, representan un conjunto de herramientas líticas que ha sido documentado en algunos sitios centroamericanos desde por lo menos el 6 090 a.C. y fue insistentemente adjudicado al maceramiento exclusivo de materiales suaves como los tubérculos (Cooke 1992; Ranere 1975, 1980). Actualmente se ha demostrado, por medio de estudios similares al presente (Pagán Jiménez 2007; Pearsall *et al.* 2004; Piperno y Holst 1998) y otros de replicación lítica y experimentación (Rodríguez Ramos 2005), que estas herramientas pudieron ser utilizadas, además, para producir harina o pastas derivadas de semillas como el maíz y los frijoles. El maceramiento de semillas de maíz y de frijol silvestre muestra que algún tipo de masa se pudo estar preparando con los órganos de las referidas plantas. No obstante, el bajo número de gránulos de dichas plantas parece indicar la baja preponderancia de los productos harinosos derivados de estas.

La fase de ocupación intermedia

El artefacto 2, otro fragmento de mano lateral ubicado en un contexto posterior a la ocupación humana inicial del lugar, arrojó evidencias del procesamiento aparentemente exclusivo de la batata (figura 2; tablas 1 y 3; figura 4). Esta herramienta, la cual junto a los artefactos 3 y 4 se ubican en el mismo contexto vertical, parece indicar que la batata y sus derivados continuaron siendo importantes recursos alimentarios en el lugar. No obstante, hay que considerar que la presencia exclusiva de los gránulos de batata en la herramienta puede estar reflejando solo parte del espectro de órganos procesados en ella, debido a que se ha muestreado solamente un fragmento relativamente pequeño del extremo de una mano lateral, que parece haber sido de un tamaño considerablemente mayor.

El artefacto 3 (figura 2), correspondiente al mismo contexto vertical que el anterior, fue clasificado tentativamente como una mano con extremidad picoteada que fue confeccionada a partir de un hacha rota. En otras palabras, la herramienta fue previamente un hacha y luego, por sus aparentes huellas de uso, pudo reutilizarse como mano para macerar o moler órganos vegetales. Curiosamente, aun cuando pudo recuperarse una buena muestra sedimentaria de la sección picoteada del artefacto, no fue posible recuperar ningún almidón. En cambio, un dato de interés es que sí pudo documentarse la presencia de al menos 10 fragmentos de xilemas, siendo estas estructuras las responsables de mantener la circulación de líquidos en las plantas. Dichas estructuras, junto a otros elementos que se conocen como vasos traqueidas, se encuentran en las raíces, en los tallos y en las ramas de las plantas, siendo en algunos casos elementos diagnósticos de algunas familias y géneros florísticos. Aunque no es viable adjudicar una taxa a estos elementos microbotánicos recuperados en el artefacto 3, es factible plantear la posibilidad de que los mismos se relacionen más con la función original de la herramienta, esto es, cortar madera o eliminar corteza vegetal dura, ya que son similares a los xilemas que se encuentran en los tallos y ramas de ciertos árboles. La total ausencia de almidones y la presencia considerable de xilemas en el artefacto 3 puede ser un buen indicio de que no haya sido utilizado para moler o macerar plantas económicas como se pensó en un principio, y sí para procesar troncos y/o corteza de arbustos y árboles.

En Nueva Zelanda, se han realizado estudios de xilemas junto a los de almidones arqueológicos con la finalidad de señalar aquellos elementos diagnósticos presentes en los primeros que puedan servir para identificar plantas tuberosas (Horrocks *et al.* 2004). Los estudios hasta ahora publicados al respecto, han sido exitosos al poder correlacionar xilemas y vasos traqueidas con determinados tubérculos correspondientes a plantas económicas de importancia. Falta desarrollar, en el contexto antillano, esta y otras estrategias microbotánicas más que sirvan para recuperar información arqueobotánica valiosa complementaria a los estudios actualmente en curso.

El artefacto 4, un burén fragmentado y relacionado tradicionalmente con la confección del pan de casabe o de yuca (Rouse 1992; ver figura 2), es el utensilio analizado que mayor cantidad y diversidad de plantas procesadas evidenció en el presente estudio (tabla 3). Distinto a lo que se esperaría para este tipo de útil cerámico, ningún gránulo de almidón de yuca pudo ser documentado como ya se ha evidenciado contundentemente en fragmentos de burén estudiados en Cuba (Rodríguez Suárez y Pagán Jiménez 2008) y en Puerto Rico (Pagán Jiménez 2006a). En cambio se pudieron recuperar almidones correspondientes a los órganos almidonosos de marunguey o guáyiga (*Zamia pumila*), de maíz, de yuquilla (*Maranta arundinacea*), de un frijol aparentemente silvestre (*Fabaceae*) y de posible frijol domesticado (*Phaseolus vulgaris*) (figura 5). Este importantísimo escenario, como se dijo antes, contrasta fuertemente con lo aceptado por los investigadores de la región para este tipo de platillo de barro. Las plantas identificadas en el artefacto 4, a partir de los almidones recuperados, no deben sorprender en vista de que son plantas identificadas en otros contextos arqueológicos (anteriores y posteriores), y hasta se han documentado en algunas crónicas del periodo de contacto (Las Casas 1909; Fernández de Oviedo 1851).

El marunguey (guáyiga), una de las plantas identificadas en el burén, requiere del maceramiento de su tronco debido al alto contenido de sustancias neurotóxicas (cycasina) (González 2003) que pueden ocasionar la muerte a los seres humanos. Por lo mismo, no es difícil explicar la presencia de sus granos de almidón en artefactos de molienda/maceramiento, como ha sido ya documentado en sitios arcaicos de Puerto Rico (Pagán Jiménez *et al.* 2005) y en diversos sitios agrocerámicos del norte y este de la isla (véase Pagán Jiménez 2007; Pagán Jiménez y Oliver 2008). Se sabe que

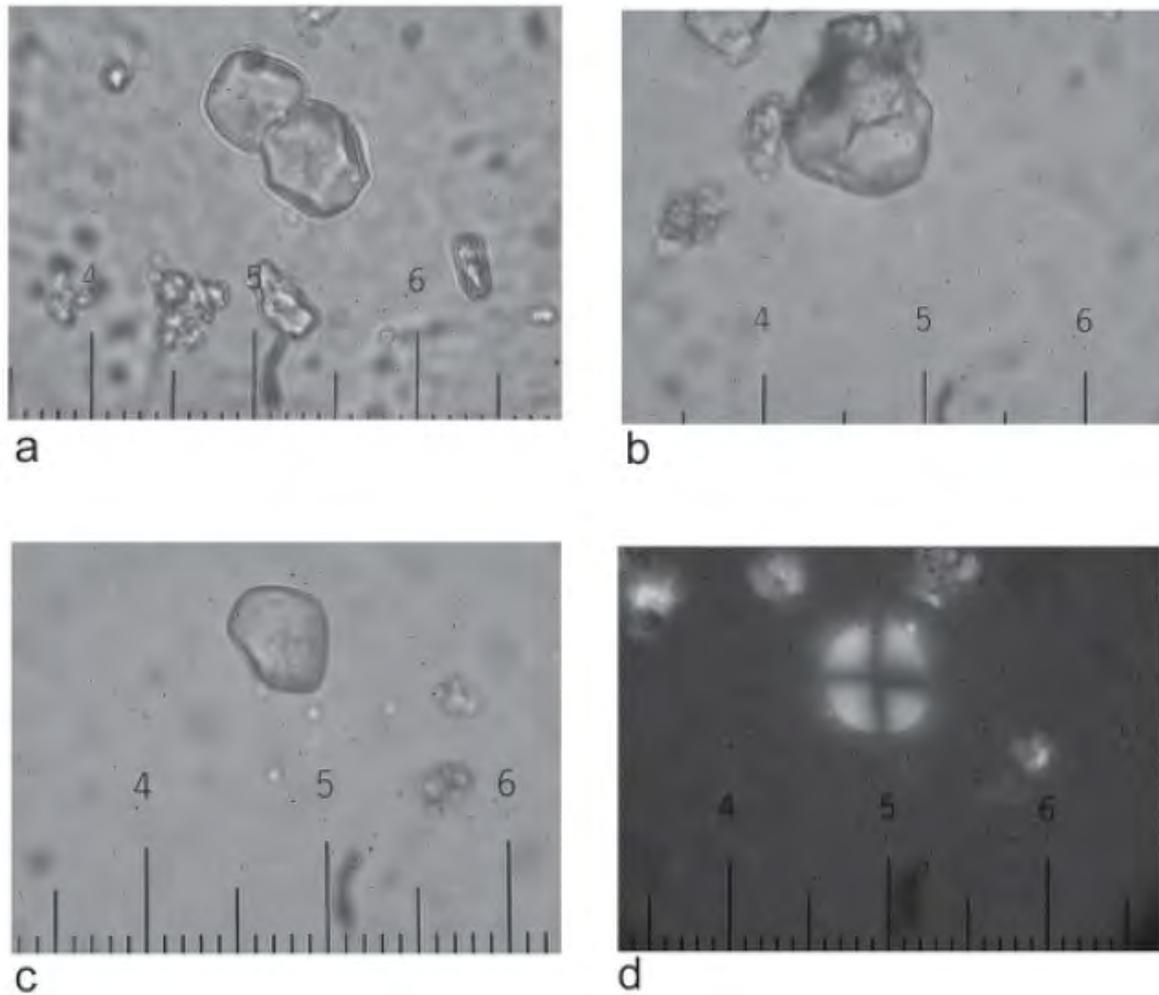


Figura 3 Almidones arqueológicos recuperados en el artefacto 1 (mano lateral). a y b, gránulos de batata en luz blanca normal; obsérvense las fisuras lineales diversas presentes en el centro de los cuerpos y las marcadas facetas de presión en el exterior características de los gránulos de batata; c) gránulo con hilum céntrico de maíz de endospermo duro; d) gránulo de frijol silvestre, pero con luz polarizada y campo oscuro; se observa levemente parte del laminado. Todas las fotomicrografías fueron tomadas con un microscopio Olympus BH-2. Escala gráfica =37.5µm entre las unidades de medida mayores.

una vez macerado el tronco tuberoso del marunguey, la masa se somete a otro tipo de procedimientos con el fin de erradicar totalmente las sustancias tóxicas. La creación de bollos de pan de marunguey o guáyiga ha sido documentada en las crónicas del

periodo de contacto indo-español en La Española (Las Casas 1909; Pagán Jiménez 2007; Veloz 1992). No obstante, en fechas recientes se había sugerido, con base en la evidencia de almidones obtenida en Cuba (ver Rodríguez Suárez y Pagán Jiménez 2008) y en un contexto saladoide cuevas del norte de Puerto Rico (Pagán Jiménez 2006a), la confección de pan de marunguey o guáyiga utilizando la tecnología del burén (ver también Veloz 1992). Con los datos ahora obtenidos en el burén saladoide tardío (cuevas) analizado de King's Helmet, se aporta información sustancial que corrobora y refuerza de manera incuestionable la utilización de la tecnología del burén en la confección de pan u otra receta harinosa derivada del marunguey o guáyiga. Como dato de interés se señala que en 3 de los 5 burenes analizados en Cuba (sitio laguna de Limones) y en el único burén analizado en el norte de Puerto Rico (sitio Río Tanamá # 2) fueron encontrados almidones de marunguey, lo que muestra la alta ubicuidad (=71.5 %) de esta planta en los mencionados utensilios cerámicos hasta ahora analizados (Pagán Jiménez 2006b).

Por su parte, la presencia de gránulos de almidón de maíz en el artefacto 4 (burén), contrasta con lo que se ha descrito respecto al

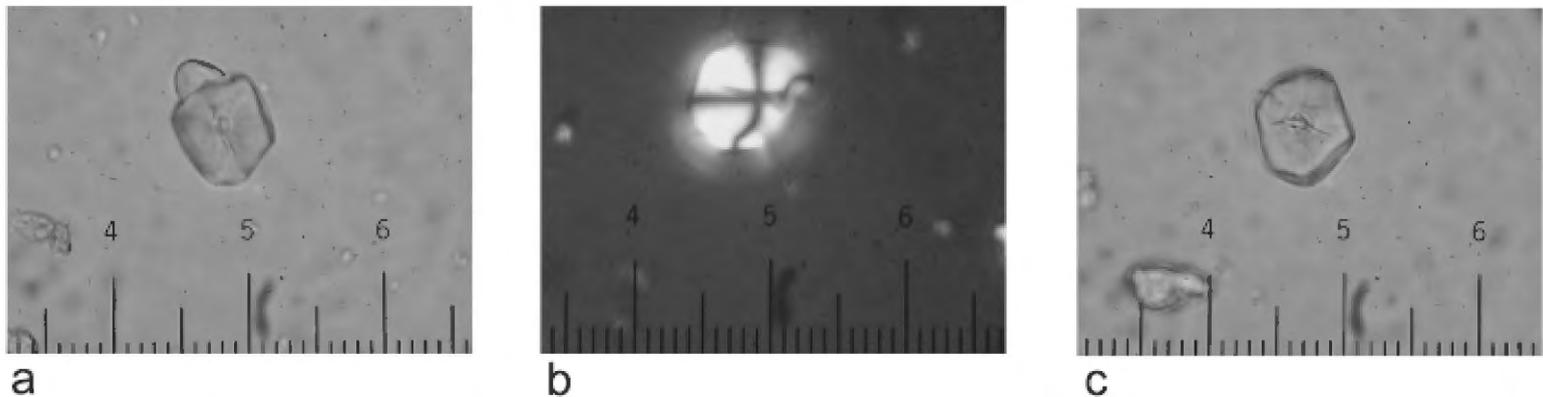


Figura 4 Almidones arqueológicos recuperados en el artefacto 2 (mano lateral). a) dos gránulos conglomerados de batata en luz blanca normal; obsérvese la fisura lineal y otras más radiales que comienzan en el centro del gránulo grande; igualmente obsérvese las marcadas facetas de presión en el exterior del gránulo grande características de los almidones de batata; b) gránulo de forma irregular de batata en campo oscuro y con polarización; obsérvese la gran fisura lineal en el centro; c) otro de los gránulos poligonales de batata en luz blanca normal; se observa igualmente una gran fisura central típica de los almidones de batata. Todas las fotomicrografías fueron tomadas con un microscopio Olympus BH-2. Escala gráfica =37.5µm entre las unidades de medida mayores.

consumo de la mazorca tierna, hervida, asada o como crema por los cronistas y algunos arqueólogos (e.g., Newsom y Deagan 1994; Rouse 1992). En efecto, en estos casos no se requeriría ningún artefacto de concha o piedra en las preparaciones o tratamientos antes señalados. Sin embargo, la presencia de maíz en este burén refuerza la idea de algún otro tipo de tratamiento a los granos, en el que intervinieron artefactos de molienda, macerado o rallado, lo cual ilustra acerca de otra posible práctica culinaria relacionada con el maíz y no documentada para las Antillas Mayores de manera clara en las crónicas. En este sentido, en casi todos los sitios arqueológicos en donde se han realizado estudios de almidones en Puerto Rico, se han documentado gránulos de almidón de maíz en muchos de los artefactos de molienda y macerado analizados (Pagán Jiménez 2007), aspecto que confirma el procesamiento previo del maíz por medio de macerado o molienda con la intención de liberar sus almidones para generar algún tipo de masa. En Venezuela, Perry (2002a y 2004) también encontró gránulos de almidón de maíz en las microlascas relacionadas con los guayos atribuidos tradicionalmente al rallado de la yuca, aspecto que señala un posible rallado de la mazorca de maíz mientras estaba quizás en su estado tierno.

Respecto a las leguminosas identificadas (frijoles silvestres y posiblemente domésticos), la presencia de almidones de algún tipo

de frijol en el burén, sugiere que este tipo de semillas pudo ser previamente macerada o molida con un fin similar al descrito para las otras plantas comentadas, es decir, para preparar algún tipo de harina o masa. Igualmente en Puerto Rico (Pagán Jiménez 2007), se han documentado almidones de *Fabaceae* en muchos de los artefactos de molienda o maceramiento analizados, lo que permite establecer que el maceramiento y/o molienda de frijoles previo a la confección de la masa, fue una práctica procesal consistente a través del tiempo.

Finalmente, la presencia de un almidón de yuca (*Maranta arundinacea*) en el artefacto 4 y en otros sitios precoloniales antillanos (ver Pagán Jiménez 2007; Pagán Jiménez y Oliver 2008; Rodríguez Suárez y Pagán Jiménez 2008), demuestra que es una planta que fue subestimada por algunos investigadores de la región (e.g., Sturtevant 1969), debido a que se le consideró como una introducción tardía desde Suramérica durante el periodo colonial. Reconociendo los atributos alimenticios y medicinales que le otorgaron los indígenas antillanos a la harina sustraída de los rizomas de esta planta, Sturtevant dedujo, por razones principalmente lingüísticas, que las tradiciones documentadas en torno a esta planta en las Antillas fueron de adquisición reciente (durante el periodo colonial temprano), promovidas por el propio proceso de colonización europea de la región. Con las evidencias directas ahora

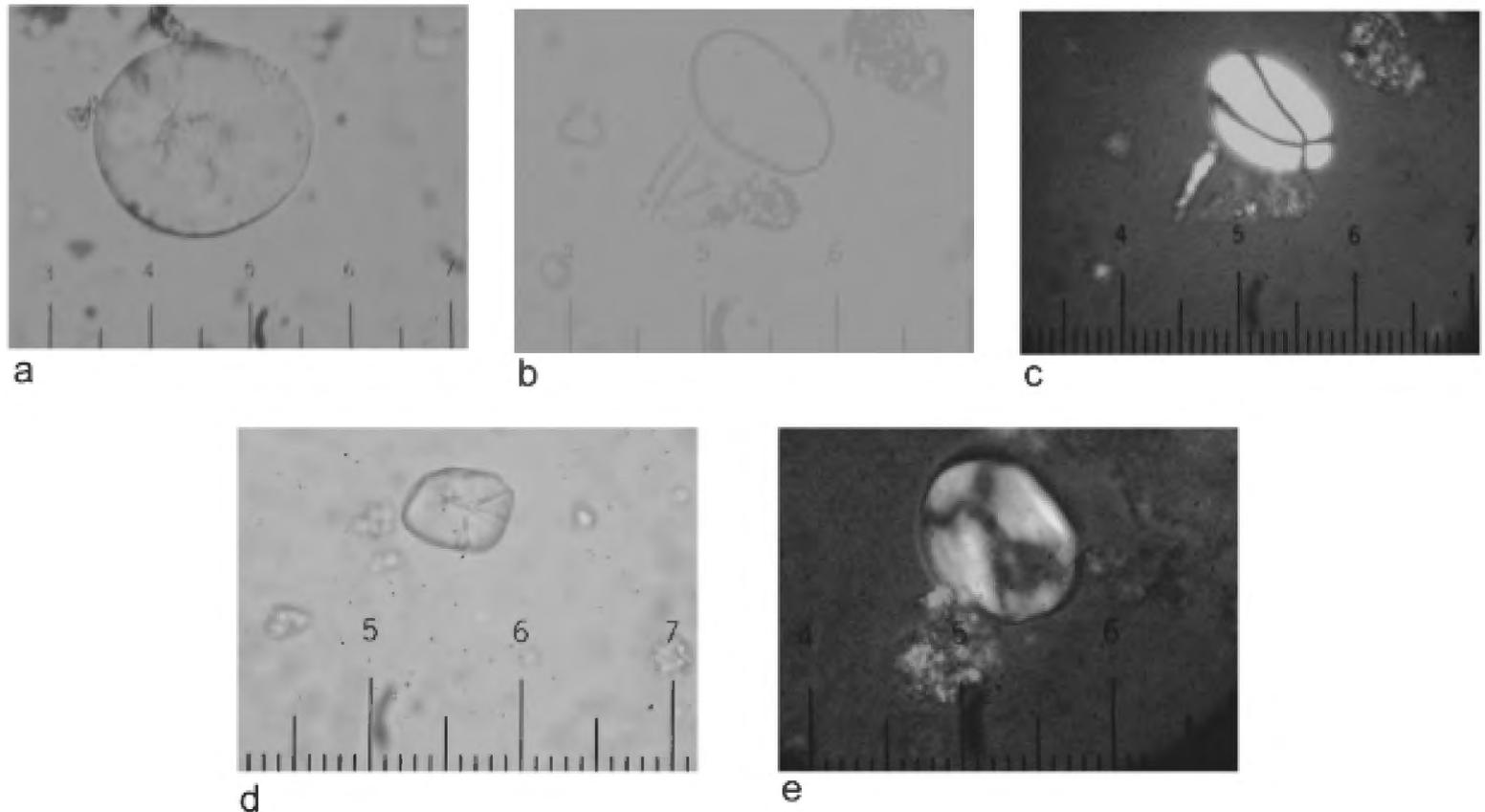


Figura 5 Almidones arqueológicos recuperados en el artefacto 4 (burén). a) gránulo de marunguey o guáyiga de gran tamaño en luz blanca normal; b) gránulo de ovalado de yuca o sagú en luz blanca normal y c) el mismo en campo oscuro y con polarización; d) gránulos poligonal de maíz en luz blanca normal; se observa igualmente una gran fisura radial central típica de los almidones de maíz; e) grano de almidón de posible frijol domesticado en campo oscuro y con polarización. Todas las fotomicrografías fueron tomadas con un microscopio Olympus BH-2. Escala gráfica =37.5 μ m entre las unidades de medida mayores.

recabadas en el artefacto 4, sumadas a las previamente obtenidas en otros dos burenes de Cuba, se ilustra no solo la presencia de esta planta previo a la colonización europea de las Antillas, sino la práctica *consistente* de confeccionar algunas recetas con la harina de la yuca en los burenes.

Fase de ocupación posterior y final

El artefacto 5 (un fragmento de mortero), ubicado en el nivel más superficial del estrato I, no contó con evidencias arqueobotánicas significativas en términos cuantitativos, aunque se pudo recuperar

un gránulo de almidón deteriorado, que por todos sus atributos morfológicos y métricos fue adjudicado al marunguey o guáyiga (tabla 3; figura 6).

Como se mencionó antes, el marunguey (guáyiga) es una de las plantas de mayor visibilidad en el registro microbotánico hasta ahora estudiado, y su aparente procesamiento en el fragmento de mortero puede estar señalando la confección de polvos en un ámbito distinto al alimentario. Si se considera que en un mortero pequeño o mediano no es factible producir harina u otro derivado alimenticio (principalmente por la baja eficiencia o productividad

que implica el tamaño de la herramienta), se debe considerar que los morteros de tamaños relativamente pequeño como el aquí estudiado, pudieron estar imbuidos en otras actividades sociales, como pueden ser rituales mágico-religiosos o de curación.

PRODUCCIÓN Y ACCESO A LOS RECURSOS BOTÁNICOS IDENTIFICADOS A TRAVÉS DEL TIEMPO

Como se muestra en la tabla 3, el espectro botánico de plantas utilizadas por los antiguos pobladores cuevas de King's Helmet fue relativamente homogéneo desde la fase de ocupación más temprana hasta la final. De manera que se pueden inferir formas de producción y/o procuramiento poco cambiantes durante la estancia cuevas en el lugar. Inicialmente, los pobladores del sitio debieron recurrir a la creación de huertos caseros (parcialmente despejados), por un lado y, quizás, a la creación de parcelas de cultivo totalmente despejadas por el otro. Debido a que actualmente se desconoce si el marunguey (guáyiga) pudo existir de forma natural en la costa este de Puerto Rico, es posible que en el pasado sí haya existido como producto del acarreo y/o manejo (producción intencional) por parte de los diversos grupos humanos que habitaban la región. De todos modos, ante la duda de su existencia silvestre en el área, se piensa que es posible que, de haber existido el marunguey en la costa este de Puerto Rico, los pobladores cuevas hayan accedido a ellas en sus ambientes naturales (procuramiento), o a través de algunas redes de intercambio de productos agrícolas.

En los huertos caseros (posiblemente cercanos a la periferia de la comunidad cuevas), pudieron producirse la batata, los frijoles (silvestres y domesticados) y el maíz. Es posible que el maíz, por su baja frecuencia en las muestras estudiadas, haya sido un recurso de poca importancia alimenticia en el sitio, como ya se ha visto en otro sitio cuevas en punta Candelerero, Humacao (Pagán Jiménez 2006b). Por lo mismo, si fue baja su importancia alimenticia entre los pobladores cuevas de King's Helmet, quizás no se invirtió gran energía (como la creación de parcelas de cultivo despejadas) para producirlas.

Es importante destacar que ya durante la ocupación intermedia y final de sitio, se continuaron produciendo los recursos previamente utilizados y se integró un nuevo recurso vegetal como la yuquilla o sagú. Las plantas previamente utilizadas continuaron presentes, pero la yuquilla o sagú, encontrada en el burén, hace su

entrada en un momento previo al que curiosamente desaparece del registro arqueobotánico estudiado en la villa cuevas de punta Candelerero (ca. 780-800 d.C). En punta Candelerero, la yuquilla no vuelve a documentarse más en las muestras estudiadas que corresponden con su etapa de ocupación tardía (ca. 880-1020 d.C). La producción de la yuquilla, integrada tardíamente en la dieta vegetal cuevas de King's Helmet, debió insertarse en los huertos caseros (semi-despejados) porque son plantas que se desarrollan mejor ahí que al cielo raso. Estas plantas están mejor adaptadas a ambientes como el sotobosque (bajo el dosel), donde su productividad natural es mayor. Un aspecto a destacar es la presencia de suelos favorables para el cultivo de todas las plantas identificadas. Aunque el sitio King's Helmet yace en un área de suelos arcillosos, toda la periferia, sobre todo la cercana a la franja costera, cuenta con suelos de la serie cataño, los cuales son lo suficientemente aptos como para que puedan cultivarse con éxito cada una de las plantas identificadas en este estudio. En este sentido no puede descartarse que hayan existido varias parcelas de cultivo en diversas áreas cercanas a la villa.

En fin, la biografía de las plantas identificadas, así como la de los artefactos (contextos) donde fueron recuperadas, hace pensar que los pobladores cuevas de King's Helmet, al igual que los de punta Candelerero, enfatizaron más su producción agrícola en los huertos caseros. La producción sistemática de plantas en parcelas de cultivo totalmente despejadas, es poco viable según los resultados obtenidos, debido a que se puede apreciar un bajo énfasis en el uso de plantas (maíz) que requieren de este tipo de sistema de cultivo.

CONSIDERACIONES FINALES

La información arqueobotánica obtenida con el presente estudio es de gran interés para la paleoetnobotánica antillana. Se pudo confirmar en Puerto Rico el patrón de uso de determinados artefactos relacionados con el procesamiento de plantas en un pueblo cuevas o saladoide tardío; asimismo, los datos revelan algunas similitudes y diferencias respecto a la información de este tipo que se tiene de otros sitios y culturas arqueológicas como se verá adelante (consultar Pagán Jiménez 2005a y 2005b; Pagán Jiménez 2007; Pagán Jiménez *et al.* 2005; Pagán Jiménez y Oliver 2008; Rodríguez Suárez y Pagán Jiménez 2008).

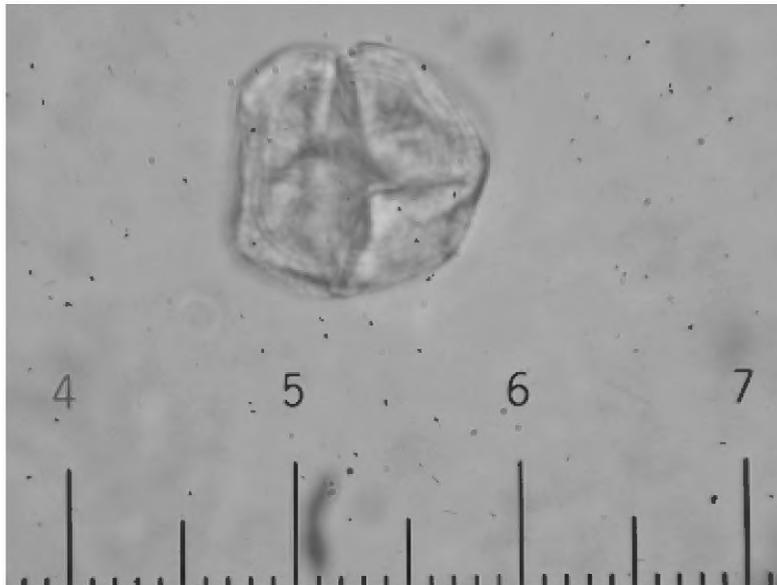


Figura 6 Almidón afectado de marunguey o guáyiga recuperado en el artefacto 5 (fragmento de mortero); nótese la gran fisura en forma de cruz y la presencia de anillos o laminado. Fotomicrografía tomada con un microscopio Olympus BH-2. Escala gráfica =37.5µm entre las unidades de medida mayores.

Plantas como el marunguey (tres especies diferentes), los frijoles (silvestres y domésticos), la batata y el maíz, han sido identificadas tanto en sitios arqueológicos “arcaicos” como agrocerámicos tempranos (La Hueca en Vieques; punta Candelero ‘huecoide’ y ‘saladoide tardío’, Puerto Rico) y tardíos (finca Nelo Vargas y cueva de los Muertos en Utuado). En Puerto Rico, la yuquilla o sagú se ha documentado tanto en sitios pre-arahuacos como en sitios agrocerámicos: Maruca (Ponce); La Hueca (Vieques), punta Candelero (huecoide y saladoide tardío) y en la cueva de los Muertos en Utuado. Como se mencionó antes, la yuquilla o sagú también ha sido identificada, igual que en el presente estudio, en burenes correspondientes a sitios agrocerámicos de Cuba siendo la ubicuidad de esta planta muy alta en dichos utensilios cerámicos.

A diferencia de otros sitios y culturas arqueológicas estudiadas previamente (e.g., Maruca y Puerto Ferro (“arcaicos”); La Hueca y punta Candelero (huecoide y saladoide tardío); finca Nelo Vargas y cueva de los Muertos (proto-taíno y taíno), en los artefactos cuevas de King’s Helmet no pudo documentarse el uso de la yautía, la yuca, el corozo y los ñames. Al considerar el aparentemente bajo

énfasis documentado para el uso de plantas como el maíz, se puede configurar un escenario distinto al que se había documentado para el resto de sitios estudiados en Puerto Rico. La importancia de la batata en este sitio, su alta visibilidad en el artefacto 1 y su única presencia en el artefacto 2, da cuentas de la importancia que pudo tener, quizás, esta planta por encima de otras. Las otras 3 plantas con igual ubicuidad en las muestras analizadas (el marunguey, el maíz y los frijoles), permiten figurar un escenario cultural “macro” en el cual dicho conjunto de plantas, sumado en mayor o menor medida a otras plantas, fue importante desde temprano en las islas antillanas. Pero, como se señaló antes, la ausencia de otras plantas fuertemente relacionadas entre sí y con las identificadas en este estudio, rompen de manera bastante dramática con el conjunto de pautas culinarias que se habían comenzado a perfilar en los estudios previos. Por el momento, debido al bajo número de muestras arqueobotánicas estudiadas en King’s Helmet, no es posible lanzar generalizaciones categóricas en torno a las similitudes y diferencias arriba señaladas, pero ahora contamos con información refrescante acerca de algunas de las plantas económicas utilizadas en el sitio arqueológico, y con información novedosa sobre los artefactos que fueron utilizados para procesarlas.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco profundamente al Dr. James D. Ackerman (director del Herbario, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras) por haberme provisto el espacio necesario para continuar con mis estudios paleoetnobotánicos en Puerto Rico. De igual manera, agradezco a los doctores Paul Bayman y Franklin Axelrod (Departamento de Biología y Herbario respectivamente, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras) por poner a mi disposición algunos equipos necesarios para el presente estudio. Finalmente agradezco a Federico Freytes y al doctor Osvaldo García por haberme incorporado en su investigación arqueológica.

BIBLIOGRAFÍA

- Atchison, J. y R. Fullagar (1998): “Starch Residues on Pounding Implements from Jinnium Rock-shelter” en *A Closer Look. Recent Australian Studies of Stone Tools*, R. Fullagar Ed., p. 109-126. Sydney University Archaeological Methods Series 6, Sydney.
- Banks, W. y C. Greenwood (1975): *Starch and Its Components*. Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Barton, H., R. Torrence y R. Fullagar (1998): “Clues to Stone Tool Function Re-examined: Comparing Starch Grain Frequencies on Used and Unused Obsidian Artefacts” en *Journal of Archaeological Science*, 25: 1231-1238.

- Bello, L. A. y O. Paredes (1999): "El almidón: lo comemos, pero no lo conocemos" en *Perspectivas*, 50 (3): 29-33.
- Buléon, A., P. Colonna, V. Planchot y S. Ball (1998): "Starch Granules: Structure and Biosynthesis" en *International Journal of Biological Macromolecules*, 23: 85-112.
- Chanlatte, L. e Y. Narganes (1983): *Vieques, Puerto Rico: asiento de una nueva cultura aborigen antillana*. Publicación privada de los autores, Santo Domingo
- Cooke, R. (1992): "Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la baja Centroamérica y partes de Colombia (Región histórica Chibcha-Choco)" en *Revista de Arqueología Americana*, 6: 35-70.
- Cortella, A. R. y M. L. Pochettino (1994): "Starch Grain Analysis as a Microscopic Diagnostic Feature in the Identification of Plant Material" en *Economic Botany*, 48 (2): 171-181.
- Curet, L. A. (1987): *The Ceramic of the Vieques Naval Reservation: A Chronological and Spatial Analysis. Part 1*. Informe preparado para la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, copia disponible en la Oficina Estatal de Conservación Histórica, San Juan.
- _____ (1992): *The Development of Chiefdoms in the Greater Antilles: A Regional Study of the Valley of Maunabo, Puerto Rico*. Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Arizona State University
- _____ (2003): "Issues on the Diversity and Emergence of Middle Range Societies of the Ancient Caribbean" en *Journal of Archaeological Research*, 11: 1-42.
- Fernández de Oviedo, G. (1851): *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (4 t.). Real Academia de la Historia, Madrid.
- Fullagar, R., T. Loy y S. Cox (1998): "Starch Grains, Sediments and Stone Tool Function: Evidence from Bitokara, Papua New Guinea" en *A Closer Look: Recent Australian Studies on Stone Tools*, ed. por R. Fullagar, pp. 49-60. Sydney University Archaeological Methods Series 6, Sydney.
- González Géigel, Lutgarda (2003): "Zamiaceae", en *Flora de la República de Cuba*, Fascículo 8 (3), A.R. Gantner Verlag KG, Alemania.
- Haslam, M. (2004): "The Decomposition of Starch Grains in Soils: Implications for Archaeological Residue" en *Analyses. Journal of Archaeological Science*, 31(12): 1715-1734.
- Horrocks, M., I. Geoff, M. Jones y D. Sutton (2004): "Starch Grains and Xylem Cells of Sweet Potato (*Ipomoea batatas*) and Bracken (*Pteridium esculentum*) in Archaeological Deposits from Northern New Zealand" en *Journal of Archaeological Science*, 31 (3): 251-258.
- Keegan, W. (2000): "West Indian Archaeology. 3. Ceramic Age" en *Journal of Archaeological Research*, 8: 135-167.
- Las Casas, F. B. (1909): *Apologética historia de Las Indias*. Nueva Biblioteca de Autores Españoles 13, Madrid.
- Loy, T., M. Spriggs y S. Wickler (1992): "Direct Evidence for Human Use of Plants 28,000 Years Ago: Starch Residues on Stone Artefacts from the Northern Solomon Islands" en *Antiquity*, 66: 898-912.
- Newsom, L. A. (1993): *Native West Indian Plant Use*. Tesis doctoral, University of Florida, U. M. I. Dissertation Services, Ann Arbor.
- Newsom, L. A. y E. Wing (2004): *On Land and Sea. Native American Uses of Biological Resources in the West Indies*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Newsom, L. A. y K. Deagan (1994): "Zea mays in the West Indies: The Archaeological and Early Historic record" en *Corn and Culture in the Prehistoric New World*, editado por S. Johhanesen and C. Hastorf, p. 203-217. Westview Press, San Francisco.
- Oliver, J. R. (2001): The Archaeology of Forest Foraging and Agricultural Production in Amazonia. En *Unknown Amazon*, ed. por C. McEwan, C. Barreto y E. Neves, p. 50-85. The British Museum Press, London.
- Pagán Jiménez, J. R. (2002): "Granos de almidón en arqueología: métodos y aplicaciones". Ponencia presentada en el *IV Congreso Centroamericano de Antropología*, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- _____ (2004): *Granos de almidón. Colección de referencia para los estudios paleoetnobotánicos de Puerto Rico y Las Antillas (3ra versión ampliada)*. Manuscrito en el Posgrado en Antropología, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____ (2005a): "En diálogo con José R. Oliver y Reniel Rodríguez Ramos. La emergencia de la temprana producción de vegetales en nuestros esquemas investigativos y algunos fundamentos metodológicos del estudio de almidones" en *Diálogo Antropológico*, 3 (10): 49-55.
- _____ (2005b): *Estudio interpretativo de la cultura botánica de dos comunidades precolombinas antillanas. La Hueca y Punta Candelero, Puerto Rico*. Tesis doctoral, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____ (2006a): *Envisioning Ancient Human Plant Use at the Río Tanamá Site #2 Through Starch Analysis of Lithic and Clay Griddle Implements*. Informe preparado para Southeastern Archaeological Research, Florida. Disponible en SHPO.

- _____ (2006b): *Uso de plantas tuberosas y de semilla en una comunidad Saladoide tardío del este de Puerto Rico (Punta Candelero). Estudio de residuos vegetales (almidones) en artefactos líticos y cerámicos*. Informe preparado para Marlene Ramos Vélez. Disponible en el CATPR.
- _____ (2007): "De antiguos pueblos y culturas botánicas en el Puerto Rico indígena. El archipiélago borincano y la llegada de los primeros pobladores agroceramistas". *Paris Monographs in American Archaeology*, No. 18, BAR International Series, Archaeopress, Oxford.
- Pagán Jiménez, J. R., M. A. Rodríguez López, L. A. Chanlatte Baik y Y. Narganes Storde (2005): "La temprana introducción y uso de algunas plantas domésticas, silvestres y cultivos en Las Antillas precolombinas. Una primera revaloración desde la perspectiva del "Arcaico" de Vieques y Puerto Rico" en *Diálogo Antropológico*, 3(10): 7-33.
- Pagán Jiménez, J. R. y J. R. Oliver (2008): "Starch Residues on Lithic Artifacts from Two Contrasting Contexts in Northwestern Puerto Rico: Los Muertos Cave and Vega Nelo Vargas Farmstead" en *Crossing the Borders: New Methods and Techniques in the Study of Archaeological Materials from the Caribbean*, C. Hoffman, M. Hoogland y A. van Gijn, ed., pp. 137-158. University of Alabama Press, Tuscaloosa & London.
- Pané, F.R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Editorial Ciencias Sociales, Etnología, La Habana.
- Pearsall, D., K. Chandler-Ezell y J. A. Zeidler (2004): "Maize in Ancient Ecuador: Results of Residue Analysis of Stone Tools from the Real Alto Site" en *Journal of Archaeological Science*, 31(4): 423-442.
- Perry, L. (2002a): "Starch Analyses Reveal Multiple Functions of Quartz "Manioc" Grater Flakes from the Orinoco Basin, Venezuela" en *Interciencia*, 27(11): 635-639.
- _____ (2002b): "Starch Granule Size and the Domestication of Manioc (*Manihot esculenta*) and Sweet Potato (*Ipomoea batatas*)" en *Economic Botany*, 56(4): 335-349.
- _____ (2004): "Starch Analyses Reveal the Relationship Between Tool Type and Function: An Example from the Orinoco Valley of Venezuela" en *Journal of Archaeological Science*, 31(8): 1069-1081.
- Piperno, D. e I. Holst (1998): "The Presence of Starch Grain on Prehistoric Stone Tools From the Humid Neotropics: Indications of Early Tuber Use and Agriculture in Panama" en *Journal of Archaeological Science*, 25: 765-776.
- Piperno, D. y D. Pearsall (1998): *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. Academic Press, San Diego.
- Piperno, D., A. J. Ranere, I. Holst y P. Hansell (2000): "Starch Grains Reveal Early Root Crop Horticulture in the Panamanian Tropical Forest" en *Nature*, 407: 894-897.
- Ranere, Anthony J. (1975): "Toolmaking and Tool Use Among the Pre-ceramic Peoples of Panamá" en *Lithic Technology: Making and Using Stone Tools*, editado por E. S. Swanson, p. 173-209. Mouton, Amsterdam-París.
- _____ (1980): "Stone Tools from the Río Chiriquí Shelters" en *Radiations in Prehistoric Panama*, Peabody Museum Monograph 5, editado por O.F. Linares y A. J. Ranere, p. 316-353, Harvard University Press, Cambridge.
- Reichert, E. T. (1913): *The Differentiation and Specificity of Starches in Relation to Genera, Species, Etc.* (2 vol.) Publicación no. 173, Carnegie Institution of Washington, Washington D.C.
- Rodríguez López, M. (1992): "Diversidad cultural en la tardía prehistoria del este de Puerto Rico" en *La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe*, 15: 58-74.
- Rodríguez Ramos, R. (2005): "The function of the edge-ground cobble put to test: an initial assessment" en *Journal of Caribbean Archaeology*, 6: 1-22.
- Rodríguez Suárez, R. y J. R. Pagán Jiménez (2008): "The Burén in Precolonial Cuban Archaeology: New Information Regarding the Use of Plants and Ceramic Griddles During the Late Ceramic Age of Eastern Cuba Gathered Through Starch Analysis" en *Crossing the Borders: New Methods and Techniques in the Study of Archaeological Material from the Caribbean*, editado por C. Hoffman, M. Hoogland y A. van Gijn, p. 159-169. University of Alabama Press, Tuscaloosa & London.
- Rouse, I. (1992): *The Tainos: Rise and Decline of the People who Greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven.
- Sturtevant, W. (1969): "History and Ethnography of Some West Indian Starches" en *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, editado por P. J. Ucko y G. W. Dimbleby, p. 177-199. Aldine, Chicago.
- Therin, M. (1998): "The Movement of Starch Grains in Sediments" en *A Closer Look: Recent Australian Studies on Stone Tools*, R. Fullagar Ed., p. 61-72. Sydney University Archaeological Methods Series 6, Sydney.
- Ugent, D., S. Pozorski y T. Pozorski (1986): "Archaeological Manioc (*Manihot*) from Coastal Peru" en *Economic Botany*, 40(1): 78-102.
- Veloz Maggiolo, M. (1992): "Notas sobre la Zamia en la Prehistoria del Caribe" en *Revista de Arqueología Americana*, 6: 125-138.

ARQUEOLOGÍA EN LA LÍNEA NOROESTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA. UN ESBOZO DEL PAISAJE ARQUEOLÓGICO Y LAS INTERACCIONES

**JORGE ULLOA HUNG
SAMANTHA DE RUIER**



El norte de la isla de La Española (actual Haití y República Dominicana) fue un foco para las investigaciones arqueológicas pioneras en el Caribe (De Booy 1915; Shomburg 1854; Fewkes 1891, 1919; Krieger 1929, 1931, 1931a). En esas primeras descripciones los enfoques arqueológicos se combinaron con otros intereses científicos, lo que llevó a una caracterización inicial de la región desde diferentes puntos de vista.

Esos estudios iniciales fueron seguidos por la investigación arqueológica más profunda y específica en el norte de Haití, especialmente en la región de Fort Liberté (Rainey 1941; Rouse 1939, 1941), lo que propició el inicio de modelos explicativos e hipótesis sobre los orígenes de algunas de las más importantes manifestaciones culturales precolombinas en las Antillas Mayores. Además, sirvió como base para la creación de un esquema metodológico y conceptual (Rouse 1939, 1941) caracterizador de las cerámicas precolombinas, y de un marco teórico para explicar las culturas indígenas de la región.¹

El norte de La Española también ha sido una fuente de datos importantes para la investigación de las primeras interacciones entre indios y europeos en las Antillas (Cusick 1991; Deagan 1995; Deagan y Cruxent 2002; Guerrero y Veloz Maggiolo 1988; Veloz Maggiolo 2002; Ortega 1988; Vega 1990; Wilson 1992; Rothschild, Luna Calderón, Copa y Rothschild 2000; Vander Veen 2006; Oliver 2008). Las aproximaciones sobre este tema se han centrado en el amplio estudio de los primeros enclaves coloniales europeos en las Indias Occidentales, en particular, La Isabela, En Bas Saline, y Puerto Real, con referencias arqueológicas generales a sus entornos, en un intento de contextualizar el espacio social y cultural en el que esas primeras villas españolas estuvieron ubicadas (Cusick 1991; Deagan 1995; Deagan y Cruxent 2002).

Otros estudios arqueológicos en la región han tratado de vincular la historia colonial temprana con los datos arqueológicos. Dentro de estos, sobresalen las exploraciones arqueológicas a lo largo de la ruta seguida en 1494 por Cristóbal Colón desde La Isabela

hasta el Valle del Cibao (Ortega 1988), y los esfuerzos por hacer coincidir el estilo cerámico conocido como meillacoide con el grupo étnico postulado como macorix, descrito por las *Crónicas* (Guerrero y Veloz Maggiolo 1988; Pagán Perdomo 1992). Los vínculos entre Etnohistoria y Arqueología (Vega 1990; Wilson 1992) también han sido manejados en términos de establecer los límites, la complejidad, y la integración de las estructuras socio-políticas (cacicazgos) en la época de la conquista. Además de qué métodos arqueométricos han sido utilizados en investigaciones sobre la dieta, para revelar las interacciones entre los europeos y los pueblos indígenas (Vander Veen 2006).

El estudio de las identidades como un fenómeno dinámico y diverso (Veloz Maggiolo 1971, Oliver 2008, 2009), centrándose en las diferencias de cultura material en el norte de La Española, es uno de los últimos enfoques en los que la región ha estado vinculada. Esto ha sido interpretado como un signo de la diversidad dentro de las llamadas expresiones culturales taínas.

A pesar de todo lo anterior, en general, las investigaciones arqueológicas en el norte de La Española se han enfocado principalmente hacia sitios arqueológicos aislados (De Grossi, Tavárez y Coppa 2008; Luna Calderón 1973; Keegan 1999; Peña 1978; Marichal 1994; Ortega 1972, 1981, 1988; Ortega *et al.* 1990; Olsen *et al.* 2000; Veloz Maggiolo 1972b, 2002; Veloz *et al.* 1981; Vega 1981). Esto ha creado la ausencia de una visión regional integradora, lo que contribuye al desequilibrio en la información arqueológica existente sobre la isla.

NUEVOS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS

Tres campañas de trabajo de campo con diferentes propósitos se llevaron a cabo en el noroeste de la República Dominicana (centro-norte y noroeste de la provincia de Puerto Plata) por investigadores y estudiantes de la Universidad de Leiden (Holanda), junto con investigadores del Museo del Hombre Dominicano entre el 2007 y el 2010. Un total de 49 sitios arqueológicos fueron visitados, de los cuales 44 constituyen nuevos registros para esta zona de la isla. Se estudió también material arqueológico existente en dos colecciones locales, además de reestudiarse todo el material cerámico y los informes de sitios reportados y excavados por el Museo del Hombre Dominicano en los años setenta y ochenta en el valle del Cibao (sitios Río Joba y Río Verde) y en la provincia de Montecristi (sitio Hatillo Palma).

Once sitios fueron sondeados con unidades de excavación de diferentes dimensiones, y siete sitios con diferentes componentes culturales fueron datados por radiocarbono, usando distintos materiales (sobre todo conchas marinas y carbón). En el resto de los asentamientos se efectuó una intensa colecta de superficie, y se registró toda la información con el fin de poder analizar la interacción de los grupos humanos con el paisaje. Treinta fuentes de arcilla fueron muestreadas en todo el norte de la República Dominicana, en aras de contribuir a la investigación sobre las interacciones y la movilidad de estos grupos a partir de la cerámica. Estas muestras, junto a fragmentos cerámicos de diversos asentamientos, se encuentran actualmente bajo análisis en el laboratorio de cerámica en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden.

ESTUDIOS DEL PAISAJE ARQUEOLÓGICO. CARACTERÍSTICAS GEOGRÁFICAS

De acuerdo con la división regional actual de la República Dominicana, la zona en la que los trabajos de campo se llevaron a cabo pertenece a la región Cibao nor-central (Santillana 2002: 37). El área de investigación abarca aproximadamente seis por trece kilómetros, lo que significa alrededor de ochenta kilómetros cuadrados. En esta área relativamente pequeña hay una diversidad de paisajes, que van desde los manglares y zonas pantanosas o inundadas al nivel del mar, hasta altas cumbres ubicadas a unos pocos kilómetros hacia el interior. Entre ambos espacios es posible encontrar colinas bajas y algunas depresiones. La zona está rodeada por los cerros más altos de la cordillera septentrional, en la parte sur y oeste, mientras que una línea de colinas de altura media ubicadas en la costa, rodea la zona por el noreste. La cordillera septentrional es una de las cadenas montañosas más importantes de la República Dominicana. Situada en el norte, se extiende unos 200 kilómetros en dirección noroeste-sureste desde la ciudad de Montecristi, en el oeste, hasta la ciudad de Nagua, en el este. Está separada del océano Atlántico por una estrecha llanura costera que forma una especie de corredor, el cual constituye un área importante para la habitación indígena y de hecho es una de las principales zonas de concentración de sitios arqueológicos. La cordillera septentrional también separa esta llanura costera de la región del Cibao-Vega Real.

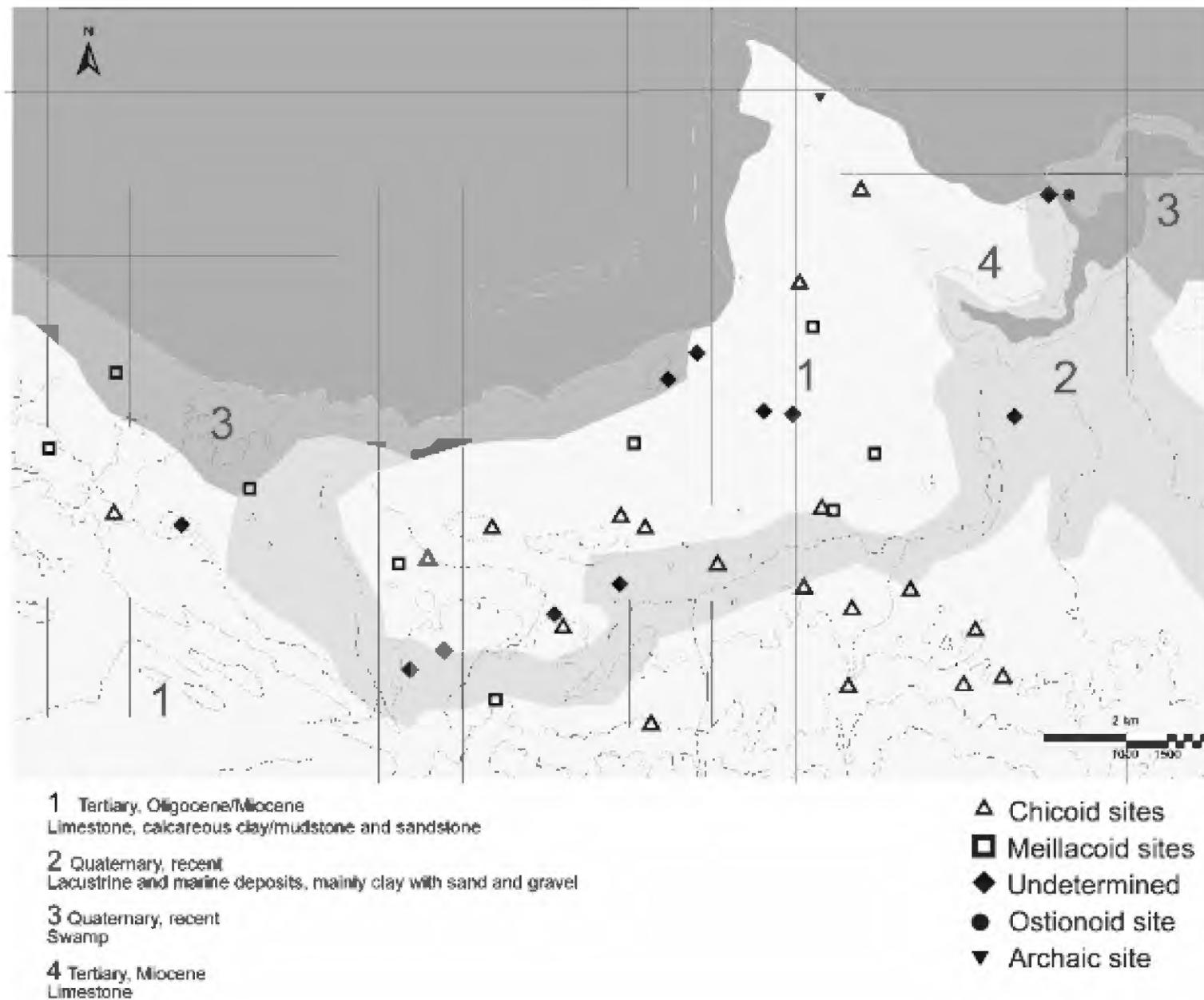


Figura 1: Los sitios arqueológicos dentro de un contexto geomorfológico.

SITIOS ARQUEOLÓGICOS EN EL ÁREA DE PUNTA RUCIA-ESTERO HONDD. PROVINCIA PUERTO PLATA, REPÚBLICA DOMINICANA

SITIOS	CERÁMICA	GEOMORFOLOGÍA	ALTITUD (M)	DISTANCIA AL MAR (KM)	MONTÍCULOS	INTERACCIÓN
Cristóbal Gómez	C	1	20-40	1,5	-	-
Edilio Cruz	C	2	40-60	2,5	-	CM
El Coronel	C	1	220-240	5,5	-	CM
El Lucio	C	1	100-120	6	9	-
El Rasillo	C	1	80-100	5	-	-
Elda	C	2+1	40-60	2,5	3	-
Eito	C	1	40-60	1	18	-
Jacinto Aracena	C	1	100-120	3	-	-
La Mara	C	1	40-60	4	-	-
La Muchacha	C	2+1	60-80	3,5	-	CM
La Tierra Blanca	C	1	60-80	2	9	-
Los Corriel	C	2+1	60-80	4	18	CM
Los Muertos	C	1	120-140	4,5	4	CM
Los Pifones	C	1	140-160	5,5	-	-
María Rosa	C	1	60-80	4,5	10	-
Percio Polanco	C	4	60-80	4	22	-
Rafo	C	1	120-140	2	4	-
Tiburcio	C	1	80-100	1,5	4	-
Don Julio	M	1	120-140	2	50	MC
Humilde López	M	2+1	180-200	3,5	13	MC
La Tina	M	3	<20	<0,5	-	-
Los Mangos	M	1	40-60	2,5	4	-
Los Pachecos	M	1	60-80	2,5	7	-
Los Perez	M	1	40-60	1	13	MC
Papalo	M	1	40-60	1,5	-	-
Pepi	M	1	20-40	1	17	MC
Puerto Juanita	M	2+3	20-40	1	5	MC
El BureñLas	A					
Paredas		1	<20	<0,5	-	-
Los Pabos	O	3	<20	<0,5	-	-
El Solar de Zepelin	U	2	<20	2,5	6	-
Gregorio	U	2	80-100	2,5	12	-
José Enrique Guifones	U	2+1	100-120	3	-	-
Juan Antonio	U	3	<20	0,5	-	-
La Cota	U	1	40-60	1,5	14	-
La Mina de Adolfo	U	1	-	2,5	-	-
Rafo	U	1	80-100	2	-	-
Los Bros	U	1	<20	<0,5	-	-
Nino Acosta	U	1	40-60	1,5	6	-
Rafael Guifones	U	2	120-140	3	5	-

LEYENDA

C. Sitios Chicoides

M. Sitios Mellacoides

MC. Sitios Mellacoides con elementos Chicoides

CM. Sitios Chicoides con elementos Mellacoides

A. Sitio Arcaico

U. Sitios con filiación indeterminada

O. Sitio Ostoneide

El clima en el área de estudio es predominantemente húmedo, excepto en su extremo occidental, especialmente en la frontera con la provincia de Montecristi, donde es semiárido. En correspondencia con este clima, el tipo de vegetación predominante es de bosque húmedo subtropical, matizado por las zonas de montaña, donde alcanza la categoría de bosque muy húmedo montañoso (Santillana 2002: 40).

En general se trata de un espacio bastante "abierto" desde el punto de vista del paisaje, la vegetación no es demasiado densa en la mayoría de los lugares, y la inter-visibilidad es alta debido al carácter ligeramente inclinado de la zona. Hoy en día la tierra se utiliza sobre todo por la gente local para pastos de ganado y, en menor medida, para fines agrícolas.

GEOMORFOLOGÍA

La geología del área de investigación sólo data de los períodos terciario y cuaternario, y está formada principalmente de calizas y depósitos lacustres y marinos. La misma se compone de tres grandes regiones, las llanuras de Puerto Plata, la llanura del Bajabonico y la cordillera septentrional. Las dos primeras llanuras costeras son irrigadas por dos importantes ríos y sus afluentes, el río Bajabonico y el río Camú, que desembocan en el océano Atlántico.

Los suelos en la estrecha franja que recorre la vertiente norte de la cordillera septentrional son de diferentes tipos. En la figura 1, las cuatro diferentes características geomorfológicas en el área de investigación se indican con números. Retrocediendo en el tiempo, el área tres (9 %) se formó en el período cuaternario y se compone de zonas pantanosas. Estas marismas costeras se extienden desde el lugar conocido como El Cacao hasta Punta Rucia. Los suelos están asociados con

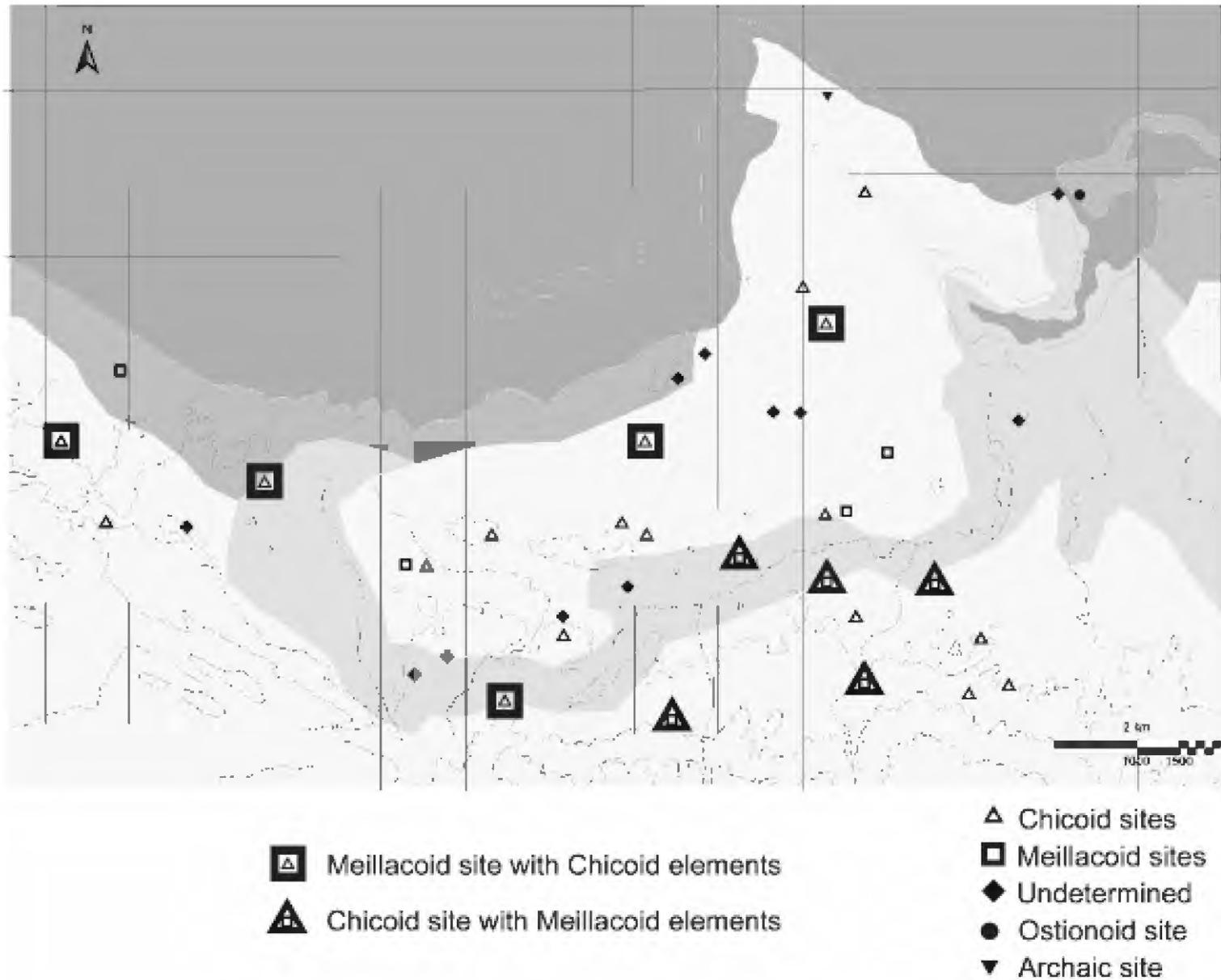


Figura 2: Mapa que indica los sitios donde se registran los elementos de interacción

espacios permanentemente inundados y sometidos a la influencia de las mareas. Su textura es arcillosa con predominio de vegetación halófila (Tirado 2003). La zona 2 (24 %) está formada por depósitos lacustres y marinos que también datan de la época cuaternaria. Estos consisten principalmente de arcilla con arena y grava. La zona número cuatro (3 %) representa un depósito de piedra caliza del mioceno, y la zona uno (64 %) representa una combinación de piedra caliza, arcilla y areniscas calcáreas del oligoceno, ambas zonas datan del período terciario. Los suelos son básicamente amarillos residuales y pueden ser profundos o superficiales, se forman por la deposición de materiales calcáreos. Son suelos arcillosos, que tienen un color marrón o rojizo, y son de cierta importancia para la agricultura (Tirado 2003). En áreas cercanas a la costa, estos son generalmente de color rojo y consisten en calizas duras, mientras que en las zonas del interior son de colores grises y formados por material calcáreo no endurecido. En general, la región es apta para la agricultura, aunque con posibilidades limitadas. Sin embargo, la presencia de manglares y zonas pantanosas se ajustan perfectamente a las necesidades de recolección de alimentos.

LOS RESULTADOS DE LAS INVESTIGACIONES RECIENTES

Los resultados de las campañas de investigación y trabajo de campo que tuvieron lugar entre 2007 y 2010, se discutirán en lo adelante. Uno de los intereses básicos en esta región, radica en la presencia de diferentes tipos de cerámica en un área relativamente pequeña y con un paisaje diverso. Los sitios igualmente se encuentran bastante dispersos sobre el paisaje. En la figura 1, los cuadrados representan los sitios con cerámica meillacoides y los triángulos representan los sitios con cerámica chicoide. Los diamantes representan los sitios donde sólo se encontró cerámica sin decorar, por lo que hasta el momento no ha sido posible determinar una filiación clara de los mismos. En la mayor parte de los casos se trataba de sitios cuyo nivel de alteración y grado de conservación no ha hecho posible esta tarea.

Factores tales como la geomorfología, la distancia a la costa, la altitud y la presencia de montículos, se utilizan para modelar la ubicación de los sitios meillacoides y chicoides.

Los sitios meillacoides se encuentran más o menos alineados a lo largo de la costa, formando una especie de curva que sigue la disposición de la misma. A pesar de esto, existe una gran diversidad de altitud en su ubicación, que va desde sitios ubicados al nivel del mar, como La Tina, hasta sitios ubicados en colinas muy altas, como Humilde López. Sin embargo, lo más sobresaliente es que la mayoría de los asentamientos se encuentran sobre colinas bajas. Desde el punto de vista geomorfológico, la mayoría de los sitios se presentan en el área de una geomorfología compuesta por calizas, arcillas y areniscas, y varios se encuentran en la frontera entre dos tipos de suelos. Es posible percibir la presencia de montículos en seis de los nueve sitios meillacoides estudiados.

Los sitios chicoides, a diferencia de los meillacoides, se encuentran un poco más hacia el interior de la región y sobre colinas más elevadas. Por lo general, siguen la disposición de la cordillera septentrional en lugar de la costa, lo que también significa que estos sitios están más frecuentemente localizados en zonas de mayores altitudes. Los sitios chicoides muestran los mismos patrones que los meillacoides en términos de geomorfología, la mayoría se encuentra en la zona de calizas y areniscas, y algunos en las fronteras de dos tipos diferentes de suelos. Sin embargo, no hay sitios en las zonas pantanosas o inundables. Los montículos están presentes en nueve de los dieciocho sitios chicoides estudiados.

Es importante recalcar que lo montículos, además de aparecer tanto en sitios chicoides o meillacoides, se encuentran en asentamientos ubicados indistintamente en las zonas de caliza, arcilla calcárea y arenisca, así como en el área cercana de depósitos lacustres y marinos, por lo que no existe un patrón claro o exclusivo para la aparición de este tipo de estructuras.

En un área relativamente pequeña en la que se encuentran sitios con diferentes culturas y expresiones de cerámica, surge la pregunta de la interacción. En la figura 2, los sitios representados por un triángulo en combinación con un símbolo cuadrado, señalan aquellos asentamientos donde ha sido encontrada cerámica que muestra indistintamente la incorporación de los elementos chicoides o meillacoides. Esto puede ser asumido como una expresión de interacción, representada a través de este tipo de material, lo que demuestra la importancia y la pertinencia de esta región para los estudios de este fenómeno.

LOS ESTUDIOS DE CERÁMICA. CERÁMICA E INTERACCIONES EN EL NOROESTE

En La Española, la existencia de diversidad estilística en una escala intra-regional fue percibida tempranamente durante los estudios iniciales de Irving Rouse (1939, 1941) y F. Rainey (1939) en Fort Liberté (Haití). Esas distinciones, de acuerdo a las perspectivas teóricas imperantes en la época, fueron básicamente atribuidas a diferencias cronológicas en la difusión y desplazamiento de portadores de estilos cerámicos distintos.

El tema fue retomado en 1971 (Veloz Maggiolo 1971) durante una exposición celebrada con motivo de la creación de la Asociación Dominicana de Arqueología y Antropología. En ese caso, la perspectiva comparativa, aunque no puede considerarse detallada y exhaustiva, incluía un espectro más amplio de expresiones de cultura material. Las observaciones significativas indicaban la existencia de mayor riqueza de la piedra y la concha para la región norte de la isla, además de manifestaciones cerámicas que respondían a un esquema expresivo diferente, en relación con las recuperadas para el sur sudeste.² El investigador dominicano Marcio Veloz Maggiolo, a su vez, ha relacionado los orígenes de esa diversidad con diferentes migraciones (Veloz Maggiolo *et al.*, 1981; Veloz Maggiolo 2003) hacia la isla, las cuales involucra en los orígenes, desarrollo, y evolución, de dos de las más importantes expresiones culturales de la edad cerámica tardía de las grandes Antillas, los estilos chicoide y meillacoide.

A nivel estilístico, dentro de la arqueología de La Española (Veloz *et al.*, 1981; Veloz y Ortega 1996; Veloz y Zanin, 1999; Veloz Maggiolo 2003) se ha definido el surgimiento de estos dos estilos cerámicos (chicoide y meillacoide) a partir de una mezcla e hibridación de componentes culturales supuestamente externos (fase el barrio de Punta Cana), con portadores de los estilos cuevas y ostionoide arribados desde Puerto Rico. La mezcla de esos tres elementos en la zona este de la isla y en el valle del Cibao, se consideran las bases esenciales para explicar el origen de los eventos culturales mencionados. Además, se ha sugerido la idea de que ambos son concomitantes en sus procesos de formación. Lo que supuestamente se distingue a través de lo que algunos arqueólogos dominicanos (García Arévalo 1978; Veloz y Ortega 1972; Veloz, Ortega y Caba 1981) han denominado como estilo transicional o estilo punta, siguiendo la denominación del sitio punta Macao.

Las diferencias arqueológicas regionales del norte de La Española como fenómeno cultural precolombino, también se han discutido recientemente (Rouse y Moore 1985; Rouse 1992, Wilson 1999, 2007; Veloz Maggiolo 2003). En algunos casos con un énfasis especial en los objetos relacionados con los rituales y el simbolismo ceremonial (Oliver 2008, 2009), y a partir de ellos se ha planteado una multiplicidad de posibles influencias diversas en cuanto a sus orígenes y evolución. Otros modelos explicativos han vinculado los orígenes de importantes eventos culturales de La Española con la interacción entre los grupos arcaicos y los ostionoides (Wilson 1999; Keegan 2006; Keegan y Rodríguez Ramos 2007; Rodríguez Ramos 2007), en particular, con un horizonte pre-arawak (Rodríguez Ramos *et al.* 2008), cuyas manifestaciones son cada vez más evidente en diversas regiones de las Antillas mayores (Veloz, Ortega, y Pina de 1974; Rimoli y Nadal 1983; Ulloa y Valcárcel 2002; Ulloa 2005). Aunque esta idea ha adquirido cierta popularidad, todavía requiere de estudios específicos para evaluar cómo estos procesos se produjeron en diferentes regiones del archipiélago del Caribe. Esto, de hecho, es uno de los retos más importantes para la arqueología de la región³.

Una línea crítica de investigación con respecto a las interacciones en diferentes esferas en el norte de las Antillas mayores y de La Española, también aparece en la reciente propuesta desarrollada por Angus Mol (2007, 2011 en prensa). En esta, el despliegue de los objetos y las contrapartes de las interacciones sociales que lo sostienen, tiene lugar a diferentes escalas y momentos, lo que crea diferencias en sus expresiones y distribución (Mol 2011 en prensa). Esto, a su vez, tiene implicaciones interesantes para las manifestaciones inter-regionales e intra-regionales de las expresiones estilísticas. De hecho, puede ser una de las bases para observar a diferentes niveles lo que otros investigadores han definido como mosaico multicultural (Wilson 1999, 2007).

En general, los estudios sobre los orígenes y las interacciones estilísticas en el norte de La Española, se han fundamentado en una visión geográfica limitada, y aunque la zona muy tempranamente se consideró potencialmente importante, esta no ha sido trabajada con un sentido integrador. La escasez de análisis detallados, teniendo en cuenta diferentes niveles de resolución para permitir la comparación entre el sitio y la región, no ha sido la norma. Desde este punto de vista, los ciclos de interacción a una escala específica y su papel en la creación y desarrollo de las identidades locales o regionales, han sido poco evaluados.

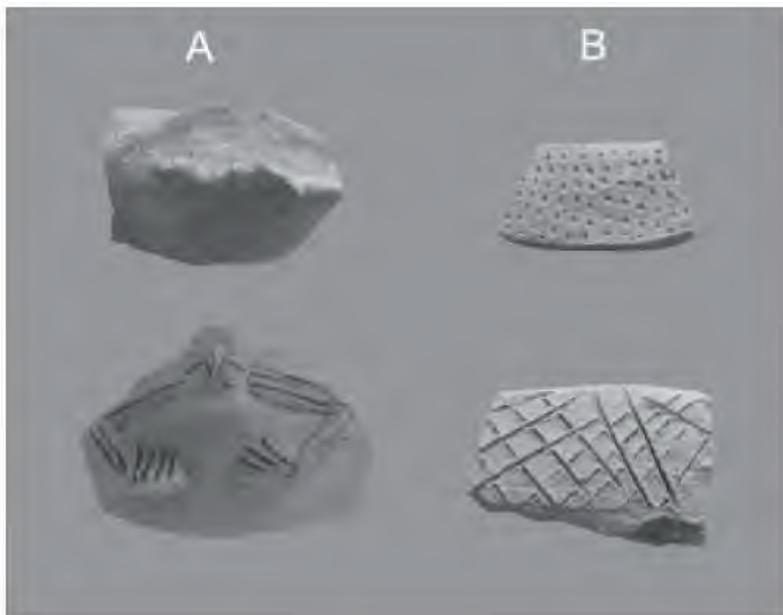


Figura 3: cerámica ostionioide (A) y (B) cerámica meillacoide (expresión incisa).

El análisis cronológico de la cerámica de La Española, desde nuestro estudio, muestra niveles significativos de convivencia de estilos en varias partes de la isla. Esta coexistencia marca la existencia de un paisaje cultural particular, propicio para diferentes tipos de interacción a distintas escalas en la región bajo estudio, lo que puede ser percibido a través de la cerámica. Este fenómeno, que también parece tener su correlato en otros espacios de las grandes Antillas, puede estar asociado con procesos históricos diversos en los que la interacción de componentes culturales particulares dentro de un mismo territorio, desempeñan roles esenciales (Rives, García e Izquierdo 1997; Valcárcel 2008).

A partir de nuestras recientes investigaciones en el norte de La Española, a nivel de algunos yacimientos se observa una combinación de atributos cerámicos que los distinguen respecto a otros de la región. Esta distinción se relaciona con la clara existencia de una interacción de dos componentes cerámicos diferentes. 1) En primer lugar, una cerámica con predominio de elementos aplicados y las características predominantemente ostionioide propios de La Española, cuyas raíces parecen estar vinculadas con la ce-

rámica temprana de la denominada fase El Barrio (Veloz y Ortega 1996; Veloz Maggiolo 2001) ubicada en el sureste de la isla. 2) En segundo lugar, una cerámica con predominio de atributos decorativos incisos.

La combinación de estos dos componentes está presente en algunos de los sitios reportados y estudiados inicialmente por Irving Rouse (1939) y F. Rainey (1939) en la región de Fort Liberté. Además del sitio Ile a Rat, estudiado por William Keegan (1999) en el norte del actual Haití, y los sitios río Joba y río Verde en el valle del Cibao (Veloz Maggiolo *et al.* 1981). También se encuentra en asentamientos como Hatillo Palma (Ortega y Veloz 1972; Marichal 1994) ubicado en la provincia noroeste de Montecristi, y en sitios de la zona norte de la cordillera septentrional como Guzmancito y Caonao.

Estos dos componentes diferentes se encuentran por separado o combinados en el mismo contexto arqueológico. Las diferencias se observan no sólo en el ámbito de los atributos decorativos, sino también en otros aspectos tecnológicos y formales.

El primer componente o expresión de cerámica, en relación con ostionioide, muestra un predominio de las superficies de color rojo, marrón rojizo e incluso anaranjado (2,5YR: 5/2; 4/2; 4/3: weak network y Hue 10R 5 / 6; 5/8; 4/6; 4 / 8: red en la escala de Munsell). Sus superficies son alisadas y en pocos casos llegan al pulido. La cerámica es decorada con pintura o slip rojo, o rojo con bandas ahumadas en negro. La textura es compacta y la cocción es incompleta u oxidada. El espesor de las paredes oscila entre los 4,5 y 5,5 mm y el promedio es de 5 mm.

La pintura o engobe, aunque no es predominante, siempre que aparece se aplica sobre todo a las superficies exteriores de las vasijas. La dureza de este tipo de cerámica es de 3,5 en la escala de Mohs.

Los vasijas son de pequeño a mediano tamaño (15-25 cm) con un predominio de los cuencos (bowls) con la boca restringida y contornos simples, así como la presencia de algunas vasijas con forma navicular (boat-shaped) en su mayoría con asas en forma de lazo o de D (loop or D handles). En ellas sobresale una variedad de atributos aplicados, donde las asas estiradas y los botones o mamelones (lugs) aplicados son predominantes. Una característica importante es la representación diversa de animales (que se refleja de manera naturalista o esquemática), como ranas y tortugas, además de representaciones antropomorfas con extremidades, muy

típica de lo que los arqueólogos dominicanos han llamado estilos transicionales, y que parecen estar presentes en todas las secuencias definidas como ostionoides para la República Dominicana (Hofman, Ulloa y Jacobs 2007). En esencia, esta expresión se define por la cerámica de color rojo con aplicaciones.

La segunda de las expresiones o componentes cerámicos se distingue por el predominio de motivos incisos. En particular los conjuntos de incisiones que son perpendiculares, paralelas, entrecruzadas, oblicuas o combinaciones de éstos con respecto al borde, con una amplia variedad de punteado. En general, las superficies porosas u ordinarias son comunes, con alisado desigual e irregular con huellas de herramientas usadas para estos fines. Tanto la pasta y las superficies son compactas y granulosas. El color predominante es marrón oscuro (7,5YR en la escala de Munsell). Las decoraciones en línea incisas ejecutadas en la arcilla húmeda, son generalmente delgadas y de poca profundidad, aproximadamente 1,5 mm de ancho y 1 mm de profundidad. Su trazado es irregular y no se observa aplanado después de su ejecución.

Las formas de vasijas predominantes son más grandes (24-28 cm) con un predominio de los bowls con la boca cerrada, aunque con una tendencia a la diversificación a partir de recipientes con perfiles angulares. Hay una ausencia o representación ínfima de vasijas naviculares. El espesor de las paredes oscila entre 5,5 y 7 mm con promedio de 6 mm.

Un aspecto muy importante es que los motivos decorativos presentes en esta expresión, son similares a los del horizonte de cerámica pre-arawak de Cuba en diferentes períodos. En algunos contextos cubanos de este tipo, la pintura o engobe rojo y la incisión son manifestaciones características. Es necesario señalar que estos motivos también aparecen en los materiales de lítica, madera y concha, en contextos arcaicos de las Antillas mayores, lo cual fue tempranamente reconocido por Irving Rouse (1992).

La posible distinción de estas dos expresiones cerámicas en colisión, actualmente no es solo estudiada a través de los atributos decorativos y formales, sino también de otros atributos de orden tecnológico a través de exámenes arqueométricos. En aras de definir la existencia de manifestaciones claras de lo que otros autores, al analizar fenómenos de interacción a través de cerámicas en diversas partes del mundo han definido como estilos tecnológicos

(Herbich 1987; Gosselain 2000; Kramer 1985; Parkinson 2006, Sillar y Tite 2000).

La fusión gradual de los dos componentes en sitios del norte de La Española, se expresa en una combinación coherente de atributos que es recurrente en el tiempo. En los asentamientos donde aparecen claramente esas manifestaciones, especialmente desde el siglo VIII d.C, los elementos de ambas pueden observarse de forma aislada, o con síntomas iniciales de la fusión y combinación en un mismo contexto. En otros asentamientos, las secuencias de cerámica indican manifestaciones más claras y consistentes de sus resultados, con expresiones maduras donde ambos componentes se combinan en su totalidad. Esto es sobre todo evidente a partir del siglo X d.C y el siglo XII d.C, y es lo que la mayoría de los investigadores consideran como el meillacoide de La Española. Este fenómeno maduro se puede ver en los sitios Don Julio, Puerto Juanita, Los Pérez, Popi, Humilde López entre otros, en la región de estudio.

Los detalles de este proceso sincrético de la cerámica, se manifiestan en los atributos decorativos de las vasijas. Los elementos que se combinan son los que aparecen más frecuentemente de cada componente. Esta combinación no excluye el hecho de que, también pueden aparecer por separado en las expresiones meillacoide más tardías. El proceso de combinación de estos motivos parece revelar una fase inicial de negociación de fórmulas diferentes, algunas de las cuales pierden vigencia y desaparecen más adelante. Un ejemplo de esto es el uso de finas tiras aplicadas que reproducen los principales motivos incisos (sobre todo entrecruzados, de líneas perpendiculares al borde y punteados). En contadas ocasiones aparece la combinación de las tiras con los motivos propiamente incisos dentro de un mismo diseño.

En esencia, las combinaciones que perduran y que están presentes de manera más consistente como los resultados de la fusión, remiten hacia la imbricación de manera coherente y recurrente, de los motivos naturalistas o esquematizados de la tortuga o la rana con los motivos incisos o punteados de la otra expresión. En ese mismo sentido se encuentran los engrosamientos o salientes a partir de tiras aplicadas en la parte superior o inferior de los paneles de las vasijas, con la finalidad de resaltar las incisiones, a ellos se incorporan las representaciones esquematizadas de batracios y quelonios a partir de salientes que generalmente solo reproducen sus extremidades o la cabeza.



Figura 4: La fusión de los dos componentes de cerámica.

Algo que se observa en los momentos iniciales de la fusión y que no muestra síntomas de continuidad, es la asimilación de los motivos incisos simples sobre formas de vasijas naviculares típicamente ostionoides. En estas no se logra la armonía que sí estará presente en las combinaciones que perduran, hasta convertirse en la llamada cerámica meillacoide de La Española.

Este proceso de combinación de las dos expresiones o componentes cerámicos, no necesariamente sólo ocurre en momentos tempranos, sino también en momentos más avanzados. Este puede ser el caso del sitio de Hatillo Palma, una revisión de este evidencia una representación del proceso que se produce en una fase

tardía (1340 d.C fecha calibrada). Si esto es correcto, indica que pudo tener lugar en diferentes contextos y en diferentes fases cronológicas en La Española. Este fenómeno fue, pues, un continuo gradual.

Esta fusión parece ser característica del meillacoide en La Española, a diferencia de Cuba y Jamaica, por ejemplo. Esto forma una identidad cultural diferente para esta cerámica en esa isla. El meillacoide de La Española se caracteriza por la presencia evidente de la expresión ostionoides en el dominio de los apliques, que en ocasiones alcanza diseños muy particulares, lo que refuerza una forma de identidad ausente en otras islas donde la subserie meillacan es predominante.

Esa expresión de identidad también parece exhibir ciertos elementos que son comunes a las manifestaciones que han sido definidas como meillacoides para otras islas. Aunque algunas se manifiestan a nivel cerámico, sobre todo en base a la presencia de ciertos elementos. Otras se extienden a ciertas formas de interacción con el paisaje, que repercuten en el predominio o la preferencia de asentamientos ubicados sobre espacios de relieves ondulados o montañosos, en formas de inhumación de cadáveres no relacionadas con grandes cementerios, además de la consistencia clara en cuanto a la presencia de elementos que pueden ser definidos como arcaicos en el repertorio de su cultura material. Evidentemente, estas coincidencias no opacan distinciones a nivel de otros aspectos que, incluso, adquieren un matiz regional en algunas de las islas. Ejemplo de ellos son los elementos de la cultura material relacionados o vinculados a las expresiones del simbolismo ritual. Lo que habla de procesos históricos con condicionantes distintas para cada isla o regiones dentro de estas.

Un elemento inevitable de mencionar a la luz de la fusión observada a niveles cerámicos para el norte de La Española, es el yacimiento cubano Arroyo del Palo, que ha sido considerado indistintamente por algunos autores como representante de las expresiones cerámicas ostionoides o meillacoides (Dacal y Rivero 1986; Rouse 1992; Tabío y Guarch 1966; Dacal y Rivero 1986) o incluso en algún momento fue considerado una nueva cultura (Tabío y Rey 1966). Las incertidumbres sobre este asentamiento se han relacionado esencialmente con su ajuar multicomponente. En el mismo, junto a una cerámica incisa y pintada de rojo que según los estudios arqueométricos presenta en sus inicios síntomas de creación local (Jouravleva y González 2000), se encuentran estrechamente



Figura 5: (A) elementos meillacoides presentes en la cerámica chicoide; (B) elementos chicoides presentes en cerámica meillacoide.

relacionados elementos tradicionales vinculados a las identidades de los arcaicos en Cuba (Guarch 1990; Godo, 1994, 1997). Además, se observan de manera nítida y en un mismo rango cronológico que el de La Española, los atributos que forman parte de la expresión incisa observada en la fusión definida para el norte de esa isla (Ulloa y Válcarcel 2002).

El contexto del yacimiento Arroyo del Palo desde esa perspectiva, constituye un gozne esencial que contribuye a entender los procesos de formación inicial y diversa de las expresiones llamadas meillacoides en diferentes islas de las grandes Antillas, y de hecho abre el camino para evaluar el rol de otras esferas de

interacción en los orígenes de las expresiones culturales, que han sido definidas hasta el momento como ostionoides o meillacoides en diferentes espacios de las grandes Antillas.

En el espacio de estudio a nivel de la cerámica, es posible observar otros procesos de interacción entre la expresión considerada chicoide (en su versión estilística Carrier), y lo que hemos descrito anteriormente como expresión cultural meillacoide (resultado de la fusión). En este caso, el fenómeno se manifiesta de manera distinta. Más que una integración armónica de dos expresiones, se observa la adopción de elementos aislados o incluso bien diferenciados a nivel de un mismo contexto. Por ejemplo, contados tiestos

o elementos cerámicos chicoide pueden aparecer en yacimientos meillacoides y viceversa. La incorporación de motivos propios de ambos estilos al esquema cerámico del otro, es tímida y conservadora. Este fenómeno puede observarse en sitios de la cordillera septentrional como El Carril, Loma Perenal, Los Muertos, El Flaco, Paradero, entre otros. En el ámbito específico de Punta Rucia está presente en sitios como Don Julio, Humilde López, Puerto Juanita, El Coronel, Los Muertos y Edilio Cruz. Los tres primeros sitios meillacoides, y los otros sitios chicoide.

Los elementos chicoide presentes en la cerámica meillacoide, básicamente remiten a motivos incisos, los que además presentan una forma de ejecución típicamente meillacoide. Por otro lado, su incorporación es aislada y nunca combinan con los motivos básicos o representativos de la identidad en este tipo de cerámica. En ese mismo sentido, es importante señalar que las formas de vasijas sobre las que se ejecutan son esencialmente meillacoides. Por su parte, los elementos meillacoides presentes dentro de la expresión cerámica chicoide, son también escasos y se remiten esencialmente a los motivos incisos y una alta frecuencia de tiras aplicadas que, por demás, integra uno de los aspectos distintivos de la cerámica chicoide de estilo Carrier del norte de La Española.

Un elemento que destaca en cuanto a decoración chicoide en esta área, es la abundancia de las tiras aplicadas, así como incisiones de líneas oblicuas al borde, similar a los motivos meillacoides. Sin embargo, la forma de ejecución es diferente. Las incisiones son anchas, aplanadas, las superficies mejor tratadas. Es interesante observar que las combinaciones esenciales en cuanto a decoraciones, se manifiestan a partir de tiras aplicadas, curvas o rectas, combinadas con diferentes tipos de diseños incisos. Son menos frecuentes los diseños zoomorfos tradicionales a manera de representaciones de murciélagos, y en el caso donde está presente, su tamaño es menor y su forma de realización no presenta el acabado propio de los sitios de la zona sudeste de la isla. El conjunto de adornos sobre la base de asas modeladas y aplicadas de gran tamaño, no es el rasgo sobresaliente en este tipo de cerámica.

Es importante señalar que las combinaciones de decoraciones incisas en forma ovoidal son predominantes, y junto a los diseños de líneas curvas se encuentran entre los motivos más representativos de esta cerámica. Además de que constituyen los elementos fundamentales que son asimilados por la cerámica meillacoide.

Las particularidades en la expresión cultural chicoide de esta región no solo se manifiesta a nivel cerámico. Están marcadas por la existencia de diferencias en el despliegue y formas constructivas de los espacios cívicos o bateyes, así como por la ausencia de elementos de la parafernalia simbólica ritual que son comunes y trascendentes en las expresiones identitarias a nivel de cultura material, respecto a los del sudeste de La Española. La conjugación en espacios cívicos de este tipo como (La Cacique, Chacuey, San Juan de la Maguana o El corral de los Indios) (Boyrie Moya 1955; Marichal 1994; Oliver 2008) de expresiones estilísticas diversas (ostionoide, meillacoides y chicoide), además de su presencia en espacios sepulcrales como en el cementerio denominado La Unión (Luna Calderón 1973), también ilustra sobre procesos de interacción intra-regional que parecen tener su correlato en esferas políticas y simbólicas a partir del siglo VII u VIII d.C, como ya hemos visualizado a partir de la cerámica

Otros elementos que podrían integrarse a la caracterización de esta expresión cultural en la zona, es la mayor variedad en sus espacios de habitación, con una particularidad que la vincula con las marcadas preferencias hacia los lugares altos. Además de la casi total ausencia de cementerios y la mayor incidencia en las inhumaciones vinculadas a los montículos residuales y las zonas de habitación (Luna Calderón 1976). En el caso del cementerio de La Unión, único hasta el momento reportado para la zona, es sobresaliente la pobreza de los elementos vinculados a las ofrendas y en las que incluso se ha planteado la existencia de unos pocos elementos vinculados a la expresión meillacoide (Veloz *et al.* 1973).

En esencia, a pesar de la fuerte evidencia de patrones de interacción de grupo expresada a través de la cerámica, no es posible hablar de una religión compartida en la organización de espacios rituales y espacios ceremoniales en el norte de La Española. Sin embargo, ciertos patrones que caracterizan la región son discernibles. Además de los atributos de cerámica común, otros elementos de la cultura material son compartidos a través de la zona. Entre ellos se encuentra la alta incidencia y prevalencia de las herramientas de concha, ralladores de coral, martillos y morteros líticos, figuras o ídolos portables móviles, hachas mariposoides o de doble lóbulo que distinguen a la parafernalia relacionada con los sitios de la zona.

En este proceso, las piezas u objetos de corte ideo-temático sugieren una circulación esencial a nivel de este espacio, sin

embargo no podemos referir que sus diseños se relacionen con la formalización como parte de un discurso legitimador u homogeneizador de una gramática ritual expresada a nivel artístico. Por el contrario, al igual que en la cerámica, parece alegar hacia procesos de interacción entre sociedades distintas, cuya convivencia denuncia una negociación y renegociación constante de su convivencia a nivel intra-regional. Esta alcanza manifestaciones en espacios de despliegue públicos y sociales más abiertos (como las plazas ceremoniales de la región), hasta espacios a nivel de sitios específicos.

Un análisis de las dos situaciones de interacción percibidas a nivel cerámico en el norte de La Española, permite referirnos a dos procesos distintos. El fenómeno vinculado a la aparición del evento cultural meillacoide parece estar a tono con un modelo de creación de una nueva cultura sincrética, basado en la interacción y fusión básicamente de dos manifestaciones culturales donde cada una se apropia de elementos de la otra, y al mismo tiempo recibe influencias que pueden ser explícitas e implícitas. En ese caso finalmente existe dificultad de distinguir los elementos propios de cada uno en un sentido puro.

Un fenómeno de interacción, entre la nueva expresión meillacoide y la expresión cultural chicoide de la región, donde las interacciones parecen manejarse en otro orden y detrás de ellas evidentemente se encuentran vínculos sociales de otra naturaleza y con otros objetivos distintos. También podría esgrimirse donde las evidencias a nivel de expresiones de cultura material (en particular cerámica) son más limitadas, y de un proceso cuyo desarrollo y manejo fue trastocado por la temprana irrupción europea en la región.

En esencia, el estudio muestra cómo distintas formas de interacción pueden funcionar incluso a nivel de una misma región, con objetivos y trascendencias distintas, generándose resultados disímiles a nivel de la cultura material. Esto estaría a tono con la existencia del mosaico multicultural esgrimido por varios autores (Wilson 1999). En el que además afloran elementos que apuntan a la existencia de un sustrato distintivo para esta región.

La intensidad y la diversidad de interacción expresada a nivel intra-regional en el área estudiada al norte de La Española, sugieren el desarrollo de un patrón cerámico particular dentro de cada expresión cultural vinculada a este espacio. La tendencia es a que una gran mayoría de atributos cerámicos y de otros elementos de

cultura material, se distribuyen uniformemente sobre el área, en particular dentro de los sitios que la componen, lo que en el fondo genera una especie de distinción especial de este espacio dentro de la isla de La Española. Fenómeno que quizás se vincula con lo que las primeras crónicas europeas definen como región Macorige.

NOTAS

¹ Recientemente nuevos estudios e investigaciones importantes se han llevado a cabo en el norte de Haití (Moore, 1991, 1997; Koski-Karrell 2002), las cuales han generado información sobre los asentamientos de la región en una perspectiva histórico cultural en su relación con los diferentes paisajes de la zona

² Las observaciones también incluyeron una consideración preliminar del área geográfica de la cordillera central de La Española como el espacio donde era posible enmarcar la división de estas dos directrices de cultura material. Las razones de su existencia se vincularon a dos movimientos de población diferente, uno por el norte y otro por el sur, además de una relación más intensa con tradiciones arcaicas para los pobladores del período cerámico más avanzado en la región norte vinculada a la cordillera septentrional.

³ La presente investigación puede arrojar alguna luz inicial sobre este fenómeno. Sobre todo a partir de penetrar más de cerca en el rol de las interacciones en los orígenes del fenómeno cultural definido como “estilo meillacoide de La Española” además de ver sus relaciones con la manifestación cultural definida como chicoide (en su expresión estilística Carrier) de la región norte de la isla.

BIBLIOGRAFÍA

- Boyrie Moya, E. (1955): *Monumento megalítico y petroglifos de Chacuey, República Dominicana*. XCVII. Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Cusick, J. G. (1991): “Culture change and pottery change in taino village”. Paper presented at the Proceeding of the Thirteenth International Congress for Caribbean Archaeology. Curacao, Netherlands Antilles.
- Dacal Moure, R. y Rivero de la Calle, M. (1986): *Arqueología Aborigen de Cuba*. Editorial Gente Nueva. La Habana.
- Deagan, K. (1995): *Puerto Real. The Archaeology of a Sixteenth-Century Spanish Town in Hispaniola*. University Press of Florida, Gainesville.
- Deagan, K. y Cruixent, José María (2002): *Archaeology at La Isabela America's First European Town*. Yale University, ed. Yale University Press, New Haven.
- De Booy, T. (1915): “Pottery from Certain Caves in Eastern Santo Domingo, West Indies” en *American Anthropologist* 17(1): 69-97.
- De Grossi, J. T., Clenis; Coppa, Alfredo (2008): “Reporte preliminar de los restos arqueozoológicos de Loma Perenal (Puerto Plata, República Dominicana, XII-XIII centuries AD)” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (42): 317-323.

- Fewkes, J. W. (1891): "On Zemes from Santo Domingo" en *American Anthropologist* 4(2): 167-176.
- _____ (1919): "A Carved Wooden Object from Santo Domingo" en *Man* 19: 145-149.
- García Arévalo, M. (1978): "Presentación" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* No. 10, p. 31-44.
- Godo, P. P. (1994): "Acerca de los procesos de transculturación en las comunidades aborígenes de Cuba". (Inédito). Departamento de Arqueología. Centro de Antropología CITMA. La Habana.
- _____ (1997): "El problema del protoagrícola de Cuba. Discusión y perspectivas" en *El Caribe Arqueológico* (2): 19-30.
- Gosselain, O. P. (2000): "Materializing Identities: An African Perspective" en *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (3).
- Guarch, J. M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Holguín.
- Guerrero, J. y Veloz, M., Marcio (1988): *Los inicios de la colonización en América*. Editorial de la UCE, San Pedro de Macorís. República Dominicana.
- Herbich, I. (1987): "Learning patterns, potter interaction and ceramic style among the Luo of Kenya" en *The African Archaeological Review* (5): 193-204.
- Hofman, C. L., Jorge Ulloa Hung y Loe Jacob (2007): "Piecing Together the Puzzle: Making Sense of the Ceramic Chronology for the Eastern Dominican Republic" en Paper presented at the Symposium 'Leiden in the Caribbean II; Perspectives from the Greater Antilles/Perspectivas de las Antillas Mayores, Leiden.
- Jouravleva, I. y González, N. (2000): "Las variaciones climáticas y la reutilización del espacio habitacional a través de la alfarería aborígen" en *El Caribe Arqueológico* (3): 35-39.
- Keegan, W. F. (1999): "Archaeological investigations on Ile a Rat, Haiti: avoid the oid". Proceeding of the Eighteen International Congress for Caribbean Archaeology. St George, Grenada, West Indies.
- _____ (2006): "Archaic Influences in the Origins and Development of Taino Societies" en *Caribbean Journal of Science* 42(1): 1-10.
- Keegan, W. F and Rodríguez, Reniel (2007): "Archaic origins of the classic tainos" en *Proceedings of the Twenty first Congress of the International Association for Caribbean* pp. 211-217. Basil Reid ed. vol. I. University of the West Indies, School of Continuing Studies, St. Augustine, Trinidad and Tobago.
- Kramer, C. (1985): "Ceramic Etnoarchaeology" en *Annual Review of Anthropology* 14: 77-102.
- Krieger, H. W. (1929): *Archaeological and Historical Investigations in Samaná. Dominican Republic*. Bulletin 147. United State Government Printing Office, Washington DC.
- _____ (1931): *Aboriginal Indian Pottery of the Dominican Republic*. Bulletin 156. Smithsonian Institution Washington DC.
- _____ (1931a): "Culture Sequence in Haiti" en *Explorations and Field Work of the Smithsonian Institution in 1931*, p. 113-124. Smithsonian Institution, Washington DC.
- Koski Karell, D. (2002): "Prehistoric Northern Haiti: Settlement in Diachronic Ecological Context". Doctor of Philosophy Dissertation. Catholic University of America.
- Luna Calderón, F. (1973): "El cementerio de La Unión. Provincia Puerto Plata" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (2) pp. 130-146.
- _____ (1976): "Informe preliminar del cementerio indígena de El Atajadizo. República Dominicana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (7): 67-86.
- Marichal, P. J. (1994): "Poblamientos aborígenes de la zona del Montecristi Histórico" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (26): 15-32.
- Mol, A. (2007): "Universos socio cósmicos en colisión: Descripciones etnohistóricas de situaciones de intercambio en las Antillas Mayores durante el período del protocontacto" en *El Caribe Arqueológico* (10): 13-22.
- _____ (2011): "Bringing Interaction into Higher Spheres: Social distance in the Late Ceramic Age Greater Antilles as seen through ethnohistorical accounts and the distribution of social valuables" en *Communities in Contact. Essays in archaeology, ethnohistory and ethnography of the Amerindian circum-Caribbean*, C.L. Hofman y A. van Duijvenbode. Ed., In press, Leiden.
- Moore, C. (1991): *Report of site survey made along the coast of Haiti in the Departments of the North and Northeast from December 1990-March 1991. Port au Prince*. Bureau National d'Etnologie.
- _____ (1997): *Settlement patterns in pre Columbian Haiti: an inventory of archaeological sites. Port au Prince*. Bureau National d'Etnologie
- _____ (2008): "Los talleres líticos en Haití" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (43): 65-78.
- Ortega, E. y Veloz M., Marcio (1972): "Excavación Arqueológica en el vasto residuario indígena de de Hatillo Palma" en *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*, p. 5-27. vol. II. Año II. Nos. 2 y 3.
- Ortega, E. y Guerrero, José (1981): "El fechado del sitio Mellacoide Bois de Charritte Haití" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (17): 29-44.

- Ortega, E. (1988): *La Isabela y la Arqueología en la ruta de Cristobal Colón*. Editorial de la UCE, San Pedro de Macorís. República Dominicana.
- Ortega, E., Denis Pierre y Harold Olsen (1990): "Nuevos yacimientos arqueológicos en Arroyo Caña" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (23): 29-40.
- Oliver, J. (2008): "El universo material y espiritual de los tainos" en *El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taino*, José R. Oliver, Colin Mc Ewan y Anna Casas Giberga ed., p. 139-201. Ministerio de Cultura, Museu Barbier-Mueller Art Precolombí and Fundación Caixagalicia, Barcelona.
- _____ (2009): *Caciques and cemí idols. The web spun by Taino rulers between Hispaniola and Puerto Rico*. Alabama Press, Alabama.
- Olsen, H., Pagan, Dato y Carlos Munera (2000): "Estudio de impacto ambiental. Selección de rutas y topografía de líneas de transmisión y subestaciones. Aspectos arqueológicos". (Inédito), Santo Domingo. República Dominicana.
- Pagán Perdomo, D. (1992): "Notas acerca de la identificación étnica y arqueológica de los grupos Macorix-Ciguayos" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (25): 49-56.
- Parkinson, W. A. (2006): "Tribal boundaries: Stylistic variability and social boundary maintenance during the transition to the Copper Age on the Great Hungarian Plain" en *Journal of Anthropological Archaeology* (25): 33-58.
- Peña Sosa, S. (1978): "Aspectos Arqueológicos de Río San Juan" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (11): 131-140.
- Rainey, F. G. (1941): *Excavations in the Ft Liberté Region . Haiti*. Yale University Press ed. New Haven.
- Rimoli, R., Nadal, Joaquín (1983): *El horizonte ceramista temprano en Santo Domingo y otras Antillas*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo. República Dominicana.
- Rives, A.; García, Alberto y Gerardo Izquierdo (1997): *Investigaciones sobre sitios ceramistas del occidente de Cuba*, Inédito, Centro de Antropología : CITMA.
- Rodriguez Ramos, R. (2007): *Puerto Rican Precolonial History ethced in stone*. Doctor of Philosophy Dissertation, University of Florida.
- Rodriguez Ramos, R., E. Babilonia, Antonio Curet y Jorge Ulloa (2008): "The Pre-Arawak Pottery Horizon in the Antilles: A New Aproximation" en *Latin American Antiquity* 19(1): 47-63.
- Rothschild, B. M. L. C., Fernando; Coppa, Alfredo y Christine Rothschild (2000): "First European Exposure to Syphilis: The Dominican Republic at the Time of Columbian Contact" en *Clinical Infectious Diseases* (31): 936-41.
- Rouse, I. (1939): *Prehistory in Haiti. A study in method*. Yale University ed, New Haven, Connecticut. USA.
- _____ (1941): *Culture of the Ft Liberté Region, Haiti*. New Haven. Department of Anthopology, Yale University ed, Yale.
- Rouse, I. y Moore, Clark (1985): "Cultural sequence in southwestern Haiti" en *Proceedings of the Tenth International Congress for the study of the precolumbian cultures of the Lesser Antilles* edited by L. Allaire and F.-M. Mayer, pp. 3-22. Centre de Recherches Caraibes. Universite de Montreal.
- Rouse, I. (1992): *The Tainos. Rise and Decline of the people Who Greeted Columbus*. Yale University New Haven
- Santillana, E. (2002): *Atlas de la República Dominicana y del Mundo*. Editorial Santillana SA, Santo Domingo.
- Schomburgk, R. (1854): "Ethnological Researches in Santo Domingo" en *Journal of the Ethnological Society of London (1848-1856)*. 3: 115-122.
- Sillar, B y Tite, M. S. (2000): "The Challenge of Technological Choice for Materials Science Approaches" en *Archaeology. Archaeometry* (42): 2-20.
- Tabío, E y Guarch, José M. (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo*. Departamento de Antropología. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Tabío, E. y Rey, E. (1966): *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- Tirado, G. (2003): "Los suelos de la República Dominicana" editado por P. IDIAF. www.idiaf.org.do/publicaciones/dpublicaciones. Organización Mundial para la Agricultura y la Alimentación
- Ulloa, J. y Valcarcel, R. (2002): *Cerámica temprana en el centro del oriente de Cuba*. Viewgraph, Santo Domingo. República Dominicana.
- Ulloa Hung, J. (2005): "Approaches to early ceramics in the Caribbean: Between diversity and unilineality" en *Dialogues in Cuban Archaeology*, L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa Corzo, eds, p. 103-124. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Valcárcel Rojas, R. (2008): "Las sociedades agricultoras ceramistas en Cuba. Una mirada desde los datos arqueológicos y etnohistóricos" en *El Caribe Arqueológico* (11): 2-19.
- Vander Veen, J. M. (2006): "Subsistence Patterns as Markers of Cultural Exchange European and Taino Interactions in the Dominican Republic". Doctor of Philosophy Dissertation, Indiana University.
- Vega, B. (1981): "Un objeto enigmático de la colección Hodges" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (17): 21-28.
- _____ (1990): *Los Cacicazgos de La Española*. Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo. República Dominicana.

- Veloz Maggiolo, M. (1971): "Creación de la Asociación Dominicana de Arqueología y Antropología" en *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología* p. 277-286. vol. I, República Dominicana.
- _____ (1972a): "Resumen tipológico de los complejos relacionables con Santo Domingo" en *Boletín del Museo del hombre Dominicano* (1): 21-60.
- _____ (1972b): "Excavaciones en Macao. República Dominicana" en *Boletín del Museo del hombre Dominicano* (1): 157-175.
- _____ (2001): "Los agricultores tempranos en la isla de Santo Domingo" en *Culturas Aborígenes del Caribe*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.
- _____ (2002): "La Isabela: núcleo de la sociedad criolla" *El Caribe Arqueológico* (6): 2-8.
- _____ (2003): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo. República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, M., Ortega E., Rimoli, Renato y Fernando Luna Calderón (1973): "Estudio comparativo y preliminar de dos cementerios Neoindios: La Cucama y La Unión, República Dominicana" en *Boletín del Museo del hombre Dominicano* (3): 11-47.
- Veloz Maggiolo, M., Ortega, Elpidio y Plinio Pina (1974): *El Caimito un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores*. Fundación García Arévalo, Santo Domingo. República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, M., Ortega, Elpidio y Ángel Caba (1981): *Los modos de vida Mellacoïdes y sus posibles orígenes*. Editora Taller, Santo Domingo, Republica Dominicana.
- Veloz Maggiolo, M. y Ortega, E. (1996): "Punta Cana y el origen de la agricultura en la isla de Santo Domingo" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, M. Veloz y Angel Caba Eds. Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón y Organización de los Estados Americanos, OEA, La Romana
- Veloz Maggiolo, M. y Zanin, D. (1999): *Historia Arte y Cultura en las Antillas Precolombinas* Editora Universitaria UASD, Santo Domingo.
- Wilson, S. M. (1992): *Hispaniola. Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*. The University of Alabama Press, Tucaloosa and London.
- _____ (1999): "Cultural Pluralism and the Emergence of Complex Society in the Greater Antilles" en *Proceeding of XVIII International Congress for Caribbean Archaeology*, edited by Association Internationale d'Archéologie de la Caraïbe, p. 7-12, St. George's, Grenada.
- _____ (2007): *The Archaeology of the Caribbean*. Cambridge University Press., New York.

LA CARMITA Y VENTA DEL RÍO, ASENTAMIENTOS PROTOAGRICULTORES DEL CENTRO SUR DE CUBA. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS

**ALFONSO P. CÓRDOVA MEDINA
MILTON PINO RODRÍGUEZ
OSMAR LABRADA ORTIZ**



INTRODUCCIÓN

Como parte de las tareas que acomete el Proyecto Patrimonio Arqueológico, Identidad Nacional y Desarrollo Sostenible, se efectuaron en el primer semestre del presente año un conjunto de tareas relacionadas con el tema sobre “La Zooarqueología en las tradiciones neolíticas incipientes de la Región Central de Cuba”, los que posibilitaron realizar excavaciones arqueológicas en los sitios de filiación protoagrícola La Carmita y Venta del Río, ambos localizados a pocos kilómetros de la entrada de la ciudad de Cienfuegos, por la carretera que procede de Rodas, del municipio de Cienfuegos.

El sitio La Carmita se ubica en la carta 1:50000 ICGC, hoja 4182-4, con las coordenadas x 555300 y 264200, a unos 150 metros de la margen oriental del río Saladito. En la actualidad, el residuario forma parte de los terrenos de cultivo de la Cooperativa Romárico Cordero. La barriada que le circunda se llama Paraíso y forma parte del Consejo Popular Venta del Río-Paraíso.

La ubicación del asentamiento Venta del Río se localiza en la misma carta del ICGC antes enunciada, y en las coordenadas x 554300 y 265450, se encuentra al oeste del río Salado, en las tierras cultivadas de la Cooperativa 5 de Septiembre, del barrio Venta del Río y forma parte del Consejo Popular ya mencionado.

Es importante destacar que ambos residuarios están alterados por las labores agrícolas desarrolladas. Los sitios fueron reportados por el Grupo Espeleoarqueológico Jagua. Por el alto grado de deterioro no habían sido excavados y sólo se efectuaron recogidas de superficie, de evidencias materiales que afloraban al ararse el área. Se colectaron fragmentos de cerámica sin decoración, piedra tallada, restos de concha marina y herramientas en concha, las que se encuentran en el Museo Provincial de Cienfuegos.

La necesidad de obtener una mejor información para caracterizar las comunidades protoagroalfareras del centro de Cuba, determinaron efectuar excavaciones controladas en los dos sitios de habitación para poder establecer valoraciones arqueológicas más precisas.

Para estos fines investigativos, un equipo de trabajo del Departamento de Arqueología del Centro de Antropología (CITMA), encabezado por A. Córdova como responsable del tema e integrado por M. Pino, O. Labrada y O. Pereyra, acometieron el trabajo en La Carmita en marzo del 2002, y en mayo del 2002 participaron en la excavación del sitio Venta del Río, en esta segunda etapa no participó Oscar Pereyra. Contamos con la colaboración del especialista Lester Puntonet, del Museo Provincial de Cienfuegos en las dos excavaciones y auxiliados por integrantes del Grupo de Aficionados Jagua, los compañeros Julio César Fernández y Daniel Álvarez Guell en la segunda etapa excavatoria. También participó en la primera excavación el técnico Carlos Rafael Borges, del Museo de Rodas.

MATERIALES Y MÉTODOS

Los materiales objeto del presente estudio tratan sobre las evidencias faunísticas colectadas en las excavaciones efectuadas, herramientas de concha, piedra y fragmentos de cerámica.

Los métodos aplicados en la clasificación y análisis de los restos dietarios son los empleados por M. Pino (1980) y Rodríguez C. y M. Pino (1990), que determinaron el Número Mínimo de Individuos (NMI) por especie zoológica en cada nivel analizado. También se aplicó la metodología de I. Jouravleva (2002) en la valoración de la alfarería colectada. Además, se exponen las características principales de las herramientas colectadas en los trabajos de campo.

DISCUSIÓN Y RESULTADOS

Comportamiento de las actividades económicas del sitio La Carmita

En el sitio La Carmita, la actividad predominante fue la recolección marina, con 27 especies faunísticas y 5 733 ejemplares exhumados en estratos, para el 59,5 %, luego precede la recolección de moluscos terrestres y fluviales con cuatro especies y 3 822 ejemplares, para el 39,6 %, mientras que la caza aportó 9 especies con 61 ejemplares para el 0,63 % y la pesca está presente con tres especímenes y doce ejemplares para el 0,12 %.

Las especies faunísticas con mayor incidencia de la recolección marina son: La *Crassostrea rizophoras* (ostión), que abunda en todos los niveles estratigráficos, pero en las capas tempranas

HERRAMENTAL DE CONCHA	
SITIO LA CARMITA	
HERRAMIENTAS	NIVEL ESTRATIGRÁFICO
Perforador en labio de <i>Strombus</i> sp	0,00-0,20
Probable raspador	0,00-0,20
Fragmento de pico de mano	0,00-0,20
Perforador	0,00-0,20
2 Puntas de concha	0,20-0,30
Puntas en columela	0,20-0,30
Perforador	0,20-0,30
2 Artefactos en colmuela	0,30-0,40
Pico de mano	0,30-0,40

fueron predominantes, luego se observa el *Isognomun alatus* la *Melongena melongena*, y la *Chione cancellata*. En cuanto a la recolección terrestre y fluvial, existió el predominio de la especie fluvial *Mytilopsis domingensis*.

Respecto a la caza, se aprecia su consumo, pero no es la actividad económica fundamental de la comunidad, es importante destacar que las especies extinguidas como *Heteropsomys offella* y *torrei*, *Geocapromis columbianos*, fueron obtenidas desde los primeros momentos de la habitación del residuario; también el almiquí (*Solenodon cubanos peter*), especie en vía de extinción, fue colectada en los estratos mas tempranos del asentamiento. La pesca está presente desde los primeros momentos de ocupación del asentamiento, pero como una actividad complementaria por lo escaso de los individuos exhumados.

HERRAMENTAL DE CONCHA	
SITIO VENTA DEL RÍO	
HERRAMIENTAS	NIVEL ESTRATIGRÁFICO
Gubia de concha (bordes fracturados) Posee el bisel aguzado. Medidas 80 mm largo 39 mm ancho pala 18 mm ancho apico 7 mm grueso pala	Superficie
Gubia de strombus sp (Bisel grueso) Fig. Medidas 79 mm largo 63 mm ancho pala 20 mm ancho apico 27 mm grueso pala	Superficie
2 percutores de strombus sp	Superficie
2 percutores en labio de <i>Strombus Costatus</i>	Superficie
Percutor de <i>Melongena</i> <i>Melongena</i>	0,00-0,10
Punta en Concha	0,10-0,20
Punta en manto <i>Strombus Sp.</i>	0,10-0,20
Lezna o punta de concha con pedúnculo para el enmangamiento Medidas 90 mm largo 29 mm ancho Máximo 19 mm ancho mínimo 10 mm ancho pedúnculo 18 mm largo pedúnculo 4 mm grueso pedúnculo	0,28-0,30

PIEDRA EN VOLUMEN	
SITIO VENTA DEL RÍO	
HERRAMIENTA	NIVEL ESTRATIGRÁFICO
Percutor	0,10-0,20
Fragmento de percutor	0,10-0,20
Percutor color pardo oscuro Medidas 60 mm largo 53 mm ancho 43 mm grueso percutor	0,37-0,40
SITIO LA CARMITA	
Bola lítica color gris verdosa clara Medidas diámetro de 3.5	Superficie
PIEDRA TALLADA	
SITIO VENTA DEL RÍO	
HERRAMIENTA	NIVEL ESTRATIGRÁFICO
Lascas pequeñas y medianas de sílex	Superficie
Núcleos pequeños	Superficie
10 lascas de pequeñas dimensiones	0,10-0,20
Fragmentos de sílex pequeños	0,20-0,40
3 lascas pequeñas	0,40-0,50
Núcleo	0,40-0,50
2 restos de taller	0,40-0,50

Comportamiento de las actividades económicas del sitio Venta del Río

Existió un predominio de la recolección marina con 19 especies y 876 individuos para un 87,5 %, la recolección terrestre y fluvial contó con 3 especies y 115 ejemplares para el 11,4 %, la caza con una especie con 6 ejemplares para el 0,59 % y la pesca tiene 2 especies con 4 individuos para el 0,39 %. En relación con la predilección de especie en el contexto de la recolección marina, hay una semejanza en el aprovechamiento de moluscos marinos en el sitio Venta del Río respecto a La Carmita, pues la *Crassostrea rizophorae*, la *Melongena melongena*, *Isognomun alatus* y el *Chione cancellata* son mayoritarios, con la única diferencia de que en Venta del Río hay abundancia de *Phacoides pectinatus*, todos estos moluscos se aprecian desde los primeros momentos de la habitación del asentamiento por parte de la comunidad humana que pobló el área. La recolección terrestre y fluvial, similar a la del sitio La Carmita aunque predomina la *Mytilopsis domingensis*. La pesca y la caza son actividades casi vestigiales.

Es significativo destacar que el grupo humano que habitó Venta del Río, al parecer fue un pequeño número de individuos, quizás una familia compuesta de pocos miembros, varios indicadores así lo manifiestan, la poca extensión de deposición antropogénica, sobre todo evidencias faunísticas, el registro de ejemplares dentro del estudio zooarqueológico y la total ausencia de fauna extinguida del residuario; así como la ausencia de reptiles y saurios.

En La Carmita no ocurre lo mismo que en Venta del Río, el residuario es de gran extensión, a simple vista se observa una gran deposición de restos alimentarios muy fragmentario por la utilización del arado, el registro zooarqueológico de especie 43 y el alto consumo contabilizado en la excavación de 1 x 1 m, nos permiten inferir que hubo una mayor población humana y una prolongada ocupación del área, quizás aprovecharon las condiciones excepcionales de los fértiles terrenos para desarrollar incipientes cultivos de tubérculos y raíces para ampliar su alimentación. En la actualidad en estos territorios del asentamiento se producen diferentes viandas y hortalizas con gran rendimiento.

Gráfico del Comportamiento de las actividades económicas

En el asentamiento La Carmita, desde los inicios de la ocupación humana, se aprecia que la recolección desempeña un rol importante y después observamos una abundancia de consumo a partir del nivel 0,50 hasta el 0,30, y luego en los niveles más tardíos se atenúa este consumo desde 0,30 a 0,10 m. La caza está presente desde los primeros momentos de la ocupación del residuario, con un incremento significativo desde 0,45 hasta 0,35 m y decrece desde 0,30 a 0,10 m. La pesca está presente en los niveles más tempranos y es casi vestigial en los niveles tardíos.

En el residuario Venta del Río, el gráfico solo refleja la recolección, pues la pesca y la caza son actividades insignificantes, ya desde los primeros instantes de la ocupación la recolección se aprecia en alguna abundancia hasta el nivel 0,30 y a partir de ahí hasta 0,10 m, se observa un reajuste de este consumo.

La presencia en el asentamiento La Carmita del insectívoro *Solenodon cubanus peter* (almiquí) desde el estrato 0,30 hasta 0,60 m es de singular importancia, no solo por constituir el primer reporte de esta especie en vía de extinción en sitio aborigen de la provincia de Cienfuegos, sino que es el quinto reporte que el autor principal del presente estudio registra en las provincias centrales, ya antes se localizó el almiquí en Villa Clara en tres municipios deferentes: sitio cueva de Pozo (Camajuani), sitio cueva del Muerto (Cifuentes) y Charcón IV (Corralillo), y en Sancti Spíritus en el municipio de Trinidad en el sitio Birama. Todo lo cual indica la existencia de esta especie en casi todo el centro de Cuba, y ya no dudamos de encontrarlo en otras áreas de Cuba, pues al parecer su hábitat fue todo el territorio cubano, para ello se hace necesario continuar los estudios zooarqueológicos, los que de seguro han de corroborar este planteamiento. (A. Córdova 1998 y 2000; y A. Córdova y J. Rodríguez 1996; M. Pino y A. Córdova 2000).

La cerámica

El sitio Venta del Río posee cerámica sin decoración, propia de comunidades con tradiciones neolíticas incipientes (protoagroalfareras), al respecto Jouravleva (2002) manifiesta que la pasta es de color pardo, heterogénea, mal mezclada; su desgrasante consiste en rocas trituradas y de fibras orgánicas; la superficie es de un alisado burdo por las razones antes expresadas, significa que la cerámica de este sitio es de un bajo desarrollo tecnológico

y considera que la evolución alfarera se debe a la inventiva local mediante el empleo de antiplástico de fibras propia de una alfarería temprana.

Respecto al comportamiento de la cerámica en el sitio La Carmita, nos expone Jouravleva (2002) que la pasta es bastante homogénea con manchas concreciones de hierro en la pasta, el desgrasante de rocas volcánicas trituradas de granos grandes y la superficie posee un alisado bueno con engobe. Por todas estas consideraciones podemos diferenciar claramente la alfarería de estos dos asentamientos, no obstante a que el régimen de cocción y la calidad de la terminación de la superficie es superior en ambos residuarios. Sin lugar a dudas, el comportamiento de la elaboración de los ceramios en el sitio La Carmita es de mejor factura que la confeccionada en Venta del Río.

En los sitios existió un predominio en la utilización de este herramental confeccionado en concha de especies marinas, según comunicación personal de M. Rodríguez y L. Puntonet (especialistas de Arqueología de la provincia de Cienfuegos), en el Museo Provincial poseen diversos exponentes de herramientas de concha recogidas en superficie de los sitios que analizamos en el presente estudio. Importante fue localizar en estratos arqueológicos estas herramientas de concha, las que aportan un mayor conocimiento de los trabajos realizados por los grupos que habitaron los residuarios.

La piedra tallada colectada en los dos sitios es la que caracteriza a los grupos protoagroalfarero, pues son herramientas microlíticas y de pequeñas dimensiones; no apreciamos algo distintivo o diferente, la industria es muy semejante en ambos residuales. Es importante significar que en la cala inicial efectuada al sur-oeste de la excavación de La Carmita, se colectaron dos láminas de sílex fracturadas en el nivel 0,20-0,30, final del cateo realizado ante la esterilidad del lugar. No obstante, esta no es la regularidad del asentamiento La Carmita, con un gran predominio de lascas, núcleos y restos de taller de pequeñas dimensiones.

CONCLUSIONES

Los sitios protoagroalfareros La Carmita y Venta del Río poseen las mismas características en cuanto al consumo de alimentos, con predominio de la recolección como actividad económica básica, el resto de las actividades económicas son de mucha menos magnitud.

Las potencialidades del entorno y el aprovechamiento de recursos faunísticos por parte de los colectivos humanos que ocuparon los asentamientos, se manifiesta en la extensa relación de especies clasificadas.

La colecta del almiquí en varios estratos del asentamiento La Carmita, es el primer reporte de este mamífero insectívoro en contextos aborígenes de la provincia de Cienfuegos, y el registro nos permite inferir que la especie, ya en vía de extinción, habitó todo el centro de Cuba coexistiendo con grupo indo cubanos, pues Villaclara, y Sancti Spíritus ya tienen varias localidades aborígenes en diversos municipios con la presencia de este espécimen, y con probabilidad la especie estuvo extendida por todo el territorio nacional; los futuros trabajos zooarqueológicos serán los encargados de decir la última palabra en este sentido.

El residual La Carmita, al parecer, contó con una mayor población y fue más prolongada la ocupación de esta área, varios indicadores arqueológicos lo manifiestan, la extensión territorial del residuario, la colecta de 43 especie faunísticas, mayor consumo de alimentos, la presencia de 3 especies ya extintas y una en vía de extinción. Mientras que en Venta del Río, el asentamiento es de poca dimensión, el consumo dietario no fue amplio, la caza es una actividad vestigial y la pesca también lo es, por lo que presumimos que en Venta del Río solo convivió una familia de pocos miembros y no fue tan prolongada esta ocupación.

La cerámica es mucho más homogénea y de mejor factura en La Carmita que en Venta del Río, la alfarería en este último residuario es considerada como de bajo desarrollo tecnológico por la utilización de fibras orgánicas propias de una alfarería muy temprana mal mezclada.

En los dos sitios fue muy empleado el herramental de concha y se clasificaron varios tipos de herramientas, sin dudas, estas herramientas en concha les propiciaron la ejecución de múltiples trabajos.

La piedra tallada en los dos sitios, con semejanza de pequeñas dimensiones y distintivas de estos grupos humanos de filiación protoagroalfareros.

La piedra en volumen colectada es similar a las de otros sitios protoagrícolas de Cuba, la presencia de una bola lítica en La Carmita, en superficie, es un elemento a tener en cuenta al estudiar con mayor énfasis la superestructura de la comunidad allí asentada.

Se logró el objetivo propuesto de obtener excavaciones estratigráficas en estos asentamientos muy alterados por los trabajos agrícolas.

AGRADECIMIENTOS

A todos los que hicieron posible la realización de este estudio arqueológico en la provincia de Cienfuegos, especialmente al colega Léster Puntonet, técnico del Museo Provincial, al Grupo de Aficionados Jagua (Sociedad Espeleológica de Cuba), María Luisa y Ramón García, Consejo Popular Venta del Río-Paraíso, a las direcciones y trabajadores de las cooperativas Románico Cordero y 5 de Septiembre (Paraíso y Venta del Río) así como a la Dirección de Patrimonio de Cultura de Cienfuegos y a los trabajadores del hotel Perla del Sur por su apoyo.

BIBLIOGRAFÍA

- Córdova Alfonso (1998): "Características de la alimentación faunística de los aborígenes de las provincias centrales de Cuba". (Inédito). Ponencia presentada evento científico de espeleoarqueología Instituto Superior Pedagógico Félix Varela, Villa Clara.
- Córdova Alfonso (2000): "Aspectos zooarqueológicos del asentamiento protoagricultor Birama, Valle de los Ingenios, Municipio Trinidad, Sancti Spíritus" (en prensa), presentado evento Internacional Antropología 2000. Centro Antropología, CITMA, La Habana.
- Córdova A. y Rodríguez (1996): "La alimentación en la comunidad mesolítica de Cueva del Pozo, Camajuaní, Villa Clara". Ponencia presentada evento Internacional Antropología 96, Centro Antropología, CITMA, La Habana.
- Guarch, J; Febles, J. y Rives A. (1983): *Cartilla de control de la información básica para el censo arqueológica de Cuba 749 y 750*. Editorial Academia, La Habana.
- Jouravleva, I (2002): "Origen de la alfarería de las comunidades Protoagroalfareras de la región central de Cuba" en *El Caribe Arqueológico* No. 6, p. 35-43, Casa del Caribe, Stgo. de Cuba.
- Pino, M. (1980): "Procedimientos cuantitativos en el estudio dietético de los aborígenes cubanos" en *Cuba Arqueológica II*, Stgo. de Cuba, Editorial Oriente.
- Pino, M. y A. Córdova (2000): "Actividades subsistenciales de los aborígenes de Cueva del Muerto, Cifuentes, Villa Clara" en *El Caribe Arqueológico* No. 4, p. 53-58, Casa del Caribe, Stgo. de Cuba.
- Pino, M. y A. Córdova (2000): "Actividades Subsistenciales en el asentamiento protoagroalfarero Charcón IV, Corralillo, Villa Clara". (En prensa). *Revista Ciencias Sociales*, Instituto de Filosofía CITMA.
- Rodríguez, C. y M. Pino (1990): "Arqueología : un método para el estudio de fauna remanente en sitios arqueológicos de Cuba". (Inédito). Dpto., Arqueología Centro Antropología, CITMA.

EL CACICAZGO DE HIGÜEY: CAZABE, ORO E INSURRECCIÓN

ADRIANA I. CHURAMPI RAMÍREZ



La historia no es más que garabatos que escriben los hombres y mujeres en el suelo del tiempo. El Poder escribe su garabato, lo alaba como escritura sublime y lo adora como verdad única. El mediocre se limita a leer los garabatos. El luchador se la pasa emborronando cuartillas. Los excluidos no saben escribir [...] todavía.

SUBCOMANDANTE MARCOS, 1996

Las fuentes históricas tradicionales señalan que La Española, que actualmente ocupan la República Dominicana y la República de Haití, a la llegada de Cristóbal Colón se encontraba dividida en cinco unidades político-militares a las que se les adjudicaron la denominación de cacicazgos. Cada una de estas regiones se encontraba bajo la jefatura de un cacique: Guarionex las regiones llanas, sesenta leguas al medio de la isla; Caonabo en las sierras; Behechchio la zona occidental y el reino de Xaragua y Guacanagari en la región norte donde se construyó luego el fuerte La Navidad; Cayacoa, el líder de la parte oriental de la isla, era considerado uno de los mayores caciques y Higüey era una de las zonas más activas debido a su vecindad con los caribes. Este último lugar constituye el escenario de nuestra presentación: El cacicazgo de Higüey dirigido por Cayacoa.¹

La información sobre los acontecimientos, o la geografía, la estructura o el liderazgo en estos novísimos territorios ya constituyen interesante terreno de estudio debido a las contradicciones, omisiones o confusiones que caracterizan las versiones de los documentos de Indias. Existe polémica no sólo acerca de la distribución política de La Española en cacicazgos, sino sobre el concepto mismo de cacicazgo,² sobre la identidad de los/las cacique/as,³ la extensión geográfica de los reinos y ni qué decir de los detalles de las confrontaciones bélicas. Sobre lo que sí existe unanimidad informativa en las *Crónicas*, es respecto a la gran productividad agrícola de Higüey, zona especializada en la producción de cazabe. Ya a comienzos de 1500, la región se había convertido en el centro que proveía de pan de cazabe a la mayoría de asentamientos cer-



Mapa antiguo de La Española donde se señalan los cacicazgos.

canos, los cuales atraídos por el descubrimiento de oro en la zona, se habían instalado tras sellar pactos con el cacique higüeyano. Estos pactos establecían que cada cierto tiempo los barcos españoles arribarían a la isla de Saona en busca de provisiones alimenticias. Durante una de estas jornadas, se produjo el desastroso incidente considerado como el detonante de la Primera Guerra de Higüey.

Mientras se realizaba el traslado del cargamento de cazabe al barco, el cacique de la isla se encargaba de la supervisión, aparentemente sus movimientos enérgicos exacerbaron a un mastín que llevaba consigo uno de los españoles. De las Casas describe que se trataba de un perro amaestrado en la caza de indios, de allí que cuando su dueño le dio una orden, se lanzó en un ataque furioso contra el cacique. De las Casas guarda poca consideración

con la sensibilidad del lector al describir detalladamente el horror del suceso: “[...] y va tras el cacique, y dale un bocado de aquellos ijares; y creo, si no me he olvidado, que le asió de las tripas, y el cacique huyendo a una parte y el perro con ellas en la boca y tirando hacia otra, las iba disliando.” (De las Casas 1985: Libro II, 230).

Semejante acontecimiento motiva el levantamiento de la entera población de la zona. Este hecho constituyó el detonante de múltiples desencuentros que venían teniendo lugar entre españoles y americanos.⁴ Los más desafiantes lo constituían los robos de mujeres, a la par que la explotación de los indígenas en los trabajos de búsqueda de riquezas. De allí que, encabezados por Cotubama la población proceda a armarse para el enfrentamiento. Esta es la explosiva situación que encuentra el gobernador Nicolás de

Ovando,⁵ cuando, en 1502, llega a Santo Domingo.⁶ En ejercicio de sus nuevas funciones, procede a enviar expediciones a diversos puntos del territorio, entre ellos a Puerto Plata y será uno de estos desprevenidos grupos, el que al detenerse en la isla Saona, será emboscado y los soldados eliminados por el cacique. La reacción de Ovando es el envío de Juan de Esquivel, al mando de una numerosa tropa, integrada por los destacamentos de soldados que acababan de llegar de España con el gobernador (300 a 400 hombres, menciona De las Casas). Las confrontaciones iniciales evidencian la absoluta inexperiencia de los indígenas en el combate abierto con los españoles.⁷ De las Casas describe los desiguales enfrentamientos que terminaban en masivas eliminaciones de indígenas, sin que éstos consiguieran causar daños significativos al ejército hispano con sus arcos, flechas y piedras. La población inició entonces la fuga masiva, abandonando sus asentamientos que iban siendo destruidos al paso de los españoles. No contento con ello, Esquivel continuó la persecución hasta los montes, logrando apresar y esclavizar a los sobrevivientes. Fue tal la devastación, que los indígenas anuncian su rendición a cambio de detener la matanza. Finalmente se llega a un acuerdo, que permitiría a los indígenas continuar habitando en su región a cambio de producir suficiente pan de cazabe para sustentar a Santo Domingo. Esta decisión obedecía más a una necesidad estratégica que a un ideal humanitario. Existía ya una relación de dependencia por la que la ciudad recibía alimentos provistos por la isla Saona y Higüey. La llegada de las tropas de Ovando incrementa esta necesidad, de modo que el enfrentamiento con los indígenas no consigue más que generar una severa situación de desabastecimiento, hecho que los españoles estaban interesados en solucionar cuanto antes. La conclusión de este primer enfrentamiento ha pasado a la posteridad debido a la mención en las crónicas de la solemnidad mostrada por el cacique Cotubanamá, quien recurrió a la famosa tradición del intercambio de nombres (guaitiao) con Juan de Esquivel, a fin de sellar la paz y la amistad entre sus pueblos.

Probablemente la actitud triunfalista de los españoles tras la victoria y la reducción de los indígenas a esclavos, fuera ya un funesto comienzo que no hizo más que empeorar en los siguientes años. En 1504 estalla nuevamente el conflicto, la causa formal fue el abierto incumplimiento de los pactos básicos sellados tras la primera guerra. Los indígenas fueron obligados a trasladarse a los nuevos asentamientos o villas y a Santo Domingo, violando su esen-

cial requerimiento de permanecer en sus tierras, y no sólo fueron usados para transportar los bienes, sino que, incluso fueron empleados para realizar labores en la misma capital. El robo y abuso de mujeres, una ofensa que ya había generado violentas reacciones, continuó. Todo esto siguió escalando hasta concluir en el ataque e incendio del fuerte construido en la costa por Juan de Esquivel y el asesinato de los soldados residentes. Esta vez Nicolás de Ovando envía tropas al mando del joven Juan Ponce de León. Habiendo aprendido de la experiencia anterior, los indígenas empiezan ocultando a los habitantes más frágiles (mujeres, niños y ancianos) para luego enfrentarse, con sus limitadas posibilidades, al ejército español durante aproximadamente diez meses. La estrategia del lado español se concentra en la captura de Cotubanama, cacique del cual se sabía que motivaba constantemente a sus seguidores a no rendirse. Finalmente lo ubican en la isla de Saona y hacia allí se dirige Esquivel. Las tropas de defensa del cacique son derrotadas y se produce la captura durante la conocida escena en la que el cacique intenta hacer efectivo el pacto sellado exclamando: *No me maten, soy Juan de Esquivel!!* Aludía de esa manera a lo que para él constituía una incomprensible violación del acuerdo de paz sellado entre ambos capitanes durante el intercambio de nombres. Tras ser conducido a la capital, Ovando ordenará su inmediata ejecución. La literatura de consulta señala que con su eliminación se cierra el período de resistencia y se completa la conquista de La Española, desde ese momento el gobernador procede a la distribución de asentamientos humanos. Los centros indígenas son dispersados, ubicándose estratégicamente en varios lugares a la población hispana. Nacen así, en lo que fuera el cacicazgo de Higüey, las ciudades de Santa Cruz de Aicayagua y Salvaleón de Higüey.

Este suscito relato de los acontecimientos emana esencialmente de las descripciones consignadas por los cronistas: Cristóbal Colón en sus *Diarios*, De las Casas en su *Historia de las Indias* y Fernández de Oviedo en la *Historia General y Natural de las Indias*. Queremos detenernos ante un detalle que tienen en común estas narraciones. En sus diversas descripciones sobre los enfrentamientos entre españoles y americanos, la mayoría de los cronistas tiende a minimizar la magnitud de la resistencia, de la capacidad bélica indígena.⁸ Esto podría explicarse, por un lado, por la tendencia de los cronistas a representar la inferioridad cultural de los americanos, una de cuyas manifestaciones era la inca-

pacidad de concebir u organizar la resistencia. Por otro lado, en las descripciones de los cronistas encontramos también reflejados los ideales caballerescos presentes en sus bagajes culturales. Al describir las hazañas del conquistador recreaban el heroísmo del caballero andante triunfador sobre sus enemigos. En el caso de los documentos de Colón cabe recordar que sus textos, en su intento de mantener la imagen original de los habitantes de La Española como pacíficos y apacibles lo llevan a insistir en la creación de un “otro” violento, antropófago y belicoso: el caribe. Es significativo que la presencia de estos últimos se evidencie más que nada a partir de las interpretaciones que hace Colón de ciertas cicatrices en los cuerpos de los taínos: “Yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y se defendían.” (Colón 1990: 42) La idea de la agresividad de estos supuestos canibas o súbditos del Can, o habitantes de las islas cariba (divagaciones que menudean en los documentos colombinos)⁹ queda reforzada después de la pelea con los ciguayos el 13 de enero. Colón concluye que “[...] si no son de los caribes, al menos deven de ser fronteros y de las mismas costumbres y gente sin miedo, no como los otros de las otras islas, que son cobardes y sin armas fuera de razón” (Colón 1990: 246) la característica sobresaliente de los caribes sigue siendo el ser antropófagos y agresivos. Los cronistas, en todo caso, se inclinan a reconocerle a los caribes suficiente fiereza y agresividad como para causarle daños al contingente hispano. Una cualidad que se les niega a los taínos, a quienes su posible pasividad los convertía también en víctimas de los caribes. La única excepción, según las *Crónicas*, la constituyen los habitantes del cacicazgo de Higüey, de los cuales se dice que su cercanía geográfica con el territorio caribe parecía haber producido una notoria influencia respecto a las tendencias agresivas. Es interesante, por ello, en este contexto, destacar el uso del concepto de “guerra”, cuando los cronistas se refieren al enfrentamiento entre españoles y higüeyanos. Recordemos que ni siquiera De las Casas le concedía a los contingentes indígenas la capacidad de constituir un ejército serio y amenazante. Este autor describe así a las fuerzas del cacique Behechchio que aguardaban a los españoles “[...] ejército de infinitos indios con sus arcos y flechas, armados en son de guerra, puestos que desnudos en cueros; y notad qué guerra pueden hacer con las barrigas desnudas por broqueles.” (De las Casas 1985: Tomo I,

441) Consecuentemente califica tal resistencia como “juegos de niños” ya que “[...] todas sus guerras, comunmente son tales, mayormente en estas islas” (De las Casas 1985: Tomo I, 441).¹⁰ El criterio de los cronistas al evaluar las cualidades guerreras de los indígenas, se hallaba cimentado no sólo en la capacidad física de utilizar materiales para ofrecer resistencia al contingente español, sino que literalmente aludían al “arte de la guerra”. En numerosas descripciones de enfrentamientos no pueden ocultar su sorpresa al relatar la fiereza o el empuje indígena, pero siempre dejan en claro la falta de destreza en *la guerra*, cualidad que tan sólo reconocen en los “indios flecheros”, los caribes. Estos detalles hacen que la calificación de los enfrentamientos de Higüey como guerras, constituya un reconocimiento no sólo a la magnitud del conflicto, sino también a los daños causados al contingente español y a la capacidad indígena de organizar, desplegar y manejar activamente ciertas técnicas de guerra. Nuestra lectura de las tradicionales *Crónicas de Indias* comprueba, pues, que los enfrentamientos entre el ejército español y los habitantes del cacicazgo de Higüey fueron de tal magnitud y calidad que merecieron el calificativo hispano de guerras.

LA IDENTIDAD HISTÓRICA

En el proceso de construcción de la identidad nacional, así como en la elaboración del discurso de la historia oficial de las naciones, las *Crónicas de Indias* constituyen una de las fuentes a las cuales recurrir en busca de acontecimientos y descripciones sobre los albores del territorio, la comunidad o los sucesos que han de contribuir a alimentar la historia nacional.

En el caso de la historia de la República Dominicana, los analistas coinciden en identificar un elemento que atraviesa los diversos períodos históricos, trastornando el relato sobre el acontecer nacional: la fragmentación. (Oviedo 1987)

Un elemento esencial en la construcción del modelo nacional, en el caso de la mayor parte de los países latinoamericanos, lo ha constituido el concepto de unidad, elemento tan polémico que da lugar a que en ciertos casos se hable incluso de la ficción de unidad, pero unidad teórica al fin y al cabo. Del pasado colonial la República Dominicana heredó, como otras naciones postcoloniales, una estructura dividida, entre a) un modelo elitista que aún aspiraba a continuar el perfil cultural hispano y la religión católica, y b) el rechazo de lo popular, rural o vulgar relacionado con la herencia



La Española actual, la parte que ocupa República Dominicana.

africana. La base de la unidad, la cohesión de un Estado, una geografía, ni qué decir de una cultura, no fueron posibles de alcanzar. La sucesión de gobiernos (21 entre 1865 y 1879), revelan la incapacidad de conseguir la unidad política, en la misma dirección apunta el debate entre Anexionismo o Independencia que concluyó con la anexión a España (1861-63). Todo ello expresa una incapacidad de los grupos de poder de unirse en un Estado. Lo que los historiadores denominaron el gran proyecto liberal dominicano, la lucha por construir una industria azucarera, base de la economía nacional, quedó frustrada al pasar dicha industria no a manos nacionales, sino al control de los EE.UU. Los 30 años de gobierno de Trujillo, por su parte, pusieron en acción un modelo de búsqueda de vínculo de lo nacional, basado en torno a un poder único. Lo popular se integró a una denominada cultura nacional, pero de matiz unitario, excluyente y garantizado por la violencia.¹¹ Lo popular remite no a la multiplicidad de los elementos que constituyen la nación, sino a lo único que forzosamente la integraba. (Oviedo 1987) Este mito del Poder en que se constituyó la figura de Trujillo, re instaló la antigua ideología de lo hispano y lo católico, elementos

conocidos provenientes de la tradición colonial. Pero algo más, excluyó radicalmente, contando con la seguridad del uso de la fuerza, todo aquello relacionado con la simbología y las representaciones africanas y haitianas. El imaginario social dominicano fue sometido a la intensa influencia de un específico y determinado molde discursivo. La violencia social fue más allá de lo cotidiano e ingresó al territorio en el cual los actores sociales se asumen como sujetos, para forjar en la memoria colectiva cierta imagen del pasado, tarea en la cual bien sabemos la escritura de la historia desempeña un rol protagónico.¹² Una de las dramáticas evidencias al respecto fue el hecho de que en un país con el grueso de su población dividida entre mulatos y negros, la inmensa mayoría de los individuos no se concibieran como tal, sino que empezara a preferir utilizar la categoría fantasmagórica de “indio” para referirse a su condición racial.¹³ En este calificativo radica la clave de nuestro trabajo, en la condición, hasta cierto punto, fantasmagórica de lo indio. La terminología alrededor de “lo indio” fue intensamente propagada y popularizada durante la era Trujillo, con el objetivo esencial de distinguir a los dominicanos de los haitianos. El contenido refería al carácter criollo del dominicano, a su herencia múltiple, no necesariamente enfatizaba lo indígena. El historiador Moya Pons alude a ese proceso de fusión de pobladores taínos con africanos y españoles usando el término transculturación, que sería el origen de la nueva cultura criolla dominicana. Este “modelo taíno” experimenta una profunda idealización al vincularlo al discurso de la nación. Son taínos los héroes, las estatuas, las imágenes en las monedas y todo aquello que quiera definirse como auténticamente dominicano adquiere denominaciones taínas: La soda es Enriqueillo, la cerveza es Quisqueya, el ron es Siboney y las galletas son Hatuey. La primera palabra del himno nacional convoca a los habitantes usando la denominación original de República Dominicana: Quisqueyanos valientes. Es de esta manera grandilocuente, romántica y superficial que la nación resulta vinculada a su supuesto pasado indígena. La adopción de la categoría de lo indio, fue un ejercicio retórico y una estrategia política destinada a desplazar del imaginario dominicano la evidencia de la presencia africana o haitiana en la historia nacional. En el afán de eliminar lo evidente, se recurrió a otro componente presente en la historia nacional, incrementando su protagonismo romántico. Sin embargo, como categoría estratégica no se trata de un intento de recuperación de la evidente presencia indígena, de allí que se retome sólo eventos

aislados cargados de potencial valor de explotación simbólica. De allí que no exista una seria reconstrucción o visión crítica de lo “taíno” sino que se mantengan historias fosilizadas en el período pre-colombino que mantienen su poder impactante. Esta romantización de lo indígena se hace evidente también en el desinterés por el estudio de la evolución histórica de lo taíno, es decir, aquellas manifestaciones de tradición indígena aún presentes en la vida cotidiana del pueblo dominicano, prácticas que evidencian la presencia activa de la herencia indígena.¹⁴ La lentitud en el incremento de la historiografía indígena dominicana también deja de lado otra tarea, la de contribuir desde la historia a la toma de conciencia histórica nacional. Si se analizaran críticamente y en detalle los episodios históricos del protagonismo indígena, podría rastrearse una genuina tradición de resistencia, la cual revelaría el potencial subversivo del sujeto marginal taíno. El historiador parece pues hallarse en condiciones —a sabiendas o no— de desempeñar un papel profundamente transformador, el de revelar para un pueblo acontecimientos históricos que le permitan moldear su camino. Las guerras higuëyanas constituyen, desde esta perspectiva, un episodio histórico sumamente interesante capaz de desempeñar un rol significativo como sustento de una imagen de resistencia indígena en el proceso de construcción identitaria, sin embargo son poco conocidas. La evidencia histórica queda abatida ante las estratégicas pugnas e intereses políticos en juego, en este contexto lo indígena debe continuar representando su rol protagónico en una grandilocuente leyenda o historia (aquella con minúsculas) nacional, de cazabe, oro e insurrección, pero debe perder las esperanzas de asumir un lugar protagónico en la Historia (aquella que se tiende a escribir con mayúsculas).

NOTAS

¹ En *Historia General y Natural de las Indias*, Lib. III, cap. IV, Oviedo describe a los cinco caciques con sus respectivas posesiones. De las Casas en su *Brevísima Relación (Los reinos que había en la isla Española)*, menciona: “El quinto reino se llamaba Higüey e señoreábalo una reina vieja que se llamó Higuanaama”.

² Encontramos en los textos de Cristóbal Colón afirmaciones referentes a sus limitadas posibilidades de comunicación con los habitantes americanos. Un ejemplo de ello es precisamente su intento de explicación de la noción de “cacique”, allí apreciamos de qué manera recurre al uso de categorías españolas existentes: “Hasta entonces no avía podido entender el Almirante si lo dizen por rey o por gobernador. También dizen otro nombre por grande que llaman “nitaino”; no sabía si lo dezían por hidalgo o gobernador o juez” (Colón 1990: 198).

Cassá, basándose en su análisis de los cronistas, concluye que a la llegada de los españoles las aldeas se relacionaban por lazos de dependencia, sin embargo las

estructuras políticas no llegaban a constituir confederaciones de gran tamaño que justificaran la tradicional clasificación en cinco cacicazgos. (Cassá 1974: 123-124)

³ Sobre el liderazgo del cacicazgo de Higüey se pueden encontrar diversas referencias en las crónicas. Se mencionan como caciques Cayacoa, Cotubanama y la anciana Higuanaama.

⁴ Una vez dominado el cuarto cacicazgo de Jaragua, sólo quedaba Higüey como única provincia independiente y libre del pago de tributo y esclavitud personal, ésto representaba un poderoso aliciente económico. El brote de insurrección fue el argumento que Ovando esgrimió para iniciar la dominación y sujeción de este último territorio. (García 1982: 70-72)

⁵ La llegada del gobernador Ovando a La Española tenía objetivos claramente definidos. La colonización de la isla debía salir adelante durante su período, de allí que arribara con el contingente de soldados más numerosos hasta entonces presente en el Nuevo Mundo. Tras el huracán de 1502 que había causado gran destrucción, Ovando recibió el encargo de restablecer la infraestructura de las poblaciones, iniciando la fundación y establecimiento de ciudades y erigiendo Santo Domingo como capital.

⁶ A la llegada del nuevo gobernador a la isla, Fernández de Oviedo enumera entre sus talentos, el desafío que enfrentó al combatir la resistencia de Higüey: “Cuando a esta isla llegó [Ovando], allí la tierra pacífica, salvo la provincia que llaman Higüey; y en breve tiempo la allanó e hizo justicia de los rebeldes y culpados”. (Cap. XII, t. I)

⁷ De las Casas, al describir el desequilibrio de fuerzas a favor de los españoles, enumera las carencias indígenas y exagera el poderío hispano a la vez que sugiere que a menudo la resistencia se limitaba simplemente a huir al monte: “[...] pero como todas sus guerras eran como juegos de niños, teniendo las barrigas por escudos para rescibir las saetas de las ballestas de los españoles y las pelotas de las escopetas, como peleasen desnudos en cueros, no con más armas de sus arcos y flechas sin hierba, y con piedras donde las había, poco sostén podían tener contra los españoles, cuyas armas son hierro, y sus espadas cortan un indio por medio, y las fuerzas y corazones tienen de acero; pues de los caballeros no digo, que en una hora de tiempo alancea uno solo 2.000 dellos. Finalmente, hacían cara un rato en los pueblos, y no pudiendo sufrir las ballestas y escopetas y también las espadas cuando se llegaban cerca, deshechos sus escuadroncillos y desjarretados y muertos muchos dellos, *toda su guerra era huir a los montes y por las breñas esconderse*”. [resaltado mío] (Historia de las Indias Libro II, Cap VIII, p. 232)

⁸ De las Casas constituye la excepción a esta regla, probablemente debido a que el énfasis de su obra se dirige a la extensa descripción de la crueldad y la sevicia hispanas, así como al sufrimiento y padecimiento indígenas, dejando de lado la bravura y aguerrida resistencia indígena, que es el tema al cual aludimos aquí.

⁹ Dice Colón en su *Diario* el 23 de noviembre de 1492: “[...] aquellos indios que llevaba llamaban Bohío, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban canibales, a quienes mostraban tener gran miedo [...]” (118) El 11 de diciembre leemos: “[...] Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino [...]” (158) El 13 de enero de 1493: “Dice más el Almirante que en las tierras pasadas estaban con gran temor de Carib; y en algunas le llamaban Caniba, pero en La Española Carib; y que debe de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y comen la gente que pueden haber [...]” (244)

¹⁰ “Parece que como el rey Behechio tuvo nueva que los cristianos venían, y había oído las nuevas de sus obras, contra el rey Caonabo y su reino, hechas, envió aquella gente o vino él también en persona con sus juegos de niños a resistirlos (que

todas sus guerras, comunmente , son tales, mayormente las desta isla.” (De las Casas 1985: 441)

¹¹ Paul Austerlitz en su estudio sobre el merengue y la identidad dominicana señala: “[...] el uso de Trujillo del merengue reforzó su imagen entre las masas. Si bien el régimen retuvo el poder instituyendo miedo y violencia, los pobres del país probablemente apoyaban que el dictador bailase y forzase a las élites a bailar la música rural. [...] El ciudadano dominicano, siempre en peligro de ser denunciado por las autoridades, podía, por escuchar y bailar merengue, expresar apoyo a la dictadura, salvaguardando las pocas libertades que tenía”. (Austerlitz 2007: 127)

¹² “Las escuelas primarias llevaban mucho tiempo enseñando que la sangre derramada por el líder haitiano Jean Jacques Dessalines durante la retirada de Santo Domingo en 1805 resultó significativa en el desarrollo de la nación dominicana; la historiografía dominicana sobre la ocupación haitiana nutrió de este modo el sentido antihaitiano de la identidad nacional dominicana.” (Austerlitz 2007: 123)

¹³ El proceso de “invención” de una historia colectiva que sustente la identidad nacional incluye, entre otras formas de construcción social, aquella que Balibar denomina la “etnicidad imaginaria.” (Balibar 1991)

¹⁴ La limitada influencia taína en la cultura dominicana actual se ha explicado por la rápida extinción de este grupo. Bernardo Vega sostiene que la presencia taína se limitaría a ciertos alimentos, como el casave, a patrones específicos en las construcciones rurales, las técnicas de pesca, ciertas palabras (huracán, bohío, hamaca) así como a la designación de la topografía y los ríos y el uso de artefactos domésticos, como el burén. (Vega 1981)

BIBLIOGRAFÍA

- Austerlitz, Paul (2007): *Merengue. Música e Identidad Dominicana*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Cultura.
- Balibar, Etienne e Immanuel Wallerstein (ed). *Race, Nation, Class* (1991): *Ambiguous Identities*, Londres, Verso.
- Cassá, Roberto (1974): *Los Taínos de la Española*, República Dominicana, Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Vol. CLXV.
- Colón, Cristóbal (1990): *The Journal Account of the first Voyage and Discovery of the Indies, Part 1*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato Librería dello Stato.
- De las Casas, Bartolomé (1985): *Historia de las Indias*. Libros I y II, Santo Domingo, Ediciones del Continente, S. A.
- _____ (2008): “Los reinos que había en la Isla Española” en *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias, colegida por el Obispo don fray Bartolomé de las Casas, de la orden de Santo Domingo, año 1552*. 03 noviembre. <http://www.eumed.net/textos/07/fbc/index.htm>
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo (1851): *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- García, José Gabriel (1982): *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Santo Domingo, Central del Libro, Quinta edición, Tomo I.
- Oviedo, José (1987): “Cultura y Nación: La búsqueda de la identidad” en *Sociología BHMD*, No. 20, p. 109-118.
- Rodríguez, Néstor E. (2005): *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*, México, Siglo XXI Editores.
- Subcomandante Insurgente Marcos (2011): “Tres definiciones para días tan aciagos: libertad, lucha, historia”. México, 18 de mayo 1996. 06 setiembre 2011. <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/>
- Vega, Bernardo *et al.*, (1981): *Ensayos sobre cultura dominicana*. Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano.

LA REUTILIZACIÓN DE BOTIJAS EN LOS ANTIGUOS CONVENTOS DE SANTA CLARA Y NUESTRA SEÑORA DE BELÉN EN LA HABANA VIEJA

DARWIN A. ARDUENGO GARCÍA



INTRODUCCIÓN

La reutilización de piezas cerámicas en las construcciones habaneras del período colonial, fuera de las funciones para las que fueron confeccionadas y que le conferían su valor de uso, resultó relativamente común. Es el caso de fragmentos de tejas criollas, losas, azulejos, contenedores, vasijas y otras piezas utilitarias, empleadas como parte del relleno de vanos tapiados y pisos, de los mampuestos (en los que participan junto a la piedra y otros materiales fortuitos como huesos de res), en el engrosamiento de paredes, relleno de pechinas y muchos otros casos que dan fe del aprovechamiento por nuestros antiguos constructores de toda la gama de materiales que tenían al alcance de sus manos.

Este trabajo se centra en la reutilización de botijas en dos construcciones coloniales habaneras bien conocidas, y se plantea como objetivos:

- 1- Discutir el uso de las denominaciones tradicionales del contenedor cerámico en que se enfoca.
- 2- Actualizar la información cronológica acerca de este contenedor que han producido investigaciones arqueológicas en las dos últimas décadas del siglo XX.
- 3- Discutir las explicaciones más probables en el reemplazo de las botijas encontradas en el subsuelo de los antiguos conventos de Santa Clara de Asís y Nuestra Señora de Belén.
- 4- Reportar la presencia, en el caso del antiguo convento de Santa Clara de Asís, de dos formas de botijas no mencionadas anteriormente por la bibliografía, variando uno de los criterios clasificatorios expresados anteriormente (Capablanca 2001).

LAS BOTIJAS. TERMINOLOGÍA

Ningún otro contenedor de cerámica ha recibido tantas denominaciones como el que nos ocupa, lo que seguramente está en relación con su abundancia y ubicuidad en el registro arqueológico del

continente americano, dada su amplia utilización como continente comercial y utilitario, así como su larga vida, que abarca desde finales del siglo xv hasta mediados del xix.

John Goggin, quien comenzara a trabajar con estos contenedores desde los años 50 del siglo xx, fue el autor de la primera y más importante obra acerca de estos, en la que utiliza la denominación jarra de aceite (*Olive Jar*) siguiendo a Holmes que lo acuñó en 1903, reconociendo que el término no tiene ninguna significación etnográfica o lingüística (Goggin 1980).

Resulta un claro ejemplo de lo poco feliz de la denominación de Goggin, la cantidad de términos que se han empleado para estudiar esta cerámica. Avery (1997) refiere el uso en el ámbito de los estudios arqueológicos de: olive jar, jar, jarra de aceite, tinaja, ánfora, anforita y botija, pero aun se han empleado los de perulera y botijuela.

Sin embargo, incluso para el mundo anglosajón, el término botija parece imponerse dado el hecho de que la abundante documentación colonial que menciona estas vasijas, utiliza generalmente las denominaciones de botija o botijuela, sean peruleras, de arroba y cuarto, regulares, de media arroba, o de a cuarto.

Una nota interesante en relación a estas vasijas y su presencia en Cuba la aporta el *Diccionario de voces y frases cubanas*, de Esteban Pichardo (1836), cuando nos define la botija de la siguiente manera:

En el Departamento Occidental se da este nombre a la descrita en el Diccionario de la Academia y es la que viene de España con aceite de cuyo líquido contiene de nueve a doce libras, u ocho botellas, sirviendo luego para transportar y expender la leche.

Se llama en la Vueltarriba Botijuela y Botija la grande, de mucha más capacidad, barro colorado, que allá fabrican y destinan a cargar agua, melado, etcétera.

ESTUDIOS PREVIOS: TIPOLOGÍA, CRONOLOGÍA Y CENTROS DE PRODUCCIÓN

El estudio de referencia obligada en relación a este tema lo constituye el ya mencionado de John Goggin. No obstante, añadimos algunas consideraciones imprescindibles para estudios de este tema realizadas por Stephen R. James Jr. (1988), trabajo de actualiza-

ción de datos cronológicos y tipológicos que resultan relevantes a nuestros efectos. Asimismo se tuvieron en cuenta los trabajos de Mitchell Marken (1994), George Avery (1997) y Clive Carruthers (2003).

La botija es un contenedor comercial en forma de ánfora, siguiendo la tradición mediterránea que se remonta al año 1800 a.n.e., con las ánforas cananitas en uso en el norte de la región Sirio-Libanesa; clasificable como cerámica ordinaria, de gran permeabilidad, que puede presentar o no vidriado, esmaltado o engobe, tanto en su interior o su exterior, lo cual está en dependencia de lo que fuera a ser envasado en las mismas. Las vasijas esmaltadas o vidriadas eran más apropiadas, dada su mayor impermeabilidad para el transporte de líquidos como vinos, que pudieran traspasar las paredes porosas, mientras que las que no tenían esmaltado o vidriado eran adecuadas para sustancias más gruesas como el alquitrán, la manteca, miel o sólidos granulados. Este contenedor comercial era profusamente utilizado en la transportación de aceite de oliva, aceitunas en salmuera, vinos, guisantes, garbanzos y otros granos, así como miel, manteca, alquitrán y jabón, entre diferentes productos. Durante su prolongado período de utilización, la botija española no tuvo en realidad competencia como contenedor comercial, de lo que habla claramente su extraordinaria profusión y ubicuidad en el registro arqueológico centroamericano y caribeño; ello está justificado por el hecho de que se trata de mercancías que no solo debían cruzar el Atlántico a bordo de las naves, sino que, en muchos casos debían, luego, ser transportadas a lomo de mulos, en arrias, hasta alcanzar zonas alejadas de los puertos destinados al comercio.

La producción de estas botijas abarca un período cronológico desde el siglo xvi y probablemente antes, hasta 1850 aproximadamente, según Goggin (1980), quien establece en su estudio tres estilos diferenciados a los que asigna cronologías dentro de este rango (figura 1).

No obstante, algunas precisiones hechas por James (1988) en el estudio de las colecciones de botijas extraídas de los pecios de los navíos *Conde de Tolosa* y *Nuestra Señora de Guadalupe*, ambos naufragados en la costa noreste de La Española en el año 1724, permiten ampliar el margen del período de producción de los estilos y formas según Goggin, al comenzar por reportar una forma (III) de fondo cóncavo, no clasificada anteriormente (figura 2) así como otra (IV) que al parecer del autor, es un eslabón interme-

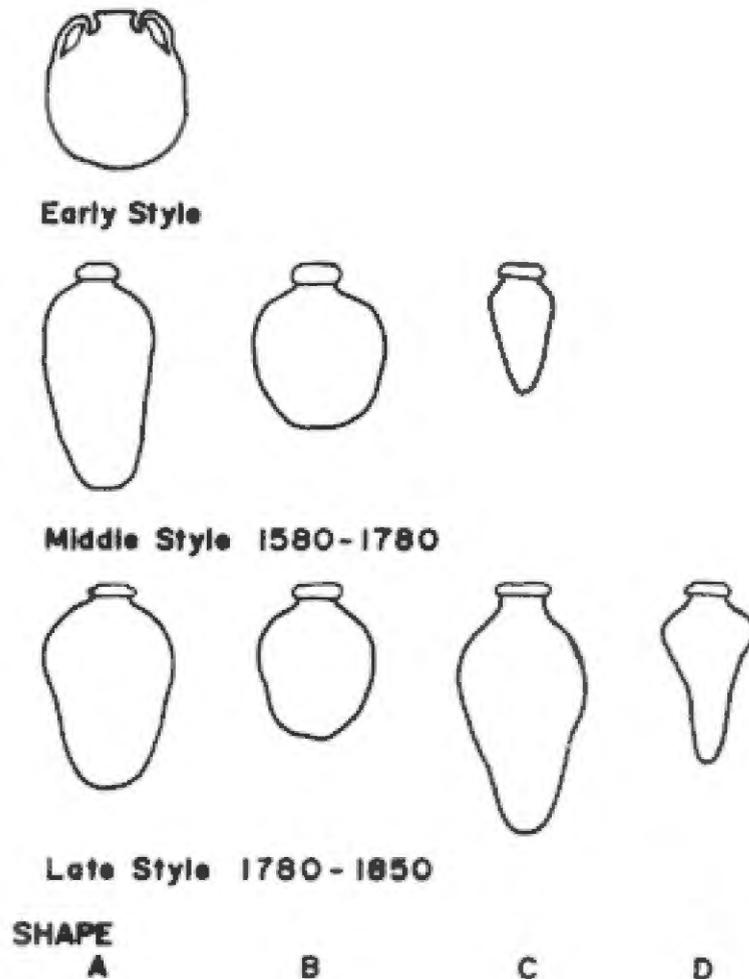


Fig. 1 Estilos diferenciados en la fabricación de botijas y su cronología según John Goggin (1980)

dio entre la forma C del estilo medio de Goggin y la forma D del estilo tardío, forma a la que se le asigna una cronología del siglo XVIII. Otra proposición interesante de este autor es que los estilos medio y tardío no necesariamente ocurren en los rangos cronológicos que Goggin les asigna.

En el caso de Marken (1994), este autor realiza el interesante reporte de botijas con fondo completamente plano, extraídas del

pecio del *Atocha* (1622) y del *Santa Ana María* (1627). Estas piezas fueron torneadas desde esta base plana (figura 3), lo que les confiere una forma específica e inconfundible. En opinión del autor, se trata de un experimento que fracasó a juzgar por la escasez de evidencias encontradas de estas botijas de fondo plano.

Clive Carruthers (2003) propone asimismo que el estilo tardío de Goggin (ca 1780-1850) comienza al menos antes de 1773, fecha de destrucción del monasterio de Santo Domingo, en Antigua, Guatemala, sitio en el que aparecen botijas de este estilo.

Importante ha sido el reporte de al menos dos formas diferentes del estilo temprano de las botijas (Avery 1997) que aparecen representadas en la figura 4. Una de estas dos formas concuerda con la ya descrita por Goggin pero sin asas, mientras que la otra es similar a la forma A de los estilos medios y tardíos.

Lo cierto es que todo indica que las dataciones estilísticas hechas por Goggin no se corresponden siempre con la realidad, en los casos de los estilos medio y tardío, por lo que un nuevo estudio general debe ser producido en los próximos tiempos, para asimilar los datos que ha aportado el registro arqueológico en los años posteriores al trabajo de ese autor.

Ha sido establecido que, como parte del comercio trasatlántico a bordo de los buques españoles, la forma A de estas botijas se utilizaba para transportar vino (Marken 1994), mientras que la forma B era utilizada para el transporte de aceite de oliva (Marken 1994; Colin Martin en Avery 1994) y la C para el acarreo de miel (Colin Martin en Avery 1994).

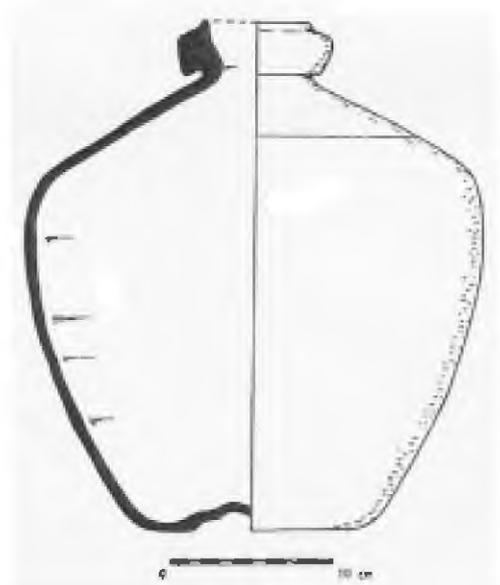


Fig. 2 Botijas extraídas de los pecios de los navíos *Conde de Tolosa* y *Nuestra Señora de Guadalupe* correspondientes a la forma III.



Fig. 3 Botijas con fondo plano extraídas del *Atocha* (1622) y el *Santa Ana María* (1627).

Un tópico interesante, por último, tiene relación con los lugares de fabricación de las botijas. España, y en ella Castilla son el centro productor inicial y más importante de estos contenedores. Sin embargo, los dos más importantes polos productores de vino para la Carrera de las Indias fueron Cazalla y Jerez, zonas que al ser estudiadas desde el punto de vista geológico y aplicarle la técnica de análisis de sección delgada a muestras de sus barros cocidos, arrojaron como resultado que estas no fueron las zonas de producción de las botijas (Avery 1997). Queda establecido que fue la zona

del valle del río Guadalquivir la que tuvo la tarea productora de mayor peso de estos contenedores y en especial la ciudad de Sevilla y sus alrededores (Avery 1997).

La producción de botijas fuera del ámbito español, fue reportada por primera vez en el valle de Mocagua, en el Perú colonial (Rice y Van Beck 1993). Se trata de ejemplares que se distinguen con relativa facilidad por ser de mayor tamaño (alrededor de 0.85 metros), tener las paredes más gruesas (Carruthers 2004). No olvidemos, por demás, que el Perú llegó a ser una zona de producción de vinos tan exitosa, que el monarca Felipe II prohibió la siembra de viñedos en las Américas.

De otra parte, tenemos la referencia de la arqueóloga Lourdes Domínguez (comunicación personal, 2006) de que un centro productor de estas vasijas eran las islas Canarias, escala del viaje trasatlántico. Existe la tradición de que desde estas islas zarpaban barcos fletados en las mismas y vendían en América, a mejor precio, los vinos que allí se producían, en detrimento de los procedentes de España, lo que motivó una prohibición real en el año 1582 (Avery 1997)

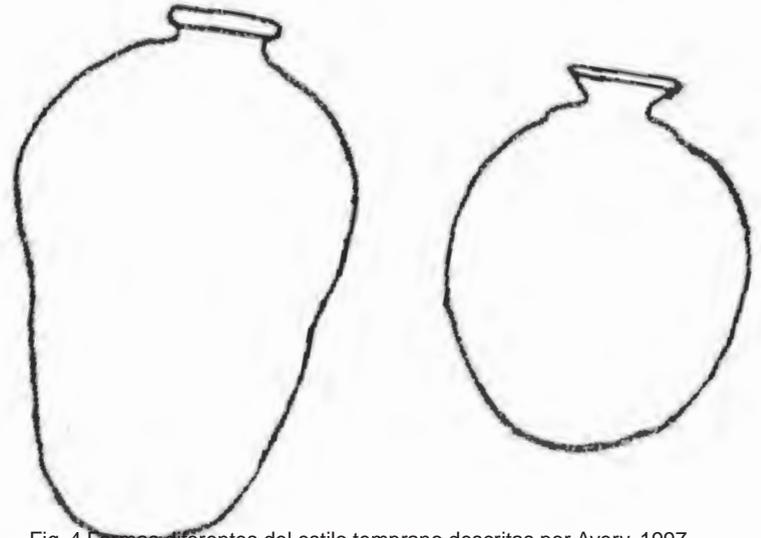


Fig. 4 Formas diferentes del estilo temprano descritas por Avery, 1997.

Por último, como veremos adelante en este trabajo, existe la posibilidad de que en La Habana hayan sido producidas botijas, dadas las evidencias extraídas de excavaciones realizadas en el antiguo convento de Nuestra Señora de Belén por el autor, y estudiadas conjuntamente con la especialista Irina Jouravleva del Centro de Antropología del CITMA, así como las que se obtuvieron en el antiguo convento de Santa Clara de Asís.

LOS RESULTADOS DE TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS REPORTADOS

Nuestra atención se centrará en un modo de reutilización de estas vasijas que no conciernen a su capacidad funcional como contenedor, pues está claro que como tal se reutilizó profusamente, para acarreo y conservación de agua potable entre otros líquidos (Goggin 1980), así como para almacenar algunos sólidos granulados y conservas, tanto en salmuera como en aceite.

Lo que compete a los efectos del presente trabajo, referido por el autor citado, es la reutilización de estas botijas como mate-

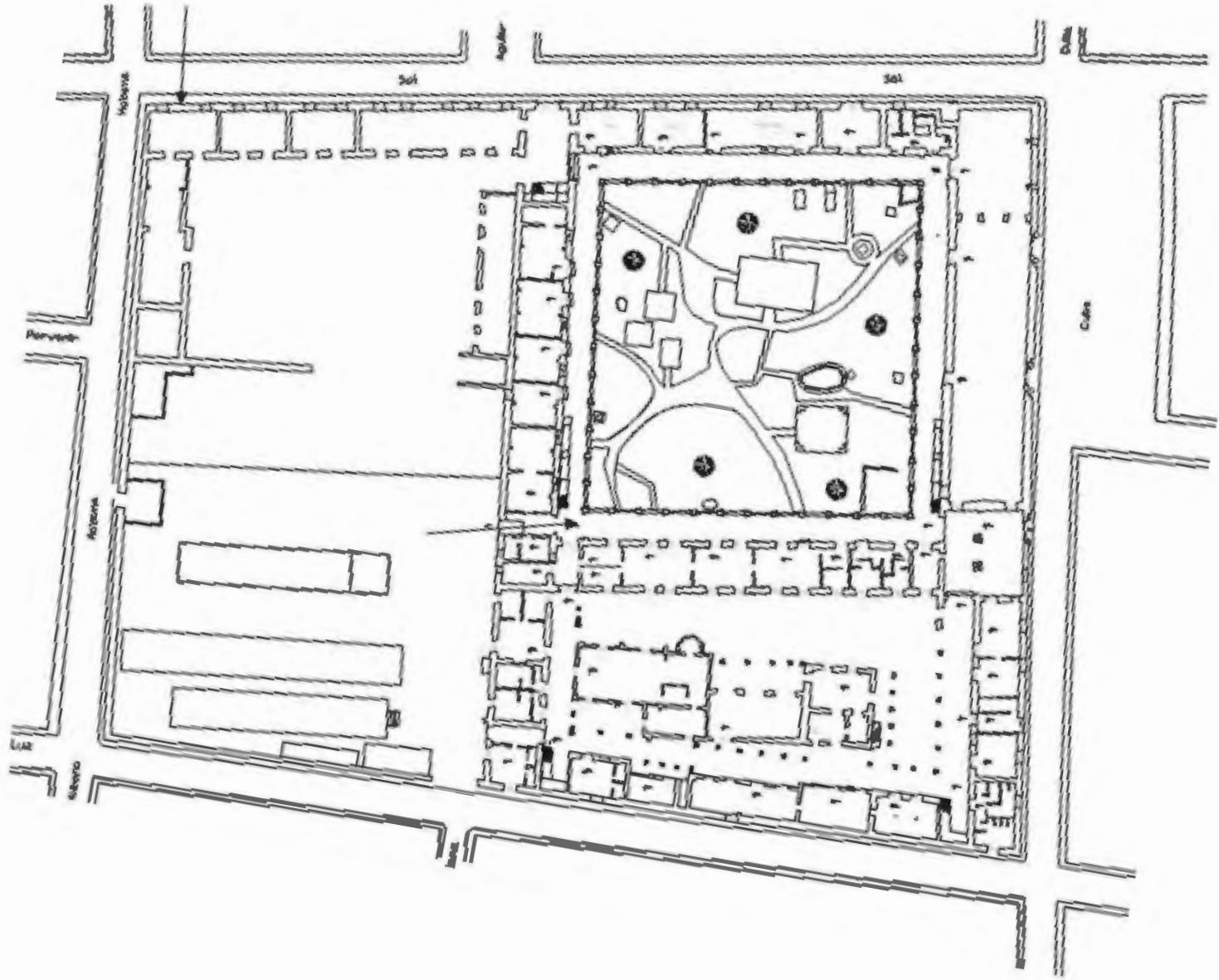


Fig. 5 Plano del antiguo convento de Santa Clara de Asís con la localización de los estratos de botijas excavados.



Fig. 6 Estrato de botijas con las bocas hacia abajo localizados en el tercer claustro del convento de Santa Clara de Asís

rial constructivo en diferentes localidades del ámbito caribeño, información que transcribimos a continuación:

Sin embargo, el papel más distintivo de estas vasijas fue su uso como relleno de construcción al ser más livianas que la piedra y el ladrillo. Con su forma globular y cuerpo bien cocido, ofrecían un material fuerte y liviano el cual fue utilizado ampliamente para rellenar las bóvedas de los techos de muchas iglesias y otras edificaciones en el Caribe. Se han visto ejemplos en la República Dominicana y en Puerto Rico; se han reportado varios en Cuba, y es posible que existan

más. Además, se dice que han sido utilizadas en los muros de iglesias en la República Dominicana (Iglesia de San Nicolás, Santo Domingo), y debajo de los pisos de iglesias y otras edificaciones en Cuba. Eruditos actuales consideran que la razón de estos últimos dos usos fue crear mejores calidades acústicas; su uso debajo del piso puede ayudar en el drenaje de los mismos.

Se han visto jarras de aceite de estilo Tardío (en forma de trompo) usadas como florones en techos de Santiago, Cuba (Goggin 1980: 16-17).

También Avery (1997) menciona que:

Secondary uses of Spanish olive jars include architectural use in building construction as structural support, primarily in vaulted ceilings. Spanish olive jars were also buried in the floors of structures in Spain to function as a sort of “dehumidifier”...¹

La reutilización de las botijas en algunas construcciones coloniales, es una variación importante en el espectro de reusos posibles de las mismas y está bien alejada de la concepción con que fueron creadas, léase contenedores comerciales.

Para entrar detalladamente en nuestro tema, recurriremos a resultados de excavaciones controladas, realizadas en dos sitios en La Habana intramuros, antiguos conventos de órdenes religiosas, que serán tratados inicialmente, cada uno en su especificidad, para concluir en la generalización del conocimiento que aportan.

1. Convento de Santa Clara

Las áreas del antiguo convento, sede actual del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM), han sido objeto de numerosas excavaciones arqueológicas, de las que se ha obtenido un cuerpo de información que en realidad está pendiente de sistematización, proceso en el que se encuentran empeñados los miembros del grupo de arqueología del centro, conjuntamente con la arqueóloga Lourdes Domínguez. Uno de los materiales más recurrentes en el registro arqueológico del antiguo convento, son, sin dudas, las botijas, en algunos casos completas y en otros en forma de fragmentos.

En 1998 dentro del marco propiciatorio de los trabajos previos a la restauración del tercer claustro conventual, se realizó una excavación dirigida por Racso Fernández Ortega y Boris Luis Martín Lozano, en el local ubicado en la intersección de las calles Sol y Habana (figura 5). Esta área del convento aparece mencionada en informes de la arqueóloga Lourdes Domínguez (inédito), según criterio de Eladio Elso como un área de cocina, almacenaje y servicios en general, al menos en los últimos períodos de ocupación del edificio, léase Ministerio de Obras Públicas y Ministerio de Cultura.

Como resultado de la excavación se localizó un estrato de botijas con las bocas hacia abajo, cubiertas con un relleno de tierra con cal, sobre el que se ubicaba un estrato de carbón vegetal pulverizado. Las botijas se ubicaban, a su vez, sobre un suelo compacto de cal (figura 6).

La composición de estratos similares de botijas en diferentes sitios habaneros (y en otras ciudades como Guatemala; Carruthers, comunicación personal), aparece identificada en el registro etnológico como un mecanismo para el control del ascenso de la humedad del subsuelo hacia los pisos de ocupación, y de otra parte

se cree que funcionaba para refrescar la atmósfera de los locales situados sobre los mismos.

En el año 2000, creado el Grupo de Arqueología del CENCREM y bajo la dirección del arqueólogo Ramón Dacal y Moure, en previsión de la continuidad de los trabajos de restauración y del daño que podían recibir, se retiraron un total de 47 botijas, permaneciendo un número no precisado en su ubicación. De las que se retiraron, 44 fueron clasificadas como pertenecientes al estilo tardío de Goggin (1780-1850), 34 de ellas son de la forma B y 10 de la C (Capablanca 2001). Una revisión posterior del autor de este trabajo sobre las piezas de esta colección, ha permitido reclasificar las diez botijas de forma C como pertenecientes a la forma A (figura 7), que Goggin considera el más raro (1980: 41). No pudieron ser clasificadas 2 botijas por su grado de fragmentación y otra, carente de gollete o boca, presenta un nuevo subtipo no reportado anteriormente, caracterizada por un cuerpo similar al de la forma A, pero con fondo plano (figura 8). Las botijas clasificadas como forma A no presentan marcas en ningún caso, sin embargo las de la forma B presentan marcas en 15 ejemplares, siempre en el cuerpo de la vasija, una de ellas pintada en rojo y las catorce restantes muestran marcas estampadas precocción (figura 9).

Un estudio posterior de estas botijas ha considerado oportuno especificar, que las 10 botijas de la forma A retiradas de este estrato, tienen el fondo aplanado lo que permite que estos ejemplares sean puestos de pie, aunque por la forma de la vasija y lo pequeño de la base así lograda, el equilibrio es generalmente inestable. La acción de darle terminado y aplanar el fondo a estas botijas transcurrió, sin embargo, en momento posterior al torneado, cuando la pasta estaba relativamente seca, quedando huellas visibles de la manipulación en la superficie externa, manteniéndose la forma interna sin alteraciones. Esta característica de mantenerse en pie, refiere estas vasijas no solo al tráfico trasatlántico a bordo de buques, sino a la intención de utilización de las mismas sobre pisos con función de almacenaje.

Una característica común de estas botijas es la presencia de numerosas deformaciones y errores de manufactura, así como las diversas maneras en que se resuelve el marcaje inciso, aunque siempre sea el mismo, lo que nos permite pensar que estamos en presencia de botijas producidas en la ciudad y que fueron reutilizadas en la construcción al no servir como contenedores.

En cuanto al fechando de construcción de este tercer claustro del convento, el mismo debe haber ocurrido después de 1733 (Herrera 2006: 105) y antes de la visita del obispo Morell de Santa Cruz en 1755.

En otro lugar del área conventual, específicamente en la galería sur en el extremo oeste del claustro principal, se encontró, en los 80 del siglo pasado, durante los trabajos de restauración del edificio, un sustrato de botijas similar a este que describi-



Fig. 7 Botija estilo tardío forma A.

mos, sin que tengamos información detallada de sus características ni de los estratos que lo rodeaban, así como del destino de las mismas, aunque en la colección que se conserva en el centro, existe un grupo de 18 botijas incompletas de la forma C del estilo tardío de la clasificación de Goggin, con superficie externa alisada y esmalte metálico en su interior, identificadas en algunos casos como SC-37, que pensamos procedan de esta excavación.

2. Convento de Nuestra Señora de Belén

Durante la campaña de los años 2001-2002, desarrollada por el entonces renaciente Grupo de Arqueología de la Empresa de Restauración de Monumentos, se realizaron excavaciones controladas en tres lugares del área más vieja del edificio conventual, es decir, alrededor del claustro principal. La primera fue la excavación de una letrina, ubicada en el subsuelo del local inmediatamente detrás de la escalera que da acceso a la planta alta; el relleno de la

letrina fue datado como perteneciente a los comienzos del siglo XX (Arduengo y Saavedra 2002); la segunda excavación fue en el patio interior ubicado detrás del claustro principal, donde se localizaron huellas de poste de un colgadizo, así como una caja de agua y otras estructuras hidráulicas.

La tercera de las excavaciones se desarrolló en el extremo oeste de la nave que corre al sur del claustro principal, zona identificada en plano del año 1917 como el refectorio, con el número 26, cerca de la cocina (figura 10). En el piso de este local se habían excavado zanjas para la instalación de redes de servicio, ya cubiertas al comenzar la excavación, por lo que el área a estudiar con un mínimo de alteración se redujo a un 60 % aproximadamente del piso del local y su subsuelo (figura 11).

La estratificación del terreno se comportó de la siguiente manera:

1. Estrato muy alterado por el movimiento de los constructores sobre el mismo, compuesto de desechos de material constructivo tales como ladrillos,

tejas criollas, mosaicos, así como arena, recebo y tierra.

2. Soporte de un nivel de piso, posiblemente constituido por mosaicos, de los cuales algunos fragmentos aparecen en el relleno anterior; estaba conformado por recebo y arena fundamentalmente con evidencias de cal.

3. Apisonado de cal y arena.

4. Nivel de cisco de carbón vegetal.

5. Fragmentos de botijas fundamentalmente aunque se identificó al menos un tiesto de otra vasija no clasificada.



Fig. 8 Botija de fondo plano rescatada en las excavaciones del antiguo convento de Santa Clara de Asís.



Fig. 9 Marcas pre-cocción estampadas en las botijas del tercer claustro del convento de Santa Clara de Asís y que coinciden con las de los conventos de San Francisco y Nuestra Señora de Belén.

6. Apisonado de cal y arena.

Para el momento en que se comenzó esta excavación, teníamos la referencia de que estratos de botijas habían sido localizados en el convento de Santa Clara y otros sitios en La Habana colonial (Boris Luis Martín Lozano, comunicación personal 2001), sin embargo, en esta ocasión se trataba no de las botijas completas sino de fragmentos, puestos así de primera intención, con su concavidad hacia abajo. La fragmentación de los tiestos no ocurrió posterior a la colocación de las botijas completas, pues las escasas bocas de las mismas que aparecían como parte del estrato, se encontraban hacia arriba, al mismo nivel del resto de los tiestos y de haber ocurrido la rotura de las mismas, estando ya colocadas, las bocas debieron aparecer hacia abajo (como ocurría en Santa Clara y otros lugares) cubiertas por fragmentos y estos, a su vez, superpuestos unos sobre otros.

Los fragmentos de botijas que forman el estrato excavado pertenecen, siguiendo la clasificación de Goggin, al estilo medio (ca. 1580-1780), clasificación que se realizó gracias a las bocas y fon-

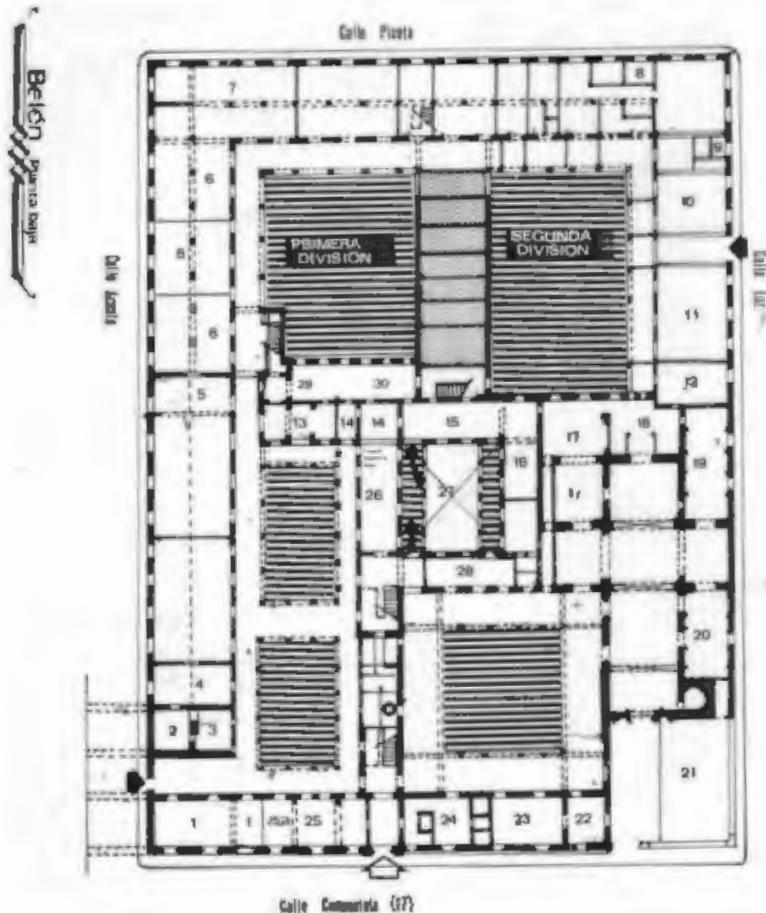


Fig. 10 Plano del antiguo convento de Nuestra Señora de Belén con la localización del estrato de botijas excavado.

dos. Uno solo de los fragmentos tenía marca estampada precocción en el cuerpo. La fecha asignada a este estrato es alrededor del año 1720, fecha de terminación de estas áreas del convento.

Los resultados preliminares del estudio sobre la tecnología de producción de estos fragmentos cerámicos, realizado en conjunto con la conocida especialista Irina Jouravleva del Centro de Antropología del CITMA, y que fueron realizados con lupa binocular para la observación de las características de la pasta cerámica y los

trabajos de superficie, tanto interna como externa, permiten considerar que una parte importante de estos fueron producidos como parte de un intento de desarrollo de una industria cerámica autóctona, quizás asociada con la actividad del propio convento, o de algún alfar habanero, lo que se aprecia fundamentalmente en la utilización en un número de fragmentos de vidriado alcalino, en los que es notable la variedad del resultado final, desde algunos donde la granulosis del vidriado es muy alta, hasta otros

donde se alcanza una superficie homogénea, en todos los casos no observable a simple vista. En otros tipos de esmalte metálico empleados, se aprecia también notablemente la diferencia de calidad alcanzada, lo que nos permite sugerir que estamos en presencia de un esfuerzo por desarrollar un producto autóctono, aunque la opinión de la especialista Jouravleva es que este vidriado metálico puede ser en algunos casos de origen mejicano, lo que sustenta por comparación con otras piezas esmaltadas de esa procedencia que había estudiado anteriormente.

Este dato es, ciertamente, un nuevo reporte de la posible producción de las botijas fuera del ámbito español. En este contexto participaba al menos un fragmento de cerámica ordinaria no perteneciente a una botija; se trata de una jarra con evidencias de pintura en su superficie externa, y con una cocción bastante deficiente, lo que queda evidenciado por el sonido coriáceo que produce al ser golpeada, así como lo deleznable de su pasta en la que se observan como desgrasante granos de conchas de moluscos.



Fig. 11 Estrato de fragmentos de botijas excavado en el antiguo convento de Nuestra Señora de Belén. Nótese la presencia de carbón vegetal.

CONCLUSIONES

1- Los estratos de botijas, tanto fragmentadas como íntegras, encontradas en el subsuelo de los conventos de Santa Clara de Asís y Nuestra Señora de Belén, fueron empleados con la función de controlar la ascensión por capilaridad de humedad del subsuelo por condensación en el interior de las mismas.

En el caso específico del refectorio del convento de Nuestra Señora de Belén se usaron fragmentos en lugar de botijas completas, con el fin de abaratar los costos y darle uso a desechos de talleres de producción de cerámicas.

2- En las botijas encontradas en los dos sitios, coincide una de las marcas incisas precocción. En las mismas se identifican dos estilos, el medio y el tardío de la clasificación de Goggin, lo que establece una familiaridad en las mismas que indica la coexistencia temporal y refuerza la tesis de James (1988) de que ambos estilos son producidos contemporáneamente.

3- En el antiguo convento de Santa Clara de Asís se reporta la presencia de dos formas de botijas no mencionadas anteriormente, una de fondo plano, diferente de las reportadas por Marken (1994: 83) y por James (1988: 54), representada por un solo ejemplar, así como otra de fondo aplanado, en todo lo demás idéntica a la forma A del estilo tardío, representada por diez ejemplares.

AGRADECIMIENTO

A Clive Carruthers, por su generosidad intelectual y la bibliografía que puso en nuestras manos.

NOTA

¹ “Usos secundarios de las jarras de olivo españolas incluyen su uso en arquitectura en la construcción de edificios como soporte estructural, fundamentalmente en techos abovedados. Las jarras de olivo españolas también fueron enterradas en los suelos de estructuras en España para funcionar como una especie de “deshumidificadores”...” (Traducción del autor) .

BIBLIOGRAFÍA

Arduengo, D. y L. Domínguez. “El antiguo convento de Santa Clara de Asís en la Habana Vieja. 47 años de investigaciones arqueológicas”. (Inédito)

Arduengo, D. y Y. Saavedra (2002). “Informe parcial de la excavación de una letrina en el Convento de Belén” en *Boletín Numismático* (2):18-20 Museo Numismático de la Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana.

Avery, G. (1997): “Pots as packaging: The Spanish Olive Jar and Andalusian Transatlantic Commercial Activity, 16th-18th Centuries. Doctoral dissertation presented to the Graduate School of the University of Florida, Gainesville”. (Inédito).

Capablanca, M. (2001): “Extracción y Clasificación de las Botijas encontradas en el Tercer Claustro de Santa Clara de Asís. Póster participante en el Quinto Congreso Internacional Patrimonio Cultural: Contexto y Conservación”. CENCREM

Carruthers, C. (2003): “Spanish Botijas or Olive Jars from the Santo Domingo Monastery, Guatemala” en *Historical Archaeology* 37 (4): 40-55.

Carruthers, C. y T. Pasinski (2004): *Proyecto Arqueológico ex-Convento de Santo Domingo, La Antigua Guatemala. Informe sobre la cerámica de importación. Siglos XVI-XVIII. Tomo X- Las botijas*. Escritos San Sebastián, La Antigua Guatemala, Guatemala.

Deagan, K. (1987): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean: 1500-1800*. Vol. I. Smithsonian Institution Press, Washington, Washington DC.

Goggin, J. (1980): “La jarra de Aceite Española. Un Estudio Introductor”. *Organo del Museo de las Casas Reales. Casas Reales*. Año V. (11): 9-67. Santo Domingo, República Dominicana.

Herrera López, Pedro Antonio (2006): *El convento de Santa Clara de La Habana Vieja*. Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología. La Habana.

James, S. (1988): “A reassessment of the Chronological and Typological Framework of the Spanish Olive Jar” en *Historical Archaeology* 22 (1): 43-66.

Marken, M. (1994): *Pottery from Spanish Shipwrecks. 1500-1800*. University Press of Florida, Gainesville.

Martin, Colin J. M. (1994): “Spanish Armada Pottery” en *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*. 8 (4): 279-302.

Pichardo, Esteban (1985): *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana.

Rice, Prudence M. y Sara L. Van Beck. (1993): “The Spanish Colonial Kiln. Tradition of Moquegua, Perú” en *Historical Archaeology* 27 (4): 65-81.

JOSÉ R. OLIVER. TEMAS DE ARQUEOLOGÍA CARIBEÑA

**ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
JAGO COOPER**



José R. Oliver es un puertorriqueño nacido en Barcelona. Arqueólogo desde niño y por tradición familiar, forma parte del claustro del Instituto de Arqueología de University College London, uno de los más importantes centros de enseñanza e investigación arqueológica de la actualidad, y es autor de textos claves para la comprensión de la iconografía indígena de Las Antillas y de sus vínculos con los procesos de organización y complejización social, así como de numerosos artículos que reflejan el tratamiento siempre creativo e inspirador de temas diversos, enmarcados en el espacio suramericano y antillano. Formado en los Estados Unidos, interactuando en el ambiente académico europeo y presente de manera permanente en los espacios de discusión del Caribe y en la práctica de campo en el área, de manera especial en Puerto Rico y la República Dominicana, Oliver es una de las figuras más importantes de la arqueología caribeña de hoy. Partes de esta entrevista fueron realizadas en marzo de 2005 en el Instituto de Arqueología de University College London (UCL), y otras han sido actualizadas por José en julio de 2011 para reflejar las condiciones actuales. Aquí se presentan criterios de Oliver sobre distintos aspectos de la investigación arqueológica en la región y en su país. Es parte de una larga conversación¹ de la que hemos seleccionado fragmentos, según el espacio disponible y con la aprobación de José. Son sus ideas del momento y nuestra preocupación por temas que siempre se discuten, pero pocas veces se publican. Eran y son opiniones que sin duda resulta valioso compartir.

¿José, cómo ve el estado de los estudios de iconografía en las Antillas?

Hay que empezar por el profesor Arrom, a quien conocí en la Universidad de Yale hace más de 30 años (en 1974). Fue él quien realmente me estimuló a que publicara mi trabajo sobre Caguana. Los estudios pioneros de Arrom comienzan a establecer relaciones más o menos directas entre distintos aspectos de la descripción de objetos (imágenes) de carácter mágico-religiosos y los que

describen los cronistas, particularmente fray Ramón Pané. Arrom busca la correlación entre la descripción física de estos objetos y los *cemíes*, dada por los cronistas, y los materiales e imágenes arqueológicas recuperadas, así como los posibles significados que podían tener. Los significados provenían del rol que dicho personaje (la imagen) cumplía en los mitos y leyendas caribeños. La lógica que caracteriza el argumento de Arrom es la siguiente: si el objeto arqueológico tiene un cuerpo similar a un perro, entonces debe ser *Opiyelgubiran* de la leyenda taína por tener forma “como un perro” y, por lo tanto, su función y simbolismo ha de ser el que se le confiere en el mito o leyenda recolectada por Pané. Arrom se preocupaba mucho más por la identidad del personaje representado en la imagen, que por las implicaciones de las relaciones sociales y políticas que dicho personaje conlleva cuando es apercibida y utilizada por seres humanos que la rodean. Arrom fue un pionero y su contribución fue muy positiva y estimulante, pero creo que nosotros en esta y las próximas generaciones debemos construir sobre su legado y no simplemente repetir su fórmula.

De allá para acá (2005), la verdad es que han habido pocos esfuerzos, sobre todo a nivel de teoría en arte y antropología o arte y arqueología, que hayan realmente superado este enfoque analítico, en parte porque muchos de los trabajos intentan abordar el problema del arte y simbolismo iconográfico en ausencia realmente de un contexto teórico que permita visualizar cómo este objeto (o imagen) funcionaba, y qué rol cumplía en sus relaciones sociales con seres humanos y cómo impactaba dichas relaciones. Por ejemplo, muchos de los conceptos se basaron en nociones desarrolladas por historiadores del arte y no por antropólogos o arqueólogos, cuya área de investigación no es totalmente coincidente con los objetivos que tienen los historiadores del arte. Muchos objetos se estudiaban en forma casi aislada, como un *object d'art*; se registraba el hecho de que tipológica o formalmente era el mismo tipo de diseño mencionado por un cronista, pero el contexto, cómo funcionaban dentro de un tiempo y una dinámica social equis, no era un tema que fuera abordado rigurosamente.

De allá para acá, claro, ha habido una serie de acercamientos o enfoques más antropológicos teórica y metodológicamente más rigurosos. Uno de los primeros, que surge relativamente con independencia del trabajo clásico de Arrom, es el del francés-guadalupeño Henri Petitjean-Roget. Trae a las Antillas, por primera vez, un análisis o un enfoque anclado en el estructuralismo francés



José Oliver en su oficina del Instituto de Arqueología, UCL. Año 2005.

levi-strausiano y también, hasta cierto modo, influenciado por la obra de Maurice Godelier, entre otros. Lo aplica, por ejemplo, a los diseños decorativos de la alfarería saladoide de Martinica y Guadalupe y, desde luego, al igual que Arrom, utiliza las fuentes etnográficas, sobre todo referencias a la mitología, no solo antillana, sino suramericana, y de ahí viene la influencia de Lévi-Strauss, para hacer un análisis estructuralista sobre los distintos elementos que constituyen lo que llamamos los estilos de la tradición saladoide. En cierto modo esto tiene paralelos con lo que por ejemplo, Pedro P. Godo viene realizando con alguna de las alfarerías cubanas, pero además tratando de buscar también identidad étnica vía la expresión formal. Al igual que Lévi-Strauss, aquí hay una fuerte influencia de la lingüística y la semiótica en pos de extraer el simbolismo o los significados de las imágenes representadas en los diseños. Pero este enfoque quedó siempre en manos de un núcleo muy limitado de practicantes.

En las Antillas hay hoy mucha más conciencia sobre estos y otros enfoques, y sobre el potencial que esto tiene para informarnos acerca de ideologías, creencias, inclusive afinidades entre distintas comunidades o grupos, pero lo que aun falta en muchos casos es una discusión a nivel teórico. Pero, insisto, son limitados los intentos de hacer explícitos los conceptos y enfoques teóricos que

informan los métodos en los que uno organiza, clasifica y agrupa o desagrupa distintos conjuntos y elementos iconográficos o artísticos para interpretar sus posibles significados. Se hace una correspondencia formal entre objeto arqueológico y el objeto escrito (al estilo de Arrom). Sin embargo, yo creo que lo que interesa es entender cómo funcionaba, en qué contextos funcionaba, porque lo que le da un significado simbólico y social al objeto (que generalmente es polivalente) es el contexto sociológico de la relación objeto-seres humanos, en donde la interacción entre los individuos que debían ver, manejar, utilizar, obsequiar, heredar, robar, guardar, venerar el objeto y/o imagen es clave para adentrar en su significado y simbolismo y su impacto en las relaciones entre seres humanos, desde individuos hasta comunidades y sociedades.

El objeto/imagen, comúnmente llamado *cemí*, tiene relaciones personales, individuales con los seres humanos. Es un personaje animado, de múltiples naturalezas, que define tanto al vidente como al dueño del objeto e incluso al grupo. Estas características ya imponen una serie de limitaciones o de parámetros bajo los cuales un objeto-cemí cobra significado. El caso de los *cemíes* es muy interesante porque eran mucho más que objetos de arte: eran imágenes, representaciones de personajes o seres (aunque a veces no-humanos) importantes que implicaban a todos los estamentos de la sociedad, cuyos integrantes participaban en la constante negociación y elaboración de su identidad, que podríamos llamarla *tainidad*, aun cuando no todos los participantes fueran “taínos”. Los tenían los *naborías* y las élites *nitainas* y, claro está, los grandes caciques. Los objetos-cemí aparecen en contextos diferentes: aislados o en ensamblajes, fijos en el espacio, como en las cuevas, bateyes o rocas de río, o en conjuntos que pueden variar o ser reagrupados de formas diferentes según el ritual, por lo cual son objetos móviles no fijos. Importa igualmente discutir el entorno, es decir, traer a colación conceptos teóricos del paisaje (*landscape*, en inglés) como escenario integral que enmarca el sentido del objeto, e incluso al paisaje mismo como “objeto de arte”, que es creado, imaginado, manejado, construido y alterado por los indígenas. O sea, que en cada uno de estos y otros contextos, una misma imagen presenta toda una serie de posibilidades interpretativas diferentes, dependiendo de con qué otras imágenes —que pueden ser o representar otros seres no humanos— y con qué conjuntos de seres humanos estén relacionadas y la o las razones del encuentro. Aquí por ejemplo, los enfoques fenomenológicos, de ima-

ginarse y situarse uno en el lugar del indígena, han sido aplicados productivamente por algunos de mis colegas en UCL, como la Dra. Sue Hamilton en sus estudios del estuario gigante y el paisaje de la isla de Pascua.

Volviendo a mis experiencias, mi trabajo sobre Caguana se facilitó por el hecho de que los petroglifos, que son imágenes de personajes imbuidos con la fuerza vital de lo *dulce* (que es lo que *cemí* significa), están organizados en forma lineal. Cuando uno tiene un orden lineal (la hilera de monolitos con petroglifos), uno sabe por dónde comenzar y terminar, y qué personaje-petroglifo le sigue a cual otro en la secuencia. En este caso, la analogía lingüística funciona bien porque una oración, el sentido que tiene, depende, en parte, del orden de las palabras que a su vez indican la función sintáctica que cada una cumple. Un orden diferente de las palabras (petroglifos) o el uso de diferentes palabras (petroglifos) insertadas en la oración (hilera de monolitos) cambia su sentido o mensaje. Lo mismo sucede con los petroglifos de Caguana: son análogos a las palabras. La misma oración con las mismas palabras, enunciadas en otro contexto, pueden arrojar mensajes muy diferentes o puede tener un sentido que no es literal sino figurado, poético. Al estar los petroglifos de Caguana en un orden lineal —cada uno de ellos demarcado por su monolito que los distingue de los otros—, se puede apreciar sin dificultad que surgen una serie de temas y personajes iconográficos individuales que se van sucediendo unos a otros, estableciendo así una narración ideográfica. El orden o estructura del conjunto es clave para inferir la narración. En analogía a la palabra en una oración, cada unidad —el petroglifo, imagen, personaje— modifica o cualifica al que le sigue y al que le precede en el orden lineal. Pero es importante recalcar que la analogía lingüística, como enfoque metodológico en el estudio de la iconografía, no se debe aplicar cuando uno tiene, por ejemplo, un mural lleno de pictografías y que frecuentemente están superpuestas. ¿Dónde está el orden? Pero uno está más o menos consciente de que en dichas escenas panorámicas, que no son lineales, los elementos probablemente no están distribuidos al azar, de que hay alguna serie de reglamentos o de restricciones sobre dónde el artesano va a poner cierto detalle para que tenga sentido y pueda ser, en esencia, reconocido e interpretado por la gente.

De todos modos, estos trabajos de iconografía para mí son claves, en el sentido de que permiten una apertura hacia el mundo cognoscitivo de una sociedad que es muy difícil reconocer, por

ejemplo, si uno solamente está enfocado en cuestiones de carácter puramente económico. O sea, que la parte ideológica de la sociedad, ese aspecto, es mucho más accesible a través de estudios de iconografía, arte y simbolismo. Yo personalmente considero que la lingüística presenta un esquema teórico que te permite, en contextos de orden o distribución lineal, organizar la información de tal forma que puedes extraer el o los significados de las relaciones entre las distintas partes. Pero claro, la validez interpretativa depende mucho de la analogía etnográfica, de la etnohistoria, o sea, que francamente sin Pané y otros cronistas se nos haría extremadamente difícil validar la interpretación. En Caguana, sin tener las descripciones del carácter de actividades tales como el juego de pelota o de los distintos contextos y sentidos de las danzas y cantos rituales —areítos— en los distintos recintos (bateyes), mis interpretaciones de los mensajes y funciones de la iconografía estarían mucho más limitados.

Aún sin el beneficio de las *Crónicas*, hay otros enfoques, en este caso el estructuralismo, que permitieron extraer algunas conclusiones interesantes. En Caguana, las cuatro figuras antropomorfas de cuerpo completo que están en forma de presentación ostentativa y provista de mayor decoración, están ubicadas en un área en particular dentro de esta línea de piedras frente a la plaza principal: precisamente al centro de la hilera. El antropocentrismo en Caguana está enfatizado aún más, ya que estos cuatro personajes o “íconos” están enmarcados por figuras zoomorfas. Este tipo de organización antropocéntrica, enmarcada con aves y otros animales, es muy común en muchas sociedades actuales y pretéritas. Por ejemplo, hay placas pectorales y otros artefactos de las culturas Tairona y Tumaco-La Tolita en Ecuador y Colombia, se observa un orden y arreglo idéntico del personaje en posición ostentativa, aun cuando los estilos sean diferentes: el personaje principal se presenta en posición ostentativa, sentado o en cuclillas y con aves u otros animales colocados a su derecha e izquierda. Estos esquemas los ves en el Perú, e incluso en otras áreas y culturas del Viejo Mundo muy diferentes al Caribe.

¿Cuales pudieran ser, entonces, las perspectivas más útiles para enfocar el tema?

Mi reflexión en el 2005, en respuesta a tu pregunta anterior ha sido llevada a lo que creo sea un nivel mucho más productivo en mis dos más recientes obras publicadas, una en castellano y la otra en

inglés,² en donde manejo otros conceptos teóricos aparte de la lingüística, tales como la de la personhood (*personhood*, en inglés), la noción de “partibilidad” de la persona o “dividualidad” (en contraste a la indivisibilidad del individuo de nuestra civilización occidental moderna), el multinaturalismo de Viveiros de Castro y Descola, la biografía y memoria de los objetos de Appadurai, las implicaciones de los procesos de transculturación de las imágenes (objetos-cemíes), desde Fernando Ortiz hasta los conceptos actualizados de sincretismo y criollización ampliamente discutidos por mi colega en UCL, Charles Stewart. Mucha atención le estoy prestado ahora (desde el 2007 en adelante) a las implicaciones sociales y políticas de la circulación y movimiento de las imágenes cemíes efectuadas por seres humanos (caciques y nitaínos en particular), bien sea por herencia e intercambios (teorías neo-maussianas de obsequios y reciprocidad, como las de Maurice Godelier o Marilyn Strathern), o por robo, descritas por cronistas como Oviedo y Valdés. Son corrientes más bien posmodernas pero, creo yo, sin menospreciar las contribuciones por corrientes teóricas anteriores, como las del estructuralismo levi-straussiano o de la lingüística y gramática generativa chomskiana, la cual ha producido excelentes resultados en los estudios de petroglifos realizados, por ejemplo, por Peter Roe. En fin, si estos conceptos y enfoques me han sido útiles, creo que lo serán igualmente para mis colegas en las Antillas.

Si bien mi trabajo en Caguana hasta hace poco ha sido acerca de imágenes de cemíes *monumentales*, fijas en el espacio (en la plaza o batey), mi interés actual gira sobre aquellas que son portátiles, las que potencialmente pueden circular entre diferentes personas y desde una región a otra, que pueden ser heredadas de una generación a otra. Una conclusión interesante en estos dos trabajos es que las imágenes imbuidas con cemí (con dulzura o fuerza vital) *no son representaciones* de otros seres (deidades, espíritus), sino que son, en efecto, las personas o personajes que dicen ser (tal como Pané mismo escribió). El personaje llamado Opiyelguobiran *ES* Opiyelgubiran y no una representación del otro “verdadero” Opiyelguobiran, el que Pané indica que residía en el mundo de los no vivos de Cobaey o Coaybay. Esto contrasta fuertemente con nuestros actuales conceptos occidentales de la imagen (y arte) como representación de la otra cosa o persona(je) que es el o la verdadera y real, que hemos heredado de la tradición filosófica cristiana desde el Medioevo, pero cuyo origen lo podemos trazar en los diálogos de Sócrates recogidos por Platón hasta

pasar por San Agustín, Santo Tomas de Aquino y otros más. Es bajo ese bagaje de la filosofía occidental medieval-cristiana que debemos sopesar las narrativas de los cronistas, desde Colón y Pedro Mártir, hasta Las Casas y Oviedo. Ellos nos hablan de imágenes aborígenes como representaciones, simulacros y fantasías (en el sentido socrático) y, al fin y al cabo, de ídolos e idolatrías. Tal como Serge Gruzinski establece en su obra “La guerra de las imágenes”,³ el primer contacto de Colón con los objetos-cemíes nativos en Cuba y La Española, ante la duda de si los nativos adoraban o no a la figura de un “dios” falso, o de si carecían o no de religión organizada, inicialmente los describe sencillamente como imágenes o figuras; es algo más tarde que los cronistas comienzan a referirse a los objetos-cemíes como representaciones (del diablo, del falso dios), es decir, como simulacros, como ídolos, e incluso —en el caso de Mártir— de fantasías, y a hablarnos de idolatrías.

Ya que todos nosotros, los interesados en estudios de iconografías, tenemos por fuerza que valernos de los datos etnohistóricos, es imprescindible comprender el contexto filosófico greco-romano-cristiano del medioevo tardío (del *Quattrocento*) si, en efecto, queremos no solamente “ver” cómo los aborígenes ideaban a sus imágenes, sino entender las distorsiones que los europeos cronistas imponen a dichas imágenes o íconos para hacerlas más comprensibles a sí mismo y a sus lectores. Este choque entre las filosofías nativas (taíno, kalinago, eyeri) y europeas, las dudas e inconsistencias las podemos apreciar en los textos de cronistas como Pané, Mártir y otros. Estos “choques” ofrecen, para mí, la pista clave para, mediante el contraste, llegar a atisbar cómo los aborígenes abordaban la cuestión de imágenes, sus creencias, funciones. Muchos, incluyéndome yo mismo, hemos “pecado” en el manejo de las fuentes hispanas, al no cuestionar la profundidad con la que nosotros hemos asimilado presuposiciones que no son necesariamente aptas para enfrentarnos a la iconografía y arte no occidental.

En fin, traigo este comentario a colación para enfatizar que es imprescindible apoyarse en fundamentos teóricos no solamente antropológicos y arqueológicos, pero otros que surgen de diferentes disciplinas para poder abordar en forma mucho más rigurosa e informada el tema de la iconografía en las Antillas. Hasta donde se sepa, ninguno de estos autores que he mencionado (y son sólo una muestra) han sido referenciados en los actuales estudios de

iconografía antillana. Son muy pocos los que se preocupan por profundizar y aclarar conceptos tales como imagen, representación o simulacro. Muchos asumimos que “sabemos” intuitivamente lo que es un ídolo o un ícono, pero la acepción moderna nuestra de hoy tiene una carga muy fuerte de origen greco-romano y cristiano.

Recientemente ha habido mucho interés sobre el concepto de *personidad* (*personhood* en inglés), sobre identidades, nociones que los aborígenes aplicaban no solo a las personas humanas, sino a objetos y otras cosas que los aborígenes consideraban a seres animados (el consabido antropomorfismo y animismo que nos preocupa desde la antigüedad), aunque no todos estos objetos fueran humanos. Hay además toda una serie de teorías sobre agencia en antropología y arqueología que implica a un agente, a alguien, a un ser (humano o no) que hace y deshace, o sea, una persona o personaje que no es pasiva, o solamente un receptáculo de cultura y estética, sino que crea y promueve, hace y deshace, aparece y se oculta. Si la identidad y personidad se expresan oralmente a base de sustantivos y adjetivos, la agencia es toda a base de verbos y adverbios. Ambos son claves: el “quién ES” y “el quién HACE qué a quién”, al cual debo añadir el “dónde y cuándo”, es decir, los contextos de espacio y tiempo. La relación entre agentes y pacientes están implicados en la formación, negociación y expresión de identidades y en el estado de la identidad, temporera o permanente, de éstos (es decir, su personidad) en un contexto dado. Estos conceptos son claves para yo poder ahondar los conocimientos en mis estudios de iconografía antillana.

Hace ya más de una década que el genial Alfred Gell propuso una teoría muy impactante para mí sobre el arte y agencia en antropología.⁴ Lo que él estaba haciendo era tratar de definir una disciplina de estudio de arte dentro de un enfoque netamente antropológico, en el cual tanto el objeto de arte como el ser humano cumplen relaciones sociales como agentes y pacientes. *Soto vocce*, nos dice que no todo lo que es interesante acerca del arte se puede reducir a oposiciones estructurales, o estilos y estéticas. Una de las cosas que Gell infiere es que el objeto realmente es un índice, un referente, que conlleva una relación entre el objeto, el sujeto y lo que lo rodea (ambiente, otras gente). Lo que le interesa es la relación que existe entre los objetos y los seres humanos, una relación que es fundamentalmente social. Todo lo que es requerido para que el objeto (de arte) sea agente (animismo) es que en su vecindad haya al menos un ser humano. Sin dudas, la obra

de Gell, que nunca ha sido citada en estudios iconográficos antillanos, debe tomarse en cuenta. Es algo así como hablar de selección natural sin conocer los escritos de Darwin.

En el mundo occidental estamos acostumbrados a que la integridad y cuerpo de una persona, de un individuo, termina donde termina la piel, y una de las cosas que Gell argumenta brillantemente, con ilustraciones muy al caso, es que los objetos (el material cultural “arte”) definen la identidad y establecen la personabilidad, tanto de un ser humano, así como el ser humano define y establece la personabilidad de los objetos-imágenes. Es decir, la relación entre el objeto-ser humano es coextensiva, y ni uno ni el otro son entes indivisibles; ciertas propiedades o características del objeto pueden ser transferidas —u obsequiadas en el sentido de Marcel Mauss— e incorporadas por un ser humano y viceversa. Lo mismo sucede entre seres humanos. Es por eso que Gell nos habla de la noción de la persona distribuida, usando entre otros el famoso caso del anillo o círculo de Kula de los isleños de Trobriand. Es la misma noción que Marshall Sahlins nos ofreció del “rey heroico” del Pacífico, bajo el cual toda la sociedad se subsuma y subordina.

Estos casos son idénticos al caso antillano de las *guaizas* (carátulas, máscaras), que no son otra cosa que el alma de un ser humano viviente. Cuando Guanacagarí ofrece a Colón su *waísiba*, lo que hizo fue no solo darle una representación de su rostro, sino también su alma; de ahí en adelante Colón (u otro cacique) llevará sobre su pecho el alma viva de Guacanagarí. Conste que Guanacagarí le dio su *guaíza* varias veces. Lo mismo hacían los caciques al establecer alianzas recíprocas: se intercambiaban sus *guaizas*/almas. Es decir, la persona del cacique está, en efecto, distribuida o repartida y asumida por una red de “otros” (caciques, aliados), como lo anuncia Gell en sus ejemplos. Para poder gobernar en forma efectiva, el cacique tenía que “des-construirse”, ser “partible”, ser una persona *dividual* o in “dividuo” en lugar de “IN-dividuo”. Bien conocido es el caso que relata Pané acerca de la prueba sobre la culpabilidad o inocencia del *behique* tras la muerte de un paciente nitaíno. A fin de cuentas, el chamán salió exonerado, pero así y todo, tuvo que ser descuartizado (dividido, deconstruido) por los parientes del difunto paciente: el *behique* fue desmembrado, partido en pedazos y al final (re)constituido por una serpiente mágica. Su personabilidad (y reputación) ha sido reconstituida. Estas nociones de “partibilidad”, divisibilidad, de extensibilidad de la persona, de que una persona (humana o no) tiene o contiene muchas

naturalezas, a veces oculta o a veces visible según la perspectiva del vidente, es un arreglo común en el arte antillano tardío, como lo vemos en los adornos modelados y esculturas chicoides u ostionoides.

Otro ejemplo antillano paralelo (pero no material), es el intercambio recíproco de nombres personales, consolidando así un pacto de alianza y amistad inalienable en el ritual conocido como *guaítiao*: “de ahora en adelante tú eres yo y yo soy tú”. Mi persona está, por lo tanto, distribuida y expandida a través de mi red de caciques o aliados que en efecto ostentan mi rostro y mi alma, y yo soy él y él es yo. La cuestión es que esto no es privativo de los seres humanos; los objetos (cemíes, talismanes, *guaizas*, etc.), y también los cantos y narraciones pueden exhibir este tipo de extensibilidad. Clásico es el caso del *areíto* de Magua que Guarionex obsequió al entablar una alianza militar con el *cigüayo* Mayobanex, quien desde ese momento que lo aceptó, compartió y/o asumió la genealogía y leyendas ancestrales de Guarionex como suyas. Se establece, pues, un parentesco ritual que obliga a Mayobanex a auxiliar a Guarionex, irrespectivo de las consecuencias que sabía que tendrían lugar (en la batalla del Cabrón, La Española).

El libro de Gell me llamó la atención, pues está basado en argumentos que *no* tienen como fundamento principal una interpretación del arte sostenida en una analogía con la lingüística, sino que está basado en la interrelación de distintas agencias humanas no humanas y en sus relaciones inter-relaciones.

Todas estas ideas, conceptos y enfoques teóricos creo que enriquecerían las inferencias y conclusiones que muchos queremos extraer en el análisis de la iconografía en Puerto Rico, La Española y Cuba hoy día. Pero no por seguir tal cual enfoque, quiero decir que las inferencias y conclusiones sean válidas o aseguradas. Las interpretaciones son problemáticas, y como Gus Pantel me comentó hace ya años, no por ser la explicación lógica y coherente (racional) quiere decir que así fue como sucedió o como los nativos lo entendieron. La lógica siempre parte de premisas que a veces no hay forma científica de constatar. Yo sé, yo mismo paso por esto, a veces me frustro, paso enorme trabajo y al final termino en una calle sin salida. Es ahí cuando me salgo del cajón y exploro otras vertientes teóricas, otras formas de ver y entender las cosas, venga de la disciplina que venga. En fin, es útil manejar múltiples teorías, porque si no te quedaste ahí. Hay que jugar con varias teorías que compiten unas con otras y apreciar qué conceptos analíticos

pueden clarificar, precisar o ampliar el tipo de preguntas que uno tiene en mente resolver acerca de la iconografía y el arte antillano.

Estas dificultades para discutir e instrumentar teoría se reflejan en muchos otros aspectos de la práctica arqueológica caribeña. ¿Cómo se relaciona esto con los problemas de formación académica en la región?

Eso es un problema serio. En Puerto Rico no hay doctorado y la maestría solo se inició hace tres años atrás en el Centro de Estudios Avanzados (CEA). Es un poco prematuro evaluar el impacto de los egresados del CEA en cuanto a un mejor desarrollo teórico-metodológico de la arqueología, pero soy optimista y creo que veremos los frutos al correr del tiempo. Pero la ausencia de un programa doctoral es, a mi parecer, un gran impedimento. Los puertorriqueños que quieren especializarse en arqueología tienen que hacerlo fuera de Puerto Rico. Se van a España, a México y Estados Unidos. Sin embargo hasta hace poco —antes del corriente colapso económico—, había muchas posibilidades de trabajo porque había mucho dinero estatal y del gobierno federal norteamericano para la arqueología de salvamento o de contrato. Es decir, hasta hace poco había razones económicas y profesionales para exigir que la Universidad de Puerto Rico, siendo la universidad del estado, ofreciera tal programa. Sencillamente a los dirigentes de la universidad (rector, decanos, senado, etc.) no les interesó.

En la República Dominicana no hay enseñanza de arqueología a ningún nivel, ni siquiera de bachillerato. En los años sesenta, setenta la había, pero la posibilidad de empleo siempre ha sido extremadamente limitada y precaria. El estado no la ha desarrollado, no existe entre los dirigentes del país una necesidad política ni económica actual para *sostener* toda una política de herencia cultural y de protección de patrimonio cultural histórico, a pesar de los esfuerzos del Museo del Hombre y de otras personas, como Manolito García-Arévalo.

La culpabilidad se reparte por todos lados. Somos pocos, no como el gremio de abogados o de médicos que hacen un grupo vocal con influencia sobre las decisiones de la política de un país, de qué lo que es necesario ahora, qué programas, qué política de arqueología desarrollar. Somos pocos y no sabemos comunicarnos bien con los políticos y los que tienen el poder de decisión. Mucho de lo que publicamos, lo adornamos con una jerga de terminologías que para el que no es arqueólogo o antropólogo, es

inescrutable. Pero, por el lado positivo, hoy tenemos redes de fuerza de opinión pública que sí han tenido impacto positivo: Cuba Arqueológica es un excelente caso así como la Coalición Puertorriqueña de Arqueólogos, en el cual figura (entre muchos) el liderazgo de Jaime Pagán. El ya famoso caso de yacimiento de Jácanas en Ponce, el cese de su destrucción evidencia que al menos en Puerto Rico, los 30 y pico de años de arqueología de contrato, la visibilidad que le ha dado a la profesión ante el público, ha dado resultados positivos, a pesar de que siguen grandes disputas de cómo implementar las leyes de protección. Como se sabe, el conflicto en mi isla reside en que hay dos niveles que frecuentemente entran en competencia: las del gobierno federal y las nuestras a nivel estatal o local. Quizá me regañarán mis amigos en Puerto Rico, pero para mí, el balance total del impacto de la arqueología de contrato ha sido más positivo y beneficioso que negativo.

Puede estar conectado este desinterés en fomentar la disciplina con el modo de ver nuestro pasado. ¿Cree que la idea de la ausencia del indígena en las sociedades antillanas actuales tiene alguna influencia en esta situación?

Hay un poco de todo. Para empezar, el gobierno, como protector y administrador de la nación, tiene que sentir una presión a nivel de raíz popular para que haga una inversión en su legado histórico y cultural. Un país que no dispone de los recursos económicos para hacer inversiones y mejorar aspectos esenciales del bienestar de la sociedad, la salud, alimentos, empleos, infraestructura, etcétera, es difícil de hacerles ver los beneficios de poner en valor el patrimonio histórico cultural, incluyendo la arqueología. Dado el legado de siglos de colonialismo en las Antillas, es realmente imposible generar una sola política sobre la arqueología y el patrimonio que funcione para todas las naciones caribeñas. Eso es obvio, porque el colonialismo francés, español, holandés, danés e inglés ha resultado en diferentes trayectorias históricas poscoloniales en las islas.

El tema de la ausencia del indígena es complicado. Si digo que no hay aborígenes, los grupos o “tribus” taínas actuales me caen encima como a un pillo de película. Sin meterme en la cuestión de ADN genético y ADN mitocondrial, hoy por hoy ya *no existe la misma cultura taína o tainidad que hubo antes del contacto europeo*. No se habla ya en lengua taína. Tal como expuse en mi libro de “Caciques e Ídolos Cemi” (en el 2009), aunque aspectos de la cultura

taína sobrevivieron hasta incluso el siglo XVII en partes de Cuba y probablemente en La Española y Puerto Rico, el hecho es que para ese entonces los españoles habían acabado con el sistema político aborigen de cacicazgos, y con la ceremonia de la cohoba, que era el instrumento clave del gobierno caciquil. En islas como San Vicente y Dominica, por ejemplo, lo indígena, incluso a nivel fenotípico, aun es visible y se habla de la presencia de rasgos indígenas en varias partes de las Antillas Mayores. No hay dudas de que aspectos de lo indígena han sobrevivido, pero bajo un proceso de transformación, de transculturación vía sincretismo y, no olvidemos, bajo siglos de colonialismo. La idea de que hay indígenas taínos “puros” es tan errada como reclamar que hay españoles “puros”. ¡Pregúntale a los catalanes o vascos!

Pero por otro lado la presencia de lo indígena o indígenas en las Antillas no es ni remotamente comparable a lo que se observa en muchas regiones del continente. Y con eso no quiero necesariamente decir que en el continente, digamos en México o Colombia, los indígenas estén culturalmente “osificados”. Los mayas (quichés, lacandones) de hoy no son los del clásico o pos-clásico, así como los ingleses de hoy no son los del Medioevo. Me he fijado que en algunas islas, particularmente las ex y actuales colonias inglesas, la población parece que no reclama o percibe tener una herencia cultural aborigen taína, como sucede en Puerto Rico. Más bien el interés, su preocupación de identidad y herencia cultural, radica en el impacto colonial europeo, en la esclavitud, en los orígenes africanos, en los procesos de resistencia y supervivencia. Estoy razonablemente convencido de que si le preguntamos a cualquier persona en Jamaica, si hay “indios” o si tienen herencia taína o arauaca, la gran mayoría nos dirán que no, y es por eso que la arqueología pre-colombina (o pre-colonial, que es lo mismo) no suscita tanto interés o curiosidad como la arqueología “histórica” (¡teniendo en cuenta que ambas lo son!)

Te voy a ser franco y eso trae su riesgo expresarlo, pero ni modo. Esto de si hay o no indios taínos hoy día es una pregunta superficial que esconde otras cosas muy complejas. Mi apreciación, como arqueólogo, de la presencia de grupos en Puerto Rico y Estados Unidos que reclaman ser herederos y descendientes directos de los “taínos” no es una cuestión que para mí es problemática. Lo veo como un proceso actual (desde los sesenta) de *etnogénesis*, de la formulación de una identidad étnica y social que surge ante las inequidades de los que ostentan el poder político-económico

que imponen a sectores de la sociedad. Es un proceso bien documentado no solo de sociedades actuales, sino de todos los tiempos y de muchos lugares del mundo. Decir que estoy contra la etnogénesis es análogo a decir que estoy en contra de la evolución. Yo no tengo autoridad moral para restarle valor a la identidad reclamada por sus miembros y participantes, ya que es un proceso genuino de etnogénesis. Dicho proceso tiene su realidad y cumple su función social en esta era. Todos los casos de etnogénesis estudiados por antropólogos comparten las mismas características básicas; es irrelevante si tal o cual aspecto físico, material, ideológico es históricamente verídico (comprobable vía métodos científicos) o no, lo que importa es que estos aspectos o elementos, e ideas, son seleccionados y cumplen la función de crear o mantener identidades, e incluso revitalizarlas ahora. Pero en las ciencias históricas, como la arqueología o bioarqueología, la cuestión de evidencias y probabilidades de si tal o cual costumbre, tal o cual rasgo genético, puede ser comprobado con evidencias o no, es fundamental.

Sí estoy absolutamente seguro de que un si taíno del siglo XIV estuviese presente en una de las ceremonias o reuniones celebradas por un grupo taíno actual (como hacen en Caguana con cierta regularidad) no reconocería ni el idioma, ni el ritual o danza, ni la mayoría de los instrumentos musicales; hoy queman copal y no inhalan la *cohoba*. Ni tampoco reconocería la forma en que el grupo está organizado, y mucho menos el sistema de parentesco utilizado; las nociones de personidad, de divisibilidad de la persona, de lo que ahora dicen ser una imagen del cemí (que no es un dios, ni tampoco exactamente un espíritu), ni de cómo la veneran hoy, de cómo se visten, con tapa sexos o pantaloncillos para todas las edades y ambos géneros. En fin, él (o ella) sería un extraño entre los taínos y boricuas de hoy. A ese “taíno” del siglo XIV o anterior, sólo podemos (con esfuerzo y disciplina) rescatarlo para la historia de ahora, mediante los restos materiales culturales rescatados y estudiados por la arqueología y con cierta sistemática que nos ayude a evaluar unas interpretaciones o hipótesis como más probables (no certeras o verídicas) que otras.

En Puerto Rico hay dificultades de formación, pero se hace mucha arqueología. ¿Cómo es el panorama allí?

La legislación federal norteamericana se aplica a los recursos arqueológicos de Puerto Rico, por ser colonia (o, como dicen en el

Norte, una *commonwealth*). Cada vez que hay un proyecto de desarrollo que requiere fondos del gobierno federal norteamericano, las leyes de protección histórica federales tienen que ser cumplidas, y si van a construir tienen que hacer estudios arqueológicos así como ambientales del área, para mitigar o evitar los impactos al patrimonio. Puerto Rico además tiene, desde 1988, sus propias leyes locales (estatales) a través del Consejo para la Protección del Patrimonio Arqueológico Terrestre de Puerto Rico (CPPAPR), las cuales son más abarcadoras que las federales. La doble estructura legal en principio no es conflictiva y tiene los mismos fines, pero en el plano humano, de acción sobre el terreno, crea en ocasiones antagonismos o conflictos de jurisdicción entre los concejales y el oficial de la Oficina Estatal de Conservación Histórica, la OECH (o SHPO en inglés; State Preservation Historical Officer, un puesto federal). Desmontar al CPPAPR implicaría que solamente regirían las leyes de protección en proyectos de desarrollo costeados con becas federales, y sitios que cumplen su elegibilidad a Registro Nacional de Sitios Históricos. Se desampararían muchos yacimientos que no caen bajo tales criterios. Originalmente el proyecto de enmienda de la ley no era eliminar las leyes del patrimonio, sino eliminar los poderes y nombramientos de concejales: sería una ley sin dientes. Por el momento, el CPPAPR se mantiene, pero al borde del precipicio. Su precaria supervivencia se debe, en parte, por la activa presión directa de muchos arqueólogos e interesados que se organizaron a través de las redes de internet, como la de la Coalición Puertorriqueña de Arqueólogos y en las páginas de comentarios en la red de Cuba Arqueológica, e incluso Facebook, por ejemplo. Esto es alentador, pues indica que en Puerto Rico, aun siendo minoritarios, los arqueólogos y amigos de la arqueología, podemos hacer frente de presión, y aunque no se ganen todas las batallas, cada una, sí ganamos puntos sólidos para la preservación de nuestro patrimonio.

Lo que más ha detenido la arqueología en estos últimos dos años es la crisis global económica, que le ha dado muy duro a la arqueología de contrato en Puerto Rico. Los debates acerca de la ley de permisos, aunque aún no haya abrogado al Consejo, creo que ha dejado a los desarrolladores en confusión de cuál es el procedimiento con respecto al patrimonio arqueológico. Pero en realidad es que hay muy pocos proyectos de desarrollo y por lo tanto poca actividad arqueológica.

En estas circunstancias cómo se expresa el pensamiento arqueológico en Puerto Rico. ¿Cuál es la posición ante los esquemas fundacionales de Rouse y Rainey?

En los tiempos de Rainey y de Rouse, desde los años treinta y justo al inicio de la Segunda Guerra Mundial, la arqueología antillana y la de Puerto Rico por igual, era realmente desconocida; estaba en su infancia. Fue una era pionera. Y en esos tiempos la gran preocupación era acerca de la cuestión de orígenes y difusión de una cultura, pero particularmente el problema de la antigüedad. No existía el método de fechado por radiocarbono. Así que el problema era determinar secuencias y cambios culturales y sus orígenes, mediante estudios de distribución en el tiempo y espacio. Rainey, en contraste a Rouse, utilizó los cambios de subsistencia (en realidad de recolección) de caracoles marinos (más afín a lo que Julian Steward enfatizaría en los años 50), para establecer su cronología cultural relativa, mientras que Rouse (siguiendo la trayectoria de Kroeber) enfatizaba cambios estilísticos, sobre todo en la alfarería. Los esquemas y tendencias de la escuela de la historia cultural de esa época, claro, han revelado ciertos prejuicios que Reniel Rodríguez, Antonio Curet, Jaime Pagán, Isabel Rivera Collazo, y yo mismo, hemos venido re-evaluando críticamente. Por ejemplo, las migraciones, que sin dudas ocurrieron, la forma en que nos lo presentó Rouse es de corte occidental e incluso imperial en el sentido de que, al igual que en Europa, se concebían como invasiones y conquistas de fuerzas civilizatorias que arrasaban con todo vestigio de los invadidos, no muy diferente a cómo se representaba a la Roma imperial, a las huestes de mogoles de Gengis Kan, o de normandos en Inglaterra. Hoy podemos demostrar que estos esquemas o explicaciones al estilo rousiano son muy simplistas. Los procesos de resistencia, de transculturación, de negociación, son considerados como claves para comprender las transformaciones (cambios culturales) posteriores. La mayor cantidad de fechas absolutas existentes hoy, además tumbaron la idea de la extinción y/o asimilación de los nativos por los conquistadores. Los grupos pre-arauacos coexistieron por al menos cuatro siglos con los invasores saladoides y huecoides, abriendo múltiples vectores para transformaciones, cambios, y sincretismos entre los tres grandes grupos.

El otro gran cambio de perspectiva es la idea de culturas “puras”. Rouse bien sabía que no existía ninguna cultura pura; me lo

dijo muchas veces, pero el sí creía en culturas (lenguas, estilos) “dominantes”, relegando las otras a un rol subordinado o marginal (por ejemplo, su noción de SUB-taíno). Por eso un área cultural en un período dado, por definición, sólo podía estar representando una sola cultura, como se aprecia en sus cuadros crono-culturales. La idea de “dominante” es, de nuevo, un legado de nociones imperiales, aun cuando Rouse no lo fuese. La realización de que un área equis no es necesariamente homogénea ni culturalmente hegemónica (es decir, sólo domina una), sino un espacio de contestación, de negociación, e incluso potencialmente multicultural, le era un concepto extraño o difícil de asimilar, incluso otros colegas de su generación de arqueólogos normativos. Vayan a ver lo que dirán de nuestro pos-modernismo e hiper-relativismo en 40 o 50 años.

Es, sin embargo, notable que estas preocupaciones académicas de corte posmoderno, no tienen mucho impacto o relevancia en el quehacer cotidiano arqueológico en Puerto Rico para muchos practicantes de la arqueología pública o “de contrato”. La tendencia (pero no de todo el mundo) es de encasillar el material excavado en uno de los estilos o complejos culturales definidos por Rouse. Una vez se determina si es estilo capá o hacienda grande o lo que sea, el trabajo está más o menos concluido. El resto de la atención está en comentar acerca de patrones de subsistencia, en base a los datos zooarqueológicos o paleobotánicos si los hay, o en trabajos de prospección regional, en comentar sobre los patrones de distribución. Esto, en parte, se debe a la falta de programas de doctorado que sensibilizan al arqueólogo a reflexionar sobre las categorías analíticas y los esquemas teóricos que manejan en sus estudios. Pero, debo dejar bien claro que cada vez hay más de estos trabajos que superan por mucho este enfoque “clasificador” o normativo.

¿Es optimista o pesimista sobre la suerte de la arqueología en el Caribe?

Mi visión es realmente optimista porque yo recuerdo 40 años atrás un Puerto Rico en el que la arqueología no existía. Te hablo de los principios de los setenta, no había arqueología, ni académica, ni de contrato. Entonces estaba en manos de aficionados. Luis Chanlatte-Baik, que llegó en 1965-66 a Puerto Rico de Santo Domingo, apenas comenzaba a realizar investigaciones de campo.

Ricardo Alegría (que en ese momento tampoco tenía PhD), no se dedicaba a esta actividad, pues tenía otras ambiciones y obligaciones dentro del Instituto de Cultura. A la altura del 1989, sólo tres puertorriqueños (varones) tenían PhD en arqueología: Alegría (1984), Pantel (1988) y este servidor (1989). Hoy hay más del triple y, como dije antes, ya contamos con Yasha Rodríguez y con Isabel Rivera entre las primeras damas doctoradas en este campo. Ahora tú hablas de arqueología en Puerto Rico y cualquier persona sabe lo que es. La arqueología de contrato le ha dado una visibilidad al trabajo arqueológico bien fuerte. Antes ni siquiera lo asociaban a buscar huesos... la asociación más común en otros países.

El Instituto de Arqueología es una de las principales instituciones internacionales de investigación en nuestra disciplina. Cuando hablamos de él uno piensa en grandes figuras, Sir Mortimer Wheeler, Gordon Childe... Incluso Rouse estuvo de sabático ¿Qué ha significado para usted investigar y enseñar arqueología aquí?

Siempre es un motivo de orgullo haber logrado asociarme a una institución del prestigio que tiene este Instituto de Arqueología, con todas las luminarias y personalidades que lo fundaron. Ciertamente es una enorme ventaja poder contar con más de 50 arqueólogos, que tratan múltiples perspectivas y que cubren muchas áreas de investigación en diferentes partes del mundo. Creo, no estoy seguro, que es la institución de arqueología más grande del mundo, pues en contraste a los EE. UU (la influencia boasiana) el departamento de antropología es aparte.

Pero mi ingreso fue también casualidad. Fue por mi diálogo con el profesor Warwick Bray, ahora Emeritus, que es reconocido por su trabajo en Colombia y también en México. Yo lo llegué a conocer a través de uno de mis colegas durante el doctorado en Illinois, Colin McEwan, y ahora gran amigo y curador de la colección de las Américas del Museo Británico. Fue él quien me dijo que había una opción para trabajar aquí y Warwick logró convencer al Provost (rector) de UCL de que era clave abrir una línea de arqueología latinoamericana para mantener el alcance global al que aspiraba el Instituto de Arqueología. Abrieron dos, una para Mesoamérica y otra para el resto de América Latina. Por suerte el Instituto tuvo la visión de que lo que les interesaba era traer alguien de allá, que hubiera vivido allá, tuviera práctica en el Nuevo Mundo y traerlo acá, a dar cátedra y desarrollar proyectos. Había un interés por el

trabajo que yo realizaba, en especial mis estudios sobre Caguana y de la agricultura del Amazonas.

En parte, lo que me ayudó en mi carrera hasta ese momento no se concentró solo en el Caribe, sino también en la arqueología de Venezuela y del Amazonas. Había trabajado en el sureste norteamericano y en el valle del Mississippi, conocía bien la arqueología brasilera por mi profesor Donald Lathrap, y la arqueología y etnohistoria andina gracias a otro de mis profesores, Tom Zuidema, y además tenía una buena preparación en la lingüística histórica gracias a otro profesor, Rudolph Troike (todos de la Universidad de Illinois). O sea, que tenía suficiente amplitud de experiencias para cubrir toda una serie de temas de arqueología americanista. Pero, como muchas cosas de la vida, tuve suerte de que lo que buscaban era alguien con variada experiencia en lugar de alguien con una trayectoria bien especializada (digamos, la civilización Maya). No me contrataron por mi experiencia en arqueología caribeña, sino porque podía cubrir materias de Latinoamérica y del Nuevo Mundo. Buscaban flexibilidad, pues en ese entonces era el único que daba materias de América. Por suerte, unos años después contrataron a Elizabeth Graham para cubrir a Mesoamérica. Como bien se sabe en Cuba, Liz y su esposo David Pendergast, que provenían del Canadá, estaban involucrados en el proyecto de Los Buchillones. Jago —¿recuerdas?—, tú fuiste nuestro primer recluta y egresado de PhD sobre un tema caribeño en el Instituto y que además optaste por continuar tus investigaciones en Cuba y el Caribe.

Ciertamente es para mí un privilegio ser miembro de esta facultad, y como todas las instituciones tiene cosas excelentes y tiene también áreas que pueden mejorar la dinámica de cómo articular o implementar arqueología en el Caribe. Gracias a las iniciativas tuyas (Roberto Valcárcel), ahora el arqueometalurgo español del Instituto, Dr. Marcos Martín-Torres, ha venido trabajando y colaborando contigo sobre los metales cubanos, con excelentes resultados. Y más recientemente, la puertorriqueña Isabel Rivera ha venido preparando su tesis doctoral sobre la geoarqueología del sitio pre-arauaco de Angostura, supervisada por especialistas en ese campo de arqueología. Además de tesis caribeñas, he supervisado tesis de PhD y maestría con temas diversos del Perú, Brasil, Argentina, Colombia, Venezuela, y México. Y este es el verdadero privilegio de trabajar en el Instituto, pues si los estudiantes aprenden, yo aprendo mucho más interactuando

con ellos y con esa diversidad de intereses y personalidades del Instituto.

Uno de los problemas del Instituto (o más bien de la universidad), el que más me apena, es el costo para la educación, de no tener recursos suficientes de traer estudiantes con becas completas del Caribe y Latinoamérica. Es mi ilusión y ambición poder generar una tradición de estudiantes que se educaran bajo mi tutela y la de mis colegas, que pudieran llevar a cabo la batalla de las generaciones futuras en el Caribe y Latinoamérica. Es realmente una ilusión difícil de realizar en las circunstancias económicas existentes.

Finalmente, es halagador que ustedes me consideren ser un exponente “notable” de la arqueología. Pero a los jóvenes lectores les digo con toda honestidad que mis logros, sean los que hayan sido, no son porque soy brillante o genial. ¡Nada de eso! Hago lo mejor que puedo y siempre trato de superarme, leo y estudio mucho, y sobre todo pregunto mucho a todos los que sé que saben muchísimo más que yo. Y conste que muchos a quienes pregunto por ignorante no son doctores ni “PhDes”, sino la gente de las comunidades del campo, donde practico la arqueología, que son increíbles doctores de la vida. Eso me lo enseñó otro maestro, José María Cruent.

NOTAS

¹ Agradecemos la colaboración de Yoalmis Labrada Hernández en el procesamiento y organización de las grabaciones y la digitalización del texto.

² Estas dos obras son:

Oliver, J. R., C. McEwan and A. Casas Gilberga, editores (2008): *El Caribe Pre-Colombino: Fray Ramón Pané y el Universo Taíno*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona-Instituto de Cultura, Museu de Art Precolombí Barbier-Mueller, Ministerio de Cultura-Madrid and Fundación CaixaGalicia. (Nota de los entrevistadores).

Oliver, J. R. (2009): *Caciques & Cemí Idols. The web spun by Taíno Rulers between Hispaniola and Puerto Rico*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press

³ La cita referida es: Gruzinski, Serge (1994): *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner (1492-2019)*. México: Fondo de Cultura Económica. Traducción del francés por J. J. Utrilla. (Nota de los entrevistadores).

⁴ La cita referida es: Gell, Alfred (1998): *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford: Clarendon Press. (Nota de los entrevistadores).

ERNESTO TABÍO PALMA: ALGUNOS ASPECTOS SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DE UN ARQUEÓLOGO CUBANO

**ODLANYER HERNÁNDEZ DE LARA
JUAN JOSÉ YATACO CAPCHA**



INTRODUCCIÓN

La historia de la arqueología cubana en la etapa revolucionaria ha sido un tema poco frecuentado en cincuenta años, aunque se han realizado algunos ensayos puntuales (Domínguez 2005; La Rosa 1994, 2000; Linville 2005) y generales (Berman, *et al.* 2005; Dacal y Watters 2005; Davis 1996; Fernández 1992; La Rosa 2003; Oliver 2004), es llamativo que quien más le dedicara espacio a esta temática haya sido un investigador foráneo (Oliver 2005), que implica un punto de vista necesariamente emic, cuestión que conlleva a develar importantes aspectos medulares del desarrollo de la disciplina en el país, pero que vislumbra un vacío contextual que no solo aparece en las publicaciones, sino también en los congresos científicos, que muestran el verdadero nivel alcanzado (La Rosa 2003). La historia cotidiana está reflejada, en cambio, en algunos textos específicos que han versado sobre la trayectoria científica de determinados investigadores cubanos que han marcado pautas en la arqueología. De algunos se ha escrito en mayor o menor medida, mientras otros han quedado en el olvido, voluntario o involuntario.

La etapa revolucionaria de la arqueología, como momento histórico, tiene un aspecto importante de destacar: la institucionalización y sistematización de esta ciencia en el país. Ello fue posible gracias al ímpetu de investigadores de la talla de Antonio Núñez Jiménez (1923-1998), quien dirigió la creación de la Academia de Ciencias de Cuba, y de René Herrera Fritot (1895-1968), que fungió como asesor en el nacimiento del Departamento de Antropología de esa institución. Pero resulta interesante que no se haya escrito biografía alguna, al menos publicada, de un significativo baluarte en el desarrollo de la arqueología cubana postrevolución como lo fuera Ernesto Tabío Palma, quien dirigió el mencionado departamento desde su creación.

Esta inquietud conllevó a una búsqueda exhaustiva de información sobre la vida y la obra de Tabío que tuvo como resultado

distintos obstáculos, algunos inherentes a la inexistencia de una labor biográfica precedente, y otros a cuestiones burocráticas institucionales. Gran parte de los datos que se ha podido rescatar proceden esencialmente de su obra literaria, aunque otra parte se ha encontrado de manera fortuita, fruto de la persistencia. La posibilidad de investigar en Cuba y en Perú, donde Tabío desarrolló sus conocimientos arqueológicos, brinda una visión general de la persona y su legado, que contribuyó de forma contundente en la reconstrucción de la historia precolombina de ambos países.

ALGUNOS ASPECTOS DE SU VIDA

La vida de Ernesto Eligio Tabío Palma fuera del mundo de la ciencia arqueológica es una incógnita poco transitada. Los arqueólogos que lo conocieron son los únicos que conservan experiencias conjuntas y alguna que otra información. Esto, tal vez, puede haber sido uno de los motivos por los que hasta el momento no se ha escrito ninguna biografía del destacado científico cubano, aunque su aporte académico es extenso.

De su infancia se conoce poco. Algunos escasos datos los aporta una de sus publicaciones post mortem: *Introducción a la arqueología de las Antillas* (Tabío 1988), donde se precisa que durante sus estudios de bachillerato participó en la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado, que desde finales de la década de 1920 hasta 1933, oprimió a la nación cubana. En cuanto a su familia, los primeros datos obtenidos fueron gracias a algunas de sus obras. La dedicatoria de uno de sus libros permitió conocer el nombre de su esposa, y luego otra dedicatoria, esta vez en su tesis de doctorado, reveló la existencia de un hijo llamado Ernesto. Por otra parte, mediante la investigación realizada, se pudo localizar a un posible hermano suyo, a juzgar por los apellidos y por el año de nacimiento de José Ramón Tabío Palma (1915-1975), camarógrafo y fotógrafo cubano.



Foto enviada por Ernesto Tabío a Duccio Bonavia. En el reverso está dedicada a Bonavia, con la firma de Tabío, fechada para octubre de 1967 (cortesía de D. Bonavia).

Un golpe de suerte permitió localizar a un primo lejano de Tabío, quien nos proporcionó el nombre de la hija del arqueólogo: Graciela Tabío Medina, primogénita del matrimonio entre Ernesto Eligio Tabío Palma y María Sylvia Medina Larrauri. De esta unión nacerían otros tres hijos varones: Ernesto Norberto, que fallece a los dos años de edad, Ernesto Silvio y Jorge Luis (Graciela Tabío Medina, comunicación electrónica, 2010).

El padre del arqueólogo, de igual nombre, contrajo matrimonio con Concepción Palma Bancells y fue agregado militar de la Embajada de Cuba en Washington D.C., Estados Unidos de América, donde fallece en 1918 víctima de la gran epidemia de influenza que mató millones de personas en todo el mundo. La búsqueda de información aportó que la madre de Tabío, Concepción, era hija de María de la Concepción Bancells y Massó y Eligio María Palma y Fuster, importante médico de Santiago de las Vegas, provincia de La Habana, que fuera médico personal de José Martí (Alemán 2009) y de quien Tabío hereda el segundo nombre.

EL COMIENZO EN EL MUNDO DE LA CIENCIA

Para el año de 1936 se ha localizado la primera publicación que parece haber realizado Ernesto Tabío, donde firma como encargado de la Sección de Aerología del Observatorio Nacional de Cuba. La misma corresponde a una nota adicional a un artículo donde proporcionó varios datos sobre el estado del tiempo (Tabío 1936). Esta nota indica la filiación de Tabío a la institución antes mencionada, donde, a juzgar por una serie de artículos que seguirían a este primero (Tabío 1936b, 1937a, 1937b, 1937c), fue desarrollándose intelectualmente.

Al año siguiente, 1937, Tabío publicó otro artículo, esta vez titulado: "Observaciones aerológicas en La Habana", donde se observa la profesionalización que ha alcanzado en esta tarea y se vislumbra su interés por las ciencias al mencionar: "no nos basta con

el esfuerzo realizado, y nuestra sed por la verdad científica es infinita” (Tabío 1937a: 73-74).

Por otra parte, en su *Introducción a la arqueología de las Antillas* también se menciona que fue fundador y director del primer servicio de control de vuelos en Cuba, lo que parece haber realizado a la vez que laboraba en el Observatorio Nacional. Uno de sus artículos en el boletín del observatorio, que fue publicado originalmente en la *Marina Constitucional*, permite conocer algo más sobre esta parte de su vida, ya que lo dedica a sus compañeros y alumnos de la Aviación Nacional. En este texto, el autor conjugó sus conocimientos atmosféricos con los de aviación, para brindarles a los pilotos algunas enseñanzas básicas sobre las turbulencias, donde incluyó un dibujo explicativo sobre el tema (Tabío 1937b).

Esta serie de artículos que publicó Tabío en el citado boletín, permiten hacer un acercamiento a su trayectoria. Con 25 años de edad ya fungía como encargado de la Sección de Aerología del Observatorio Nacional y en 1938 firma otro de sus artículos con el grado de teniente, lo que parece estar relacionado con la adscripción del observatorio a la Marina de Guerra Cubana. En ese mismo año ocupaba el cargo de jefe de meteorología del Aeropuerto de Rancho Boyeros (Graciela Tabío Medina, comunicación electrónica, 2010), actualmente Aeropuerto Internacional José Martí, que había sido inaugurado ocho años antes.

Una fotografía de 1939 lo muestra con el equipamiento necesario para emprender vuelo en una avioneta desde el Aeropuerto de Rancho Boyeros. Su dedicación a estas labores conllevó a que participara en junio de 1948 en una conferencia que realizara la Organización de Aviación Civil Internacional (OACI) en la ciudad de Ginebra, Suiza. El vínculo que estableció con este organismo implicó que, en 1953, fuera designado como subdirector de esta para el cono sur, así pudo visitar Chile y luego pasó a residir en Perú, donde se encontraba la sede de la OACI para América del Sur.

PRIMERAS LABORES ARQUEOLÓGICAS

Las referencias más tempranas sobre los trabajos que realizara Ernesto Tabío en Cuba se desprenden de su primera publicación conocida: *La cultura más primitiva de Cuba precolombina*, publicada paralelamente en la *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología* en 1951 y como folleto ese mismo año, como con-

tribución del Grupo Guamá (Tabío 1951). En esta obra, el autor refiere el estudio de las colecciones arqueológicas públicas y privadas a lo largo del país, que realizó aprovechando la oportunidad de viajar extensamente por todo el territorio como oficial de la Marina de Guerra y como inspector de Aviación Civil, a la vez que incluye sus primeras experiencias en exploraciones arqueológicas que realizara desde la década de 1940. De estos trabajos resultó la publicación antes mencionada, que constituyó su primer aporte a la arqueología cubana.

En esta obra Tabío recalca su carácter de aficionado y advierte que “seguramente estará falta de solidez científica y probablemente en ella se harán afirmaciones que alarmarán quizás a los arqueólogos que estudian estas materias bajo cánones más rigurosos” (Tabío 1951: 4). No obstante, sus planteamientos se enmarcaban en el contexto de la época, en cuanto a las problemáticas terminológicas de las culturas precolombinas cubanas, donde utilizó los denominados Complejo I, II y III, que habían sido definidos por Herrera Fritot y aceptados por la Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe realizada en La Habana en 1950.

Para entonces, Tabío señalaba cuatro dificultades esenciales para el estudio de los Complejos I y II por las características de su ajuar, entre ellas las limitadas colecciones arqueológicas que contaban con este tipo de evidencias, ya que “los colectores de reliquias indias, en su mayor parte, no se han preocupado de recoger o de anotar todos los ejemplares que pudieran haber aparecido, sino solamente los más vistosos” (Tabío 1951: 6).

Tabío realiza un análisis del ajuar de las dos culturas, basándose en materiales procedentes de colectas estrictamente científicas, con el objetivo de hacer una compilación gráfica que permitiera el análisis conjunto de todos los hallazgos. Ya por esta fecha, se preocupaba por la presencia de cerámica simple y tosca en el ajuar de los grupos conocidos entonces como pre-cerámicos, cuestión que lo llevaría más de una década después a clasificar estos contextos como correspondientes a una nueva cultura arqueológica.

Por otra parte, y a la vista del desarrollo actual de la arqueología regional, entre sus aciertos se encuentra la comparación y asociación que realiza de los asentamientos cubanos con los homólogos de Venezuela y Haití, para los casos de los sitios Manicuare y Couri respectivamente. Un detalle a señalar es la mención que él hace de la presencia de artefactos elaborados en basalto rojo y,

sobre todo, la diferenciación que hace en cuanto al uso natural de la materia prima y la confección de los artefactos. También tuvo desaciertos, con especial énfasis si bien no totalmente, en la caracterización del ajuar de las culturas, aunque se debe considerar que esa fue una etapa en la que constantemente se fueron replanteando las características de los contextos arqueológicos. Además, la asociación de restos óseos de algunas especies extinguidas del pleistoceno, con las evidencias materiales de las comunidades aborígenes que Tabío sostuvo, al igual que otros investigadores, todavía sigue siendo un tema de discusión, si bien ha sido reportada en varios sitios arqueológicos a lo largo del país.

Como ya se mencionó, esta obra de Tabío estuvo basada en su experiencia en el campo de la arqueología, que consistió en una década de exploraciones por varias provincias cubanas. Entre estas se hallan las exploraciones que realizara en 1941, acompañado de Antonio García y Ernesto Navarrete, en ocasión de visitar el residuario del potrero de las Vacas y la cueva de la Monja, en la playa de Jibacoa, provincia de La Habana. Luego, en 1944, excavó junto a Herrera Fritot y Antonio García un pequeño abrigo rocoso en las cercanías del salto de Manantiales, Soroa, Pinar del Río, donde exhumaron un enterramiento aborigen y varios artefactos.

En 1948, en compañía de Antonio García y otros miembros del Grupo Guamá, Tabío realizó exploraciones en la zona de la bahía de Mariel, donde localizan la cueva funeraria La Caña Quemada, lugar en el que se hallaron varios entierros (Tabío 1950). Al año siguiente exploró un montículo en la finca La Gloria, junto al río Ariguanabo, en las inmediaciones a San Antonio de los Baños, provincia de La Habana, donde años antes Herrera Fritot y otros miembros del Grupo Guamá habían realizado excavaciones (Tabío y Rey 1966).

En 1951, Tabío acompañó a Fritot en la exploración de un residuario en un pequeño cayo que denominan cayo Jorajuría, actualmente en la provincia de Matanzas, donde realizaron excavaciones que aportaron gran cantidad de utensilios de concha y piezas de sílex, entre otras evidencias. En esa ocasión, el propietario del lugar les obsequió dos objetos de madera tallada, a la vez que hallaron en superficie fragmentos de cerámica tosca. En este sitio, de singular importancia para la arqueología cubana, años después apareció una canoa tallada en madera que se conservaba en la ciénaga circundante.¹

Estas labores arqueológicas, constituyeron la base de su primer texto conocido sobre arqueología, obra que cierra una etapa de la vida de Ernesto Tabío en Cuba. No obstante, al año siguiente de esta publicación, junto a Herrera Fritot participó en las excavaciones realizadas en cueva Florencio, Matanzas, donde se hallaron varios restos óseos humanos y otras evidencias materiales que fueron estudiadas por Fritot y Rivero de la Calle.

De estas referencias, según las fuentes que se han podido consultar, merecen resaltarse dos cuestiones, primero su trayectoria científica en la ciencia arqueológica y segundo, el marco institucional en el que desarrolló su formación como arqueólogo.

Según la síntesis curricular post mortem antes mencionada (Tabío 1988), Ernesto Tabío Tapia trabajó 38 años como científico en la especialidad de Arqueología y Prehistoria, lo que significaría que desde 1946 haya estado vinculado a la ciencia arqueológica, ya que fallece en 1984. No obstante, la primera exploración que hemos podido registrar en la que participó Tabío fue en 1941, en las cercanías de Jibacoa, provincia La Habana. Además, en su texto *La Prehistoria*, Tabío (1968: 13) señala que desde 1940 realizó “diversas exploraciones y excavaciones por todo el país”. Esto indica que su actividad arqueológica se extendió por 44 años.

Por otra parte, las exploraciones iniciales en las que participó, fueron todas vinculadas con el Grupo Guamá, que surge en la década de 1930 y, además, la publicación de su primera obra como contribución de citado grupo, parece indicar que se incorporó a esa destacada agrupación en los años de mayor esplendor. La confirmación de la pertenencia de Tabío al grupo aparece en un texto post mortem de Herrera Fritot (1970: 5), donde se relacionan las exploraciones realizadas en 1944 a Pinar del Río, cuando participan el doctor Carlos García Robiou, “el compañero Ernesto Tabío P., y el autor. Tabío y el autor llevábamos la representación del ‘Grupo Guamá’, como miembros del mismo”. Esta entidad agrupó a varios de los arqueólogos cubanos más significativos del momento, entre ellos René Herrera Fritot (1895-1968), Oswaldo Morales Patiño (1898-1978), José A. Cosculluela (1884-1950) y Fernando Royo Guardia (1901-?). La relación de Tabío con Herrera Fritot debe haber sido, probablemente, el vínculo a esta ciencia.

Su actividad arqueológica en las décadas del cuarenta y cincuenta ha sido detallada con énfasis por constituir la experiencia previa con que contaba al partir hacia el Perú, donde desarrollaría su práctica y posición teórica en base a las culturas continentales de la costa de ese país.

ERNESTO TABÍO PALMA Y LA ARQUEOLOGÍA PERUANA

Las primeras referencias que vinculan a Tabío con la arqueología peruana se remontan a 1953, el mismo año que pasa a residir al Perú como parte del cargo asumido en la OACI, lo que resalta su interés por la ciencia arqueológica, que ya había surgido en Cuba, aunque no contaba entonces con mucha experiencia.

En aquel momento, el Dr. Arturo Jiménez Borja, encargado de la restauración del sitio arqueológico Puruchuco, afrontaba serias dificultades económicas que no le permitían avanzar con el trabajo de campo. Fue en estas circunstancias que solicitó la ayuda de un grupo de amigos, entre los que estuvo presente el Sr. Tabío Palma (Iriarte 2004: 8). Ese mismo año 1953 se registra la primera donación de una pieza arqueológica, en este caso una botella cerámica, donada por Tabío al Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (MAA-UNMSM), a esta seguirá un importante monto de piezas procedentes de diversos sitios en los que realizó recolecciones de material arqueológico.

A mediados de 1955, participa por primera vez en un proyecto arqueológico con fines de excavación científica. Hay que señalar que por esos años se proyectaban los trabajos de urbanización en la despoblada zona denominada Playa Grande, situada en los alrededores del actual balneario de Ancón, a unos 33 km al norte de Lima. Debido a esos trabajos, es cuando se decide efectuar un estudio de carácter arqueológico y es invitado por el Dr. Jorge Muelle a formar parte del equipo de investigación. Durante su participación, se le encomendó la excavación de un pozo estratigráfico, localizado en uno de los basurales de Playa Grande, siempre bajo la supervisión del Dr. Jorge Muelle y del Sr. José Casafranca (Tabío 1957). De este modo surge en 1957 su primera publicación de carácter científico en Perú titulada *Excavaciones en Playa Grande, Costa Central del Perú, 1955* (Tabío 1957). Este es uno de los trabajos seminales en donde no solo se expone detalladamente la descripción e interpretación de la secuencia estratigráfica de Playa Grande, sino también se realiza el análisis científico del material malacológico y de cestería, en colaboración con científicos cubanos, y se plantea con total claridad la definición estilística del material alfarero denominado por aquellos años como estilos Playa Grande (interlocking) y Baños de Boza (blanco sobre rojo).

La participación de Tabío en la arqueología peruana —aunque en gran parte no ha sido reconocida—, contribuyó a la formación

de importantes colecciones arqueológicas de superficie, procedentes de diferentes valles costeros que hoy son de imposible estudio como consecuencia de la depredación o inexistencia de los mismos. No se puede soslayar su producción científica como fiel testigo de su asombrosa capacidad de trabajo, y su incansable labor concluida en importantes publicaciones que han unido los lazos de colaboración de científicos peruanos y cubanos.

TABÍO Y EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA

Tras el triunfo de la Revolución Cubana en Enero de 1959, el nuevo gobierno comienza a reestructurar las instituciones nacionales, con especial interés en fortalecer la educación, la ciencia y la cultura. A raíz de este acontecimiento, en 1960, Ernesto Tabío regresa a Cuba y se suma a un grupo importante de intelectuales que asumen funciones organizativas estatales.

En 1962, Año de la Planificación, se crea por Ley 1011 la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, que fuera presidida por el capitán del Ejército Rebelde Antonio Núñez Jiménez, dentro de esta se crea el Departamento de Antropología que dirigiera Tabío desde su fundación, con la asesoría de René Herrera Fritot. Durante las décadas posteriores, se experimentó un extraordinario crecimiento científico en general, en el que la arqueología no se quedó atrás, donde se destaca la implementación de la estratigrafía en las excavaciones.

Desde los primeros años de creado, una de las directrices fundamentales constituyó la formación de los arqueólogos. En ese sentido se impartieron muchos cursos divididos en tres partes —básico, medio y superior—, que tenían el objetivo de “echar las bases teóricas de sus futuras investigaciones”, donde se preveía el estudio de las comunidades primitivas a la luz del materialismo histórico y dialéctico (Tabío y Rey 1966: 7).

La formación académica no limitó las actividades arqueológicas en el terreno. En 1963, el Departamento de Antropología inicia una serie de excavaciones estratigráficas en varios sitios del oriente cubano, como El Carnero, Jutía y Las Obas, y al año siguiente llevan a cabo labores semejantes en los farallones de Seboruco y río Levisa, en Holguín y en potrero de las Vacas, en La Habana (Tabío y Rey 1966).

En 1964, Tabío trabaja en conjunto con José Manuel Guarch (1931-2001) en las excavaciones arqueológicas que se realizan en el sitio Arroyo del Palo, ubicado en la zona de Mayarí, Holguín. En

este lugar detectan “un contexto básicamente Ciboney, aspecto Cayo Redondo, una cerámica de características muy tempranas para las Antillas pero en la cual no figura el burén” (Tabío y Guarch 1966: 69) donde descubren una nueva cultura aborígen para Cuba que denominan mayarí. En estos hallazgos y otros posteriores, se basaron con posterioridad las periodizaciones de las culturas aborígenes cubanas, como se verá más adelante.

El mismo año en que se publica la obra anterior aparece la *Prehistoria de Cuba* (1966), de Ernesto Tabío y Estrella Rey, tal vez el libro de arqueología más importante del siglo XX cubano, por sus connotaciones y la influencia que tuvo en las generaciones siguientes. Si bien se han escrito obras de mayor profundidad de análisis y más abarcadoras de la historia precolombina de Cuba, este texto marcó explícitamente el inicio de una nueva etapa de la arqueología cubana. Aunque desde el punto de vista teórico no abundó en la concepción marxista que lo alimentó, devino en un detallado manual descriptivo de las sociedades aborígenes del país que guió la formación de los arqueólogos venideros. Además, constituye un texto fundacional de lo que luego comenzaría a desarrollarse en América Latina como la Arqueología Social Latinoamericana, aunque en muchos casos no ha sido reconocido (Patterson 1994); algunos representantes de esa corriente de pensamiento sí lo han hecho (Oyuela-Caycedo, *et al.* 1997).² En este último caso, los autores mencionan con autoridad: “It should be made clear that Tabío’s publications were earlier than those of Bate and Lumbreras in revealing an orientation that can be defined as social archaeology” (Oyuela-Caycedo, *et al.* 1997: 366).

Los años que siguieron a la creación del Departamento de Arqueología fueron trascendentales para el desarrollo de la arqueología cubana, tanto por la profesionalización de los investigadores



Tabío con una pieza de cerámica peruana, 10 de enero de 1970 (cortesía de Graciela Tabío).

como por el sustento estatal, económico y político, que recibió la institución. A la par, el apoyo de los países socialistas, especialmente de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), conllevó a que algunos de los arqueólogos cubanos fueran a formarse en aquel país, además de un importante cúmulo de proyectos conjuntos entre especialistas de ambas naciones que se llevaron a cabo tanto en la URSS como en Cuba.

Ernesto Tabío y otros investigadores cubanos —entre ellos Estrella Rey Betancourt, José Manuel Guarch y Jorge Febles Dueñas— obtuvieron el grado de doctor en ciencias en instituciones educativas de la Academia de Ciencias de la URSS como el Instituto de Etnografía Miklujo Maclay. En enero de 1969 Tabío había culminado su tesis de tres tomos, *Historia antigua de la costa peruana (Época Precolombina)*, que presentó al mencionado instituto donde se doctoró en Ciencias Históricas. Un resumen de esta obra fue publicada posteriormente por el Instituto de Ciencias Sociales de la Academia

de Ciencias de Cuba con el título: *Prehistoria de la Costa del Perú* (1977). En este trabajo, Tabío aplica con mayor fundamentación la teoría marxista en los contextos arqueológicos que había trabajado en el Perú, llevando a cabo una obra de gran envergadura, donde realiza un acercamiento a la reconstrucción de la vida social y económica de las sociedades pretéritas.

Con posterioridad, Tabío escribió otro texto que ha trascendido en la literatura arqueológica: “La comunidad primitiva ¿Uno o varios modos de Producción?”, publicado en 1978 en la revista *Revolución y Cultura*. El mismo constituyó una valoración teórica de la corriente de pensamiento marxista en la arqueología latinoamericana, especialmente dedicada a la publicación de la obra de Mario Sanoja e Iraida Vargas (1974) y la de Marcio Veloz Maggiolo (1976

y 1977), ya que Tabío (1978: 7) consideraba que estas presentaban "...ciertas formulaciones teóricas 'marxistas' que no podemos aceptar en forma alguna desde un punto de vista marxista-leninista". Su crítica a algunos aspectos de las nuevas posturas de la Arqueología Social en boga y la respuesta de Sanoja (1979: 72), a pesar de expresar que: "No deseamos entrar en polémica con usted, cuya obra como arqueólogo conocemos y estimamos...", esto conllevó a un rompimiento profesional con los pilares de esta escuela, lo que ha sido señalado por varios investigadores (Hernández y Arrazcaeta 2004; Torres 2005, 2006).

La dirección del Departamento de Antropología, institución que regía el desarrollo de la arqueología cubana, le ocupó gran parte del tiempo a Ernesto Tabío, donde la labor educativa continuó siendo un importante baluarte. Entre los cursos de superación por él impartidos se pueden mencionar: *Arqueología de las Antillas*, en 1979 y *Los sistemas de agricultura de los aborígenes antillanos*, en 1981, que devinieron en libros luego de su deceso (Tabío 1988, 1989).

En esta etapa además, prepara la ponencia *Antigüedad del hombre preagroalfarero en Cuba*, junto a José Manuel Guarch y Lourdes Domínguez, para presentarla al XLI Congreso Internacional de Americanistas que se celebró en septiembre de 1974 en la ciudad de México, aunque no asistió (Lourdes Domínguez, comunicación electrónica, 2010). Cinco años después, participa activamente en la IV Jornada Nacional de Arqueología que se celebró en la ciudad de Trinidad, Sancti Spíritus, cuando aborda el poblamiento temprano de las Antillas y da a conocer su *Proyecto para una nueva periodización cultural de la Prehistoria de Cuba*.

En 1984, tres meses después de su fallecimiento, aparece el artículo "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba", donde hace una revisión de sus anteriores propuestas y ofrece una más detallada que tuvo gran aceptación, a juzgar por su utilización en la literatura publicada con posterioridad. Si bien una década después se editó una *Historia aborígen de Cuba según los datos arqueológicos*, en el CD Taíno (1995), donde se puso en rigor la periodización creada por José Manuel Guarch, las propuestas de Tabío siguieron en uso, aún hasta la actualidad.

Ernesto Eligio Tabío Palma nació en Santiago de las Vegas el 26 de septiembre de 1911 y falleció de forma repentina a la edad de 72 años en la Ciudad de La Habana, el 5 de febrero de 1984. Según las noticias que aparecieron al día siguiente de su fallecimiento,³ era miembro del Consejo Científico Superior de la Academia de

Ciencias de Cuba y había sido condecorado con la orden Carlos J. Finlay. Además, recibió numerosas distinciones otorgadas por instituciones nacionales e internacionales, a la vez que pertenecía a la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas de la UNESCO y de la Sociedad Americanista.

Fue un baluarte imprescindible en la organización de la arqueología cubana postrevolucionaria, en especial su labor en la institucionalización y profesionalización de esta ciencia con la creación del Departamento de Antropología de la ACC y el apoyo a la formación de los investigadores. Pero, además, la obra de Ernesto Tabío representó el fundamento teórico de la arqueología cubana de esa etapa, con una importante influencia marxista que estuvo presente desde 1961 con la declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana, que ha influido decisivamente en el desarrollo de esta ciencia en el país, para bien o para mal.

Parte de la bibliografía de Ernesto Tabío Palma

1. TABÍO PALMA, ERNESTO (1936a): "Nota adicional al artículo anterior" en *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. I, Núm. 1: 63-64, enero-junio, La Habana.
2. _____ (1936b): "Diez años de observaciones aerológicas al nivel de los cirros en La Habana" en: *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. I, Núm. 2: 138-147, julio-diciembre, La Habana.
3. _____ (1937a): "Observaciones aerológicas en La Habana" en *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. II, Núm. 1: 73-97, enero-abril, La Habana.
4. _____ (1937b): "Las turbonadas y la aviación" en *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. II, Núm. 2: 184-193, mayo-agosto, La Habana.
5. _____ (1937c): "Consideraciones sobre el resultado de las observaciones aerológicas efectuadas en los meses de mayo, junio, julio y agosto de 1937" en *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. II, Núm. 2: 211-235, mayo-agosto, La Habana (Tomado de *Marina Constitucional*, Año I, No. 1).
6. _____ (1938): "Paredón Grande: Atalaya meteorológica de la costa norte de Cuba" en *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. III, Núm. 2 y 3: 119-130, mayo-diciembre, La Habana.
7. _____ (1950): "Informe de excavación Cueva de la Caña Quemada, Mariel", No. 109, La Habana (inédito).

8. _____ (1951): "La cultura más primitiva de Cuba precolumbina" en *Revista de Arqueología y Etnología*, segunda época, No. 13-14, año 6, p. 117-157, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, enero-diciembre, 1951.
9. _____ (1951): *Primitivos habitantes de Cuba precolombina*. Contribución del Grupo Guamá. Serie Antropología, No. 18. Editorial Lex, La Habana.
10. _____ (1957): *Excavaciones en Playa Grande, costa central del Perú, 1955*. Arqueológicas I-1. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Pueblo Libre, Lima.
11. _____ (1960): "Asociación de fragmentos de cerámica de los estilos Cavernas y Chavinoide-Ancón en el basural de Las Colinas de Ancón" en *Cuadernos del Centro de Estudiantes de Antropología*, Vol. II, No. 1: 3-5. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
12. _____ (1963): "Informe de excavación del sitio arqueológico Aguas Gordas, Banes, Oriente". Mecanuscrito en Instituto de Arqueología, Academia de Ciencias, La Habana.
13. _____ (1964a): "Exploración de la Cueva de Seboruco", Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, abril, 1964.
14. _____ (1964b): "Exploración de la Cueva Farallones Río Levisa, Mayarí, Oriente", Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, abril.
15. TABÍO PALMA, E.; J. M. GUARCH Y R. PAYARÉS (1964c): "Informe de excavaciones de los farallones del río Levisa, Mayarí, Oriente". Mecanuscrito en Archivo del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
16. TABÍO PALMA, E. (1965a): "Excavaciones en Aguas Gordas, Banes, Oriente", Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
17. _____ (1965b): "Exploración de la Cueva de Seboruco, Mayarí, Oriente", Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, febrero.
18. _____ (1965c): *Excavaciones en la costa central del Perú 1955-58*. Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
19. TABÍO PALMA, E. Y E. REY BETANCOURT (1965): "Sobre las comunidades primitivas de Cuba" en *Revista Bohemia*, No. 57, p. 15, 16, 18, 20, La Habana, abril-mayo.
20. _____ (1966): *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
21. TABÍO PALMA, E. Y J. MANUEL GUARCH (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*. Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
22. TABÍO PALMA, E. (1968): "Nota necrológica por la muerte del Dr. René Herrera Fritot". *Granma*. La Habana, 15 de enero de 1968, p. 1.
23. _____ (1968): "La Prehistoria", Serie Cien Años de Lucha, Cien Años de Ciencia, 19 p., Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
24. TABÍO PALMA, E. Y R. PAYARÉS (1968): "Sobre los cafetales coloniales de la Sierra del Rosario" en *Serie Pinar del Río*, 33 p., Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
25. TABÍO PALMA, E. (1969): "El Padre de Las Casas y la Antropología" en *Serie Historia*, 15 p., Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Historia, La Habana.
26. _____ (1969): "Una tumba tardía de Puruchuco, Lima" en *Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropológicas*. Tomo II: 178-185. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
27. TABÍO PALMA, E. Y E. REY (1969): "Las Culturas Antiguas de Cuba" en *Cobetckaya apxeologya*, p. 263-296, Akademya Nauk CCCR, URSS.
28. TABÍO PALMA, E. (1969): *Historia antigua de la costa peruana (Época Precolombina)*. Tesis mimeografiada, 3 tomos. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
29. _____ (1970): "Arqueología espeleológica de Cuba" en *Serie Espeleológica y Carsológica*, 91 p., Academia de Ciencias de Cuba, Arqueología espeleológica de Cuba, La Habana.
30. GUARCH, J. M., E. TABÍO PALMA, M. RIVERO DE LA CALLE Y R. DACAL MOURE (1970): "El aborigen cubano: nueva visión de un mundo viejo" en *Cuba Internacional*, p. 40-51, La Habana, abril.
31. _____ (1972): "Asociación de fragmentos de cerámica de los estilos Caverna y Chavinoide-Ancón en un basural de las colinas de Ancón" en *Arqueología y Sociedad*, No. 7-8: 27-29, enero-junio. Museo de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
32. _____ (1976): "Sobre el problema del poblamiento temprano de las Antillas", 1 p., *III Jornada Nacional de la Cultura Aborigen*, Holguín, del 1 al 5 de noviembre.
33. TABÍO PALMA, E., J. M. GUARCH Y L. S. DOMÍNGUEZ (1976): "La antigüedad del hombre preagroalfarero temprano en Cuba", *Actas*

- del XLI Congreso Internacional de Americanistas (1974), Vol. 3. México D.F.
34. TABÍO PALMA, E. (1977): *Prehistoria de la Costa del Perú*. Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
35. _____ (1978): "La comunidad primitiva ¿Uno o varios modos de Producción?" en *Revolución y Cultura*, No. 73: 7-13, La Habana.
36. TABÍO PALMA, E., J. M. GUARCH Y L. S. DOMÍNGUEZ (1978): "La antigüedad del hombre preagroalfarero temprano en Cuba" en *Cuba Arqueológica*, No. 1, p. 233-242, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, abril.
37. TABÍO PALMA, E. (1979): "Proyecto para una nueva periodización cultural de la Prehistoria de Cuba". Ponencia presentada en: *IV Jornada Nacional de Arqueología*, Trinidad, Sancti Spíritus.
38. _____ (1980a): "Beringia, antecedentes geológicos y paleogeográficos" en *Cuba Arqueológica*, No. 2, p. 179-185, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, noviembre, 1980.
39. _____ (1980b): "Estudio bibliográfico sobre el sistema de agricultura tropical y sus implicaciones en el asentamiento agroalfarero y el desarrollo de las fuerzas productivas de esos aborígenes en Cuba", Informe, Dpto. de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
40. _____ (1980c): "La yuca, cultígeno básico neoinidio de la América Tropical" en *Cuba Arqueológica*, No. 2, p. 171-178, Ed. Oriente, Santiago de Cuba.
41. _____ (1981): "Dataciones radiocarbónicas (Cuba). Apéndice I" en *Carta Informativa*, 6 p., No. 25, Dpto. de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 10 de noviembre.
42. _____ (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba" en *Islas, Separata*, No. 78, p. 35-52, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, mayo-agosto.
43. _____ (1988): *Introducción a la arqueología de las Antillas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
44. _____ (1989): *Arqueología. Agricultura aborígen antillana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
45. _____ (1990): "Ensayo de nueva periodización de la historia antigua de Cuba" en *Problemas arqueológicos y de historia antigua en países de Latinoamérica*, p. 131-136, Nauka, Moscú.

46. _____ (1991): "Aproximación al cálculo del promedio de acumulación anual de detritus en los residuarios cubanos en base al fechado radiocarbónico" en *Estudios Arqueológicos*, 1989, No. 1, p. 22-25, Ed. Academia, La Habana.
47. _____ (1991): "Proyecto para una nueva periodización cultural de la prehistoria de Cuba" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, p. 1-8, Ed. Academia, La Habana.
48. _____ (1991): "Sobre el problema del poblamiento temprano de las Antillas y la aplicación de las oscilaciones eustáticas a la Arqueología en sitios costeros" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, p. 9-20, Ed. Academia, La Habana.
49. TABÍO PALMA, E. Y A. GARCÍA ROBIUO (s/f): "Excavaciones en el asiento El Yayal, Holguín". Mecanuscrito en Oficina de Información Arqueológica del Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

AGRADECIMIENTOS

A Graciela Tabío Medina, hija del arqueólogo, por su amable atención a nuestras peticiones y por toda la información y las imágenes que brindó de su padre. A Beatriz Rodríguez Basulto y Lisette Roura Álvarez, del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana (OHCH), por la gran ayuda brindada en la búsqueda de información y en la digitalización de textos e imágenes. A Antonio Quevedo Herrero e Ivalú Rodríguez Gil, del Museo de Arqueología de la OHCH, por su eficiente respuesta a nuestra solicitud para consultar las colecciones de esa institución. A los doctores Gabino La Rosa Corzo y Lourdes Domínguez, por el tiempo que dedicaron a ayudarnos. A Racso Fernández Ortega, del Instituto Cubano de Antropología, por su constante disposición para asistirnos en un trámite con muchos obstáculos. Al arqueólogo peruano Duccio Bonavia, compañero de Tabío en su estancia en Perú. Al Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y a su director Carlos R. del Águila Chávez.

NOTAS

¹ En la actualidad la canoa se encuentra en el Museo Municipal de Martí, provincia de Matanzas. Si bien esta importante pieza de la arqueología cubana y de las Antillas apareció en forma íntegra, en la actualidad las condiciones de conservación son extremadamente malas y se encuentra fragmentada, donde la proa y la popa, muy bien definidas, están separadas del casco, sección que está quebrada en dos. Es impostergable la conservación de esta pieza para la arqueología caribeña.

² Estos autores (Oyuela-Caycedo, *et al.*, 1997), citando a Fernández Leiva (1992) mencionan que "Cuba has provided strong and continuing support for social archaeology, originally introduced by way of Peru" (Oyuela-Caycedo, *et al.*, 1997: 366), donde parecen mal interpretar lo que menciona Fernández Leiva (1992) cuando dice: "Pienso que obras como la de Luis Guillermo Lumbreras [*La arqueología como ciencia social*] han influido en buena manera sobre nuestro pensamiento arqueológico..." (Fernández Leiva 1992: 42). Efectivamente, a partir de 1959, la

arqueología recibió un extraordinario apoyo en Cuba, pero ello sucede con anterioridad a la publicación de la obra de Lumbreras que data de 1974, con una edición cubana de 1984, casi diez años después de la *Prehistoria de Cuba* de Tabío y Rey (1966).

³ Los artículos periodísticos citados fueron proporcionados por Graciela Tabío y no poseen la referencia completa del periódico en el que aparecieron publicados. Molinet, Joaquín (1984): "En la muerte de Ernesto Tabío" y Anónimo (1984): "Falleció el Doctor en Ciencias Históricas Ernesto Tabío Palma". La Habana, 6 de febrero.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemán Agusti, A. J. (2009): *Eligio Ma. Palma y Fuster: un santiaguero médico de Martí*. Ediciones Altagracia, Miami.
- Álvarez Sandoval, O. y A. Álvarez Hernández (2002): "Las Ciencias Sociales en la Academia de Ciencias de Cuba (1962-1981)", en *Tiempos de América*, No. 9: 59-78.
- Berman, M. J., J. Febles y P. Gnivecki (2005): "The organization of Cuban archaeology: context and brief history", en *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 41-61. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Centro de Antropología (2003): "Atlas arqueológico de Cuba: una estrategia científica para la investigación y la conservación del patrimonio histórico aborigen", en *Catauro*. Revista cubana de Antropología, Año 5, No. 8: 199-202. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
- Dacal, M. y D. Watters (2005): "Three stages in the history of Cuban archaeology", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 29-40. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Davis, D. (1996): "Revolutionary archaeology in Cuba", en *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 3, No. 3: 159-188.
- Domínguez, L. (2005): "Historical archaeology in Cuba", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 62-71. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Fernández Leiva, O. (1992): "Desarrollo del pensamiento arqueológico en Cuba", en *Arqueología en América Latina hoy*, 32-43. Textos universitarios, Bogotá.
- Hernández Oliva, C. A. y R. Arrazcaeta Delgado (2004): "Prehistoria de Cuba: una propuesta de análisis teórico y metodológico", en *El Caribe Arqueológico*, No. 8: 64-73. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Herrera Fritot, R. (1970): "El yacimiento arqueológico de Soroa, Pinar del Río", *Serie Espeleológica y Carsológica*, No. 9. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- Iriarte, F. (2004): "Arturo Jiménez Borja y la Restauración de Puruchuco", en *Puruchuco y La Sociedad de Lima: Un homenaje a Arturo Jiménez Borja*. (L. F. Villacorta, L. Vetter y C. Ausejo, eds.). CONCYTEC, Compañía de Minas Buenaventura y Diagnósticos Gammagráficos, Lima.
- La Rosa, G. (1994): "Tendencias en los estudios del arte rupestre en Cuba: retrospectiva crítica", *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 29: 135-153. La Habana.
- _____ (2000): "Perspectivas de la arqueología histórica en Cuba en los umbrales del XXI", *Revista Bimestre Cubana*, época III, vol. LXXXVII, No. 12: 135-153. La Habana.
- _____ (2003): "La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI", en *Catauro*, Año 5, No. 8: 36-46. La Habana.
- Linville, M. S. (2005): "Cave encounters: rock art research in Cuba", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 29-40. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Oliver, J. R. (2004): *Cuban Soliloquy: An Overview of Revolutionary Cuban Archaeology, 1959-2004*. Unpublished manuscript. Institute of Archaeology-UCL, London.
- Oyuela-Caycedo, A.; A. Anaya, C. G. Elera, L. M. Valdez (1997), "Social Archaeology in Latin America?: comments to T. C. Patterson", *American Antiquity*, Vol. 62, No. 2: 365-374. April.
- Patterson, T. C. (1994), "Social Archaeology in Latin America: An Appreciation", en *American Antiquity*, Vol. 59, No. 3: 531-537, Jul.
- Sanoja, M. (1979): "Una respuesta del doctor Mario Sanoja al doctor Ernesto Tabío", en *Revolución y Cultura*, No. 86: 72-73, La Habana.
- Sanoja, M. e I. Vargas (1974): *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila editores, Caracas.
- Torres Etayo, D. (2005): "La arqueología Marxista Latinoamericana, una alternativa teórico-metodológica para la arqueología cubana", en *1er. Taller Nacional Problemas contemporáneos de la arqueología en Cuba*. CENCREM, La Habana.
- _____ (2006): "Arqueología en Revolución ¿Revolución en Arqueología?", *Boletín de Antropología Americana*, No. 40: 153-160.
- Veloz Maggiolo, M. (1976): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Parte I. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo.
- _____ (1977): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Parte II. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo.

De los autores

DARWIN A. ARDUENGO GARCÍA, es máster, especialista del Grupo de Arqueología, Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, CENCREM.

JOSÉ E. CHIRINO CAMACHO, trabaja en el Departamento de Estudios Arqueológicos y Paleontológicos, CSA de la provincia de Sancti Spíritus, CITMA.

ADRIANA CHURAMPI RAMÍREZ, profesora de la Facultad de Letras de la Universidad de Leiden, miembro del equipo de investigaciones sobre el Caribe de la Facultad de Arqueología. Se ha especializado en el estudio y análisis de las fuentes históricas, en particular de las crónicas y documentos de Indias, en función de apoyar las investigaciones arqueológicas.

JAGO COOPER, doctor en Arqueología, trabaja en el Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, Inglaterra. Forma parte del equipo del proyecto internacional de investigación Los Buchillones. Actualmente trabaja en la Escuela de Arqueología e Historia Antigua, Universidad de Leicester, Inglaterra.

ALFONSO P. CÓRDOVA MEDINA, es licenciado e investigador auxiliar del Instituto Cubano de Antropología del CITMA.

STEPHEN DÍAZ-FRANCO, pertenece al Grupo de Paleogeografía y Paleobiología del Museo Nacional de Historia Natural de Cuba.

JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO pertenece al Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre y a la Sociedad Espeleológica de Cuba.

DIVALDO A. GUTIÉRREZ CALVACHE, es miembro del Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre y de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

ODLANYER HERNÁNDEZ DE LARA, es el coordinador de la página web y de la revista virtual *Cuba Arqueológica*.

IOSVANY HERNÁNDEZ MORA, jefe del Gabinete de Arqueología de la Oficina de Historiador de la ciudad de Camagüey. Es miembro del consejo de redacción del *Boletín del Gabinete de Arqueología*.

EFRÉN J. JAIMEZ SALGADO, labora en el Instituto de Geofísica y Astronomía, AMA-CITMA y en la Sociedad Espeleológica de Cuba.

OSMAR LABRADA ORTÍZ, es licenciado e investigador del Instituto Cubano de Antropología del CITMA.

JAIME R. PAGÁN JIMÉNEZ es investigador afiliado de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda e investigador independiente, Herbario, Departamento de Biología, Facultad de Ciencias Naturales, Universidad de Puerto Rico-Río Piedras.

MILTON PINO RODRÍGUEZ, máster, investigador auxiliar del Instituto Cubano de Antropología del CITMA.

SAMANTHA RIUTHIER, estudiante de maestría de la facultad de arqueología de la universidad de Leiden y su tesis versa sobre el estudio del paisaje arqueológico en el norte de la República Dominicana.

JORGE ULLOA HUNG, profesor del Área de Ciencias Sociales del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), encargado del área de Arqueología del Museo del Hombre Dominicano y miembro de la Academia de Ciencias de la República Dominicana. Ha realizado estudios sobre la historia de la arqueología del Caribe y sobre cerámica temprana en el oriente de Cuba y el este de la isla de Santo Domingo. Actualmente realiza estudios de doctorado en Arqueología en la Universidad de Leiden, Holanda.

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS, investigador auxiliar del Departamento Centro Oriental de Arqueología, CITMA, Holguín. Se especializa en estudios de cerámica aborígen, contacto indohispánico y organización social precolombina. Dirige investigaciones en El Chorro de Maíta y forma parte del equipo del proyecto internacional de investigación Los Buchillones. Actualmente realiza estudios de doctorado en Arqueología en la Universidad de Leiden, Holanda.

JUAN JOSÉ YATACO CAPCHA, licenciado en Arqueología. Trabaja en el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.



CHRISTIAN MARTÍNEZ VILLANUEVA: Nació en Santo Domingo. Arquitecto, pintor, escultor, escenógrafo, escritor, además de historiador. Ha desarrollado su carrera artística y profesional básicamente entre Italia y la República Dominicana. Sus exposiciones individuales han cubierto escenarios de varios países entre ellos Italia, Francia, Japón, España y Jerusalén. En su país natal sus obras han participado en exposiciones individuales y colectivas en el Palacio de Bellas Artes, el Instituto de Cultura Hispánica, la Casa de Italia y la Galería de Arte de Punta Cana. Además se destaca un inmenso mural suspendido existente el Aeropuerto Internacional Las Américas del capital dominicana. Participó en la XLII Bienal de Venecia, y el particular acercamiento a través de sus obras al tema indígena le han valido exposiciones en galerías prestigiosas como Galerie Vendome; Deauville y en la sede de la UNESCO. Además de ilustrar con diseños y textos sobre la mitología taína su primer libro intitulado "Tureiro", actualmente se desempeña como director del Museo del Hombre Dominicano.

Pulsera de coral y resina vegetal encontrada junto a los restos de un niño de entre dos y cinco años (individuo no. 58a) en el cementerio del sitio arqueológico El Chorro de Maíta, Banes, Cuba. Las cuentas de resina miden entre 4.6 y 6.0 mm de diámetro y las de coral entre 6.0 y 9.4 mm de largo. Se localizó en el área de la muñeca derecha. Otro conjunto de cuentas de resina también fue hallado en este individuo y unas orejeras de igual material aparecieron en los restos de un adulto. Se investiga la relación de estos materiales con el coral rojo (*Corallium rubrum*) y con el ámbar. En el cementerio se localizaron 105 cuentas de coral, concentradas en solo cuatro entierros. No aparecen en otros sitios indígenas cubanos.